

"EL MEJOR AUTOR DE NOVELAS HISTÓRICAS" -STEPHEN KING

WILBUR SMITH



EL NUEVO REINO

CON MARK CHADBOURN



emecé grandes novelistas

El nuevo reino

El nuevo reino

Wilbur Smith
con Mark Chadbourn

Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[El nuevo reino](#)

Smith, Wilbur

El nuevo reino / Wilbur Smith. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Emecé Editores, 2023.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

Traducción de: Julio Sierra.

ISBN 978-950-04-4301-2

1. Narrativa Sudafricana. 2. Novelas de Aventuras. I. Sierra, Julio, trad. II. Título.

CDD SA823

Título original: *The New Kingdom*

Por Bonnier Zaffre, un sello de Bonnier Books UK.

Quedan afirmados los derechos morales del autor.

© Orion Mintaka 2021

Traducción de: Julio Sierra

Todos los derechos reservados

© 2023, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Emecé®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Digitalización: Proyecto451

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-04-4301-2

Para Mokhiniso

*Reparaste mi corazón y me diste la fuerza de un ejército.
Gracias por empujarme para ser el mejor escritor que puedo ser.*

Querido lector:

Una de las sorpresas más satisfactorias de mi carrera fue el éxito de *El río sagrado* y las novelas que siguieron en la serie Antiguo Egipto: *El séptimo papiro*, *El hechicero*, *The Quest*, *El dios del desierto* y *Faraón*. Cuando un editor expresó, por primera vez, interés en trabajar conmigo y los coautores para explorar los incalculables hilos de Taita, me entusiasmó su interés y la consiguiente publicidad, y me dispuse a volver a visitar mi propio Antiguo Egipto. Volví a leer la serie y descubrí un hueco y vi con toda claridad en mi imaginación lo que Taita estaba haciendo. Fue en este espacio entre *El río sagrado* y *El hechicero* donde *El dios del desierto* y *Faraón* están ahora. Fue una agradable sensación pasar más tiempo con Taita. Algunos afirman que es mi *alter ego* (pero ese es un asunto entre Taita y yo).

Egipto siempre me había fascinado, fue punto de encuentro de varios continentes, la base de la historia de la civilización. Todo sucedió allí. La invasión de los hicsos fue una época de confusión y caos, por lo que pude dar rienda suelta a mi imaginación llenando los vacíos de ese período.

Uno de los placeres de comunicarme con mis fans son las preguntas que me hacen en las redes sociales. Quieren saber mucho más sobre el mundo de *El río sagrado*. Cuando terminé de releer la Serie Egipcia, me di cuenta de que en las seis novelas yo estaba tan centrado en la narración en primera persona de Taita y su búsqueda para proteger los Dos Reinos que me había perdido por completo un personaje secundario que se ganó un escenario propio y que podía ofrecer otra visión de ese tiempo extraordinario.

Tal vez ustedes recuerden a Hui, el joven bandido que se convierte en el mejor auriga del faraón, que entrena un ejército para recuperar el trono contra el propio pueblo de Hui. La historia de Hui corre paralela al mundo de *El río sagrado* y espero que les guste el cameo de Taita. Es una historia de venganza, ya que Hui conspira contra su hermano Qen. Estén atentos a otro favorito mío de *El río sagrado*. Los huevos de Pascua están ahí para ser encontrados, y saboreados, por mis viejos y mis nuevos lectores. Espero que disfruten esta nueva serie tanto como yo mientras la tramaba y la coescribía.

Como siempre,
Wilbur Smith

Los dos hombres treparon por la alta pendiente bajo la atenta mirada de los dioses. En la cumbre, el paisaje yermo se extendía, plateado por la luz de la luna y tallado por las sombras. Soplaban una brisa fresca del este, cargada con los aromas terrenales de la exuberante vegetación que crecía junto al Nilo.

Eran amigos desde el principio de sus días. De los dos, Hui era el más valiente. Vestía solo un faldellín de lino, que lo envolvía y lo anudaba en la cintura, para dejar descubiertas las piernas, que se veían fuertes y duras. En Lahun, el hogar que habían dejado atrás con la puesta del sol, muchos todavía lo consideraban un niño. Hui culpaba de eso a sus rasgos juveniles, que aún brillaban con inocencia: mejillas un tanto regordetas, sin arrugas de preocupación alrededor de la boca ni en la frente. ¡Un niño! ¡Tenía diecisiete años! Arrugó la nariz. Pronto iban a descubrir esos difamadores que estaban equivocados.

—¿Lo ves? —dijo Kyky con voz trémula.

Su apodo significaba 'mono', porque se asemejaba a uno de esos seres, con brazos delgados que parecían llegar casi hasta las rodillas, y un rostro pequeño con grandes ojos oscuros.

Hui se llevó un dedo a los labios. Agachado, estiró el cuello para mirar las estrellas que cruzaban el cielo. Sí, los dioses siempre estaban mirando, todos, hasta los más tontos, lo sabían. Tembló bajo el peso de esas miradas brillantes.

Le esperaba un gran destino, si esas fuerzas poderosas así lo querían, y esa noche daría su primer paso por ese camino hacia la gloria.

Los espeluznantes ladridos que habían oído mientras subían volvieron a resonar, más cerca esta vez, y su corazón latió con más fuerza.

Hui miró a su alrededor, a la irregular línea dentada de las rocas en las colinas donde había seguido los senderos de los antiguos caminantes del desierto, a las ondulantes arenas del desierto hacia el oeste. Al dirigir su mirada hacia el este, pudo distinguir el tenue destello del Gran Río que reflejaba todas esas estrellas titilantes en lo alto.

Se escuchó de nuevo aquel aullido como de otro mundo, casi a su lado esta vez, y Hui se puso de pie de un salto.

—¿Qué es eso? —quiso saber Kyky en tono de lamento. Agarró el hombro de Hui, con sus ojos muy abiertos.

Hui dejó escapar lo que esperaba que fuera una risa reconfortante.

—No tengas miedo, amigo mío.

—Tú nos arrastraste a este lugar solitario, lejos de la seguridad de nuestros hogares, ¿y ahora me dices que no tenga miedo? —balbuceó Kyky—. Los ancianos en los bancos junto a las murallas dicen que las colinas están embrujadas. Que los demonios andan por aquí.

Hui disimuló su desdén cuando Kyky señaló con un dedo tembloroso. Una silueta se elevaba detrás de un grupo de oscuras rocas. Un par de cuernos puntudos salía de la cabeza. Unos ojos fríos y brillantes los miraban fijamente. El aullido lastimero volvió a escucharse.

Kyky se agarró la cara y gimió:

—Oh, Hui, nos has condenado.

Hui se puso tenso. Debía mantenerse firme, aunque le temblaran las piernas, pues eso es lo que hacen los grandes líderes.

La silueta se alzó aún más hasta que la luz de la luna borró la oscuridad de ella, y Hui se aflojó aliviado. Aquellos cuernos eran en realidad las orejas largas y puntiagudas, con la cara estrecha y los almendrados ojos de los felinos. Era un gato del desierto. Había visto uno de ellos alguna vez antes, pero le habían dicho que ladraban como perros en lugar de ronronear o maullar.

Hui se golpeó los muslos con las manos, mientras se sacudía de la risa, y luego arrojó una piedra para asustar al gato.

—Nos asustamos de las sombras —dijo riéndose entre dientes.

—¿Y eso está mal?

—Esta es una noche para cosas trascendentales...

—Una noche en la que los tontos reciben su merecido, más bien. —Kyky pateó el suelo y levantó un pequeño remolino de arena a modo de desafío—. Lo más probable es que nos degüellen y nos dejen como un banquete para los buitres.

Hui no podía contradecir tal cosa. Pero mostró una cara alegre para tranquilizar a su amigo.

—Cantarás otra canción diferente cuando regresemos con un regalo de los dioses.

—Si es que volvemos.

—¡Ánimo, Monito! —dijo Hui mientras ponía un brazo sobre los hombros de su amigo—. ¡Deja rugir ese fuego que tienes dentro! Esta noche tu vida cambiará. —Cuando vio que Kyky arrugaba la nariz, se apresuró a agregar—. Para mejor, por supuesto. Las chicas caerán de rodillas ante ti, rogándote que las tomes. Los matones que te han atormentado toda tu vida inclinarán la cabeza en deferencia. Serás un rey entre los hombres. Disfruta este momento.

Kyky sacudió la cabeza.

—Es demasiado peligroso. Deberíamos regresar.

Hui sonrió para ocultar su frustración. Tenía que seguir tratando de persuadirlo.

—¿Y perder un premio tan supremamente valioso? —Se subió a una roca y señaló las estrellas—. «Un fuego ardiendo que atravesó el cielo». Eso es lo que dijo el viejo caminante del desierto. Donde se estrelló contra la tierra, la arena se convirtió en vidrio y en el centro de un enorme cráter había una piedra negra. La Piedra Ka, la llamó el caminante del desierto. No las Piedras Ka que se dejan en las tumbas, no. Es una piedra llena de la esencia de los dioses. Pues, él mismo me lo dijo, tenía poderes mágicos. Algunos dicen que podría hacer que un hombre volara con los pájaros, si recitara las plegarias adecuadas. Otros dicen que hace vivir a los fantasmas de aquellos a los que se les niega un lugar en el más allá...

—Algunos dicen, algunos dicen. —Kyky se paseaba impaciente—. ¿Y por qué ese viejo caminante del desierto no se beneficia de esa magia? Porque se la robaron, se la arrancaron de los dedos muertos cuando todos los hombres que caminaban a su lado fueron asesinados. —Kyky alzó las manos por el aire—. ¡Robado por los Verdugos del Desierto! Los bandidos más sanguinarios de todo Egipto. Y ahora tú quieres robarles la piedra a ellos. Es una locura. ¿Por qué te habré hecho caso esta vez?

Hui se dio vuelta, fingiendo buscar la huella por entre el revoltijo de roca y polvo. Kyky estaba cansado e irritable por la caminata, pero había verdad en sus palabras. Hui no podía negar que se había estado tragando su propia aprensión, que en ese momento revoloteaba en su vientre como un pajarillo. A pesar de toda su bravuconería, conocía muy bien los riesgos. Robar a un ladrón era una cosa. Para colarse en el campamento de los Verdugos del Desierto y robar su posesión más preciada... bueno, Kyky tenía razón esta vez. Eso era una locura.

«Mantén la calma —pensó Hui—. Eres valiente».

Hui volvió a levantar los ojos al cielo y buscó entre las constelaciones hasta que encontró a los Cuatro Hijos de Horus... allí, tal como su padre le había señalado cuando era niño. Su guía. Su destino. Se sintió reconfortado.

Volvió a pensar en las blancas murallas de Lahun, cuando conoció al solitario caminante del desierto que pedía pan para llenar su estómago vacío. Envuelto en negras vestimentas, con un turbante que le cubría la cabeza, el hombre tenía un rostro tan azotado por el viento y quemado por el sol como los desiertos por los que se movían esos habiru. A cambio de un pedazo de pan duro, le había contado a Hui sobre la Piedra Ka y el ataque a su caravana. Los ojos de Hui se iluminaron cuando escuchó el potencial de ese relato. Puede que no fuera nada, por supuesto. Aquellas tribus de caminantes del desierto amaban sus cuentos. Pero si era verdad, los dioses le ofrecían a Hui la oportunidad de apoderarse de algo más grande que cualquier cosa que jamás él hubiera conocido: para él mismo, para su padre y su familia, para Lahun.

No se atrevió a hablar de eso abiertamente. Su padre, Khawy, lo habría enviado a su habitación: los peligros eran demasiado grandes. Los bandidos habían dejado huellas de sangre por todo Egipto. Sin embargo, él imaginaba el campamento de los Verdugos del Desierto en las colinas, lleno de niñas para ser vendidas como esclavas, y grandes tiendas repletas de inimaginables botines producto de sus incursiones a lo largo del Nilo, al sur de Dahshur. Los bandidos sin duda estarían borrachos, celebrando su gran éxito y disfrutando de la certeza de que eran los bendecidos por los dioses. Borrachos y durmiendo la mona, demasiado atontados como para notar que unas pequeñas ratas recorrían sus tiendas para quitarles su gran premio.

Hui saltó de su roca.

—Los corazones tímidos nunca ganaron nada grande. Pero si deseas dar marcha atrás, no seré yo quien te lo impida.

Kyky miró colina abajo hacia el desierto vacío.

—¿Solo?

—O puedes seguirme hacia un gran destino. Piensa... un regalo de los dioses mismos. ¿Cuántos grandes honores le serán concedidos al hombre que lleve una cosa así a Lahun? Pues, hasta el mismo faraón haría brillar su magnificencia sobre un héroe como ese. O héroes.

Kyky inclinó la cabeza, indeciso.

—Estoy contento con mi suerte. Eso de héroe suena como un título peligroso. No, dime una vez más qué podemos ganar arriesgando nuestros pescuezos. Algo que pueda tener en mis manos.

—Riquezas que superan tus fantasías más locas. Algo tan divino, tan raro, que será codiciado

por grandes y poderosos hombres en todos lados. Pagarán lo que sea por poseerlo. Es por eso que los caminantes del desierto lo tomaron primero. Por eso los Verdugos del Desierto se lo robaron. Aprovecha este momento, Kyky, y seremos los hombres más ricos y honorables de todo Lahun. Nunca más vas a desear nada. No hay premio más valioso en todo el mundo.

Antes de que Kyky pudiera decidir, Hui escuchó pasos que se les acercaban. Sacó su arma de hoja corta de entre los pliegues de su faldellín. No tenía idea de cómo usarla para defenderse, pues nunca había estado en una pelea en su vida. Rogó que el destello de la luz de la luna sobre el cobre fuera un disuasorio suficiente.

Kyky dejó escapar un gemido tembloroso.

Una silueta surgió de la noche y, con un escalofrío de alivio, Hui vio que era Qen.

—¡Hermano! —gritó—. ¿Estás tratando de matarnos del susto?

—Baja la voz —espetó Qen.

Cuando el recién llegado se detuvo ante ellos, Hui vio que los ojos de su hermano mayor se movían en todas direcciones, muy abiertos por el miedo. Había estado explorando el camino por delante una vez que estuvieron acercándose al campamento de los bandidos.

—¿Qué pasa? —quiso saber Hui.

Qen le agarró el brazo.

—Debemos regresar.

—¿Vienen los Verdugos del Desierto? ¿Conocen nuestro plan? ¿Nos van a destripar para que nos coman los buitres? —el pánico envolvía las palabras de Kyky.

—Ven conmigo.

Qen giró sobre sus talones y corrió de vuelta por sobre las piedras, esta vez manteniéndose agachado.

Hui sintió que el nudo de aprensión dentro de él se tensaba más. Qen era más alto que él, y delgado como una aguja, con mejillas huecas que hacían parecer que no había ingerido una buena comida en varios días. Pero cuando sonreía, su rostro se iluminaba y todos a su alrededor se sentían envueltos en la alegría. Tenían el mismo padre, pero diferentes madres. Khawy había tomado primero a la madre de Qen, Isetnofret, un arreglo por razones políticas, y ella también le había dado una hija, Ipwet. Hui la quería mucho. Pero Khawy estaba enamorado de Kiya, la madre de Hui, que había muerto al darlo a luz. Eso explicaba por qué los dos hermanos no se parecían en nada. Y también eran de carácter diferente. Qen era duro como las rocas que sobresalían en aquella ladera, inflexible cuando deseaba algo. Y su esbelta figura escondía una fuerza poderosa. Cuando eran más jóvenes, Hui lo había visto derribar a dos matones, golpeando la cabeza de uno de los jóvenes varias veces contra la pared de la casa de su padre hasta que le rompió la nariz, los labios le quedaron hechos pulpa y le arrancó la mitad de los dientes. Qen también tenía coraje. Cuando algo le molestaba, lo prudente era cuidarse de él.

Hui y Kyky siguieron a Qen, los tres corrieron juntos como lo hacían desde que eran niños. Hui confiaba en ellos más que en nadie en el mundo, los únicos hombres a los que estuvo dispuesto a contarles aquella gran aventura. Apenas habían pasado algún día separados en toda su vida. Alguna vez habían correteado por las calles de la Ciudad Alta con sus látigos,

peleándose por los bolos. En ese momento eran aspirantes a ladrones y a héroes. Sentían que era natural estar allí juntos esa noche.

Adelante, Qen aminoró el paso y se detuvo en el comienzo de un sendero que iba por un barranco entre dos rocas imponentes. Miró hacia arriba.

Hui siguió la mirada de Qen. Dibujadas contra aquel cielo estrellado, se movían algunas siluetas; eran seis, aparentemente flotando sobre el suelo. Revoloteaban con el viento que soplaba en esas tierras altas.

Al principio, a Hui le costó entender lo que estaba viendo. Kyky, sin embargo, soltó otro ahogado gemido. Dirigió su mirada hacia arriba, hacia esa imagen, como si estuviera rezando para estar equivocado, antes de apartar la cabeza horrorizado.

Hui se adelantó hasta quedar junto a su hermano. Unidos en silencio, miraban.

Seis cuerpos colgaban de una cuerda tendida entre las dos rocas.

Los buitres y los milanos ya se habían hecho un festín con la suave carne de los rostros. Perfectamente limpios, los pómulos y las mandíbulas brillaban a la luz de la luna, y las filas de dientes amarillentos sonreían en muecas. Pero fueron las cuencas huecas, profundas y negras como los pozos de Duat, el infierno egipcio, que los miraban considerándolos indignos, lo que los llenó por completo de terror.

Kyky se dejó caer de rodillas y se retorció las manos.

—Los Verdugos del Desierto tienen poca consideración por las almas de sus víctimas —murmuró Qen.

Tenía la mirada fija en las sombrías cuencas de la más cercana visión de tormento.

—Una advertencia —replicó Hui.

Y el mensaje era claro. A los extraños solo les esperaba la muerte.

Chispas doradas se arremolinaban al subir hacia el centelleo de las constelaciones en el cielo. Aunque el viento de la noche azotaba la fogata en un último rugido, las llamas comenzaban a extinguirse, el rojo de las brasas brillaba entre oleadas de ceniza gris. En la vacilante luz color ámbar, se hinchaban unas cuantas tiendas altas y cuadradas. Se escuchó un sollozo que salía de ellas, sin duda de alguna de las cautivas, sofocado tan repentinamente como comenzó.

Bajo la luz de la luna llena, el campamento de los Verdugos del Desierto dormía.

Una voluta de humo hizo que los ojos de Hui se llenaran de lágrimas. Pudo percibir la fragancia dulzona del estiércol de oveja y la paja que servían de combustible para el fuego. ¿Cuánto tiempo había estado acostado boca abajo sobre aquella losa de piedra, observando el campamento de los bandidos, con Kyky y Qen apenas atreviéndose a respirar a su lado? Una eternidad, parecía. Pero el momento tenía que ser el preciso, aunque le dolieran las costillas y las rodillas y los codos sufrieran de tanto deslizarse como víboras por el suelo duro para evitar ser descubiertos por la luz de la luna.

Egipto había sido alguna vez el imperio más grande de la tierra, Hui había escuchado a su

padre, el gobernador, decirle a uno de los dignatarios visitantes. Pero en ese momento estaba sitiado por chacales por todos lados, y la buena gente vivía con miedo constante. Su rey no tenía heredero ni la fuerza para mantener unida a la Gran Casa de Egipto, y en el caos, un falso faraón había surgido como retador Nilo abajo. Sus soldados dominaban allí. En el oeste, los libios dominaban el terreno junto con los caminantes del desierto, los habiru, pícaros y asesinos todos. Extranjeros, no egipcios. No tenían sitio en estas tierras y nunca lo tendrían. Y en el este los bárbaros, los hicsos, ponían a prueba la determinación de los defensores de Egipto con sus sangrientas bandas armadas. Hui había escuchado muchas historias de esos aterradores guerreros. Rezó para nunca tener que enfrentarse a uno.

Pero parecía, al escuchar a su padre, que eran los Verdugos del Desierto quienes provocaban el mayor temor.

Estas bandas de ladrones, cada una dirigida por su propio jefe, aterrorizaban a lo largo y a lo ancho del Nilo. Atacaban en plena luz del día, incluso golpeando dentro de la sombra de las murallas de la ciudad, matando a todo hombre, mujer o niño que se interpusiera en su camino. Tomaban lo que querían con impunidad, para desaparecer en el desierto y allí planear su próxima incursión. Khawy había lamentado la debilidad de los funcionarios de palacio que parecían incapaces de hacer algo para llevar a los Verdugos del Desierto ante la justicia.

—Los Verdugos del Desierto son una fuerza en la tierra que rivaliza con el Estado mismo. Nadie se atrevería a desafiarlos —había susurrado Khawy—. No tienen misericordia, ni compasión. Esos bandidos asesinos degollarían a sus propias madres si eso les resultara útil.

Y ahí estaba Hui, atreviéndose a desafiarlos. Quizás Kyky tenía razón al decir que era un tonto. Pero, sin embargo, la sola idea de la riqueza que caería en sus manos una vez que hubiera regresado con la piedra Ka, la gran casa que iba a poseer, incluso más grande que la de su padre, el ejército de esclavos, la tierra, la adoración... Para una vida así valía la pena cualquier riesgo.

Una tienda era más grande que las otras. Se alzaba cerca del fuego para que las llamas mantuvieran caliente al ocupante en las guardias de la noche. Aunque parecía gris a la luz de la luna.

Hui la imaginó de un suntuoso color púrpura, una residencia digna de cualquiera que fuera lo suficientemente poderoso como para liderar estos flagelos del desierto. Un pendón ondeaba sobre ella. Rayas negras recortadas sobre un campo de color. ¿Rojo sangre? Eso es lo que él habría elegido.

Al lado de la tienda del líder había una más pequeña, aunque de todos modos más grande que los lugares de descanso de los combatientes. Seguramente allí debía ser donde los Verdugos del Desierto guardaban su botín, lo suficientemente cerca como para que el jefe supiera si alguno de sus hombres intentaba robar algo para sí. Entonces ahí era donde tenían que ir. Hui extendió un dedo para indicar un sendero hacia esa tienda entre las más pequeñas.

—Por favor —susurró Kyky—, pensémoslo de nuevo.

—Eres libre de volver con tu madre —dijo Qen con una voz tan helada como el agua de un río profundo—. Que ella te seque las lágrimas de bebé.

Hui apoyó una mano en el hombro de su amigo.

—Este no es el momento de dar marcha atrás, Monito —susurró—. No cuando el más glorioso de los tesoros está casi en nuestras manos.

El rostro de Kyky se veía color ceniza a la luz de la luna, la mirada fija. ¿Sería capaz de superar su terror y hacer lo que se esperaba de él? Hui no estaba seguro.

Volvió a pensar en esa espeluznante exhibición de las víctimas ahorcadas de los Verdugos del Desierto, y volvió a sentir que el hedor de la podredumbre lo ahogaba.

A Hui el corazón le latía con fuerza en su interior, y el nudo en el estómago le provocaba náuseas. Su plan había parecido infalible allá sentados a la sombra de un entoldado en el techo de la casa de su padre en Lahun.

—No somos luchadores —espetó Kyky—. Somos unos tontos que nos reímos demasiado, que nos caemos cuando estamos borrachos y siempre les decimos las palabras equivocadas a las chicas.

«Tiene razón», pensó Hui. Pero esa era su única oportunidad de convertirse en otra cosa.

Pobre Kyky, siempre intimidado por los demás. El corazón de Hui sufría por él. ¿Qué derecho tenía él para someter a su amigo a más sufrimientos que los que ya había sufrido en su corta vida? Mientras se arrastraban por el polvo, Hui miró a Qen.

Qen se alzó sobre los codos, su rostro enrojecido, desafiante.

—Mi madre me dijo que los dioses tienen un plan para cada hombre —señaló. Sus palabras sonaban enfáticas y duras—. Lo revelan, no con un trueno, sino con la lentitud del viento al descubrir una placa de oro enterrada en la arena. Es fácil pasar por alto ese mensaje, y así es como lo prefieren los dioses, pues quieren que los hombres estén atentos a su presencia en todo momento. Estamos en una bifurcación del camino. Uno de ellos conduce a nuestro destino. El otro es un sendero en el que los dioses nos castigarán por nuestra ceguera. En él solo nos espera trabajo y sufrimiento hasta el día de nuestra muerte.

Hui sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. En efecto, así era como se sentía, aunque nunca hubiera sido capaz de expresarlo de manera tan elocuente, ni de enmarcarlo en la sabiduría de la madre de Qen, Isetnofret.

Qen miró a ambos.

—Este es nuestro momento.

Hui asintió.

—Depende de nosotros. Una vida de trabajo o una vida de alegría.

—¿Me aseguras que esta es la decisión correcta? —intervino Kyky.

—No tengo ninguna duda —respondió Hui.

De todos modos, con el campamento tan cerca, era imposible negar la realidad de lo que estaba por venir.

La fogata crepitaba.

«El sendero se bifurca. El sendero del destino».

Hui entrecerró los ojos para evitar el humo y vio a un guardia encorvado junto a una duna movida por el viento. Al parecer estaba solo. ¿Por qué debería haber más de uno? Nadie en su sano juicio atacaría a esta banda de degolladores.

El guardia estaba tan inmóvil como una de las rocas de la ladera, las piernas recogidas, la frente descansando sobre las rodillas. Estaba dormido. Los dioses les sonreían.

Qen miró a la luna.

—Demasiado brillante. Bien podríamos haber llegado al mediodía.

—Al mediodía, nuestros anfitriones no estarían durmiendo, borrachos —replicó Hui—. Era esta noche o nada.

Habían llegado demasiado lejos como para dar marcha atrás. Pronto sabrían qué plan tenían los dioses para ellos.

Hui miró un rostro y luego otro, para después, con un movimiento de cabeza, avanzar arrastrándose, sin apartar los ojos del centinela dormido. Sentía que Qen y Kyky lo seguían.

Aunque le ardían los codos y las rodillas, se arrastraba a paso lento, tan silencioso como una tumba. Los Verdugos del Desierto podían estar borrachos, pero los pícaros como ellos siempre dormían con una oreja atenta y una mano en la espada.

Hui se deslizó hasta una franja de sombra de luna que se extendía por un borde del campamento, se detuvo y esperó a que Qen y Kyky se unieran a él. Se escuchó un ronquido que salía del interior de la tienda más cercana.

Se llevó la mano a la oreja para oír mejor. Tenían que estar alerta ante el más mínimo ruido de agitación.

Aquel era el momento de mayor peligro.

La sangre le latía en las sienes mientras se arrastraba por el borde de la tienda, manteniéndose agachado. Al final de un laberinto de cuerdas y estacas, la fogata parpadeaba más abajo y el círculo de luz naranja retrocedía. No había nadie moviéndose.

Pronto Hui estuvo agachado frente a lo que estaba seguro era la tienda del botín. Cuando supo que solo reinaba el silencio en el interior, tomó las tres correas de cuero que ataban las solapas de la tienda para mantenerlas cerradas y con hábiles movimientos las desató.

Podía sentir los ojos de Qen y Kyky sobre él. Se armó de valor y apartó la solapa.

Un rayo de luz del fuego moribundo atravesó la oscuridad dentro de la tienda. Cestas de juncos bien tejidos, altas hasta la cintura, se apilaban contra una cantidad de vasijas de barro. Una de las canastas rebosaba de amuletos de plata y placas de cobre, relucientes collares con incrustaciones de lapislázuli y diademas con gemas arrancadas a las víctimas femeninas más ricas de estos asaltantes. Una de las tapas de las vasijas de barro se había movido, y en su interior Hui pudo ver grano. El rico aroma del aceite flotaba en el aire. Los bandidos podían intercambiar todo lo que había allí por cualquier cosa que sus corazones desearan.

Hui se deslizó hacia el interior. Qen y Kyky lo siguieron.

Hui dejó la solapa un poco abierta para que el resplandor del fuego iluminara su búsqueda, y se deslizó entre el botín. Qen se movía constantemente de una canasta a otra, levantando cada tapa y mirando su interior.

Kyky se demoró en la entrada de la tienda, ignorando las frenéticas señales de urgencia de Hui. El Monito señaló una canasta. Estaba iluminada por el haz de luz ámbar que atravesaba el hueco en las solapas de la tienda, casi como si los dioses la hubieran iluminado para ellos. La

cesta estaba aislada con un espacio a su alrededor, una extraña disposición en medio del montón de piezas del botín.

Hui vio lo que Kyky había notado. La cesta había sido colocada allí con cuidado, y dejaba un espacio libre para que el contenido pudiera ser inspeccionado fácilmente. Hui le sonrió a su amigo. Kyky siempre había sido el más inteligente. El corazón de Hui latió con fuerza cuando su mano se acercó a la tapa del recipiente. Tal vez era su mente supersticiosa, pero sintió que una fuerza fría irradiaba de la cesta. La piel de los antebrazos se le erizó hasta convertirse en carne de gallina, y por un momento temió la sola idea de levantar la tapa y mirar algo que había tenido contacto con los dioses mismos.

Levantó con cuidado la tapa.

No hubo un destello de luz, ni un trueno. Pero mientras Hui fijaba la vista en las sombras, sintió susurros en su cabeza, voces extrañas que hablaban en un idioma que él no reconocía pero que parecía cargado de un terrible significado. Este era el lugar correcto.

A la vez que susurraba una plegaria, metió una mano temblorosa en el interior. Sus dedos rozaron algo duro, envuelto en lo que parecía el lino más suave.

De repente, Hui percibió un movimiento con el rabillo del ojo en el fondo de la cesta. Con un grito ahogado, se echó hacia atrás.

Una forma sinuosa salió disparada del oscuro interior. La encapuchada cabeza de una cobra se balanceaba delante de él, adornada con joyas negras y plateadas, que brillaban a la luz del fuego. Una lengua bífida salió veloz de una boca abierta de par en par, con unos colmillos que brillaban llenos de veneno.

El miedo paralizó a Hui, hipnotizado por la flexibilidad de los movimientos ondulantes de la serpiente. Había visto a un hombre morir en una lenta agonía por una mordida de esas afiladas fauces.

Kyky susurró una advertencia, agitando las manos en dirección a la entrada de la tienda. ¡Su grito involuntario! Había sido demasiado confiado, y eso los condenaba a los tres.

Hui se dejó caer echándose hacia atrás. La cobra atacó, pero esas mandíbulas salvajes se cerraron en el aire. Hui pateó y la canasta crujió al salir disparada. La serpiente voló con ella. Lo último que se vio de ella fue su cola enroscada, que brillaba como metal fundido mientras se escondía por entre los oscuros recovecos.

Metió la mano hasta el fondo de la canasta y Hui arrancó el tesoro de esa profundidad. Tenía que estar seguro. Quitó el lino y levantó una roca de intenso color negro con bordes dentados, más o menos del tamaño de la cabeza de un hombre. Los ojos del muchacho brillaron asombrados y se quedó boquiabierto, mirándola, pero solo por un fugaz momento. Hui envolvió la Piedra Ka y la apretó contra su pecho y se dirigió a las solapas de la tienda. Afuera se podía escuchar el eco de los gritos y los silbatos que resonaban en todo el campamento. En el momento en que salieran y se hicieran ver, los Verdugos del Desierto caerían sobre ellos. Pero tampoco podían esperar allí donde estaban. La tienda del botín sería el primer lugar donde los bandidos irían a buscar.

—Eres un idiota —le reprochó Qen—. Nos has matado a todos.

—Vamos —exhortó Hui—. Los dioses nos protegerán.

Pasó por delante de los otros dos y se metió en la noche llena de humo.

Con solo una mirada, la sangre en sus venas se convirtió en agua helada. A su alrededor salían cabezas de las tiendas, con el último vestigio del sueño apartado en un instante. Algunos Verdugos del Desierto daban vueltas de un lado a otro, buscando la causa del ruido que los había perturbado.

Otros ya tenían sus espadas de bronce en la mano y se dirigían a la tienda donde se almacenaba el botín. Cuando uno de ellos vio a Hui y la Piedra Ka, su rostro se iluminó con sorpresa, para de inmediato retorcerse con furia. Un grito de alarma salió de su boca elevándose al cielo. Y entonces el campamento estalló lleno de vida salvaje, como un activo hormiguero que ha sido perturbado.

Hui avanzó. Su camino a través del campamento parecía despejado. Una oportunidad, entonces, aunque fuera mínima.

Hui saltó sobre las cuerdas de las tiendas sin dejar de correr. Sus pies bailaban esquivando las estacas, el instinto lo mantenía avanzando sin detenerse.

Alguien estaba gritando que habían sido asaltados, que la Piedra Ka había sido robada. Se produjo un nuevo estallido de ira.

Detrás de él, Kyky gemía como el vapor que escapaba de una olla tapada y burbujeado en el hogar.

En el momento que cruzaba el límite del campamento, Hui escuchó un golpe y un grito. Se dio la vuelta y vio que no era el Monito, sino Qen quien había caído. Kyky estaba por delante de su hermano, y frenó hasta detenerse y dio media vuelta.

Un grupo de Verdugos del Desierto se iba reuniendo y sus siluetas se recortaban sobre la fogata en el fondo. Las brillantes espadas lanzaban destellos. Su rugido se fusionó en un solo bramido, como una hambrienta bestia gigante dispuesta a llenarse la barriga.

Qen luchaba por ponerse de pie mientras la horda avanzaba.

¡El hermano de Hui! ¡Su hermano, a quien amaba más que a nada!

Antes de que Hui pudiera moverse, Kyky retrocedió de un salto sobre los traicioneros vientos de las tiendas, agarró a Qen por la muñeca y tiró del hombre caído hasta que estuvo de pie. Qen se levantó con fuerza, tambaleándose en los brazos del Monito.

Pero era demasiado tarde. Los Verdugos del Desierto estaban casi sobre ellos.

Por un breve instante, Qen y Kyky se miraron a los ojos. Hui no pudo saber en qué consistió esa comunicación silenciosa entre ellos, tal vez una frase de agradecimiento por la amistad que habían compartido, tal vez un reconocimiento de que iban a enfrentar juntos a la muerte, hermanos en todo aunque no en la sangre.

Qen agarró los hombros de Kyky, en lo que debió ser un abrazo final... y luego lo hizo girar y lo empujó hacia los atacantes.

Hui no salía de su asombro. Qen nunca antes había mostrado cobardía, ni desprecio por cualquier otra vida, ciertamente no la de un amigo tan cercano como si fuera un pariente.

—Hermano, ¿qué has hecho? —susurró Hui para sí mismo, tratando de entender lo que

estaba ocurriendo ante sus ojos.

Siempre había admirado a Qen, por su valentía y por su fuerza.

¡Pero este no era el hermano que él conocía!

Kyky se dio vuelta, agitando los brazos. Hui vio el rostro de su amigo que se arrugaba de horror al darse cuenta de su destino.

Hui dio medio paso adelante para ayudar y luego se detuvo. ¿Qué podía hacer? No había nada que hacer.

El Monito se enganchó un pie en una cuerda y cayó de espaldas. Los Verdugos del Desierto se abalanzaron sobre él, aullando.

Mientras trataba de alejarse, Hui sintió un espasmo de repugnancia. Los gritos de su amigo se mezclaban con los aullidos de victoria. Pusieron a Kyky de pie. Un brazo musculoso le envolvía la garganta, listo para partirle el cuello. Le agarraron las muñecas y tiraron hacia atrás, y las puntas de las espadas se apoyaron contra su pecho para atravesarlo rápidamente cuando fuera el momento.

Qen corrió hasta quedar al lado de Hui. No se atrevió a mirar a su hermano. Y cuando Qen lo agarró del brazo para arrastrarlo lejos, Hui retiró la mano. Estaba congelado, incapaz de huir y dejar a su amigo librado a su suerte, sabiendo que seguramente moriría si se quedaba.

Los Verdugos del Desierto parecían sentir su sufrimiento. Las sonrisas se encendían en sus caras y su paso se hizo más lento una vez que estuvieron seguros de dominar la situación mientras avanzaban con Kyky en medio de ellos. Burlándose. Instando a Hui y a Qen a que se acercaran a ellos.

—¡Deténganse!

La voz retumbó por todo el campamento y todos los hombres se quedaron en silencio. Los Verdugos del Desierto se detuvieron a un tiro de lanza de distancia de donde estaban Hui y Qen.

La horda de Verdugos del Desierto se abrió para dejar un camino libre. Hui vio a alguien que avanzaba por ahí. Alto y delgado, su piel estaba bronceada hasta parecer de caoba por el sol del desierto. Hui miró esos ojos negros y la nariz picuda y vio sangre de habiru en él. El hombre sonrió, sus dientes blancos brillaron entre las cerdas negras de su gruesa barba rizada.

Cuando el hombre se detuvo junto al tembloroso Kyky, habló.

—¿Sabes a quién has desafiado? —La voz sonó con arrogancia. Aquel era un hombre que nunca había sido confrontado—. Me llamo Basti el Cruel, y llevo ese título por una buena razón.

Hui sintió que la sangre se le escapaba. Conocía ese nombre y la reputación que iba con él. ¿Quién en Lahun no lo conocía? La sangre de mil hombres manchaba las manos de Basti. Durante más de cinco temporadas, este líder de aquellas aves rapaces había destruido caravana tras caravana que traían el comercio desde el este. Basti había asaltado las minas de cobre y pasado por la espada a todos los mineros, y había sacrificado a tantos esclavos en las fértiles haciendas a lo largo del Nilo que los mismos campos se habían teñido de rojo. Y una vez que hubo matado a esos trabajadores, quemó las cosechas sin otra razón que la destrucción. Después solo crecerían malas hierbas allí; eso fue lo que dijeron los mercaderes cuando llegaron a Lahun.

«El Cruel». Un título apropiado.

—Deja libre a mi amigo —gritó Hui. Le temblaba la voz.

—Déjalo —susurró Qen—. Él ya está muerto. Pero nosotros podemos todavía salvar el cuello. Somos mucho más rápidos que los pesados Verdugos del Desierto, y ellos lo saben. Somos más jóvenes y cargados con más fuego que ellos. Si nos escapamos corriendo ahora, nunca nos atraparán.

Cuánta frialdad mostraba su hermano. Hui nunca antes lo había oído hablar así.

Basti pronunció una orden y el brazo en la garganta de Kyky lo soltó. Basti lo reemplazó con su espada curva. La hoja cortó la piel, y apareció una burbuja de sangre. Kyky comenzó a sollozar.

—Dame el objeto que tienes en tus manos y seré generoso —continuó el señor de aquellas aves rapaces.

El bulto envuelto en tela seguía en manos de Hui.

El líder de los Verdugos del Desierto era lo suficientemente sabio como para darse cuenta de que los dos jóvenes ladrones le llevaban ventaja. Qen tenía razón; su juventud les daba una velocidad que estos saqueadores ya no poseían. Podían desaparecer fácilmente en la oscuridad de la noche del desierto. Y Basti nunca volvería a ver su tesoro. De modo que se preparó para regatear.

—Los dejaré vivir a todos, y serán libres de alejarse de aquí. Este no es un ofrecimiento que le haya hecho a ningún otro enemigo —agregó Basti—. Y les permitiré a cada uno llevar consigo una bolsa de plata, para que todos sepan que la crueldad puede ser templada con la amabilidad. —Sus labios se curvaron en una sonrisa tensa que no contenía calidez alguna.

La boca de Hui estaba tan seca como la arena que los rodeaba. No confiaba ni por un instante en este bandido sediento de sangre. ¿Pero qué podría él hacer? Vio las lágrimas que brillaban a la luz de la luna en las mejillas de su amigo, y trató de imaginar qué terribles pensamientos estarían dando vueltas en la cabeza de Kyky en ese momento.

Hui estiró los brazos con el paquete, sintiendo el peso de la Piedra Ka que contenía.

Basti sonrió. Movié la cabeza y dos hombres se adelantaron para recoger su regalo de los dioses. Hui pronunció una oración silenciosa a los dioses para que los salvara. Debía correr, lo sabía, pero no podía apartar la mirada del rostro aterrorizado de Kyky.

A su lado, pudo sentir que su hermano se movía, tal vez sintiéndose culpable por el acto cobarde que había cometido.

—No tengo más remedio que entregar la Piedra Ka —murmuró Hui.

Como Qen no respondió, Hui le lanzó una mirada. Una mirada extraña y desenfocada flotaba en los ojos de su hermano.

De repente, como ataca una enorme serpiente, Qen se abalanzó sobre él. Agarró la Piedra Ka y la arrancó de las manos de Hui. Este pensó que su hermano iba a devolverles ese tesoro a los Verdugos del Desierto a cambio de su libertad. Pero, en lugar de eso, Qen giró sobre sí y partió veloz para salir del campamento.

—¡Tontos! —bramó Basti—. Esto no es un juego.

Con un movimiento rápido de su mano, pasó el filo de su espada sobre el cuello de Kyky.

Brotó la sangre. El amigo de Hui dejó escapar ruidos de ahogo, sus piernas se aflojaron, y cayó entre aquel grupo de saqueadores, evitándole así a Hui el horror de verlo morir.

Hui sintió una oleada de desesperación que creyó que lo volvería loco. En ese momento Basti levantó la mano y la estiró bruscamente hacia adelante, y aquellos Verdugos del Desierto se lanzaron adelante como una jauría de perros liberados por su amo, ladrando y aullando, dominados por la sed de sangre.

Hui giró sobre sus talones y partió veloz. Apenas pudo distinguir la silueta gris de Qen que desaparecía en el páramo y corrió tras él.

Lo único en que Hui podía pensar en medio del torbellino de su dolor era que Kyky era el más valiente de todos. Y Hui, con su cobardía, lo había matado.

Pero entonces el impulso desesperado por sobrevivir lo atravesó y corrió lo más rápido que pudo, sus pensamientos desaparecieron alejados por la locura del miedo. Los ruidos salvajes del grupo de cazadores atronaban a sus espaldas, asesinos que no iban a descansar hasta verlo muerto.

Una línea rojiza atravesaba el horizonte delante de aquellos dos hombres que corrían. A Hui le ardía el pecho y le temblaban las piernas como si tuviera fiebre. Qen trastabillaba como un borracho. ¿Cuánto tiempo más podrían seguir huyendo antes de que el agotamiento los pusiera de rodillas y rápidamente llegara la muerte?

Detrás de ellos, los Verdugos del Desierto los perseguían, tan implacables como la misma muerte. Hui podía escuchar sus gritos de batalla. Sabía que nunca iban a retroceder. La Piedra Ka era un tesoro demasiado grande como para renunciar a él. Basti el Cruel pediría la cabeza de todo hombre que fracasara en su misión. Miedo y recompensas incalculables, las dos grandes fuerzas que espoleaban a los hombres hacia sus destinos.

Los bandidos se acercaban. Eran hombres duros, acostumbrados a las privaciones de las marchas, fortalecidos por largas jornadas bajo el sol abrasador, corazones convertidos en piedra por las mujeres que habían violado, por los niños que habían asesinado.

Cuando Hui y Qen salieron del campamento, los dioses les sonrieron. La oscuridad se los tragó rápidamente. Se ocultaron moviéndose por los espacios entre las rocas para desaparecer yendo de un lado a otro usando las rocas como protección. Eso les había hecho ganar algún tiempo mientras los Verdugos del Desierto buscaban sus rastros. Luego habían trepado por un pedregal en dirección a Lahun, aunque sabían que su hogar estaba demasiado lejos como para llegar antes de que el sol los quemara y los pusiera de rodillas por el cansancio. Pero Hui sintió que la brisa le golpeteaba la piel, haciéndose cada vez más fuerte, e imaginó una estratagema. El resultado sería arriesgado, pero era lo único que les quedaba.

—Tengo un plan —dijo Hui.

El viento comenzó a aullar y pronto una tormenta de polvo azotó el páramo. Cuando la arena clavó agujas calientes en sus rostros, tomaron la tela que siempre llevaban sujeta a la cintura y se

cubrieron la boca y narices con ella, e inclinaron la cabeza para proteger los ojos.

Mientras se tambaleaba en medio del vendaval, Hui le hizo señas con una mano a Qen. El rugido de la tormenta se habría tragado sus palabras. Qen obedeció. Hui avanzó con toda la fuerza que pudo reunir contra el viento que los azotaba. La tormenta de polvo ocultó la luna, esa noche se convirtió en una de las más oscuras que habían vivido a la vez que el viento borraba sus huellas.

Hui, moviéndose por instinto, se abrió camino hacia una hilera de rocas que sobresalían del suelo como colmillos de alguna bestia enterrada. Cuando llegaron al otro lado del afloramiento de rocas, usaron la línea de esas piedras para guiarlos hacia el este. El Nilo y la civilización que palpitaba a lo largo de sus orillas estaban más cerca que su hogar. Hui calculó que podrían perderse en medio de los asentamientos que bordeaban el sinuoso río hasta encontrar el camino de regreso a su hogar.

En ese momento esa era su única esperanza.

La estratagema al menos les había dado algo de tiempo. Cuando la tormenta de polvo siguió su curso delante de ellos, y el gemido del viento fue cesando, oyeron los gritos estridentes de los Verdugos del Desierto que iban desapareciendo en el oeste. Hui sabía que solo era cuestión de tiempo antes de que los bandidos se dieran cuenta de su error. Oró para que fuera suficiente.

Siguieron corriendo hacia el este, en dirección a las orillas del Nilo. Se movieron entre las rocas hasta que llegaron al pie de las colinas. Y por un tiempo pareció que habían escapado.

Pero Hui escuchó otra vez las escalofrantes llamadas y respuestas de la jauría, y su corazón se hundió. En ese momento se dio cuenta de que si iban a morir, primero tenía que enfrentar a su hermano. Se detuvo.

Hui apartó la tela que le cubría la boca.

—¿Cómo pudiste, hermano? —Su voz se quebró y ahogó un sollozo—. Prácticamente asesinaste a Kyky tú mismo. ¡Se lo arrojaste a esos asesinos! Era nuestro amigo, nuestro amigo desde que apenas sabíamos caminar. Y lo descartaste como si no significara nada para ti...

Qen levantó la mano, pidiendo silencio. Hui miró a su hermano a los ojos en el espacio entre los pliegues de la tela y en ese momento no pudo reconocerlo.

Lentamente, Qen se quitó la tela de la boca.

—Basti nunca iba a dejar ir a Kyky, lo sabes. Estuvo muerto en el momento en que volvió por mí. Siempre agradeceré su sacrificio...

—¿Qué sacrificio? ¡Lo arrojaste a esa jauría sedienta!

—Era mejor que muriera uno de nosotros y no los dos.

Hui sintió náuseas por el tono insensible que escuchó en la voz de su hermano. Siempre supo que Qen era duro y ambicioso. Pero la crueldad que mostraba en ese momento era estremecedora. Siempre había estado allí, dentro de Qen todo el tiempo, y estalló en el momento en que su instinto le dijo lo que tenía que hacer para sobrevivir. La vida de Kyky no significó nada para Qen. ¿Cómo fue posible que nunca antes Hui hubiera visto esta cualidad en su hermano?

Hui sintió que el mundo se movía bajo sus pies. Nunca podría volver a ver a Qen de la misma

manera. Los lazos que los unían estaban rotos y nunca podrían ser reconstruidos. Pero algo más preocupante se agitó dentro de él.

«¿Debería hacerse justicia?». Hui pensó en la madre de Kyky y en la pena que la iba a consumir cuando se enterara de la muerte de su amado hijo.

¿Podría Hui llevar consigo el secreto de Qen durante el resto de su vida, con la culpa carcomiéndolo? A Kyky se le había negado la vida más allá de la muerte por las acciones de su hermano. Ningún rito funerario jamás lo llevaría a cruzar ese umbral. ¿Debía decirlo todo, de modo que de alguna mínima manera las cosas quedaran bien hechas? ¿Podía traicionar a su hermano?

—Si hubieras renunciado al tesoro, Basti no habría mostrado misericordia —estaba diciendo Qen—. Ahora los tres estaríamos colgados de aquella cuerda con sus otras víctimas, con los buitres desgarrando nuestras carnes, una advertencia para cualquiera que se atreviera a desafiarlo. —Señaló con un gesto el bulto que Hui tenía en ese momento agarrado contra su pecho—. Nosotros todavía tenemos eso, la gloria que vinimos a ganar. Todavía tenemos la cosa que los hombres poderosos matarían por tener en sus manos, y la llave de grandes riquezas. Todavía tenemos nuestras vidas. Y nosotros todavía tenemos nuestro destino.

—Pero Kyky... —protestó Hui.

—Tú lo mataste, hermano. Tú —espetó Qen—. Tú lo persuadiste para que viniera en esta aventura imposible. Lo envolviste con historias de riqueza y fama. Y le dijiste que de cualquier manera estaría a salvo. Si hay que culpar a alguien, es a ti. Tu codicia por cosas más grandes mató a Kyky. No yo.

Qen le dio la espalda a Hui. No había nada más que decir.

Hui sintió lágrimas en los ojos. Esa acusación había llegado ardiendo a su corazón, y él supo, en verdad, que no podía negarlo.

Las piernas de Hui se estremecían a cada paso. Qen zigzagueaba. El sudor los envolvía a ambos, les empapaba los faldellines atados a la cintura y les hacía arder los ojos mientras el calor del día envolvía la tierra. Pronto se iba a agotar la poca fuerza que les quedaba en las piernas.

Hui aspiró con respiración temblorosa y de repente sus fosas nasales percibieron un nuevo olor.

—Espera —exclamó. Qen miró hacia atrás—. Huele este aire.

Los ojos de Qen se entrecerraron. Una sonrisa se deslizó por su rostro.

—¡El río!

Hui pudo saborear el levísimo indicio de vegetación y tierra húmeda, pero fue como un bocado de pan para un hambriento. Habían perdido de vista a los Verdugos del Desierto detrás de ellos, pero estos se acercaban rápidamente... Hui podía escuchar sus gritos cada vez más fuertes... Con un poco de suerte él y su hermano podrían perderse entre las multitudes que habitaban en las orillas del río.

De alguna manera encontraron la fuerza dentro de ellos para echarse torpemente a correr. Pronto, Hui se protegió los ojos contra la luz que se reflejaba en el Nilo. Sus pulmones se llenaron con los olores del vasto río que daba vida.

Se sumergieron en un mundo color esmeralda, un manto de campos ordenados donde los hombres trabajaban, quemados por el sol. Un hombre con faldellín y sombrero de ala gris se movía inclinado sobre un arado con reja de madera y uncido a un buey. Levantó la cabeza de sus labores para mirar a los dos hombres que corrían más allá del límite de su campo y los maldijo por su estupidez.

—Podríamos pedir ayuda a los granjeros —jadeó Qen.

«Qué cerca está de caer de rodillas y esperar que las espadas caigan sobre él», pensó Hui.

Acomodó el peso de la Piedra Ka en sus manos. Parecía ser cada vez más pesada con cada momento que pasaba.

—¿Crees que dejarán sus herramientas para enfrentar con firmeza a una horda de bandidos sedientos de sangre para protegernos? Lo más probable es que salgan corriendo en la dirección contraria más rápido que las ratas que huyen de un granero.

Hui puso una mano debajo del brazo de su hermano y lo ayudó a moverse.

—No temas. Tengo otro plan.

No tenía ningún plan.

Cerca del río, los granjeros estaban metidos en sus canales. Inspeccionaban las tomas que desviarían el agua y el torrente de limo negro que vendría con ella durante la próxima temporada de inundaciones. Hui miró a su alrededor buscando un lugar donde esconderse. Pero la tierra era llana y demasiado bien cultivada, con apenas unos bosquecillos de palmeras datileras para dar sombra.

—Tal vez hay soldados por aquí —dijo Qen, con la voz quebrada por la desesperación.

Hui lo ignoró. Había estado escuchando el crujido de los cigoñales, con sus cubos de agua balanceándose en pértigas con contrapesos que los agricultores usaban para regar sus tierras, pero en ese momento hasta ese sonido había sido ahogado por los aullidos a sus espaldas.

A orillas del Nilo, Qen se dejó caer sobre el suelo blando.

—Ya no puedo correr más —jadeó.

Hui luchó contra la desesperación. No había dónde esconderse, dónde no ser descubiertos. No había nadie para ayudarlos.

Parecía que no había nada más que hacer y esperar allí la muerte.

Hui miró al otro lado del Nilo y sus pensamientos saltaron hacia atrás, a una visión que había tenido cuando era niño, de pie en esas orillas con su padre. Khawy había viajado desde Lahun para hacer negocios con los comerciantes que recorrían el canal, y Hui le había suplicado que lo llevara con él. Amanecía, y cuando el sol se elevó sobre las colinas, la luz rojiza convirtió al Gran Dador de Vida en un río de sangre que fluía a través de Egipto. Le había mencionado esto a su padre.

Hui nunca había olvidado las palabras de Khawy:

«Es un recordatorio de que con todas las maravillas de nuestra vida hoy, la historia de nuestra

tierra está empapada en sangre. Es deber de todos los hombres hacer todo lo que podamos para asegurar que no se derrame más sangre, y que podamos crear una época en la que vivamos en armonía para disfrutar de todo lo que los dioses nos han legado».

Incluso cuando era niño, Hui no podía imaginar ese momento. Esta vez, con las incursiones de los Verdugos del Desierto empeorando día a día, y con la ausencia de leyes y las fallas del gobierno en aumento, aquello parecía estar más lejos que nunca. No le interesaba demasiado la política, pero había escuchado fragmentos de conversaciones entre su padre y su madre. El mundo parecía empeorar, no mejorar.

Hui miró el envoltorio que contenía la Piedra Ka. Tal vez este regalo de los dioses fue diseñado para cambiar eso. Para anunciar el comienzo de una nueva era de paz y alegría. Tal vez ese era el destino que los dioses tenían para él. ¿Y eso haría que el sacrificio de Kyky valiera la pena? Pensó que su amigo podría creer que así sería.

Su corazón se agrandó.

—No moriremos aquí, hermano. Tienes mi palabra al respecto. —Hui se sorprendió al escuchar la firmeza de su propia voz.

Miró por entre los papiros hacia el ancho río. Su mente recorría la escena en busca de alguna vía de escape que aún no hubiera considerado. El Nilo estaba lleno de embarcaciones de todos los tamaños. Mientras Hui los veía pasar, el sol naciente convirtió al río en una inundación de metal fundido, brillante y caliente, ardiendo con la promesa de una nueva existencia.

«De la sangre al oro», pensó. Su padre tenía razón. Ahí estaba la lección.

Qen se incorporó.

—Mira —gritó, señalando con la mano.

A través de la neblina vidriosa del calor, Hui pudo distinguir las figuras de cincuenta o más Verdugos del Desierto que avanzaban por los campos sembrados, más allá de las casas de los granjeros. Los bandidos pisoteaban los cultivos destruyendo los frutos ganados con tanto esfuerzo por aquellos que trabajaban arduamente para ganarse la vida a lo largo de la orilla del río. Mientras Hui miraba, un granjero salió bruscamente de su choza. Lo único que tenía para defender su tierra era un palo con una piedra atada en la punta. Avanzó corriendo, empuñando el palo con un movimiento desesperado en su intento de proteger su sustento.

Tres bandidos cayeron sobre él con sus espadas en acción. Murió antes de tocar el suelo.

—Ese es nuestro destino —espetó Qen—. A esto es a lo que nos has traído.

Hui pudo ver al explorador de ellos que avanzaba arrastrándose, siguiendo las huellas de los dos fugitivos. Los exploradores Verdugos del Desierto podían seguir la huella de un hombre por los áridos páramos aunque les llevara varios días de ventaja. Dondequiera que fueran, esos bandidos los iban a encontrar.

—Al agua —dijo Hui, empujando a su hermano hacia adelante.

—¡Estás loco!

—Haremos lo que hacíamos cuando éramos niños. ¡Kyky nos enseñó a hacerlo, recuerda!

Hui chapoteó hundiéndose en el barro entre los grupos de papiros. Arrancó un junco verde y lo llevó a los labios.

—Nos esconderemos bajo la superficie y respiraremos con esto. Los Verdugos del Desierto pensarán que nos hemos zambullido en el río para alejarnos nadando. Incluso pensarán que nos hemos ahogado. Y mientras ellos buscan río abajo, nosotros podremos escapar y encontrar otro camino a casa.

Qen sabía, al igual que Hui, que esa era su única oportunidad.

Chapotearon por los bajíos con varios juncos en sus manos. Hui sintió que se le oprimía el pecho. No era un buen nadador. Algunas de las corrientes que se movían a lo largo del río eran suficientemente fuertes como para apartarlos de las orillas y llevarlos a la muerte.

—Quédate lo más cerca que puedas de la orilla —susurró.

Más allá de los grupos de papiros, pudo escuchar el sonido de las voces de sus perseguidores. Gritaban órdenes. Golpeaban el suelo con los pies.

Cuando la corriente comenzó a tirar de sus tobillos, Hui respiró profundamente y se hundió bajo la superficie. Afirmó los pies en el lodo cerca de la orilla. Sujetó la caña hueca con los labios y mantuvo el otro extremo por encima de la superficie para poder respirar el aire que daba vida. Envolvió su otro brazo alrededor de la Piedra Ka y la apretó contra el pecho.

En ese mundo gris, el murmullo y ruido del agua llenaron sus oídos. Hui sintió que el peso de la Piedra Ka lo arrastraba hacia abajo. Lo cual hizo que fuera más fácil mantener su lugar en la corriente. Mientras el frío se le iba metiendo hasta los huesos, y el latir del río tragaba todos los pensamientos, cerró los ojos con fuerza, perdido en aquel mundo turbio.

Pasó el tiempo; cuánto tiempo, no lo supo. Parecía una eternidad, pero probablemente fueron solo unos momentos.

Hui se sacudió ante una repentina agitación en el agua y abrió los ojos, tratando de ver por entre la penumbra. ¿Acaso uno o más Verdugos del Desierto había saltado al agua para buscar en la orilla? Su corazón tronó y extendió una mano. Sus dedos se cerraron sobre el antebrazo húmedo de Qen y eso le dio algo de tranquilidad.

Pero el agua seguía agitándose. Fuera lo que fuese que se estaba moviendo en la corriente, era más grande que un hombre.

Lo dominó una ola de pánico. ¿Habían molestado a un hipopótamo?

Esas enormes bestias reaccionaban de una manera terrible cuando se las molestaba, y sus mandíbulas podían partir a un hombre por la mitad. Hui se mantuvo tan quieto como pudo. Con un poco de suerte, la criatura perdería interés y se alejaría.

Una forma sinuosa pasó junto a él como un relámpago.

No era un hipopótamo. Hui se puso tenso, cada fibra de su ser alerta.

El intruso giró y pasó de nuevo, más cerca esta vez. Incluso a través del agua plomiza pudo distinguir el ancho hocico y la piel acorazada del color del bronce oscuro. La cola con cresta se movió, y supo que era uno de los grandes cocodrilos.

Su sangre quedó fría como el agua del río. Cada temporada estos asesinos silenciosos terminaban con la vida de docenas de personas distraídas a lo largo de las orillas del Nilo. Ningún hombre era lo suficientemente fuerte como para detener aquellas poderosas mandíbulas una vez que habían caído sobre su presa.

A medida que la bestia se acercaba moviéndose en círculos, Hui pudo ver sus ojos pálidos fijos sobre él. Vio las filas de colmillos en el hocico, afilados como dagas de hueso en una poderosa mandíbula que podría partirlo en dos en un instante.

Los Verdugos del Desierto aún estarían merodeando cerca en la orilla del río. Hui tenía que decidir: o morir por la espada o ser comido vivo por el asesino más salvaje del río.

Cuando salió bruscamente del agua, Qen levantó la cabeza.

—Cocodrilo —jadeó Hui—. Cocodrilo.

Ambos hermanos se lanzaron hacia la orilla y Hui sintió que la bestia avanzaba hacia ellos. De alguna manera pudo salir a los tropezones de los bajíos y hacia el lodo antes de que las fauces se cerraran sobre él. Pero el saurio iba a seguir yendo tras ellos una vez que los había percibido como una presa, y era tan rápido en tierra como en el agua.

Hui gateó hundiéndose en el lodo y alejándose de la orilla del río, y mientras lo hacía percibió movimiento a su alrededor. Las cañas se balanceaban entre los grupos de papiros en varios lugares. Había más cocodrilos. Entonces se dio cuenta de lo afortunados que habían sido, aunque todavía estaban en gran peligro.

—Los dioses están con nosotros —murmuró.

Sin pensarlo dos veces, agitó los brazos y gritó.

—¿Estás loco? —gritó Qen a su vez.

Más adelante en la orilla, los Verdugos del Desierto se dieron vuelta para mirar atrás. Mientras sus rugidos resonaban por todos lados, Hui giró hacia el norte y avanzó por entre los juncos.

—¡Sígueme! —gritó.

Al llegar al lugar elegido, Hui patinó hasta detenerse y se afirmó frente a los bandidos que corrían.

—Haz lo mismo que hago yo —dijo Hui—. Sigue mis pasos. No te desvíes ni a la izquierda ni a la derecha, pues pondrás en peligro tu vida.

Qen sacudió la cabeza. Había renunciado a tratar de entender lo que su hermano estaba haciendo.

A medida que los bandidos se acercaban ruidosamente, Hui pudo ver el rictus de sus sonrisas en los rostros. Gritaban y aullaban. Creían haber ganado.

Qen se encogió cuando los bandidos corrieron hacia ellos. Cuando ya los tenían casi encima, Hui gritó:

—¡Ahora!

Y saltó hacia los juncos, siguiendo un sendero que los alejaba de donde había visto movimiento. Qen corrió tras él.

Los Verdugos del Desierto no fueron tan cautelosos, tal como Hui calculó que ocurriría. Se precipitaron desordenadamente por entre los grupos de papiros en el fango, gritando mientras agitaban las espadas por sobre las cabezas.

Sus gritos murieron en sus labios un momento después.

Un salvaje ataque de los cocodrilos estalló entre los juncos. Se escucharon gritos

desgarradores.

Mientras chapoteaba en el barro lo más rápido que podía, Hui miró hacia atrás. Los bandidos atacaban a lo que estaba escondido entre los juncos. Levantaban las manos, las bocas abiertas de par en par por la agonía. Uno a uno, aquellos hombres fueron arrastrados hacia abajo. Detrás de los terribles sonidos del tormento, Hui pudo escuchar el crujido de los huesos.

Las colas acorazadas azotaban el agua mientras los cocodrilos golpeaban y rodaban en un frenesí alimentario. Los otros Verdugos del Desierto se fueron agrupando más allá de los cañaverales, demasiado aterrorizados como para entrar en aquel campo de exterminio y ayudar a sus camaradas. Estaban concentrados en aquella matanza. Todo pensamiento relacionado con Hui y Qen y la Piedra Ka fue olvidado por el momento.

Hui inclinó la cabeza ante la masacre mientras avanzaba para llegar a tierra firme.

—Cuando volvamos a Lahun, haremos una ofrenda a Sobek —murmuró.

Sin mirar atrás, Hui se ocupó de la Piedra Ka como si fuera lo único de valor en el mundo y se fue alejando del hedor de la sangre.

Las murallas pintadas de blanco de Lahun brillaban en la neblina. El aire era poco transparente en aquel calor abrasador, y las grandes residencias de la Ciudad Alta que se alzaban en las laderas de las colinas parecían brillar como en un sueño.

Los dulces aromas de jazmín de los jardines del templo flotaban yendo hacia el polvoriento desierto.

Al acercarse a las puertas de la ciudad, Hui cerró los ojos y sintió un hormigueo en todos sus sentidos. El estruendo de los martillos de los herreros y los gritos de los comerciantes que regateaban por sus mercancías eran arrastrados por el viento seco. Estuvo imaginando ese momento desde que él y Qen se apartaron de las orillas del Nilo.

Sin embargo, la euforia que había esperado no aparecía, y tampoco la sensación de protección que creyó lo iba a estar esperando. Nada parecía estar fuera de lugar, pero todo era diferente.

Habían viajado en las horas oscuras durante tres noches, eligiendo una ruta tortuosa para enmascarar su rastro con la esperanza de que los Verdugos del Desierto no pudieran rastrearlos. En ese momento, cansados y abatidos, dieron penosamente los últimos pasos hacia el hogar.

Hui sació su sed con la bota que colgaba de su cadera. Largos períodos de silencio habían envuelto a los hermanos. En el pasado, se habrían dicho cosas, burlándose uno de otro y haciendo bromas. Habían sido muy unidos. ¿Por qué habían llegado a esto? Qen siempre lo había cuidado, amenazando a los niños mayores que querían darle una paliza. Se acostaban uno al lado del otro para mirar las estrellas, tejiendo historias el uno para el otro, compartiendo sus secretos: las chicas que les gustaban, sus sueños.

En el momento en que huyeron del campamento de los Verdugos del Desierto su intimidad pareció terminar. Ahora Hui sentía que Qen lo odiaba, que quería lastimarlo. Mientras

caminaban rumbo al hogar, Hui había sentido esos ojos hoscos fijos en su espalda a cada paso, como si el peligro estuviera cerca. Y una vez mientras iban por el borde de un precipicio en las colinas, Qen se le había acercado y Hui pensó que su hermano lo iba a empujar a su muerte. ¿Era una locura?

—¿Qué vas a decir? —quiso saber Qen.

—¿Sobre qué? —Hui pudo ver que su hermano no lo estaba mirando.

—Ya lo sabes. Sobre Kyky. Cómo murió.

Hui no quería esta conversación en ese momento; no había decidido cuál sería el mejor curso de acción. Cualquiera fuera su decisión, no podía prever un buen resultado.

—Le diremos a su madre que murió como un héroe, para salvarte la vida.

—¿Eso es todo?

Como Hui no respondió, Qen se volvió hacia él y apretó los puños. Esos ojos negros ardían con un fuego que Hui no reconoció.

—Sé lo que vas a hacer —gruñó Qen—. Vas a echarme la culpa de la muerte de Kyky. Sé que lo harás. Y entonces solo tú disfrutarás de la gloria por llevar la Piedra Ka al hogar.

Hui sostuvo la Piedra Ka con más fuerza bajo el brazo.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Te he visto persuadir a nuestro padre de cualquier cosa...

—¿Qué estás diciendo?

—No estarás satisfecho hasta que estés en lo más alto, y yo... condenado por... —Qen saltó y agarró a Hui por el cuello, sus ojos ardientes tan cerca que se mezclaban en la visión de Hui—. No permitiré que me destruyas —susurró con los dientes apretados.

Hui apartó la mano de un golpe. Siempre había sido tranquilo y sensato, pero la muerte de Kyky y el terror de los Verdugos del Desierto lo habían metido en un torbellino. Sintió que todas esas emociones contradictorias se fundían en ira por la injusticia de amargar lo que debió haber sido su mayor logro. Y sintió miedo. Lo que vio en esos ojos lo dejó helado. Apoyó la Piedra Ka cuidadosamente en el suelo lejos de él y luego golpeó con ambas manos el pecho de su hermano, hasta derribarlo.

Un gruñido grave y bestial salió de la boca apretada de Qen, y luego se puso de pie de un salto, y golpeó con el hombro el vientre de Hui y lo empujó hacia atrás. Cayeron juntos en un torbellino de piernas y brazos agitados, forcejeando mientras rodaban por el polvo. Qen era más corpulento, más fuerte. Aprovechó su peso para subirse a horcadas sobre Hui y lo inmovilizó. Lo golpeó con los puños, uno tras otro. La cabeza de Hui resonó cuando su conciencia se disipó. Sintió que el labio le estallaba, que el dolor le envolvía la mandíbula. Su lengua percibió el gusto a hierro de la sangre. Pero Qen no se detenía. Hui se sintió de repente aterrado y temió por su vida.

En un borrón de instinto, sus dedos buscaron a tientas el costado de su faldellín y se cerraron sobre el mango de madera de su cuchillo. Lo sacó y puso la hoja contra la piel tensa de la barriga de su hermano.

—Lo haré —exclamó Hui, con la voz entrecortada—. Lo haré.

El puño de Qen quedó suspendido en el aire. Contempló la hoja, la gota de sangre en la punta, y luego miró a los ojos de Hui. Este vio allí cómo cambiaban las emociones, de la tristeza al odio. Quedó asqueado por lo que observó.

Qen se puso de pie y, sin otra palabra, se dirigió hacia la puerta de la ciudad.

Hui sintió como si su propio cuchillo se hubiera vuelto contra su corazón. Cuando era niño, una vez había estado enfermo con fiebre, acostado en su cama en un charco de sudor. Qen se había quedado junto a su cama, secándole la frente, cantando canciones de cuna y rezándole a los dioses. El rostro de Qen estaba junto al suyo, lleno de amor, sus ojos rebosantes de lágrimas.

El corazón de Hui se rompió por lo que se había perdido esa noche en el campamento de los Verdugos del Desierto.

Las puertas de la ciudad se abrieron y Qen desapareció en las sombras debajo del arco.

Hui se estremeció y no pudo contener los sollozos. Todas las emociones que había contenido durante la fuga llenaron sus venas como el Nilo durante la Gran Inundación. ¡Pobre Kyky! Y perdió a Qen.

Cuando las lágrimas cesaron, Hui se puso en pie tambaleándose y tomó la Piedra Ka. Se limpió la sangre de la boca y siguió a su hermano en la ciudad.

Hui pasó por debajo del arco y los sonidos y los olores de la ciudad lo asaltaron. Los albañiles que les gritaban a los aprendices. Niñas que cantaban en sus habitaciones. El latido de la charla callejera. Sus fosas nasales se ensancharon con el humo acre de las fraguas, y se le hizo agua la boca con el olor a la grasa de la carne que se cocía al carbón.

Al menos ahí estaban a salvo. Hui miró a su alrededor, pero Qen ya se había perdido en aquel torrente de vida humana.

Esquivó a un burro pesado, apartó de un empujón a los niños que se perseguían unos a otros en la calle. La ciudad se levantaba sobre una pendiente. En el tercio inferior, cerca de las puertas, estaban las casas de los más pobres, un revoltijo sofocante de casas de una sola habitación pegadas unas a otras donde familias de hasta diez personas se agrupaban para comer y dormir en aquella única habitación. Las paredes eran de rústicos ladrillos hechos con estiércol animal mezclado con arena y agua; los techos eran varias capas de hojas de palmera. Demasiada gente en muy poco espacio, caliente como los hornos que cocían el pan de cada día. Las discusiones volaban como relámpagos en una tormenta, y se agravaban en un abrir y cerrar de ojos desde voces elevadas hasta golpes de puño. En esta parte de la ciudad se balbuceaban lenguas que Hui no reconocía. Oyó el hambre en los gritos de los bebés y los lamentos de sus madres.

Se le hizo un nudo en el estómago ante la conocida sensación de amenaza y sospecha de que si se aventuraba a meterse en las sombras, alguien podría abrirle el cuello en cualquier momento. Odiaba pasar tiempo allí, aunque cuando era más joven, él, Qen y Kyky bajaban sigilosamente hasta las puertas de la ciudad para ver a las putas a la espera de un negocio bajo las antorchas en las paredes. Con una mezcla de vergüenza y excitación, los tres espiaban los apareamientos en

los angostos callejones como si los participantes fueran bestias en el campo.

Hui caminó por aquella calle y atravesó la puerta en la muralla interior que separaba el barrio pobre del resto de la ciudad. Aquí estaban las grandes villas de los ciudadanos más ricos, construidas de piedra. Más arriba en la ladera, esa parte de la ciudad se beneficiaba con la brisa. Las calles eran más anchas, las casas más grandes estaban pintadas de blanco para que reflejaran la luz y mantuvieran las sombras al mínimo. También los olores eran más dulces. Eran los aromas de las rosas y los crisantemos que escapaban de los jardines.

¿Podría haber una ciudad más grande en todo Egipto? Sí. Las había más grandes. Había oído las historias de Menfis, palpitando con más vida de la que uno podría imaginar. Las maravillas de los grandes edificios, las riquezas y la música siempre en el aire. Pero Lahun no solo era hermosa, era una puerta de entrada a la casa de los Dioses. La Ciudad del Rey.

Hui recordó las historias de gloria y admiración que Khawy le contaba cuando era niño, historias que referían que Lahun había sido un lugar bendito. En ese momento, después de su terrible experiencia, Hui miraba su hogar con nuevos ojos, y pudo entender lo que su padre quería decir. Se detuvo ante el edificio más grandioso de la Ciudad Alta. Altísimas columnas blancas se elevaban en todo el frente, todas ellas talladas con imágenes de hojas de palmera agrupadas y pintadas con jeroglíficos que contaban la historia de la ciudad. En algún tiempo había sido el hogar de un rey, en tiempos muy anteriores a su padre, y al padre del padre de su padre. Ese rey se había quedado para supervisar que Lahun se convirtiera en más que un puñado de chozas de granjeros en la boca del canal.

Hui miró más allá de las paredes, hacia donde se encontraba la pirámide, en una terraza tallada en la roca de la ladera. Ahí era donde el gran rey había sido enterrado cuando fue a ocupar su lugar en el más allá.

La pirámide había conocido tiempos mejores. El revestimiento de prístina blancura que lo había convertido en un faro brillante bañado por el sol para todos los que pasaran por ahí estaba descascarado en gran parte. Los ladrillos de barro debajo se desmoronaban. Había hoyos alrededor, cavados en la noche por ladrones que esperaban encontrar un camino a los magníficos tesoros que habían sido enterrados con el rey. Ninguno lo logró, según contaba Khawy, y debían estar agradecidos por haber fallado. ¿Quién sería tan tonto como para arriesgarse a la maldición que lo condenaría en este mundo y en el siguiente?

El sitio de la pirámide fue elegido por los sacerdotes del rey después de consultar a los dioses y las estrellas para descubrir el lugar más sagrado de Egipto. Para ese faraón, era Lahun, y sería su portal al mundo del más allá. Se trajeron esclavos de las tierras en el oriente para construirlo. Estos fueron los ocupantes originales de la Ciudad Baja. Eran una raza extraña, diferente de cualquier egipcio, le contó su padre. Expertos en el arte de construir, trajeron consigo técnicas que pocos conocían, como la creación del Arco Verdadero. Y mientras trabajaban para construir la pirámide, y muy cerca la más pequeña Pirámide de la Reina, también edificaron estas grandes villas que fueron el hogar del faraón y las residencias de sus amigos.

Cuando los hijos de los esclavos morían jóvenes, los enterraban en un féretro debajo del piso de su casa para que sus seres queridos estuvieran siempre con ellos. Hui pensó en Kyky. Nunca

volvería a verlo, ni siquiera en el más allá que Qen le había negado.

Hui subió los escalones con dificultad, la Piedra Ka parecía cada vez más pesada en sus brazos. Atravesó la sombra fragante de las acacias y los enebros hacia la gran mansión en el punto más alto de Lahun, residencia ganada por el éxito de su padre. Detrás de sus altos muros donde un centinela con una lanza montaba guardia en la entrada, la casa se alzaba con dos pisos, una rareza para Lahun, con una terraza en el techo. Los entoldados mantenían alejado el calor del sol, y la familia podía disfrutar de la brisa mientras contemplaba toda la ciudad. Khawy era el gobernador de Lahun y pasaba sus días debatiendo con asesores, estudiando papiros polvorientos y hablando del comercio y de las reparaciones en las murallas y el canal.

«Qué vida más aburrida —pensaba Hui—. ¿Dónde está la aventura? ¿Y la alegría?».

Cuando entró en el patio, le volvieron las fuerzas al escuchar el bullicio que venía de las dependencias de los sirvientes. Más allá estaban los establos y las vaquerías para el ganado, el taller de elaboración de la cerveza, los silos de grano y otros almacenes de alimentos.

—No te comieron los chacales.

Su hermana mayor, Ipwet, estaba en la entrada con sombra del hogar de ambos. En su mente, Hui todavía la veía como la chica que se burlaba de él, que lo hacía tropezar y le tiraba de las orejas. Pero ella se había convertido en una hermosa mujer, con piernas largas y bronceadas, una delgada cintura y rostro en forma de corazón. Su vestido de lino sin mangas colgaba sobre sus curvas y ese rostro sonriente estaba enmarcado por una peluca con intrincadas trenzas. En una ocasión, Hui sorprendió a Kyky mirándola con un destello en sus ojos, y, molesto, le dio un puñetazo a su amigo.

—¿Dónde has estado, hermano? —preguntó ella, arqueando una ceja—. Nuestro padre estaba tan enojado que los ojos se le salían y se le quebraba la voz. Varias veces envió hombres a buscarte. No podía ocultar su preocupación. Sabes que siempre fuiste su favorito...

Al recordar las palabras de enojo de Qen, Hui estuvo a punto de protestar, pero Ipwet hizo un gesto con la mano para quitarle importancia al tema.

—Madre estaba muy irritada. Ella decía una y otra vez: «¡También Qen ha desaparecido!».

—Su sonrisa burlona se desvaneció—. Padre pensó que estabas muerto, o secuestrado por los bandidos y pronto recibiría pedidos de oro. Todos lo pensábamos.

—Como puedes ver, todavía estoy vivo. —Su voz sonó inexpresiva.

Ipwet frunció el ceño.

—¿Por qué te ves tan triste? ¿No es este un día para regocijarse?

—Y así lo haremos. Pero primero debo ver a mi padre.

—Entonces has encontrado algo de coraje en el camino. —Ella sonrió, hasta que su mirada se posó en el ya bastante polvoriento bulto que Hui llevaba en sus brazos—. ¿Qué es eso?

—La razón por la que me fui. Esto lo cambiará todo.

Los ojos de Ipwet se abrieron grandes.

—Déjame ver.

—Más tarde. Nuestro padre debe verlo primero. Tal vez eso me salve del lado áspero de su lengua.

Ipwet se hizo a un lado y movió el brazo invitándolo a entrar en la casa fresca. La vasta sala de recepción estaba a oscuras en ese momento del día, aunque Hui todavía pudo oler el humo de las lámparas que se encendían al atardecer. Cuatro pilares de granito se elevaban para sostener el piso superior, cada uno de ellos con intrincadas tallas de gavillas de maíz en la parte superior, y pintado con líneas verticales rojas, negras y azules sobre un fondo blanco. La sala estaba diseñada para dejar en evidencia la posición de la familia a cualquier dignatario que los visitara, y era allí donde Khawy guardaba los pocos artículos de lujo que poseía. Un arcón enchapado y taraceado con pintura en un lado estaba contra la pared del fondo. El ocre y el amarillo fueron elegidos para que pareciera de oro. Y había oro verdadero en los brazos y patas de una silla finamente trabajada en un rincón; el asiento estaba hecho de caoba, como su padre no se cansaba de decirle.

Su familia se había ganado su lugar en Lahun. Pero con la Piedra Ka, Hui sabía que le esperaban cosas más grandes.

La voz profunda de Khawy salió de su oficina al otro lado de las escaleras que llevaban al otro piso. Estaba conversando con el viejo Nimlot, su asesor principal. Khawy era alto y delgado, con ojos que siempre se veían cansados y hombros que parecían encorvarse más con cada día que pasaba. Cuando vio a Hui parado en la puerta, despidió a Nimlot con un movimiento de la mano. Al mirar aquel rostro severo, Hui esperaba un estallido de ira o una fría condena. En cambio, aquellos rasgos que parecían tallados se derritieron y una sonrisa de alivio cubrió el rostro de su padre. Khawy extendió los brazos.

—Kyky está muerto —espetó Hui, que ya no podía contenerse más. Lágrimas calientes ardieron una vez más y las secó con la mano. Ya era hombre, y los hombres no lloran por cosas como esa.

Khawy se adelantó y apoyó ambas manos en los hombros de su hijo.

—Dime lo que pasó.

Hui relató el enfrentamiento en el campamento de los Verdugos del Desierto.

Su padre se quedó boquiabierto.

—¿Te volviste loco? ¿Te metiste entre los Verdugos del Desierto por tu propia voluntad? ¿Qué pudo haberte poseído?

Hui quitó la sucia tela del bulto por el que se había jugado la vida. La Piedra Ka era negra e irregular, con cráteres. Hui no se había atrevido a mirarla otra vez durante el viaje. Le aterrorizaba pensar que sus ojos pudieran quemarse al saltar fuera de sus cuencas si posaba su mirada en aquella piedra, o que al mirarla lo convirtiera en una langosta para ser devorada por un cernícalo un momento después.

Pero ahí estaba, tan inofensiva como cualquiera de las piedras que cubrían el borde del camino hasta las puertas de Lahun.

Y, sin embargo, Khawy la miró como si estuviera hechizado.

—¿Qué es esto? —preguntó apenas respirando.

Hui le contó la historia de la Piedra Ka tal como se la contaron a él. Khawy siguió mirando, sus pupilas muy abiertas.

—¿Puedes oírlas? —susurró.

—¿Oír qué?

—Las voces. Las voces de los dioses mismos. Ellos... me están hablando. En mi cabeza.

Hui estaba convencido de haber escuchado esos susurros cuando miró dentro de la canasta en la tienda de los Verdugos del Desierto. Pero en ese momento pensó que podría haber sido su imaginación. ¿Podría su padre, también, haberse entregado a la historia que rodeaba a la piedra?

—Aquí hay poder —sentenció Khawy—. Siento que está ahí.

A Hui se le levantó el ánimo cuando vio que una luz comenzaba a brillar en los ojos de Khawy.

—He oído hablar de este objeto —dijo su padre, con sus manos moviéndose sobre la Piedra Ka como si él también tuviera miedo de tocarla—. El gobernador de Fayum habló de ello. Oyó hablar de ello a los habiru que encontró en el camino. Una maravilla, de verdad. Y ahora está aquí.

Khawy se sacudió y salió del trance, luego puso las manos en las mejillas de Hui y le sostuvo el rostro.

—No puedo aprobar los riesgos que corriste, y mi corazón se rompe por la muerte de tu amigo. Pero esto es tan valioso como pensaste que era. Debo enviar un mensaje de inmediato. — Su padre se paseó por la habitación, pensando, con un dedo apoyado en la barbilla—. A los sacerdotes en... No, no, tal vez podamos comunicarnos con el faraón mismo. Sí, eso sería perfecto. —Se volvió hacia Hui—. Debemos comenzar nuestros preparativos. Esto traerá grandes riquezas para ti, para nuestra casa y para Lahun. Con este regalo de los dioses, todas nuestras vidas cambiarán. Fluirá más comercio hacia Lahun al ser reconocidos como una ciudad bendecida por los dioses, y junto a eso, más impuestos. Lahun se volverá rica, Hui, y todos los que viven aquí se beneficiarán de esta recién descubierta riqueza, y sobre todo nuestra propia familia. ¡Hasta podríamos ser invitados a visitar la corte! ¡Un marido más rico para tu hermana! Son muchas las cosas en las que hay que pensar. Eres un muchacho inteligente. Sabes muy bien que muchos pensaban que los mejores días de Lahun habían quedado atrás. Desde que el Pretendiente Rojo tomó el poder en el norte y la lucha fue constante en toda la frontera, hemos sufrido. Las caravanas se han ido a ciudades mejores, donde las murallas no se están desmoronando y los defensores no están mal armados. Ahora todo será renovado.

Khawy siguió farfullando, y Hui estaba encantado de ser testigo de aquel júbilo.

—Pero debemos ser cautelosos —continuó Khawy—. Un objeto de tan inmenso valor va a atraer la atención de los codiciosos, de los maliciosos, de los que infringen la ley, de aquellos hombres que no se detendrán ante nada para apoderarse de él. Haré que tengamos más guardias en las puertas de nuestra ciudad, y llevarán espadas en todo momento. Debemos estar atentos. Debemos ser diligentes.

«Todas nuestras vidas cambiarán». A Hui le gustó cómo sonaba eso.

—Debemos asegurarnos de que la Piedra Ka esté en manos de los hombres del faraón tan pronto como podamos —continuó Khawy—. Recién entonces la amenaza contra nosotros va a disminuir.

Hui sintió que se le tensaban los hombros. ¿Y si, sin darse cuenta, había traído la desgracia a la familia? Las conspiraciones podrían ir gestándose por todas partes una vez que la noticia se conociera en la ciudad. No iba a relajar la guardia ni por un instante hasta que la Piedra Ka estuviera en su sitio y ellos hubieran consolidado su nueva riqueza.

Khawy mostró una sonrisa tranquilizadora.

—Siempre supe que tenías un valiente corazón, hijo mío. Desde el momento en que naciste, vi en tus ojos la promesa de grandes cosas. Serás bien recompensado por este éxito. Me has hecho sentir muy orgulloso.

El corazón de Hui se hinchó, y por un momento todo pensamiento sobre Kyky se desvaneció.

Hui se retiró a su habitación, con el agotamiento quemándole las piernas. Hasta pensó que tal vez iba a tener que arrastrarse para llegar a su baño. Después de que los sirvientes trajeron cántaros de agua, limpió su cuerpo y se quitó la tierra del camino y el barro del río y se lavó con el perfumado jabón de arcilla y ceniza. Después, se perdió en el ritual del esclavo masajeando ungüentos perfumados en su piel. Sintió que no solo estaba limpiando su cuerpo, sino también lavando manchas más profundas en su mente. Los criados pusieron delante de él pan, cuencos de dátiles, higos y lentejas aromatizadas con ajo, y un jarro de cerveza. Eran solo sobras de la cocina, pero él devoró todo lo que le pusieron delante.

Apenas terminó de comer Hui fue a buscar a su hermano. Su discusión con Qen no podía seguir en pie. Eso los envenenaría a ambos, como el veneno de una cobra. Tenía que solucionar eso, si se podía.

Pero su hermano no estaba en su habitación ni en ningún lugar de la casa. Mientras Hui buscaba, escuchó una voz que lo llamaba por su nombre. Su madre, Isetnofret, estaba junto a la ventana que daba a la ciudad, de modo que la luz del sol la delineaba con oro. Los años no habían atenuado su belleza. La mujer se volvió hacia él. El pelo de su peluca tenía un brillo negro azulado y el maquillaje de sus ojos color esmeralda, hecho con malaquita machacada muy fina, iba desde las cejas hasta la nariz. Sus pechos eran firmes; su cintura, delgada a pesar de haber dado a luz a Qen y a Ipwet. Su vestido abrazaba su silueta y estaba hecho de un lino tan fino que era casi transparente.

Muchos hombres la deseaban, Hui lo sabía. Pero esos mismos hombres apartaban la mirada cuando ella pasaba. Era tan temida como codiciada. Cuando era más joven, Hui nunca había comprendido por qué sus amigos se negaban a visitar su casa, y por qué la gente de la Ciudad Baja curvaba los dedos y los pulgares en un círculo cada vez que pasaba, una señal de protección, le había dicho uno de ellos. Cuando Hui creció, comprendió, y la clave estaba en la diadema que llevaba sobre la frente. Sobre la diadema había un óvalo de oro, tachonado de ébano y lapislázuli para formar la imagen de la cabeza de una bestia con un hocico curvo y largas orejas rectangulares. La marca del dios Seth.

Isetnofret se dedicaba al culto del dios desde joven, cuando su madre la envió al templo para

un ritual que duró un día y una noche. Lo ocurrido en el santuario interior solo lo sabían los sacerdotes e Isetnofret, había dicho Khawy. Pero a cambio de su servicio, el dios le concedió poderes más allá del alcance de los mortales.

«Hechicera», susurraba la gente de la Ciudad Baja.

—Hola, madre —saludó con calidez.

—Qen me ha hablado de tu gran éxito. Voy a ver ese regalo de los dioses que rescataste de las garras de los Verdugos del Desierto. Tal vez fue enviado por el mismo Seth. —Sonrió con sus labios carnosos y sus ojos negros brillaron.

—Se lo he dado a mi padre...

—¿Tan pronto? No perdiste tiempo para reclamar tu recompensa. —La sonrisa de ella se endureció.

Hui frunció el ceño.

—¿Mi recompensa? No... Se la entregué a mi padre porque él sabe mejor que yo cuál era el camino para que ese tesoro llegara a las manos de quien corresponda.

—Y estoy segura de que él te colmó de elogios. Merecidos elogios, por supuesto. ¿Qen no estaba contigo cuando tuviste esa reunión con tu padre?

—No...

—¿No pensaste que Qen también merecía algo de esos elogios?

—Qen se separó de mí cuando entramos en Lahun, yo... no sabía dónde estaba —tartamudeó Hui. Podía sentir la irritación debajo de las palabras de la madre, pero él no podía entenderla—. Por supuesto, Qen es igualmente merecedor de la admiración de nuestro padre. Le dije que Qen me ayudó a traer la Piedra Ka...

—Creo que Qen jugó un gran papel, quizás el más grande.

Es mayor que tú, es más fuerte, es más prudente... —Isetnofret se interrumpió y su sonrisa se suavizó, pero sus ojos no perdieron nada de su dureza—. Pero no nos enredemos en los detalles. Tú y Qen han logrado algo importante este día. Debemos preparar una celebración.

Isetnofret bajó las manos y se deslizó hacia las profundidades de la casa para hacer los preparativos de la celebración que ella tenía en mente, fuera cual fuese esta ceremonia. Hui se sintió incómodo. No se había mencionado a Kyky. No hubo ninguna expresión de condolencia. Seguramente ella sabía que tres habían partido y solo dos regresaron.

Hui caminó hacia la puerta. Buscaría en los lugares que ambos solían frecuentar para encontrar dónde se escondía Qen. Tal vez estaba ahogando su culpa por la muerte de Kyky con cerveza. Al pasar por el arco de las escaleras, se sorprendió ante alguien allí cerca. Era Ipwet. Ella había estado escuchando a escondidas la conversación.

—Debes mantenerte alerta, hermano —susurró ella.

—¿Qué quieres decir?

Ipwet miró a través del arco para asegurarse de que Isetnofret ya se había ido. Cuando estuvo segura de que estaban solos, se relajó.

—Nuestra madre es muy inteligente, algunos dirían astuta. Tiene muchos espacios escondidos dentro de ella que personas como tú y yo nunca podremos ver. Y ella no es tu madre

de sangre.

Hui arrugó la cara desconcertado. Ipwet tenía alma de poeta, y a veces sus palabras mostraban alas que las elevaban más allá de su comprensión.

Ipwet ocultó con la mano su risa ante la confusión de él.

—Mi madre sabe urdir argucias. Es muy buena en eso. Además, dispone de su ira, como ya has visto, y tiene celos y también ambiciones. Sabe hablar con palabras dulces y puede conducir a cualquier hombre de la nariz, si así lo desea. Pero nunca sabremos la verdad de sus deseos, o de sus planes, porque los mantiene bien ocultos. —Su hermana se golpeó el esternón.

Hui nunca había oído a Ipwet hablar así de su madre. Hubo algunas palabras duras entre ellas, él lo sabía, aunque no tenía ni idea de por qué. Tal vez era como Kyky había dicho alguna vez: eran demasiado parecidas, dos amapolas compitiendo por la misma luz, por la misma agua y por la misma atención de aquellos que pasaban cerca.

—¿Qué estrategia hay en esto?

—Quizá ninguna. ¿Quién sabe? Pero nuestro padre me ha hablado de la Piedra Ka, y un objeto de tal valor sería de gran interés para mi madre.

Hui se rio.

—Nuestro padre ya la tiene, y entonces ella la tiene.

—Es cierto. —Ipwet se rio en silencio—. Ya eres un hombre adulto, Hui, pero en muchos sentidos sigues siendo un niño.

Él resopló indignado.

Ipwet le dio un golpecito con los nudillos en la cabeza.

—Todavía tienes tanto que aprender... Abre los ojos, hermano, y mira el mundo tal como realmente es, no como te lo imaginas. Será lo mejor para preservar tu salud, créeme.

—¿Y qué debo aprender? Por favor dime —quiso saber él.

«En muchos sentidos sigues siendo un niño». Ya le mostraría él.

—¿Recuerdas cuando encontraron destrozada la estatua de Bes?

«¿Cómo podría olvidarlo?».

Esa imagen del enano patizambo protector de la casa Khawy la había recibido de su padre, y este a su vez del suyo. Se suponía que portaba buena fortuna a quien lo poseyera. Khawy estaba desconsolado.

—Mi padre me golpeó. No pude sentarme durante tres días. ¡Pero yo no lo hice!

—No. Fue Qen.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

Ipwet se puso un dedo sobre los labios.

—Sí, fue injusto que nuestro padre te golpeará por algo que no hiciste. Pero él tenía una buena razón. Mamá le dijo que fuiste tú.

Hui se quedó boquiabierto.

—Ella sabía que el culpable era Qen, Hui, y aun así le dijo a nuestro padre que fuiste tú.

—No lo creo. ¿Por qué haría ella semejante cosa?

—Mamá sabe que eres el favorito de papá y cree que recibes demasiada atención de él, y que

Qen, su hijo, el hijo de su vientre, de su sangre, no recibe la suficiente.

—Somos iguales a los ojos de nuestro padre.

—Ambos sabemos que eso no es cierto.

—Aun así, él no me favorece a mí.

—Pero él podría hacerlo, ya lo ves. Ese es el miedo de nuestra madre.

Aquello le estaba haciendo doler la cabeza.

—¿Es este otro de tus juegos para atormentarme? ¿No he sufrido ya bastante toda mi vida, con una hermana mayor que me ve como poco más que un juguete?

—Y un buen juguete, además. —Ipwet se echó a reír—. Te amo, Hui, y yo te he cuidado. Qen puede cuidar de sí mismo. Pero tú...

—¡Yo puedo cuidar de mí mismo!

—Corre, entonces, valiente guerrero y maestro ladrón —bromeó ella, y abrió las manos para mostrar admiración—. Ten en cuenta mis palabras. Y consigue una piel gruesa. Te vendrá bien.

Ipwet se alejó, y le dirigió una mirada sonriente por encima del hombro. Hui la vio irse, sintiéndose extrañamente a la deriva.

La celebración fue gloriosa, más aún por haber sido organizada en tan poco tiempo. Isetnofret llevaba un vestido hermosísimo, bordado con abejas en la cintura. De pie en la puerta, les daba la bienvenida a las familias más ricas de Lahun para luego conducirlos al salón principal, que los esclavos habían decorado con rosas arrancadas del jardín y velas flotando en cuencos de agua. La luz reflejada bailoteaba por toda la habitación y el aire se endulzaba con el aroma de las flores.

Los invitados se acomodaron en bancos bajos o se sentaban con las piernas cruzadas en suntuosos cojines. La Piedra Ka descansaba sobre un paño de oro en un pedestal, en un extremo de la habitación. Cada visitante, al pasar, se arrodillaba e inclinaba la cabeza ante ella. Hui podía sentir el asombro en todos ellos, y se deleitaba con las miradas de admiración que le dirigían. Todo eso era lo que había soñado. El respeto que realmente merecía. Pero algunos, pudo darse cuenta, miraban la piedra con codicia. Desde que se filtró la noticia, no se hablaba de otra cosa en la ciudad, de los poderes que la piedra poseía; de lo que los dioses concederían a cualquiera que la poseyera.

Qen entró sin ser anunciado. Hui vio que llevaba maquillaje negro alrededor de sus ojos, lo que los volvía aún más intensos que de costumbre. Y cuando su hermano lo miró, saludó con la cabeza y sonrió, Hui sintió alivio. La malasangre que había temido siguiera ahí parecía haber desaparecido. Sin embargo, ¿podría perdonar alguna vez a Qen por lo que le había hecho a Kyky?

Los sirvientes trajeron fuentes con palomas y aves acuáticas, cebollas, huevos y mantequilla, y el aire se llenó de succulentos aromas. Pronto todos estuvieron comiendo aquellos manjares y bebiendo copas de vino tinto con especias y miel.

—¿Dónde has estado? —le susurró Hui a Qen cuando se sentó a su lado.

—Pidiendo perdón a los dioses. Por la paz.

«Por su expresión sombría, encontró poco consuelo», pensó Hui.

—Nuestro padre visitó a la madre de Kyky para darle la noticia —le informó Hui—. Él fue en nuestro nombre, para que no tuviéramos que soportar el dolor del encuentro.

—Él es un buen hombre —apostilló Qen en un tono poco expresivo.

A lo largo del festín, los ojos miraban de tanto en tanto la Piedra Ka como si todos estuvieran esperando que manifestara sus poderes. Invitado tras invitado se fueron poniendo de pie para brindar por el mágico artefacto. Hui observaba sus rostros, tratando de ver señales de que alguno codiciara en secreto esa grande y poderosa piedra divina. Seguramente podían confiar en sus vecinos y amigos, ¿no? Pero no, no iba a confiar en nadie. Ya que él trajo fortuna a esta casa, era su responsabilidad asegurarse de que su familia estuviera a salvo.

Pero aquel era un momento de celebración. Khawy bebió una copa tras otra de vino hasta que sus párpados se hicieron pesados, con una permanente sonrisa torcida en sus labios. Parecía estar disfrutando toda aquella buena voluntad dirigida a su casa por parte de los invitados allí reunidos. Hui se sintió complacido.

Cuando sintió que una neblina de embriaguez descendía sobre él también, Hui se inclinó hacia Qen y murmuró:

—Durante un tiempo, todo parecía oscuro, pero ahora puedo ver que todo saldrá bien.

Qen no dijo nada. Un momento después, Isetnofret se levantó e hizo un gesto con la mano pidiendo silencio. Ella tejió un hechizo con sus palabras, y todos quedaron embelesados cuando su voz resonante llenó el espacio. Haciendo hincapié en el coraje y el peligro, hizo girar la historia de la aventura de apoderarse de la Piedra Ka, entrelazándola con elementos paralelos a las historias de los dioses, de modo que Hui y Qen sintieron que estaban en los cielos.

Isetnofret destacó el papel de Qen más de lo que era estrictamente cierto, como si la búsqueda hubiera sido idea suya y él la hubiera dirigido, y Hui hubiera sido un mero asociado. Pero a Hui no le importó. Dejó que Qen disfrutara de esa gloria.

Cuando el festín llegó a su fin y los invitados se fueron, Hui se dirigió tambaleando a la azotea. Estaba embriagado por la bebida y por la alegría que procedía de una noche que celebraba su éxito. Había alguien sentado más allá del círculo de la luz ámbar parpadeante de la antorcha sobre la entrada. Por la silueta, supo que era Khawy.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Hui mientras se sentaba a su lado.

Por aquellos días, Hui rara vez pasaba tiempo hablando con su padre, como lo habían hecho a menudo cuando era más joven. Fue Khawy quien llenó los vacíos en su conocimiento dejados por el tutor contratado para asegurarse de que tuviera buenas perspectivas cuando madurara. Pero en esta etapa de la vida, su padre estaba mayormente atrapado en los eternos asuntos del día a día de su papel como gobernador. Cómo extrañaba Hui aquellos viejos tiempos.

—Me gusta sentarme aquí y recordar que los dioses me han bendecido con una buena vida. —Khawy arrastraba las palabras, pero Hui percibió la calidez—. Mis hijos y mi hija, mi esposa, la prosperidad que compartimos. Sí, ha habido dificultades, como las hay en todas las vidas, así es la naturaleza de este mundo de los hombres. A veces, cuando miras fijamente hacia la noche,

lo único que uno ve es la vasta e interminable oscuridad. Pero la luz está siempre ahí, si uno mira lo suficiente...

Las palabras de Khawy vagaron mientras sus pensamientos lo envolvían. Hui siguió la mirada de su padre y sintió un hormigueo en toda la columna. El océano de la noche se extendía por todos lados hacia el fértil valle del Nilo, y en él las antorchas de Lahun brillaban como una constelación de estrellas. Siguió la estela blancuzca que atravesaba el cielo sobre ellos, con todos los puntitos de luz centelleando. Sintió que había magia en el aire; que los dioses, y el mundo que habitaban, estaban a solo un latido del corazón de distancia, y, tal vez, la Piedra Ka les proporcionaba un camino hacia ellos.

Khawy palmeó el antebrazo de Hui.

—Eres un buen hijo —murmuró.

Hui aspiró los aromas del humo de la brea y de la carne que se cocinaba y llegaba a la deriva hasta las altas villas.

—Háblame de mi madre —pidió—. Mi verdadera madre.

Por un largo momento, Hui pensó que Khawy no iba a responder. Y cuando habló, su voz estaba cargada de emoción.

—Cuando vi por primera vez a Kiya, me sentí arrastrado a través de la tierra y el océano hacia un lugar de alegría eterna. Yo ya había tomado a Isetnofret como esposa, como sabes. Eso fue arreglado, y no lo lamento. Dos familias que se unen. Nuestra unión creó una fuerza mayor que nos ayudaría en la defensa de nuestra ciudad en una época convulsa, una época que aún continúa. Pero no había amor allí. Eso no era lo que se esperaba. Pero el arreglo ha funcionado bien para los dos. E Isetnofret me dio dos hijos que llenaron mi corazón de esperanza para días aún por llegar. Pero Kiya... —Su voz se desvaneció.

En la Ciudad Baja, una mujer comenzó a cantar, una voz de tal pureza que se elevaba hasta las estrellas. Hui no pudo reconocer el idioma, pero le pareció que el canto contaba una historia de un amor perdido, y de lucha, y de la alegría que nacía de dos corazones que encontraban la unión.

—Kiya era la hija de un escriba —continuó Khawy—. La vi una mañana mientras yo caminaba por el canal. No fue su belleza, aunque era hermosa, por cierto, alta y esbelta con grandes ojos oscuros y labios carnosos. Fue la forma en que me miró, como si ella pudiera ver las profundidades de mi corazón. Y hasta el final creí que ella podía hacerlo. Ella conocía mis fortalezas y mis debilidades, cosas que yo nunca le dije a nadie, y ella hizo que mi vida fuera mejor desde el momento en que nos casamos. —Tragó saliva—. Estuvimos muy poco tiempo juntos, pero siempre agradeceré a los dioses por los días que compartimos. Por su bondad. Por la alegría que generó. Por darme un hijo, tú. Porque una parte de Kiya vive en ti, hijo mío. La veo en tus ojos. La escucho en tu voz.

Hui trató de imaginarse a Kiya a partir de la descripción de Khawy. Aunque él no la conoció, se sentía feliz de que esta mujer a la que su padre había amado y admirado tanto era una parte de él.

Antes de que pudiera preguntarle más a Khawy, Hui sintió un movimiento detrás de sí. Miró

a su alrededor, alcanzó a ver a alguien que desaparecía al entrar por la puerta de la casa. No sabría decir quién fue, ni si era hombre o mujer. Pero estaba seguro de que el intruso había estado escuchando a escondidas aquella conversación.

Fue algo ínfimo, probablemente nada, pero Hui sintió que su estado de ánimo cambiaba. En ese momento, al mirar hacia la ciudad, solo vio la oscuridad entre la luz y sintió que había enemigos por todas partes.

Hui salió de las profundidades de un sueño sin sueños y parpadeó al despertar. Todavía era de noche, la oscuridad en la habitación era total y el olor a jazmín de la brisa que llegaba por la ventana era tan fresco como agua de manantial.

El sonido de un canto rítmico llegó a sus oídos en medio del silencio de la villa. No tenía idea de dónde venía. Lahun dormía, lista para el día de trabajo que se avecinaba.

Algo dentro de él hormigueaba con inquietud, y se incorporó con piernas temblorosas para caminar por la casa. Se escuchaban los ronquidos que llegaban desde la habitación de su padre. Ipwet estaba acurrucada en su cama, murmurando en medio de un sueño. La habitación de Qen se hallaba vacía.

Hui deambuló por el salón de recepción, aún cargado con los aromas de la espléndida comida. Afuera, en el aire de la noche, el canto era más claro, un constante latido de voces, como el batir de un corazón. Lo extraño de aquel sonido, a esa hora, lo poseyó.

Pasó sigilosamente por el palacio del viejo rey y bajó hasta las murallas. Las puertas de la ciudad estaban entreabiertas. Miró hacia arriba y no vio centinelas haciendo guardia en las torres. ¿Qué podría haberlos poseído para que abandonaran sus puestos?

Hui se preguntó si esa podría ser la primera señal de un ataque de los Verdugos del Desierto, desesperados por recuperar la Piedra Ka. Atravesó las puertas. El sonido del cántico llegaba desde la pirámide que se desmoronaba, en el lado norte, imposible de ver desde las señoriales villas de Lahun. La pirámide se elevaba, recortada contra el brillante despliegue de estrellas. Hui consideró sacar a su padre de su sueño de ebriedad, pero le pareció demasiado pronto. ¿Qué sucedería si estaba equivocado? Él pasaría vergüenza.

Cuando Hui se acercó al origen del canto, vio a un hombre en cuclillas cerca de la base de la pirámide, poco más que una oscura mancha en la sombra proyectada por la luna. Un guardia. Estaba quieto, excepto su cabeza, que Hui pudo distinguir se movía hacia atrás y hacia adelante. Observaba las cercanías. Quienquiera que estuviera allí no quería ser molestado.

Hui agarró una piedra y la arrojó hacia la oscuridad. El ruido resonó como un eco y el guardia se dirigió, agachado y veloz como un perro de caza, al lugar del ruido. Hui avanzó corriendo alrededor de la pirámide.

Llegó a un espacio iluminado y brillante. Los rayos de la luna se reflejaban en las losas milenarias de piedra caliza blanca que pavimentaban el sendero hacia el norte desde el borde de la pirámide.

En el lado norte de la estructura, no lejos de la más pequeña Pirámide de la Reina, se asomaban ocho bloques rectangulares de piedra. Eran las mastabas, las Casas de la Eternidad, las tumbas para los miembros de la corte real de aquel rey olvidado hacía mucho tiempo. Khawy le había contado cómo fue que los sarcófagos que contenían los cuerpos momificados fueron transportados, los ataúdes pintados en verde brillante, rojo y blanco, con oraciones inscriptas en ello. Oraciones que mantendrían a los ocupantes a salvo en su viaje al más allá. Los cuerpos estaban envueltos en tela de lino decorado con textos del Libro de los Muertos.

Delante de las mastabas, veinte personas encapuchadas y con capas se alzaban en un semicírculo. Aquella asamblea de encapuchados cantaba lo que parecía ser una plegaria. Hui se esforzó por distinguir las palabras.

Otra silueta encapuchada estaba delante de ellos, con los brazos extendidos. Por las delgadas muñecas que emergían de las mangas, Hui se dio cuenta de que era una mujer.

Entonces, no eran los Verdugos del Desierto, sino el ritual que se estaba realizando allí. Hui nunca había oído hablar de tal cosa. Si estas personas eran sacerdotes, deberían estar en su templo, y a esa hora estarían realizando sus sagradas abluciones nocturnas, y no orando, lo cual él sabía que solo lo hacían al amanecer y al atardecer.

El cántico se apagó y se hizo el silencio, roto solo por el viento que susurraba entre las piedras partidas de la pirámide que se estaba desmoronando. La figura central continuaba de pie con los brazos abiertos, y con un movimiento lánguido se despojó de su manto y túnica. La luna iluminó su cuerpo desnudo, y Hui no pudo evitar que su mirada se detuviera en sus pesados pechos, sus anchas caderas y la oscuridad en su sexo. Pero cuando llevó la mirada a su rostro, retrocedió. Se trataba de Isetnofret, su madre. Envuelto en la vergüenza por los pensamientos que lo asaltaron, se dio vuelta. Sintió que sus mejillas le ardían. Pero la curiosidad por lo que estaba ocurriendo fue más fuerte y otra vez se concentró en el ritual.

Lo único que Isetnofret llevaba puesto era la diadema en la frente con la marca de Seth. Y Hui vio que su cuerpo había sido pintado con símbolos mágicos, a lo largo de sus largas piernas, sobre la ondulación de su vientre, sobre las costillas, moviéndose con cada respiración profunda, y hasta la parte superior de los brazos. Hui pudo ver un patrón de estrellas, una luna y la cabeza de bestia del dios al que ella había dedicado su vida.

Con las manos extendidas una vez más, comenzó a entonar con voz clara:

—Aquí estamos ante los ojos que todo lo ven de Seth, Señor del Caos, nuestro Dios del Fuego y del Desierto, Rey de la Envidia, Maestro del Engaño, Supervisor de las Tormentas. —Hizo una pausa y se lamió los labios—. Señor de la Violencia. —Hubo otro largo silencio, cargado de intención—. Dios de los Extranjeros. Dios de los Hicsos.

Hui se estremeció ante la mención de esa bárbara raza guerrera.

¿Por qué su madre invocaba su nombre?

—Seth, hijo de Geb, la tierra, y Nut, el cielo —continuó Isetnofret, con su voz que se elevaba hasta el pináculo de la pirámide—. Hermano de Osiris, Isis y Neftis. Te llamamos.

Su madre se volvió hacia un pequeño altar que había sido levantado detrás de ella y sacó de ahí un largo cuchillo de bronce. Lo puso sobre las palmas de sus manos y lo alzó hacia el cielo.

Su cabeza cayó hacia atrás y ella exclamó

—Acepta este sacrificio.

Uno de los devotos se alejó, fuera de la vista de Hui. Cuando volvió, tenía una cuerda en cuyo extremo había un cocodrilo, más pequeño que los que Hui había visto en el Nilo. La piel escamosa era también de un color bronce más claro, y más suave. Hui sabía que algunas de estas bestias salvajes incursionaban por el canal desde el gran río en busca de presas. Pero este no era salvaje. Su enorme hocico estaba cerrado y fuertemente atado, y era curiosamente dócil, sus pasos eran lentos, y esa larga y rugosa cola no se sacudía. «¿Le habrían dado alguna poción para dominar su fuerza natural?», se preguntó.

La persona encapuchada arrastró a la bestia delante de Isetnofret, donde pareció perder lo que le quedaba de su voluntad. Otros tres individuos se adelantaron y pusieron a la bestia con el escamoso lomo sobre el suelo, hasta dejar expuesto su vientre pálido a la luz de la luna. Isetnofret alzó el mango del cuchillo por encima de su cabeza y lo apuñaló. La sangre saltó sobre la inmaculada caliza. Quienes lo habían traído lo sostuvieron mientras la fuerza vital del animal se desvanecía.

Una vez realizado el sacrificio, uno de los devotos tomó el cuchillo y comenzó a cortar pequeños trozos de carne de la herida abierta en el vientre del cocodrilo. Hui observó mientras el hombre se movía a lo largo de la fila semicircular de los suplicantes repartiendo los trozos que luego cada uno se metía en la boca y devoraba.

El último pedazo estaba reservado para su madre. La sangre del cocodrilo le manchó la boca y goteó por su barbilla mientras ella masticaba y tragaba la carne cruda.

Hui estaba paralizado. Era erótico y aterrador. Aquellos debían ser miembros del Culto de Seth de su madre, pero no podía comprender el propósito de ese ritual. ¿Cómo había sido que esas cosas se le escaparan a él toda su vida? Había secretos en Lahun, eso estaba claro, y su propia familia los conservaba. Se sintió perturbado por esa revelación.

—Ha llegado el momento —prosiguió Isetnofret— de dar la bienvenida al gran Seth dentro de nosotros; de llegar a ser uno con él, y él uno con nosotros. Él vivirá en nuestros corazones.

Isetnofret extendió una mano y otro de los suplicantes dio un paso adelante. Era el más alto de todos. Del altar levantó un cuenco de oro con la imagen de un escorpión grabada. Cuando el hombre caminó hacia Isetnofret, Hui vio que en el cuenco flotaba una flor en la superficie de un líquido del color del ámbar derretido. Incluso a esa distancia, Hui pudo ver el tinte azul de los pétalos en forma de dedo de la flor.

Era el sagrado Loto Azul, el lirio azul que se encuentra en las aguas del Nilo y célebre por sus propiedades mágicas. Muchos secretos rodeaban a la flor, pero Hui no tenía dudas de su belleza. Incluso los sacerdotes crearon lagos enteros para hacer crecer el lirio y luego usarlos en sus rituales. Le habían dicho que esos delicados pétalos tenían el poder de toda vida. De una dulce fragancia, las flores azules florecían solo tres días al año, y contenían la esencia de Ra, del mismo Señor del Sol, decían los sacerdotes. Los pétalos se cerraban cuando caía la noche sobre la tierra; el lirio se hundía bajo las aguas, y luego volvía a alzarse al amanecer para abrirse con el primer rubor de los rayos del sol.

Su corazón latía más rápido. Había allí una magia que él nunca soñó ver en acción. Una vez que los sacerdotes bebían la esencia del Loto Azul, se hacían uno con los dioses, según se decía. Podían ver más allá del reino del hombre, oír los susurros de los grandes secretos. Por eso la flor era tan importante durante el rito funerario, ya que guiaba el alma hacia el más allá. ¡Cuántas maravillas, cuánto poder! Y en ese momento el fabuloso Loto Azul estaba en las manos de su madre.

Isetnofret se llevó el cuenco a los labios y bebió un largo trago. Hui comenzó a verla bajo una nueva luz, tan poderosa como todos los de Lahun decían que era, y tal vez hasta le temían. ¿Cómo podría no ser así, ya que ella poseía el Loto Azul?

Una vez que se limpió los labios con la lengua, Isetnofret levantó el reluciente cuenco por sobre la cabeza para ofrecerlo a los dioses, como había hecho con el cuchillo del sacrificio. Mientras lo hacía, el suplicante, que ya le había entregado el cuenco, dejó caer su propia túnica hasta los tobillos.

Una vez más, Hui se sobresaltó en estado de shock. Ahí estaba Qen, también desnudo, también adornado con símbolos pintados sobre su carne. Se arrodilló ante su madre. Ella bajó el cuenco del Loto Azul a sus labios y lo inclinó para que pudiera beber. Cuando él terminó, Isetnofret dejó el cuenco en el suelo, luego tomó el rostro de su hijo entre sus manos y lo puso de pie.

—Soy Seth —dijo ella.

—Soy Seth —replicó Qen, su voz fuerte y clara mientras sostenía la mirada de su madre.

Por un largo momento, permanecieron enlazados en esa posición, con las manos de Isetnofret sosteniendo la cara de su hijo. Mientras Hui observaba, pudo ver que el Loto Azul obraba su magia sobre ellos. Los escalofríos recorrían sus cuerpos, sus músculos se movían a la luz de la luna. El sudor perlaba sus frentes, goteando entre los senos de Isetnofret. Una vez que los temblores llegaron a las puntas de sus dedos, sus pechos subían y bajaban con las respiraciones rápidas, y sus ojos rodaban hacia atrás en sus cabezas hasta que Hui solo pudo ver el blanco. El éxtasis parecía consumirlos. Los labios de Isetnofret se abrieron en un semicírculo que parecía encerrar una promesa seductora. Qen sonrió.

Los pezones de Isetnofret, ya duros por el frío, parecieron hincharse más. El miembro de Qen colgando entre las piernas comenzó a endurecerse, hasta que estuvo rígido contra su vientre plano. Si sintió vergüenza por su excitación delante de su madre, no la expresó. Ambos sostuvieron esa mirada penetrante, como si estuvieran mirando profundamente el uno dentro del otro.

—Seth reconoce a Seth. —Las palabras de su madre eran un murmullo, pero de alguna manera el viento las atrapó y Hui pudo escuchar.

Hui miraba apenas capaz de comprender lo que estaba viendo.

Isetnofret se inclinó y abrazó a Qen, sus cuerpos apretándose con fuerza uno contra el otro. Y luego comenzaron a besarse, no como madre e hijo, sino como amantes, besos profundos y prolongados. Hui se quedó boquiabierto. Estaban perdidos en las ensoñaciones inducidas por el Loto Azul; la única explicación solo podía ser esa.

Todos a la vez, como si fueran uno, los suplicantes reunidos que habían estado observando aquel ritual, se dieron vuelta, para quedar mirando hacia la pirámide. Las sombras de sus capuchas ocultaban sus rostros, de modo que Hui no pudo saber sus identidades. ¿Qué vecinos se escondían allí, qué padres de sus amigos, qué ricos y poderosos señores de Lahun?

Detrás de ellos, Isetnofret se recostó en esa reluciente piedra caliza y abrió bien las piernas. Qen cayó sobre ella, y en un instante estaban unidos como bestias del campo, y sus gemidos subían a los cielos.

Hui sintió una oleada de náuseas y se dio vuelta. No podía seguir viendo aquella locura. El mundo ya no tenía sentido.

Arrastrándose bien lejos del centinela que había regresado a su puesto, Hui se deslizó entre las sombras. Y luego se echó a correr lo más rápido que pudo, de vuelta a Lahun, a las grandes villas, al hogar que lo cobijó desde niño. Agitado por el esfuerzo, entró en la casa. Su padre todavía roncaba. Ipwet aún seguía temblando en medio de su sueño. Ambos eran ajenos a los secretos de la noche.

Hui se metió en su cama. Mirando en la oscuridad, quería que su corazón volviera a un latido constante, tratando de no ver aquellas horribles visiones que desfilaban por su mente.

Eran tantas las preguntas. Ya no cabía ninguna duda de que Isetnofret era una hechicera de cierto nivel. Aquellos cuentos que Hui pensaba habían sido elaborados por hombres cobardes eran verdad. Que ella hubiera atraído a Qen a su red lo llenaba de repugnancia. La unión entre miembros de la familia era aceptada entre la realeza; todos lo sabían. Pero los reyes y las reinas estaban por encima de los hombres, a un paso de los dioses. ¿Acaso Isis no se casó con su hermano Osiris y Seth con su hermana Neftis? Pero semejante cosa era considerada obscena entre la gente común.

Había muchas cosas en ese ritual que le preocupaban aparte de eso. Su madre había convocado los poderes del grande y aterrador Seth para sí misma y para Qen por alguna razón que él no lograba descifrar. Aquello solo podía deberse a la concreción de algo muy grande deseado por Isetnofret; de lo contrario, ¿para qué iba a necesitar ella la ayuda del dios? De todos modos, todo ello no presagiaba nada bueno. El ritual se había llevado a cabo en secreto, lejos de miradas indiscretas. Y los otros miembros de aquel culto estaban encapuchados para mantener sus identidades ocultas. No querían ser juzgados, eso estaba claro.

Hui cerró sus brazos alrededor de sí mismo, dándoles vuelta a estas preguntas hasta que se le hizo un nudo en el estómago. Aunque pensó que nunca más podría volver a dormir, de manera tan repentina como una tormenta en el desierto, cayó en un sueño profundo.

En su sueño, Hui se encontraba en una vasta y monótona llanura corriendo hacia el lejano horizonte. El dentado perfil de una cordillera se alzaba hacia el cielo negro. En la bóveda del cielo brillaban más estrellas de las que jamás había visto en su vida.

Alguien se elevó por encima de él. Cuando Hui estiró el cuello pudo ver la cabeza de bestia

de Seth, con su hocico curvo, los ojos negros con ribetes blancos mirándolo con terrible furia.

Hui quería preguntar qué había hecho él de malo, pero sus labios estaban sellados, su boca tan seca como el polvo debajo de sus pies.

En su mano izquierda, Seth sostenía el *ankh*, el signo de la vida, y en la derecha el cetro *Was*, el símbolo de su poder. Hui tembló cuando ese cetro se alzó, y el dios lo miró siguiendo la línea del cetro, antes de moverlo en dirección al desierto. Hui siguió la línea del bastón y vio un gran río que serpenteaba a través de la llanura. Un cuerpo flotaba en él.

Cuando Hui lo volvió a mirar, Seth abrió la boca y las palabras resonaron como trueno.

—¿Quién será rey?

Esta vez movió el *ankh*, y Hui vio una extensa ciudad de tumbas blancas como huesos y sepulturas abiertas. Lo primero que Hui vio fue un chacal que merodeaba entre ellas balanceando la cabeza de un lado a otro en busca de carroña. Pero cuando la bestia se levantó, Hui vio que la cabeza descansaba sobre el cuerpo de un hombre. Era Anubis, que se movía en el límite entre la vida y la muerte. Él también empuñaba un *ankh* y un cetro *Was*.

—¡El perro que traga millones! —anunció Seth con voz de trueno.

Hui sintió un pavor terrible. Allí había secretos escondidos, pero no tenía idea de cuáles eran. De una cosa estaba seguro: aquello no prometía nada bueno para él.

Y luego Hui estaba regresando veloz, como si lo hubiera levantado un viento poderoso, por aquella llanura gris, bajo el cielo estrellado de la noche, con Seth y Anubis perdiéndose en la distancia, pero aún juzgándolo con miradas penetrantes.

Cuando cayó al suelo, sus ojos se abrieron y estaba en su propia cama otra vez, el cuerpo empapado de sudor. Su corazón tronaba como si hubiera corrido por muchos kilómetros. ¿Significaba todo aquello que la Piedra Ka le estaba hablando?

La luz rojiza de un nuevo día tiñó las paredes blancas con el color de la sangre.

Hui no tenía el estómago como para romper su ayuno nocturno. Se sentó con las piernas cruzadas en su cama, con la cabeza en las manos, mientras le daba la vuelta a lo que había visto en la noche anterior. Después de lo que Qen le había hecho a Kyky, ¿debía también guardar este secreto? Se sintió atormentado.

Hui salió tambaleándose de su habitación y deambuló por la casa.

A una parte de él le aterrorizaba la posibilidad de encontrarse cara a cara con Qen. Se detuvo al escuchar el sonido de voces airadas. Hui reconoció el estruendo profundo de su padre y la voz aguda de su madre, afilada como una cuchilla. Dio la vuelta para dejarlos con su disputa de marido y mujer y en ese momento oyó mencionar su propio nombre.

—Hui merece todo el crédito, lo sabes —decía furioso Khawy—. Qen nunca habría tenido el coraje de enfrentarse a un campamento de Verdugos del Desierto.

—Tú no lo conoces. Qen tiene... —empezó a decir Isetnofret.

—Qen tiene muchas cosas que lo fortalecen, pero el coraje no es una de ellas —interrumpió

su padre—. No dice nada hasta estar seguro de que todos ya están de acuerdo con su punto de vista. Qen observa y espera para actuar cuando es en su propio interés. Él...

—¡Tiene más ingenio que ese engendro de la puta que llamas tu «amor verdadero»!

Se hizo el silencio. Hui no podía creer que su madre se dirigiera a su padre de una manera tan irrespetuosa, incluso con su feroz temperamento.

Cuando Khawy volvió a hablar, sus palabras fueron frías y firmes.

—Cuando llegue el Gran Señor Bakari, Hui me acompañará a reunirme con él. Y será Hui quien entregará la piedra de los dioses.

—Qen debe estar allí.

Finalmente, Khawy respondió.

—Muy bien. Pero no tengas ninguna duda de que Hui recibirá todos los elogios que se merece.

Cuando Isetnofret salió furiosa de la cámara, Hui se ocultó detrás de una estatua de Taweret, la deidad en forma de hipopótamo hembra preñada. Isetnofret se alejó con sus pies descalzos golpeando sobre las piedras y el ruedo de su vestido de lino flotando detrás de ella.

Cuando estuvo seguro de que ella se había ido, Hui entró en la habitación. Su padre estaba de pie junto a la ventana, mirando en dirección de los desordenados tejados de la Ciudad Baja. Un aire melancólico se cernía sobre él.

Khawy se dio vuelta cuando escuchó pasos detrás de él, y sonrió.

—Hijo mío. ¿Estás bien?

—Estoy bien, padre. —Hui se sintió mareado por el secreto que guardaba dentro de sí.

—El festejo estuvo bueno, ¿no? Tu madre se superó a sí misma.

—Nunca he comido tanto. Ni bebido tanto vino.

—Todavía estoy pagando el precio de mis juergas —dijo su padre riéndose—. Hijo mío, el día que volviste a nosotros envié un mensaje al palacio del faraón sobre el gran tesoro del que te habías apoderado y el coraje que habías demostrado para obtenerlo. En verdad, no esperaba respuesta. Los consejeros del rey están involucrados en un trabajo importante que les insume todas las horas del día. Tienen poco tiempo para las palabras de un gobernador de poca educación de un lugar pequeño como Lahun.

—Tú eres un gran hombre, padre —dijo Hui, triste al escuchar que Khawy se veía a sí mismo de esa manera.

Khawy sonrió, tenso y sin humor.

—Este es todo nuestro mundo, hijo mío. Vivimos nuestras vidas dentro de estas cuatro paredes y todo lo que sucede aquí nos moldea. Eso nos hace creer que lo que experimentamos es importante. Y lo es, para nosotros. Tenemos nuestras luchas, nuestros amores, nuestras rivalidades, nuestras enemistades, y ellas parecen consumirlo todo. Pero para cualquier otro ojo, son pequeñas. Hay un mundo más grande más allá de estos muros, donde pasan grandes cosas, cosas monumentales. Somos la pulga en el flanco de un elefante.

Hui asintió con un gesto. Su padre era sabio. Esperaba, algún día, estar a la altura de él. Lleno de amor por su padre, dijo:

—Y ese es el mundo del que deseo ser parte. Hay un destino más grande que me espera, siempre lo he sentido. Haré que estés orgulloso de mí, padre, y todas las riquezas que alcance las traeré aquí, a Lahun, para dártelas.

—Entonces tal vez ya has puesto un pie en la ruta que te lleva a ese destino. Tengo buenas noticias. Los consejeros del faraón finalmente me escucharon. El Gran Señor Bakari ha sido enviado a Lahun para ver esta piedra mágica, y escuchar tu informe. Y si cumple con sus expectativas, la llevará consigo a la isla Elefantina, donde será ofrecida a los sacerdotes para gloria del faraón. Tu nombre viajará con ella, Hui, y serás recompensado. —Khawy se cruzó de brazos—. El Gran Señor Bakari llegará dentro de cuatro días.

Hui sintió que sus pensamientos se tambaleaban como si le hubieran golpeado la cabeza con un garrote. En ese momento la euforia lo atravesó. Los dioses habían respondido a sus plegarias. La sombra proyectada por el sueño se perdió en la luz brillante de esta noticia. De todos modos, la inquietud todavía lo acicateaba.

—¿Madre no está complacida? —No pudo mirar a Khawy a los ojos cuando mencionó a Isetnofret.

—Tu madre teme que Qen sea olvidado en medio de esta alegría y que no reciba su justa recompensa. Eso no es verdad. Soy justo y me aseguraré de que obtenga un reconocimiento adecuado. Pero no a tu costa.

—Yo no tengo ningún problema. Si madre cree que Qen debería estar a mi lado delante del Gran Señor, no me voy a oponer.

—No te preocupes por tu madre. Su temperamento es como un horno. He sentido su calor mil veces durante años, pero siempre vuelve a enfriarse. Al final, ella hará lo que yo diga.

Khawy cruzó la habitación y apretó el hombro de Hui. Este se sintió conmovido por el orgullo que vio brillar en el rostro de su padre.

—Para ti, para Lahun... para mí, ese será un gran día —aseguró Khawy—. Debemos comenzar los preparativos de inmediato.

Hui salió a pasear por el jardín iluminado por el sol y encontró a Ipwet sentada bajo una pérgola cubierta de enredaderas en el espacio protegido por la sombra de las higueras. El aire se enriquecía con el aroma cítrico del coriandro.

Su hermana levantó la nariz cuando lo vio.

—¿Estás enfermo? Tienes el aspecto de haberte quedado sin sangre.

—No dormí bien.

—Y hueles a vinagre.

Hui agitó una mano e ignoró las palabras de ella. No tenía tiempo en ese momento para las bromas de Ipwet.

—¿Qué estás haciendo? —quiso saber él, mirando a su alrededor por entre el balanceo de las palmeras datileras.

—Nuestro padre está organizando todo para que me case —informó ella, sin entusiasmo—. Lo ha estado hablando con el gobernador de Shedet desde hace ya una temporada.

A Hui le resultaba difícil imaginarse a Ipwet casada. Ella siempre le había parecido que era un muchacho, corriendo con los otros varones, jugando sus juegos, vencéndolos en las peleas. Él no sabía si ella se había enamorado de alguno de los otros jóvenes en la Ciudad Alta que la miraban con deseo cuando ella pasaba... Ipwet nunca le habría dicho semejante cosa, pero él sospechaba que no había ninguno al que ella quisiera.

—Va a ser bueno para ti. Y para nosotros. Sacarte de en medio.

Ipwet le sacó la lengua. Y volvió a arrugar la nariz como si sintiera un mal olor. Hui se sintió desconcertado. Él habría pensado que estaría entusiasmada con la idea de casarse.

—Al menos tendré algo de valor —agregó ella con cierto tono de disgusto.

—¿Qué valor hay en este matrimonio?

Ipwet levantó los ojos mientras las sombras de las hojas jugaban en su rostro.

—Nuestro padre y el gobernador de Shedet están preocupados por los bárbaros en el este.

—¿Los hicsos? —Hui se estremeció, y recordó que Isetnofret mencionó esa raza asesina durante el ritual de la pirámide.

Ella asintió con la cabeza. Él entendía por qué Khawy estaría tan intranquilo. Sospechaba que hasta los Verdugos del Desierto estarían preocupados por ellos. Eran maestros en el manejo del caballo y del arco, y aumentaban los temores sobre su naturaleza belicosa. Cada vez más, unas bandas de esos guerreros habían salido del Sinaí y se habían adentrado en el fértil valle del Nilo, aprovechando el caos provocado por la lucha constante con el Pretendiente Rojo en el norte. Demasiada sangre ya se había derramado, pero su hambre de tierra y poder parecía no disminuir nunca.

—Khawy y el gobernador de Shedet temen que esos extranjeros no van a quedar satisfechos con la tierra que ya han tomado. Tarde o temprano, dice nuestro padre, vendrán por el resto de Egipto. —Ipwet bajó la voz, mirando a todos lados por el jardín—. Nuestro padre dice que el rey es débil y no nos va a defender de manera adecuada; que está dejando que Egipto se aleje de la magnificencia de otros tiempos ya pasados. Tendremos que defendernos nosotros mismos, insiste. Y con mi boda, uniremos nuestras fuerzas y ofreceremos algo de resistencia en caso de

que esas criaturas sedientas de sangre ataquen.

«La misma razón por la que Khawy se casó con Isetnofret», pensó Hui.

Se dejó caer sobre las losas delante del banco y se sentó con las piernas cruzadas, mirando a su hermana. Ipwet seguramente vio en su rostro el esfuerzo que él hacía para encontrar las palabras para hablar de las preocupaciones que lo agobiaban, pues ella preguntó en un tono suave:

—¿Qué te pasa, hermano?

—La vida parecía mucho más simple cuando éramos niños —respondió Hui.

—Eso es porque éramos como ratas ciegas husmeando granos de maíz. La maldición de la vida es que aprendemos a ver.

Hui la miró desconcertado. ¿Cómo era que nunca se había dado cuenta de que ella era tan sabia como su padre? ¿Y era él el único en la familia que era tan simple como un niño?

—Estoy agobiado por las cosas que he visto —comenzó él—. Cosas que pesan mucho dentro de mí.

—Entonces habla, hermano, y ese peso te será quitado. —Ella apoyó su mano cariñosa en el antebrazo de él—. Sabes que te quiero. Yo te voy a ayudar.

Aunque esas palabras eran para consolarlo, Hui siguió preocupado. No podía decir nada que la lastimara y, aún menos, lo que había presenciado entre Isetnofret y Qen. Ese iba a ser su propio secreto, y su vergüenza. Pero el resto... Ipwet podría ayudarlo sin dañarla demasiado.

—Qen provocó la muerte de Kyky —dijo.

Le contó sobre la incursión en el campamento de los Verdugos del Desierto, sobre lo que descubrió, y sobre la persecución por parte de los bandidos, y cómo fue que Qen tropezó y casi lo atrapan. Sus palabras se secaron y las lágrimas le irritaron los ojos al recordar el rostro de Kyky y el amor que había allí para sus amigos, y cómo, sin pensar en su propia seguridad, se dio vuelta para ayudar a Qen. Y finalmente sacó a relucir la verdad: Qen había sacrificado a su amigo de la infancia para salvar su propio cuello.

Una sombra cayó sobre el rostro de Ipwet.

—Por favor, no se lo digas a nuestro padre —suplicó Hui—. No quiero ningún castigo para Qen. Él es débil, eso es todo. Y los dioses lo saben, todos tenemos nuestras debilidades.

Ipwet se mordió el labio, pensando, y luego manifestó su acuerdo con un movimiento de la cabeza.

—Debilidad, por cierto. Entonces es justo que Qen no sea recompensado por su cobardía. —Ella lo abrazó, como hacía cuando él era niño y se caía—. No tendrías que haber cargado con este secreto —murmuró ella—. Estas cosas te corroen por dentro hasta que te enferman, eso dicen los médicos. Tú te mereces todo lo que te está por llegar, hermano. No dejes que Qen, o mi madre, te lo quiten.

Hui se liberó de su abrazo. Ipwet le estudió los ojos.

—¿Hay algo más?

—Tengo preguntas. Acerca de nuestra madre.

—No serías el único.

—Cuando era niño, escuché los cuentos de que ella era una hechicera. Pensé que se trataba de ese tejido de fantasías que tan bien hacen los niños. Pero ahora me pregunto quién es realmente mi propia madre.

Ipwet frunció los labios. Parecía entender lo que Hui estaba diciendo. Tal vez él podría tener algunas de las respuestas que pudieran calmar la agitación dentro de él.

—Madre tiene muchos secretos —comenzó su hermana—. A través de los años me he enterado de algunos de ellos, he visto las sombras de otros. A la luz, ella les sonríe a todos. Pero lejos de la llama, ella urde sus propios planes. ¿Qué es lo que ella quiere? No lo sé. —Hizo una pausa para elegir sus palabras con cuidado—. Repito lo que dije antes. Sería prudente no confiar demasiado en ella, y me duele decir esto de nuestra propia madre. Lo que me da algo de paz es que, haga lo que haga, siempre será en beneficio de nuestra familia.

Las palabras de Ipwet le dieron el valor para abrir su corazón.

—Anoche me levanté sigilosamente de mi cama y la vi realizar un ritual en el espacio más allá de la pirámide. Oculto a la vista. No estaba sola. Había otras veinte personas allí. Hombres, creo, aunque no pude ver sus caras. Estoy seguro de que estaba haciendo un hechizo, aunque no sé con qué fin.

—¿Un hechizo, dices?

Él asintió con la cabeza.

—¿Quiénes eran esos otros? ¿Nuestro padre los conoce? ¿Nuestro padre sabe algo de esto?

—Isetnofret regularmente hace sus ofrendas al Señor del Desierto.

—Fue la forma en que urdió su magia de manera tan secreta.

Los pensamientos de Hui regresaron al cuerpo desnudo de su madre, y su unión con Qen, y él se cubrió la cara con las manos para tratar de alejar la visión de su cabeza.

—Parecía pensar que nadie podía tocarla —murmuró—, como si su poder fuera demasiado grande.

—Guárdate esto para ti, por ahora —sugirió Ipwet—. No sé nada de esto, aunque, como tú, he escuchado muchos cuentos y a menudo es difícil separar los granos de oro de la basura. Pero veré qué puedo hacer para descubrir más.

—¿Qué hechizo estaba urdiendo?

Ipwet negó con la cabeza.

—¿Quiénes eran esos otros?

Ella volvió a negar con la cabeza, irritada porque él estaba haciendo preguntas que él sabía que ella no podía responder.

—¿Deberíamos decirle algo a nuestro padre?

—¡No! —La voz de Ipwet se endureció con certeza—. Él tiene sus propios problemas. No solo el hecho de que te escapes para arriesgar tu cuello en búsqueda de aventuras... —Ella lo miró y Hui se sintió castigado—. Las cargas de gobernar Lahun en este tiempo de caos creciente pesan sobre él. Algunos gobernadores buscan ese puesto solo para llenar sus propias arcas con oro. Pero nuestro padre siente una responsabilidad por nuestro pueblo. Tú sabes cómo es.

Hui asintió con un gesto.

—Él es un buen hombre.

—Ahora le preocupa que los bárbaros hicsos vayan a avanzar protegidos por la oscuridad de la noche, violen a las mujeres y maten a los hombres para apoderarse de la ciudad, y que eso suceda mientras él sea el responsable de la seguridad —suspiró—. No. No lo molestemos más. Que disfrute de la alegría que tú le has dado con el regalo de los dioses. Nuestra madre le ha causado muchos dolores a lo largo de los años con su estilo de vida independiente...

Hui sintió que había más de lo que él nunca se había dado cuenta en aquellas palabras. Sin duda, él era una rata ciega.

—No más —continuó ella—. Deja que yo me ocupe de nuestra madre.

El viento amainó a lo largo del exuberante valle. Las palmeras datileras apenas se movían y las velas cuadradas de los esquifes en el canal colgaban sin moverse. De un cielo que brillaba como el bronce llegaba el sol para convertir el agua en una corriente de oro ardiendo en el horno de las colinas color ocre. El aroma de las flores rosadas de los tamariscos, esos arbustos que salpicaban las laderas más altas, endulzaban el olor húmedo y vaporoso de la vegetación. En cualquier otro día, todo habría permanecido inmóvil en aquel calor opresivo, con solo el chapoteo de los remos y el crujido de cabos de amarre para romper el silencio.

Ese día resonaba el estruendo de los martillos.

Hui estaba en el muelle y observaba a los hombres que sudaban en el calor mientras se esforzaban para terminar el trabajo anual en el canal antes de que llegara la próxima temporada de inundaciones. Los picapedreros cincelaban bloques de piedra para reemplazar el desmoronado revestimiento del muelle. Nubes de polvo de cal flotaban en el aire donde zumbaban las moscas. Los esclavos quemados por el sol hasta casi volverlos negros cargaban más bloques de piedra extraídos de la cantera en las espaldas que tenían sobre sus hombros en altísimos montones que parecían a punto de derrumbarse en cualquier momento. A lo largo del canal, más esclavos se movían en las aguas poco profundas, sacando todo el limo que pudieran con redes finamente tejidas para evitar que el canal quedara obstruido. Sus voces cantaban al unísono en un tono melodioso a cuyo ritmo se agachaban y sacaban el limo.

Se escucharon gritos de enojo. Hui se dio vuelta y vio a un hombre de espaldas en el barro. Sangraba por un corte en la frente. Uno de los picapedreros se inclinaba sobre él, gruñendo y con un cincel en la mano. Su rostro estaba torcido de rabia y Hui pudo ver que esa disputa podría volverse desagradable.

Hui saltó al cieno que le llegaba hasta los tobillos.

—¡Alto! —gritó.

No era él alguien que pudiera mandar a los hombres con el tono de su voz o una mirada asesina... Eso no estaba en su naturaleza. Pero Khawy le había confiado la supervisión de aquellos importantes trabajos. Desde que había regresado con la Piedra Ka, su padre se había mostrado dispuesto a darle más responsabilidades. Sin dudas, eso iba a enfadar aún más a su

madre.

Sin embargo, a pesar de la falta de tono autoritario de Hui, el picapedrero dio un paso atrás y bajó el cincel. El hombre en el suelo se puso de pie. Ambos contendientes bajaron la cabeza, pero sin dejar de observar a Hui de reojo, por debajo del entrecejo.

—Se están peleando por una mujer u otra —gruñó el capataz de la obra—. Déjemelos a mí. Los mantendré separados.

Hui asintió con un gesto y chapoteó hasta el muelle. Cuando miró hacia atrás, vio que los dos hombres que se peleaban seguían mirándolo, al igual que muchos de los otros que estaban arreglando el canal. ¿Fue respeto lo que vio en sus rostros? Nunca antes había recibido ese tipo de miradas. Desprecio y rechazo, a eso sí estaba acostumbrado. ¿Eso era así porque era hijo del gobernador, o porque se había corrido la voz sobre sus hazañas en el campamento de los Verdugos del Desierto?

Bajo la sombra del entoldado erigido en el muelle, miró por encima de los trabajos. Todo parecía estar yendo de acuerdo al ritmo que Khawy había ordenado. Hui no quería decepcionar a su padre, no cuando había sido elevado a una posición tan importante.

Pero lo cierto, habría preferido estar en cualquier lugar menos allí. Sus problemas lo estaban agobiando, y esas preocupaciones se hacían cada vez más grandes. Pero ese era un trabajo importante. El canal era una arteria vital para la vida en Lahun, pues irrigaba las ricas tierras de cultivo que proporcionaban sustento y atraían el comercio de las ciudades a lo largo del Nilo.

Hui recorrió con la mirada el curso de agua hasta la brumosa distancia en la que atravesaba las colinas. El *Mer-Wer* lo llamaban en la lengua antigua: el Gran Canal. Una vez, hacía mucho tiempo, había sido un afluente del Nilo que formaba un vasto lago hacia el oeste durante la época de las inundaciones anuales. Uno de los antiguos reyes, que había reconocido que en una tierra como Egipto el agua era más valiosa que el oro, abrió sus cofres. Ejércitos de trabajadores sudaron para ensanchar y profundizar el curso del río. Ellos tallaron el canal en la pendiente natural del valle de modo que en su parte más profunda podría ahogar a dos hombres, uno parado sobre los hombros del otro. Cuando se construyó una represa, el oasis de Fayum se convirtió en un embalse para cuando el agua escaseara, y la tierra a ambos lados del curso de agua se transformó en fértil terreno de cultivo.

—¡Hermano!

Hui se dio vuelta al oír la voz y vio a Qen que caminaba hacia él, pasando junto a los montones de material para las obras.

—¿Me has estado evitando? —preguntó el recién llegado riéndose.

Por supuesto que lo había evitado. Hui apenas podía mirar a su hermano a los ojos.

—He estado ocupado en los preparativos para la visita del Gran Señor Bakari. Y nuestro padre me encomendó supervisar las obras del canal. —Extendió una mano para indicar la extensión del trabajo.

—¿Estás trabajando para nuestro padre ahora?

—Siempre ha querido que yo siguiera sus pasos como gobernador —dijo Hui—. Una vida de papiros polvorientos y cuentas equilibradas, además de resolver pequeñas disputas. ¿Quién

puede soñar con eso?

Vio que el rostro de Qen se endurecía y sintió una punzada de arrepentimiento por su propia insensibilidad. Aquello debería haber sido un honor ofrecido al hijo mayor, lo quisiera Qen o no.

—Nuestro padre me ve como alguien que solo es capaz de las cosas más aburridas del trabajo —añadió Hui, con lo que esperaba que no fuera una prisa evidente—. Tú, por supuesto, estás destinado a cosas más grandes a sus ojos.

Qen sonrió.

—Y mayores cosas son las que tengo en mi mente. Un día, pronto.

Hui le devolvió la sonrisa y rezó para que su expresión no pareciera falsa y que sus ojos no delataran lo que estaba pensando. Por dentro se retorció al recordar lo que Qen había hecho con su madre.

—Ven, ayúdame —pidió Hui, haciéndole una seña. Esperaba poder apartarse de aquellos pensamientos.

Caminaron a lo largo del camino desde el muelle y luego saltaron a los senderos de juncos secos que facilitaban el acceso a lo largo del lado pantanoso del canal.

—¿No le has dicho nada a nuestro padre sobre lo que pasó en el campamento de los Verdugos del Desierto? —quiso saber Qen mientras observaba un esquife que pasaba desde el este.

—Mis labios están sellados. Lo hecho, hecho está, y no tiene sentido desenterrar viejos recuerdos.

—Kyky era tu viejo amigo...

—Kyky era *nuestro* amigo, tanto tuyo como mío. —Hui se puso tenso. Le sorprendió la cantidad de ira que todavía burbujeaba dentro de él.

—He pensado en esto —reflexionó Qen—, y ahora pienso que no es verdad. Me convencí de que sí lo era, pero no puede ser, por... —Sus palabras se detuvieron, pero Hui sabía lo que quería decir: que no habría sacrificado a Kyky para salvarse a sí mismo si hubieran sido buenos amigos. Si esa era la única forma en que podía vivir con lo que había hecho, entonces que así fuera—. Solo fingía ser amigo de Kyky por ti —insistió con un movimiento de cabeza.

Permanecieron en silencio y pasaron su atención de los esclavos a los agricultores en sus campos.

—¿Qué es eso?

Qen se llevó una mano a la oreja para escuchar y miró más allá de los muros de Lahun en la distancia. La tierra y el cielo vacilaron y se volvieron uno bajo los abrasadores rayos del sol.

Hui se esforzó por escuchar. Un grito resonó desde los páramos brumosos, y fue seguido por más voces que se elevaban, esta vez de Lahun.

—¡Mira! —gritó Qen.

Qen señalaba el cielo azul. Hui vio manchas negras que daban vueltas en la neblina plateada. Buitres que planeaban con sus alas desplegadas, y aquellos crueles picos curvos que salían de sus azuladas y calvas cabezas. Estaban listos para llenar sus vientres con alguna carroña que habían descubierto desde los cielos. Hui no pudo ver nada en el terreno. Pero los gritos de los guardias a

lo largo de las murallas en ese momento daban aviso con una cierta alarma.

—Deberíamos ver qué es lo que está pasando —sugirió.

Mientras los dos hermanos se acercaban a los muros blancos de la ciudad, las puertas crujieron al abrirse y la gente corrió hacia el calor de la mañana, caliente como un horno. Hui se abrió paso entre los comerciantes y los herreros, los albañiles y los carpinteros, y vio una forma gris que se balanceaba en medio del aire vidrioso. Era un hombre mal montado en un burro.

La multitud quedó en silencio mientras miraba al jinete solitario que se dirigía a la ciudad. No era una imagen inusual. Los comerciantes llegaban diariamente con sus mercancías habiru, caravanas de las ciudades a lo largo del Nilo, con la esperanza de hacer trueques. Pero todos percibían que algo no estaba bien.

El jinete se tambaleó hacia un lado y cayó de su montura. Hui corrió hacia él. El burro estaba herido. Tenía una flecha clavada en un flanco y un corte abierto sobre los ojos. Antes de que él llegara a ellos, la bestia se dejó caer sobre sus patas delanteras y cayó sobre un costado. Parecía muerto.

El jinete estaba tendido de espaldas. Un hombre tal vez de unos cincuenta años. La sangre lo cubría desde la coronilla hasta la mandíbula. Su túnica color marfil estaba rasgada en varios lugares y empapada con sangre de sus heridas. Era asombroso que hubiera llegado tan lejos.

Hui puso su mano debajo del cuello del hombre y le levantó la cabeza.

—Tranquilo —le dijo—. Has llegado a Lahun. Serás bien atendido aquí.

Hui se quitó el odre de la cintura y vertió agua en la boca del hombre. El jinete lamió desesperadamente la bebida. Trató de hablar, pero apenas tenía fuerzas. Su cabeza se aflojó por el esfuerzo.

Qen llegó.

—¿Quién le hizo esto? —preguntó sin una pizca de conmiseración.

—¿Qué es lo que quieres decir? —le preguntó Hui al hombre.

El jinete movió la boca de nuevo y los movimientos se volvieron más insistentes. Emitió un gemido.

Hui puso un oído cerca de la boca del hombre.

—Dilo de nuevo —pidió.

El jinete reunió las pocas reservas que tenía, y esta vez Hui lo escuchó.

—Vienen los hicsos.

Hui llamó a cuatro de los hombres más fuertes para llevar al forastero herido a la ciudad. Cuando llegaron a la casa del médico, Pakhom, Hui ordenó a uno de los portadores que fuera a buscar a su padre y llevaron adentro al hombre herido. Pakhom era un hombre corpulento, tenía la cabeza afeitada y la barriga le colgaba sobre el faldellín. A Hui le daba la impresión de que siempre parecía tener dolor de muelas.

—¿Qué significa esto? —preguntó el médico.

—Este visitante fue atacado cuando se dirigía a Lahun —explicó Hui—. Necesita tu ayuda para salvar su vida.

Pakhom se quedó mirando.

—Mi padre te pagará.

A regañadientes, Pakhom agitó una mano señalando la parte posterior de la habitación. Los portadores llevaron a la víctima ensangrentada adonde el médico haría su magia, una habitación oscura llena de estantes repletos de frascos y jarras, redomas y rollos de papiro. En el centro había una mesa agrietada y manchada. Una vez que el jinete fue colocado sobre ella, Qen condujo afuera a los ayudantes que balbuceaban y cerró la puerta.

—Atiéndelo —dijo Hui, y agregó—: Tiene información que puede ser vital para nuestra seguridad.

—Golpes de espada, por lo que parece —susurró Qen—. Es un milagro que haya sobrevivido tanto tiempo.

Lo único en lo que Hui podía pensar era en la advertencia desesperada del jinete. Si los hicsos estaban considerando un ataque a Lahun, tenían que organizar sus defensas de inmediato, reclutando a todo hombre físicamente apto para pelear. Sería una batalla sangrienta. Allí no había guerreros hábiles, solo comerciantes y granjeros y ricos comerciantes de piel suave. Todos confiaban en el ejército del faraón para la defensa, y los hicsos eran famosos por ser unos de los guerreros más feroces del mundo.

La puerta se abrió y entró su padre.

—¿Por qué me has molestado? —quiso saber Khawy con un tono de irritación.

—Debes escuchar lo que este extraño tiene que decir —informó Hui—. Me lo agradecerás cuando lo escuches.

Una vez que hubo repetido las palabras del jinete, observó que las arrugas en el rostro de su padre se profundizaban como las marcas de un cincel en una piedra.

—¿Por qué se arriesgarían a atacar Lahun? —se preguntó, como si tratara de convencerse a sí mismo—. Incluso para sus caballos y sus arcos, los muros de la ciudad son fuertes.

—Podrían intentar matarnos de hambre —aventuró Qen.

—No antes de que el faraón envíe su ejército para aplastarlos. —Khawy se frotó la barbilla, pensando en las posibilidades estratégicas—. Haz todo lo que puedas para salvarlo —le dijo a Pakhom—. Quiero escuchar lo que tiene para decir.

El médico ya se movía junto a su paciente, examinando las heridas e identificando las más graves. Una vez hecho esto, Pakhom extendió ambos brazos junto al paciente, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—Invoco a Heka, el Dios de la Magia y la Medicina —recitó. Se movió hacia la cabeza del hombre herido y adoptó la misma posición—. E invoco a Sobek para ayudar a sanar estas heridas. —El médico se colocó al otro lado del paciente—. E invoco a Seth —continuó—, el gran Dios del Desierto que vela por todos nosotros, para proteger el alma de este pobre individuo, y brinde su gran fuerza para devolverles la vida a estos miembros debilitados.

Al escuchar el nombre de Seth, Hui estudió al médico mientras se inclinaba sobre la víctima

y se preguntó si sería una de las figuras encapuchadas que se habían unido a Isetnofret en el ritual cerca de la pirámide.

Pakhom tomó un papiro de uno de los estantes. Cuando lo desplegó, Hui espió por encima del hombro. Era uno de los textos médicos, escritos por médicos para otros médicos, y resultaban incomprensibles para los no iniciados. Estos se guardaban normalmente en aquella parte del templo llamado *Per-Ankh*, la Casa de la Vida, pero un médico de la categoría de Pakhom tendría sus propias copias para consultar en su casa o cuando visitaba a los enfermos en sus villas.

Pakhom luego llenó un cuenco con la cerveza de una jarra y comenzó a desmenuzar hierbas secas en él antes de agregar un misterioso líquido dorado.

—Esto fortalecerá su corazón —dijo el médico—. Está débil. Ha perdido mucha sangre. —Sostuvo el cuenco en los labios secos de su paciente y vertió un poco en su boca.

Pakhom dejó el cuenco a un lado, abrió una caja de caoba tallada con imágenes de serpientes y sacó un amuleto hecho de piedra pulida. Tenía grabada en la superficie brillante la imagen de un escarabajo. El talismán colgaba de una cadena de plata, y el médico lo deslizó sobre la cabeza del paciente.

—Esto lo protegerá de cualquier fantasma o demonio que intente succionar su alma fuera de su cuerpo.

Los ojos de Hui recorrieron la habitación poco iluminada y sintió que su hermano hacía lo mismo. Todo el mundo sabía que las fuerzas del otro mundo trataban de apoderarse de la llama vacilante de aquellos que estaban cerca de la muerte.

Pakhom parecía satisfecho con su trabajo.

—Bien. Ahora podemos empezar.

Pakhom era a la vez *swnw*, un médico capacitado y experto en todas las artes médicas, y también un *sau*, que se especializaba en el uso de la magia para ayudar a sus pacientes. La combinación de ambas cosas proporcionaba la mejor esperanza para los enfermos, y Lahun se había beneficiado de su experiencia durante muchos años. Mientras observaba al médico, Hui se maravilló ante el cuidado que Pakhom tenía que poner para mantener la pureza de su ritual, para que los dioses lo ayudaran cuando los invocara. Bañarse cinco veces al día era solo una pequeña parte. El médico también tenía que obedecer una lista de instrucciones estrictas para limpiar su cuerpo. Recién entonces sería considerado *wabau*, tan inmaculado como cualquier sacerdote.

Hui miró otra mesa donde estaban dispuestas las herramientas del oficio de Pakhom. Escalpelos de pedernal y de cobre, una sierra para huesos, pinzas, alicates, sondas, catéteres, tijeras, lancetas, así como rollos de vendas de lino y una balanza para pesar sus medicinas.

Pakhom tomó las tijeras y cortó la túnica empapada de su paciente. Seleccionó entre las abrazaderas, las colocó sobre las heridas que más sangraban. Hui observó la subida y bajada del pecho del extraño. Se estaba desacelerando, estaba seguro.

No podría estar mucho más tiempo en este mundo.

—Date prisa —murmuró Khawy—. Tenemos que escuchar lo que esta pobre alma tiene que decir.

De un frasco Pakhom sacó un puñado de miel dulce y la untó en un bol. A esto añadió un

torbellino de ungüento amargo, blanco y pegajoso, y el polvo de algunas pequeñas semillas marrones que había molido en un mortero. Aplicó el inmundo brebaje en las heridas abiertas. El hombre gritó y se estremeció, pero luego sus párpados revolotearon y una sonrisa dormida se deslizó por sus labios. El médico le había sacado el dolor, al menos por el momento.

—Él no pasará de esta noche —dijo Pakhom—. Háblale ahora, si quieres. Pero date prisa. La medicina que le he dado lo dejará sin sentidos muy pronto.

Khawy asintió con la cabeza y se inclinó sobre el rostro del extraño.

—Soy Khawy, el gobernador de Lahun. ¿Puedes oírme?

El paciente se humedeció los labios y asintió moviendo la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

—Akil.

—Cuéntame qué pasó. ¿Cómo fue que sufriste todo esto?

—Yo era parte de una caravana... Viajaba con mi esposa y mi hijo.

Habíamos bajado de las altas colinas y nos dirigíamos hacia Fayum... cerca del oasis. ¿Lo conoces?

—Sí, sí —dijo Khawy, instando al hombre a que continuara.

—Estábamos preparados para los bandidos. Sabemos que los Verdugos del Desierto deambulan libremente en esta parte del territorio. Teníamos un explorador cabalgando delante de nosotros. Otros dos en cada flanco, ocultos a nuestros ojos por las rocas. Lo primero que nos alertó que algo andaba mal fue cuando vimos a los buitres dando vueltas. Mientras marchábamos por una hondonada, encontramos a nuestro primer explorador muerto. Esos carroñeros ya estaban dándose un festín con sus restos. Le habían cortado la cabeza y la pusieron a un lado. Los ojos... Me miró como si me estuviera advirtiéndome... —las palabras de Akil se desvanecieron.

Hui y Qen intercambiaron una mirada.

—Verdugos del Desierto, pensamos —continuó Akil con gran esfuerzo—. Les daríamos nuestras mercancías y nos dejarían en paz. Ese era el plan. Pero no. Los gritos resonaron por todos lados, y luego los hicsos aparecieron de la nada y cayeron sobre nosotros como lobos. Llovían las flechas. Los gritos de ellos... los gritos de mis amigos... No somos hombres de guerra. Teníamos poco más que garrotes y piedras... —Hizo una mueca—. Nos destrozaron. Un río de sangre corrió por esas rocas hasta la llanura. Mi esposa... Mi hijo... —Empezó a sollozar.

Khawy apoyó una mano de conmiseración en el brazo del moribundo.

—Qué cobarde fui —graznó Akil—. Incluso con sus espadas hiriéndome, empujé a mi burro para que avanzara. Abandoné a mis amigos...

—No había nada que pudieras hacer —lo consoló Khawy en voz baja—. Debes tener la conciencia tranquila.

Las palabras parecieron calmar al extraño. Y añadió:

—Era una banda de guerreros, no tengas ninguna duda al respecto. Estaban armados hasta los dientes y tenían suficientes suministros como para sobrevivir durante días en el desierto. Ellos...

Puso los ojos en blanco y sus palabras se convirtieron en un murmullo.

—No obtendrás nada más de él —aseguró Pakhom—. Ya está caminando con los dioses, en el umbral del más allá. Yo lo cuidaré hasta que su vela se apague.

Afuera, en el sofocante calor del día, Hui caminaba en silencio con su padre y su hermano.

Finalmente, Khawy habló.

—Debemos comenzar a preparar nuestras defensas. Haré los arreglos. Cuando llegue el Gran Señor Bakari, le pediré que envíe al ejército para ayudar a defender a Lahun. Sospechábamos que ese día iba a llegar. Una vez que los hicsos tuvieran un punto de apoyo en Egipto, era solo cuestión de tiempo antes de que decidieran tomar toda la tierra para ellos.

—¿Debemos luchar contra ellos? —preguntó Qen.

Khawy lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—He oído decir que todas las tierras que han conquistado son prósperas —continuó Qen—. No atormentan a la gente que se entrega a ellos. De hecho, permiten que esa gente gobierne...

—Vasallos —espetó Khawy—. ¿Seríamos esclavos en nuestra propia tierra?

—Aquí en la frontera, la vida siempre ha descansado sobre arenas que se mueven. Si eso puede salvar la vida de nuestro pueblo en una batalla innecesaria, ¿notaríamos alguna diferencia en Lahun si los hicsos gobernaran? —insistió Qen.

—Cállate. —Khawy miró con dureza a su hijo—. Basta de ese discurso de traición. Ve con tu madre. Dile que me voy a retrasar. Ella está haciendo arreglos para la visita del Gran Señor Bakari, e Isetnofret, como siempre, desea impresionar. No estoy ahora como para hablar de fiestas o de música. Dile que haga las cosas como ella quiera.

Qen partió en dirección a la villa del gobernador.

—Todo estará bien, padre —dijo Hui—. No podría haber mejor hombre a cargo de las defensas de Lahun.

La sonrisa de Khawy era tensa. Asintió con un movimiento de la cabeza, cansado.

—Convocaré al Consejo y comenzaremos nuestros preparativos.

Hombres tenemos, pero nos faltan armas. Aunque las murallas son fuertes.

—Puede que los hicsos no ataquen todavía. Podrían estar probando nuestra determinación.

—Eso es cierto —dijo Khawy—. Pero debemos esperar lo mejor y prepararnos para lo peor. —Palmeó el brazo de su hijo—. No permitiré que estos preparativos interrumpan tus celebraciones, te lo aseguro.

—Eso importa poco.

—No, es muy importante —replicó Khawy con firmeza—. Has traído la gloria a Lahun, a esta familia y a mí. Hemos sufrido desgracias en tiempos pasados. La muerte de tu madre... —Parpadeó para apartar una lágrima repentina—. Celebraremos nuestras alegrías cuando las tenemos. Y celebraremos este maravilloso momento en nombre de tu madre Kiya, así como en el tuyo. Pues mientras tú estés aquí, ella también lo está.

Khawy se alejó sin decir una palabra más. Hui sabía que no quería que su hijo viera sus

emociones. Sintió una oleada de amor por su padre. Si pudiera ser una fracción del hombre que era Khawy, habría alcanzado la grandeza.

Hui caminó lentamente hacia la Ciudad Baja, donde los ruidos normalmente hacían que le zumbara la cabeza. En ese momento estaba en silencio. Grupos de hombres reunidos en cada esquina, con la cabeza agachada, hablaban en voz baja. Las miradas iban de un lado a otro. Al pasar, Hui pudo escuchar fragmentos de esas conversaciones. Había miedo en sus palabras. Miedo a la invasión, a la guerra, a la sangre, a la muerte.

Al llegar a las puertas de la ciudad, caminó por el lado interior de la muralla, observando las defensas. Pudo ver lo débiles que serían ante un ataque sostenido. La muralla estaba hecha de ladrillos de barro, no de piedra, como las que protegían a las grandes ciudades a lo largo del Nilo. En distintos lugares, había pedazos que se habían roto y caído. Khawy estaba siempre estudiando detenidamente las cuentas para ver en qué se podría ahorrar para reparar las defensas. Nunca había suficiente.

Hui sabía que gozaba de una cierta astucia, que podía salir de las dificultades hablando. Pero anhelaba tener algunas habilidades que pudieran serle útiles en caso de que hubiera una batalla por Lahun. Él no era hombre apto para el combate. Probablemente tropezaría con su propia espada.

Caminó por las calles estrechas hasta el hogar familiar. La villa estaba en plena actividad. Los esclavos iban presurosos de un lado a otro con cestas llenas de higos y dátiles. Los artesanos esperaban con sus pergaminos en la sombra fresca de la sala de recepción para discutir sus ideas con Isetnofret. Ella tenía que superar su festín anterior para no perder estatus a los ojos de sus vecinos. Quería deslumbrar los sentidos del Gran Señor Bakari, de modo que, cuando regresara a la isla Elefantina, hablara únicamente de las maravillas de Lahun.

Alcanzó a ver por un momento a su padre. El rostro de Khawy estaba pálido y serio mientras los asesores iban detrás de él. Iban hablando de reclutar a todos los hombres aptos y de poner más centinelas a lo largo de la muralla. Hui se daba cuenta de que su padre no estaba convencido de que eso sería suficiente.

—Los bárbaros pueden sentir que aún no es hora de atacar —dijo uno de los asesores.

—Eso es cierto —respondió Khawy—. Puede que no sea este día, o esta semana, o incluso este año. Pero vendrán, estoy seguro de ello, y debemos estar preparados.

Khawy pasó rápidamente sin mirar a su hijo. De repente, Hui escuchó que alguien lo llamaba por su nombre. Isetnofret se abrió paso entre los hombres dirigiéndose hacia él. Llevaba una túnica de color claro que revelaba el movimiento de sus pechos y se ajustaba mucho a sus caderas.

Hui sintió un espasmo de incomodidad. No podía mirarla a la cara después de lo que había visto, y todavía no tenía claro de qué manera iba a poder seguir haciendo su vida cerca de ella.

Cuando Isetnofret lo envolvió en un apretado abrazo, Hui sintió que la incomodidad se

convertía en repugnancia, y se apartó de sus brazos.

—Esta será una celebración que Lahun nunca olvidará —adelantó ella, todavía sujetándolo por los hombros—. Una celebración digna de un rey. Una celebración digna de mi maravilloso hijo, que ha traído gloria a esta casa.

Hui se sintió aliviado al ver que el enojo de ella había desaparecido. La atención que estaba a punto de concentrarse en su casa le había levantado el ánimo.

—Cuando tú y Qen sean presentados al Gran Señor Bakari —continuó ella—, él verá cuánta grandeza hay en Lahun. —Le brillaban los ojos y sus mejillas estaban sonrojadas.

—No te defraudaré —respondió él.

—Por supuesto que no. Pero debes practicar tu discurso para el Gran Señor Bakari esta noche. ¿Lo has preparado? —Ella frunció el ceño cuando vio el malestar de él—. No podemos permitir ninguno de tus tartamudeos ni las oraciones mal construidas, Hui. Y nada de esos cuentos que tú crees que son graciosos cuando todos tus amigos borrachos se ríen. Tienes que mostrar respeto. Tienes que alabar al faraón. Pero, sobre todo, debes mostrarle al Gran Señor Bakari que tú y Qen son dignos de atención desde lo más alto. Ahí está la fortuna.

Hui asintió con un gesto.

—Me retiraré a mi habitación y trabajaré en mi discurso ahora. Será tan encantador como la mujer más bella y tan fuerte como un toro.

Isetnofret sonrió, pero Hui pudo ver en los ojos de ella que no estaba convencida.

—Asegúrate de que sea lo mejor posible. Quiero escucharlo antes de que lo pronuncies ante el Gran Señor Bakari. —Hizo una pausa antes de agregar—: Y asegúrate de que a Qen se le dé todo el crédito que le corresponde por su parte en traer la Piedra Ka a Lahun. No te lustres solo a ti mismo hasta que brilles como el oro, ¿me oyes?

Cuando Hui se fue, pasó junto a los malabaristas y tragafuegos que esperaban ser aprobados, y a los que hacían rimas y a los narradores de historias. Esa noche, mientras estaba sentado en su habitación, la casa se llenó de las delicadas y altísimas notas del arpa, del repiqueteo melódico del laúd y de los ritmos de muchos tambores, mientras los músicos presentaban composiciones para que Isetnofret eligiera. Luego se escucharon las armonías del coro, con sus voces angelicales resonando en cada rincón de la villa. Isetnofret no iba a descansar, no iba a dejar un solo detalle sin examinar, para crear su celebración perfecta.

Hui, que iba y venía por su habitación, volcaba pasión en su discurso. Trataba de hacer todo lo que Isetnofret le había pedido. Pero le resultaba más difícil de lo que había previsto. Sus palabras sonaban opacas y las reelaboró una y otra vez en su cabeza hasta que dejó de sonar como un tonto que acababa de aprender a hablar.

Cuando se acercaba al final de su tarea, uno de los esclavos de su padre apareció y lo convocó al salón principal. La actividad había mermado; los actores y demás artistas se habían marchado.

Isetnofret hizo señas a los últimos sirvientes que quedaban para que se alejaran cuando vio a Hui. Qen estaba recostado en un cojín. Hui tuvo la inquietante sensación de haber interrumpido una conversación privada.

—¿Estás aquí para que yo apruebe tu discurso? —preguntó la madre.

—Mi padre envió a buscarme —replicó mirando a su alrededor.

Como si fuera la respuesta, Khawy entró a grandes zancadas. Venía de su habitación. Estaba radiante, y en sus manos extendidas llevaba lo que parecía un trozo de tela cuidadosamente doblado.

—Para ti, hijo mío. Un regalo para honrarte por lo que has logrado.

Hui se sorprendió. Su padre nunca le había ofrecido un regalo de esa manera antes. Con cierta vacilación, tomó el paquete fuertemente envuelto y lo abrió en sus manos.

Quedó con la boca abierta cuando vio lo que le había dado. Era una túnica de lino, bellamente bordada en el pecho con un halcón con las alas extendidas en rojo, dorado y azul, y un patrón de cuadrados de colores que se repetían y caían en cascada por cada lado hasta el dobladillo. La calidad de la hechura era lo más hermoso que Hui había visto en su vida. Debía haber costado una pequeña fortuna.

—¿Esto es para mí? —exclamo Hui, asombrado.

—Te lo has ganado, hijo mío.

Hui apretó la túnica contra su pecho y miró hacia abajo. Seguramente, cualquiera que lo viera con esa hermosa vestidura se quedaría sin aliento.

—¿No creen que Hui se verá magnífico cuando sea presentado al Gran Señor Bakari? —dijo Khawy. Miró a su hijo de arriba abajo con orgullo—. Todas las miradas estarán puestas en él.

Pero la mirada que Hui sintió sobre él en ese momento era tan fría como la noche del desierto. Los rostros de Isetnofret y Qen parecían tallados en piedra. Lo desconcertaba que su padre se mostrara ajeno a ello.

Hui miró hacia otro lado, molesto por el peso de sus miradas. Trató de comprender lo que percibía allí. Ira, sin duda. Pero, sobre todo, amargos celos.

La blanca vela estaba hinchada y los cabos tensos crujían mientras un buen viento empujaba el esquife a lo largo del canal a través de la brecha en las colinas. A bordo, un pendón azul zafiro flameaba sobre un dosel de lino que mantenía al importante capitán de la nave protegido del sol. El Gran Señor Bakari se dirigía a Lahun.

Cuando los centinelas saludaron ese arribo desde sus torres de ladrillos de barro cocido, su grito se repitió por toda la ciudad. Se detuvieron los martillos y las ollas fueron abandonadas mientras los ciudadanos se reunían en las calles para ver la llegada. Allí, en la frontera entre las tierras fértiles del Nilo y el gran desierto, la visita de tan importante personaje era una ocasión rara y digna de celebrarse.

Cuando se izó la bandera en la atalaya principal, los esclavos que esperaban en el muelle entraron en acción. Se encendieron cuencos de incienso dulce y el humo perfumado llenó el aire para que el gran señor no tuviera que respirar el hedor de los pantanos. El polvo de los bloques de piedra caliza del muelle había sido barrido y la calzada estaba cubierta de juncos.

Hui se abrió paso hasta encontrarse con la multitud. Afuera de las puertas, la emoción lo envolvió. Alguna vez pensó que quedaría aterrorizado ante la perspectiva de una audiencia con alguien tan importante. Pero estaba disfrutando del día con el que había soñado durante tanto tiempo.

El navío que se aproximaba era más pequeño que el gran barco de madera que el Gran Señor Bakari había usado cuando viajaba por el Nilo. Pero el canal no era navegable para esas magníficas naves. El esquiife era estrecho, con una proa y popa altas y curvadas y apenas suficiente espacio para la tripulación y el pequeño séquito del Gran Señor Bakari. Hui pudo ver incluso a esa distancia que estaba bien construido, los manojos de cañas de papiro fuertemente atados, y sus bolsas de aire mantenían el bote a flote en las aguas tranquilas.

A medida que el bote se acercaba al pequeño muelle, la tripulación colocó los remos y los movió. Las palas entraban y salían del agua, arrastrando diamantes que brillaban a la luz del sol. Cuando uno de los tripulantes saltó al muelle para atar el cabo de amarre, el alboroto en la multitud se calmó y hubo silencio. Para muchos, aquella iba a ser la primera (y posiblemente la única) vez que verían a un hombre de tan alta posición, alguien que disfrutaba de la presencia del faraón a diario, que tal vez incluso hablaba con el dios-rey.

Hui se protegió los ojos del resplandor del sol. Estaba decidido a que cada detalle permaneciera con él para siempre, y un día le contaría a su propio hijo cómo la fortuna de la familia se había transformado.

Cuando los viajeros subieron al muelle, Hui se esforzó por identificar a Bakari, pero este quedó oculto por la presencia de los dignatarios que lo esperaban. Khawy estaba allí en alguna parte, listo en el calor pegajoso para dar la bienvenida a Lahun a tan importante visitante, junto con algunos miembros del Consejo de gobierno, quienes, Hui lo sabía, estarían inclinándose obsequiosamente para llamar la atención del Gran Señor.

Alguien tomó el mástil que sostenía el pendón color zafiro en alto, y otros cuatro cargaron la silla de viaje de su lugar de descanso detrás del entoldado. Las varas que sostenían la silla estaban pintadas de blanco y escarlata, y textos en verde esmeralda y negro habían sido cuidadosamente grabados a lo largo de ellas, aunque Hui no tenía idea de lo que decían. Desde el respaldo de la silla salían las alas de Horus, que brillaban doradas bajo el sol de modo que cuando el gran señor se movía su cabeza parecía estar enmarcada por ellas. Encima de la silla, otro entoldado de lino proporcionaba sombra.

Cuando la silla estuvo en su sitio, el Gran Señor Bakari se sentó y cuatro esclavos musculosos lo levantaron para que nadie en la multitud expectante tuviera alguna duda acerca de su importancia. Detrás de él caminaba lentamente su séquito, abanicándose. Khawy y los demás dignatarios de la ciudad lo seguían más atrás.

Comenzaron los vítores de la multitud, que fueron creciendo en magnitud hasta que la celebración se convirtió en un rugido a todo pulmón. Muchas manos se agitaban y muchas otras aplaudían, y algunos se secaban lágrimas de alegría. Muchos tenían miedo por lo que habían oído sobre la banda guerrera de hicsos que operaba en la zona. Habían visto a los hombres reclutados que practicaban marchas y trataban de dominar las pocas armas que se pudieron

reunir. Después de ver eso, era imposible que alguien se sintiera seguro. Ni siquiera los nuevos centinelas a lo largo de las murallas pudieron aliviar esas preocupaciones, aunque noche y día los guardias vigilaban las arenas desérticas, listos para dar la alarma. Las oraciones brotaban de los labios por todas partes, y en ese momento la gente sintió que sus oraciones habían sido respondidas, y el Gran Señor Bakari los iba a salvar.

Cuando la procesión llegó a mitad de camino entre el canal y las puertas de la ciudad, sonaron los tambores, tal como Khawy había planificado. A medida que el ritmo constante se fue convirtiendo en un golpeteo exultante, los otros músicos que esperaban dentro de las murallas comenzaron con la aguda melodía del laúd y la lira. Eso pareció llevar a la multitud a una excitación todavía más grande.

Hui se abrió paso entre los cuerpos sudorosos y regresó a la ciudad. No quería presentarse ante el Gran Señor Bakari vestido con su faldellín común. Mientras corría por la calle inclinada que pasaba junto a fétidas chozas, escuchó el griterío que llegaba desde las puertas de la ciudad. Pasó por el arco hacia la Ciudad Alta, que en ese momento estaba desierta, se limpió el polvo de los ojos y corrió hasta la residencia del gobernador. Tenía poco tiempo. Se lavó para quitarse el hedor de la ciudad y se puso maquillaje de jade alrededor de los ojos. Contempló la túnica extendida sobre la cama delante de él, todavía apenas creyendo que fuera suya. Cuando se la puso por sobre la cabeza, el lino fino le acarició la piel, tan diferente de la aspereza de las túnicas que solía usar. Así iba a ser su vida a partir de ese momento, estaba seguro de ello... Únicamente alegría.

—¿Quién es este extraño en la casa del gobernador? Vete, antes de que los guardias te golpeen.

Era Ipwet, bromeando. Estaba de pie en la puerta, con una cálida sonrisa que le curvaba los labios, y los ojos muy abiertos al mirarlo de arriba abajo.

—¿La ratita que era mi hermano se ha convertido en un hombre? —suspiró ella.

Hui abrió los brazos.

—¿Me veo bien?

—Pareces alguien que puede mantener su cabeza en alto en presencia de un gran señor. — Admiró el intrincado diseño del halcón en el pecho y el brillo de los colores—. Nuestro padre te ha regalado algo más que una túnica, hermano. Te ha dado estatus. Ningún hombre o mujer que te mire dudará de que aquí hay un gran hombre, bendecido con grandes días por venir.

—G... gracias —tartamudeó él.

Ella estiró los brazos, lo tomó por los hombros y lo besó en ambas mejillas.

—Nuestro padre estará muy orgulloso de ti —susurró—. Disfruta este día, hermano. Te lo has ganado.

Ella se alejó no sin antes echar una mirada más de admiración por sobre el hombro antes de desaparecer en las profundidades de la casa.

Hui se sintió triste porque Ipwet no sería presentada al Gran Señor Bakari, pero eso no era lo decoroso.

El clamor llegó hasta el frente de la villa. La mayor parte de la multitud se habría quedado en

la Ciudad Baja, pero el ritmo de los tambores aún palpitaba y la melodía de la lira que se alejaba llenaba los corazones de asombro ante la grandeza de su invitado.

Hui se armó de valor y salió corriendo de su habitación.

Cuando entró en el salón principal, fijó la mirada en Qen, quien ya estaba esperando. Lo recibió con un gesto hosco. Hui vio que Qen también estaba bien vestido. Su túnica estaba bordada con un escarabajo color rubí, pero el bordado no era tan intrincado como el trabajo en la túnica de Hui, el diseño era más sencillo y el lino era de una menor calidad. Hui imaginó que Isetnofret buscó una túnica para Qen que pudiera brillar como la de Hui. Aunque impresionante, la túnica de Qen siempre se vería opacada junto al majestuoso atuendo de Hui, y Hui pudo darse cuenta por los ojos entrecerrados de su hermano que Qen también podía ver esto.

Se volvieron hacia la puerta cuando el sonido de los tambores se desvaneció. Khawy entró primero para darle la bienvenida a su casa al invitado. Sonrió cuando vio a Hui, y Hui sintió una oleada de alegría por el orgullo que vio en el rostro de su padre. Sus ojos brillaban, sus hombros estaban bien erguidos y parecía diez años más joven. Khawy movió la cabeza en un gesto de aprobación, luego se dio vuelta para prepararse para el saludo.

Hui sintió a Qen, que estaba furioso a su lado. Deseó que su padre le hubiera prestado algo de atención a Qen. No quería que su hermano se sintiera triste o abandonado, no cuando Hui sentía tan claramente la alegría de la aceptación.

Una sombra se proyectó en el suelo y Khawy se hizo a un lado cuando el Gran Señor Bakari apareció en la puerta. Mariposas revolotearon en el estómago de Hui.

El Gran Señor Bakari era un hombre alto, casi esquelético, con mejillas y ojos hundidos. Hui sabía que Ipwet habría susurrado que su huésped parecía recién salido de una tumba, arrastrando las vendas de momificación detrás de sí.

Khawy le dio la bienvenida al Gran Señor Bakari a su casa, luego le tendió una mano para guiarlo hacia los dos hombres que lo acompañaban.

—Mi hijo, Hui —presentó Khawy.

El Gran Señor Bakari lo miró como si estuviera examinando una flor rara encontrada a la vera del camino.

—Tú eres quien rescató el regalo de los dioses de las manos de esos asquerosos bandidos, gracias a tu propio coraje e ingenio, ¿no?

—Ese... ese soy yo —respondió Hui, y agregó apresuradamente—: Junto con mi hermano Qen.

La mirada de Bakari parpadeó en dirección a Qen, pero fue una mirada superficial, y luego volvió a dirigir sus penetrantes ojos a Hui. El Gran Señor pareció mirar profundamente dentro de él, sopesándolo, tratando de decidir su real valor. Todo lo que vio pareció merecer su aprobación, porque hizo un gesto de asentimiento, primero a Hui y luego a Khawy.

Hui recordó el primero de sus discursos, aprendido de memoria, y lo repitió. En él alababa la magnificencia del Gran Señor Bakari y le agradecía profusamente el honor que le concedía a Lahun y a la residencia del gobernador.

Apenas había llegado a la mitad de sus líricas palabras cuando Bakari hizo un gesto

desdeñoso con la mano para que se detuviera. Sin duda, estaba acostumbrado a los efusivos lugares comunes dichos por las personas con las que se encontraba, y esos discursos habían perdido todo significado para él.

—Espero posar mi mirada —dijo inclinándose— sobre esa asombrosa pieza de la que tanto he oído hablar. Y espero que me cuentes la historia de tu aventura para apoderarte del regalo de los dioses. Dicen que te aventuraste en el campamento de los Verdugos del Desierto, solo ustedes tres, sin espadas, sin armas de ningún tipo. ¿Es esto cierto?

Hui asintió con un gesto de la cabeza.

—Locura o gran coraje, esperaré a que me ilumines al respecto.

Transmitiré esta historia al faraón en la primera oportunidad. Apuesto a que tu nombre será bien conocido en todo Egipto.

Hui sintió que se le contraía el estómago ante esa perspectiva. Cuando el Gran Señor Bakari se dio vuelta, Hui intercambió una sonrisa con Khawy. Hui pensó que su padre podría estallar de orgullo. Y, sin embargo, se sintió indiferente a pesar de que había esperado volar con las alas de Horus, y sabía por qué. Su culpa lo carcomía día y noche. La culpa de que Kyky aún estaría vivo si él no hubiera obligado a su amigo a aventurarse hacia el peligro. La culpa de ser el responsable de que el amor por su hermano se hubiera envenenado.

—Y a ti, Khawy, gobernador de Lahun, un gran honor debe también serte otorgado, por tu visión y la velocidad con la que enviaste un mensaje al palacio real para informar sobre este tesoro. Algunos habrían guardado esta maravilla para sí y para beneficio de su ciudad.

Khawy hizo una reverencia.

—Estoy al servicio del faraón, en todo momento y para siempre.

—Y ahora, antes de los agradables acontecimientos que se avecinan, hablemos de los graves asuntos que has planteado. Esta banda de guerreros que dices está aterrorizando a la región. Confieso que no he oído otros informes de enemigos instalados tan lejos en el interior de nuestro territorio, pero no es mi intención negar la veracidad de tus impresiones en esta etapa. Debes decirme todo lo que sabes.

Khawy se inclinó de nuevo y condujo al Gran Señor Bakari a la oficina del gobernador. Una vez que el visitante desapareció, Hui sintió que sus hombros se hundieron y se dio cuenta de que había estado tan rígido como una de las estatuas en el patio exterior.

—Has deslumbrado a nuestro invitado, como tú y tu padre pretendían. —Qen miraba con su rostro carente de toda emoción. Bien podría haber estado mirando a un extraño.

—Esa no era mi intención. Tú lo sabes, Qen. Eres mi hermano. Te amo. No voy a ignorarte.

Qen siguió contemplando con aquellos inquietantes ojos oscuros, mirando tan profundamente dentro de su hermano como lo había hecho el Gran Señor Bakari. Pero esta vez pareció que su hermano no encontraba el bien en su alma.

—Serás bien recompensado. Quién sabe a dónde te llevará este día.

La voz de Qen era tan llana y vacía como los desiertos sin rasgos distintivos.

—Por favor, hermano, no hagas que tu corazón se muestre tan frío conmigo —suplicó Hui—. Tú me conoces mejor que nadie. No soy el hombre que tú dices que soy. No es mi intención ni

está en mis planes robarte nada. Quiero solo cosas buenas para ti, sea lo que sea que realmente desees.

Qen no dijo nada.

—Debes confiar en mí —insistió Hui—. Cuando le cuente la historia de la Piedra Ka al Gran Señor Bakari, le informaré que fue *nuestra* victoria. Que estuviste ahí a mi lado de cara a aquel peligro. Que solo mostraste coraje...

—¿Que causé la muerte de Kyky?

—¡No!

—Aunque sí lo hice. Ambos lo sabemos.

—No volveré a hablar de eso. Te di mi palabra.

—Pero tú lo *sabes*, Hui. Está grabado en tu mente y grabado en tu corazón. Nunca podrás olvidarlo. —Qen comenzó a alejarse y miró hacia atrás mientras lo hacía—. Si nadie hubiera sido testigo de lo que pasó, habría sido como las nieblas sobre los pantanos junto al Gran Río, que desaparecen con la primera luz del sol. Y también se habría desvanecido de mi mente.

—¡No lo olvidarás! No puedes olvidar a Kyky.

—Ahora debo recordar —continuó Qen como si Hui no hubiera hablado—. No hay paz para mí.

Durante un rato, Hui dio vueltas fuera de la oficina del gobernador, escuchando el murmullo de voces que venía del interior. Los argumentos de su padre eran serenos, meditados, pero afilados por la urgencia que sentían todos en Lahun. En comparación, la voz del Gran Señor Bakari tenía el acento perezoso de un hombre acostumbrado a una vida cómoda en una ciudad bien protegida, no expuesta a la amenaza de bandidos y grupos de ataque en la frontera.

Después de un rato, los dos hombres salieron. Las arrugas habían vuelto al rostro de Khawy y sus párpados se entrecerraban. El Gran Señor Bakari, en cambio, ya parecía haber olvidado la conversación. Con un despreocupado golpeteo de manos, insistió en disponer de un tiempo a solas para lavarse la arena del viaje y para descansar y estar fresco para el festín de esa noche. Khawy lo condujo a la habitación que le había reservado para que ocupara durante su estancia.

Cuando su padre regresó, Hui le preguntó si el Gran Señor Bakari se había mostrado receptivo al pedido de ayuda ante la amenaza de los hicsos.

—Al Gran Señor Bakari le sigue preocupando que, si accede a nuestra solicitud, con poca evidencia, cada uno de los veinte gobernadores le estará pidiendo que se envíe el ejército para protegerlos. —Khawy suspiró—. Tales recursos no pueden ser quitados de la lucha constante con el Pretendiente Rojo... —Dejó que sus palabras se desvanecieran antes de agregar—: Lo intentaré de nuevo una vez que haya tomado una o dos copas de vino en el banquete. Puede que esté más abierto a mis súplicas entonces.

Hui trató de no pensar en cómo iba a defenderse la ciudad si aquel apoyo no llegaba.

—Él te escuchará, padre. ¿Cómo podría no hacerlo? Tal vez después de quedar impresionado

por la Piedra Ka, y la historia que tejeré sobre cómo fue rescatada de las garras de esa banda sedienta de sangre.

—Rogemos a los dioses para que así sea, hijo mío. Porque si no, debemos prepararnos para lo peor.

A medida que avanzaba el día, el calor como de un horno se fue desvaneciendo y el viento refrescante soplaba desde las colinas.

Hui estaba en la azotea, observando las lámparas que iban cobrando vida por toda la Ciudad Baja. Una vez que la noche bajaba por la ladera hasta las casas altas, los esclavos encendían las llamas doradas que bailaban en los faroles propios de la villa. El aire estaba perfumado con el olor aceitoso del *ished*, el árbol sagrado, en el jardín, y todo parecía estar bien en el mundo.

Hui había sobrevivido a una prueba en su presentación al Gran Señor Bakari, pero le esperaba un desafío mayor. Iba a necesitar todo su ingenio para asegurarse de que su eminente visitante quedara lo suficientemente fascinado como para hacer lo que le pidieran. Este era su momento.

El succulento aroma del cordero asado flotaba desde las cocinas y su estómago gruñó. Sería un buen banquete, digno de tan gran señor. La quietud del anochecer fue rota por una voz que cantaba la magnificencia del faraón y resonaba aguda y clara como una campana en la noche. Y cuando sonó el arpa, Hui supo que el festejo estaba a punto de comenzar. Entró de nuevo a la villa. Los invitados ya estaban llegando y agachaban la cabeza para recibir sus guirnaldas de flores de lirio. Khawy estaba en la puerta, dándoles la bienvenida uno por uno, mientras Isetnofret esperaba en la parte trasera del salón principal para guiarlos al banquete. Cuando vio a Hui, su rostro se oscureció, pero él sonrió y la saludó, lo que pareció suavizar su estado de ánimo.

—Ve a tu asiento —le indicó—. Nuestro invitado de honor estará esperando hablar contigo.

Cuando Hui pasó junto a ella, Isetnofret se inclinó y susurró:

—Nuestra suerte está atada a esta noche, hijo mío. Contamos contigo.

—No te decepcionaré —respondió él con un susurro.

Hui entró en el salón del banquete. La celebración que Isetnofret había preparado para su regreso con la Piedra Ka fue magnífica, pero cuando miró a su alrededor, su asombro fue mayúsculo. El Nilo parecía fluir por todo el salón. Su madre seguramente contrató a los artesanos más hábiles de Lahun para diseñar una representación del mundo que conocían. El fértil limo negro había sido traído de los campos a lo largo del canal y había formado un camino en el suelo que serpenteaba desde la Piedra Ka a lo largo del salón. Estaba diseñado para hacer eco del río mismo, desde el Delta hasta los confines del sur. La arcilla cubría el canal para que pudiera llenarse de agua. En ese río en miniatura, flotaban barcos de papiro, cada uno con una vela. En la penumbra del salón de banquetes, las llamas parpadeantes se reflejaban en el agua de modo que parecía que lo que fluía era un río de oro fundido. El espectáculo producía el efecto

deseado, pues todos los que entraban en el salón se detenían para mirarlo con asombro.

En un rincón, los dedos del arpista bailaban sobre las cuerdas con música compuesta especialmente para la ocasión. El cantor que lo acompañaba era un niño de apenas nueve años cuya voz era la más pura que Hui jamás había escuchado, una voz que conmovía el corazón con cada melodía.

Los invitados ocuparon sus lugares, ubicados de acuerdo con su estatus social: sillas para los más encumbrados, luego taburetes y suntuosos cojines en el suelo para el resto. Sus cabezas se inclinaban en cortés conversación mientras los esclavos distribuían conos de grasa perfumada encendidos para difundir agradables aromas y mantener alejados a los insectos.

Cuando todos estuvieron sentados, Isetnofret golpeó las manos y todos los esclavos salieron de las cocinas con las delicias que habían sido preparadas, hasta que la vasta mesa estuvo llena de comida: fuentes de cordero reluciente de grasa; codornices y perdices dispuestas de manera que todavía parecían estar en vuelo, ambos pájaros asados con fenogreco y comino; grulla especiada con aceite de rábano picante; erizo al horno; cuencos de lechuga y apio; lentejas y ajo; y montones de pan dulce de miel.

Nunca en todos sus años Hui había experimentado una celebración como aquella. No eran una familia rica según los estándares del Gran Señor Bakari, aunque el trabajo de Khawy traía consigo una buena vida para Lahun y residían en la villa más grandiosa de la ciudad. Pero de alguna manera Isetnofret había recurrido a su magia para producir esta exhibición impresionante.

«Quizás fue magia —pensó Hui— y Seth la recompensó».

Hui se dejó caer sobre un cojín, vencido por el torbellino de olores, sonidos e imágenes. Alcanzó a ver a Ipwet que se asomaba por el arco que daba al patio. Ella sonrió y lo saludó con la mano, para volver rápidamente a la oscuridad antes de que su madre la viera.

Alguien se deslizó a su lado. Era Qen. El aroma del sándalo surgía de los ungüentos con que habían masajeado su piel.

—Hermano —comenzó Hui, pero Qen levantó una mano para silenciarlo.

—No más palabras amargas —dijo—. Tienes razón. Somos parientes y debemos dejar atrás cualquier desacuerdo. Me conoces bien. Me enfado rápidamente y guardo rencor durante demasiado tiempo. Pero mi madre me ha convencido de que necesito superar mis mezquinas molestias por el bien de nuestra familia. ¿Aceptarás mis disculpas, hechas desde mi corazón?

Hui se sintió aliviado de que su ardiente pelea ya no iba a ensombrece la jornada. Pero sabía que nunca podría olvidar el recuerdo de la muerte de Kyky, ni de lo que sentía cada vez que veía que los ojos de su hermano se encontraban con los de Isetnofret.

—Por supuesto. Esta es una celebración para todos nosotros, y a todos nos beneficia. No hablemos más de lo que ya pasó. Lo que nos espera en los días por venir es más importante.

Un esclavo llenó sus copas con vino tinto especiado y las chocaron para brindar.

Un sonido cristalino resonó en el salón y todos hicieron silencio. Hui sabía que, por orden de su padre, uno de los esclavos había tomado el martillo de plata y golpeado el címbalo que colgaba al pie de la escalera. Todos los ojos se volvieron hacia la entrada, y un momento después entró el Gran Señor Bakari, con las manos tomadas por detrás. Con la barbilla levantada, miraba

adelante con los ojos entrecerrados. Lo seguía Khawy, un paso por detrás del hombro derecho del visitante.

—Honorable invitado —dijo su padre—. Permíteme mostrarte la maravilla que ha bendecido esta casa.

Encabezó la marcha por el borde de la mesa hasta el estrado en el extremo del salón. Aunque al Gran Señor Bakari le gustaba fingir desinterés, Hui vio que sus ojos se agrandaban al ir acercándose a la Piedra Ka. Se detuvo frente a la reliquia y sus manos parecieron temblar.

Hui se maravilló ante esa reacción. Muchos se sintieron profundamente tocados por su encuentro con la Piedra Ka, sintiendo que su poder invadía sus mentes y sus corazones. Aunque sintió algo la primera vez que la vio, de eso estaba seguro, desde entonces él no se había conmovido en su presencia.

Pero Bakari estaba atrapado. Miró la piedra sin pestañear, casi como si estuviera sonámbulo, y luego sus labios se abrieron.

Un momento después, salieron palabras en un idioma que Hui no pudo reconocer, con una voz que no sonaba como la de un aristócrata. Era más profunda, gutural, y en un ritmo que casi se convirtió en un cántico.

Hui se estremeció. Miró a su alrededor y vio que todos los invitados estaban absortos, con los ojos muy abiertos.

Cuando el cántico se fue apagando, el silencio permaneció en el aire durante un largo rato. Entonces el Gran Señor Bakari puso una rodilla en tierra e inclinó su cabeza en actitud de súplica.

Todos permanecieron en silencio mientras él murmuraba una plegaria. Cuando se puso de pie, su rostro estaba iluminado por la alegría, y pasó su mirada de Khawy a todos los que estaban sentados alrededor de la mesa.

—Esto es algo maravilloso —exclamó—. Recuerden bien esta noche, porque han sido bendecidos con una experiencia que tal vez no vuelvan a ver en su vida.

—Me hace feliz que estés complacido —dijo Khawy con una reverencia.

—Estoy más que complacido. Esto es todo lo que prometiste. Y el faraón mismo estará complacido con tu servicio. No tengas duda de que serás recompensado por esto.

Un temblor recorrió todo el salón. Seguramente era un gran elogio, y Hui sintió una marea de amor porque Khawy hubiera sido reconocido, y porque él había jugado algún papel en eso.

Y, sin embargo, no podía entender lo que Lord Bakari había visto en esa roca negra con cráteres que le demostraba qué era lo que le habían dicho. Parecía que la historia contada sobre esa piedra tenía un poder propio, y Bakari no podía arriesgarse a ignorar algo que se suponía que tenía el poder de los dioses. Y eso era lo único que importaba.

—Los dioses nos han enviado tales regalos antes —dijo el Gran Señor. Su rostro estaba iluminado por el asombro mientras miraba la Piedra Ka—. En muy raras ocasiones, su munificencia fue otorgada en fuego desde los cielos, y donde ardían las llamas se halló una piedra como esta. Nuestros registros nos hablan de cada una, preservada para gloria del faraón, y de los grandes poderes que tenían dentro de ellas.

Bakari se tomó las manos por detrás de la espalda y caminó alrededor de la Piedra Ka.

—Se ha dicho que el primero de estos grandes dones fue la Piedra Benben. Se guardaba en el *net benben*, la Casa del Benben, en un santuario a Atum en el sanctasanctórum del templo en Heliópolis. Era una parte del montículo en el que Atum estaba sentado cuando creó todo lo que hay y todo lo que habrá. Algunos decían que era una puerta entre el cielo y la tierra.

Los invitados se dieron cuenta de que realmente estaban en presencia de la gloria de los dioses.

—Algunas de estas piedras sangran una fuerza vital cuando se colocan en el corazón blanco de un horno —reflexionó Bakari, casi para sí mismo—. Un herrero habilidoso puede moldear esa sangre en objetos de gran fuerza... una daga, tal vez, o un amuleto. Se dice que el objeto es irrompible.

El Gran Señor Bakari se volvió hacia los invitados.

—No hemos tenido un regalo de los dioses como este en muchas temporadas. Esto solo puede ser un presagio, el heraldo de una nueva era en la que Egipto se elevará como un ave fénix por sobre las luchas de los últimos años. Llevaré la Piedra Ka al rey mañana mismo, con mi recomendación para que se le otorguen recompensas al gobernador, y a Lahun. Ahora, quiero escuchar la historia de la aventura que trajo este tesoro a nuestras manos.

Khawy tendió la mano hacia Hui. Este se armó de valor y se irguió, haciendo que Qen también se pusiera de pie.

—Mi Gran Señor Bakari —comenzó Hui—, esta es una historia como ninguna otra.

Con una voz clara que resonó en todos los rincones del salón, Hui contó cómo fue que oyó hablar de la Piedra Ka, de los caminantes del desierto que la habían encontrado primero, y cómo había tramado su plan para robársela a los Verdugos del Desierto, que querían este asombroso objeto para su propio beneficio. Habló de la tensión de la caminata a través del desierto al amparo de la noche, y cómo pasaron sigilosamente junto a la guardia y entraron en el corazón del campamento. Su discurso debió ser bueno, pues vio que algunos de los hombres palidecían a la luz parpadeante de las velas. Y cuando describió el impacto del descubrimiento de la cobra, una mujer gritó.

Arrancó las lágrimas de aquellos invitados con su relato sobre cómo Kyky se había sacrificado para salvar la vida de Qen, y aquí su boca se volvió tan seca como las arenas del desierto. Describió el escape hacia el Nilo, y su estratagema entre los juncos cuando atacaron los cocodrilos, y la audiencia embelesada estalló en espontáneos vítores y aplausos.

Hui se aseguró de incluir la participación de Qen, destacando sus acciones y su gran coraje. En medio de su relato, miró a Isetnofret y la vio sonreír a la vez que asentía moviendo la cabeza.

Cuando terminó, hizo una reverencia y se recostó en su cojín. Tiró de Qen para que se sentara a su lado, y esta vez fue el turno de Bakari de aplaudir.

—¡Qué historia! —gritó su invitado, claramente conmovido—. Qué coraje. Contaré esta historia cuando presente la Piedra Ka a los sacerdotes de la isla Elefantina, y puedes estar seguro de que se extenderá a lo largo y ancho del país.

Los invitados vitorearon de nuevo y propusieron alzar las copas por la gran fortuna que le

había sido otorgada a la familia de Khawy.

Hui observó el brillo de la euforia en los rostros de su padre y de su madre mientras el Gran Señor Bakari hablaba extensamente sobre las posibilidades que se abrían para la familia: las riquezas, la alta posición... Hasta podrían ser invitados a la corte del faraón mismo... y los años de abundancia en el futuro. Hui sintió una euforia vertiginosa. En sus sueños más salvajes nunca había imaginado una fortuna tan grande, y sus sueños habían sido realmente salvajes. Su padre tenía razón cuando dijo que todas sus vidas serían elevadas a partir de ese momento.

Khawy guio al Gran Señor Bakari a su lugar en la cabecera de la mesa y comenzó el festín. Los esclavos iban y venían, portando más cuencos rebosantes y rellenando constantemente las copas con cántaros que aparecían uno tras otro. Cualquiera que fuera el costo de todo ello, bien gastado estaba si la satisfacción en el rostro de Bakari era el indicador de que se trataba de una inversión que se recuperaría multiplicada por diez.

Relajado en su cojín, Hui dejó que la tensión en él se disipara.

Había hecho su trabajo y no había tropezado con sus pies ni con la boca, como había temido. Vio a su padre beber otra copa más de vino. Sus ojos empezaban a ponerse vidriosos, pero su sonrisa era brillante.

Cuando terminó el festín, comenzó el espectáculo. Primero aparecieron las bailarinas, las mujeres más hermosas que Isetnofret había encontrado. Estaban desnudas, salvo las cintas atadas a sus cinturones y los collares de cuentas *menit*. Balanceaban sus caderas y sus senos mientras se movían en una sinuosa fila alrededor de la mesa, haciendo sonar los collares de cuentas. Los saltimbanquis se movían por todo el salón y los malabaristas deslumbraban a todos, lanzándose brillantes llamas unos a otros.

Mientras un maestro narrador fascinaba con sus juegos de palabras y un poeta recitaba un relato épico de la gloriosa historia de Egipto, Hui vio que Isetnofret y Qen se alejaban de la mesa. Se preguntó qué estarían planeando, pero no quería que sus sospechas arruinaran una noche tan alegre. Todo estaba bien. Todo iba a estar bien.

Un silencio se produjo en el salón cuando Isetnofret apareció de repente en el espacio reservado para los entretenimientos. Hui abrió la boca. Su madre estaba transformada. Llevaba un apretado vestido carmesí que le envolvía cada curva, y en una mano llevaba un *ankh* y en la otra, un bastón de papiro.

—¡Isis! —murmuró Hui, en un trance.

Isetnofret golpeó las manos y entraron otros tres participantes. La primera era una hermosa joven con un vestido color ocre, con las alas de un halcón extendiéndose desde la espalda. Esa era Neftis, hermana de Isis. El segundo era un hombre musculoso que vestía una máscara tallada con la cabeza de bestia de Seth. Hui, de repente, recordó su sueño aterrador en la noche del ritual de su madre. Seth se volvió lentamente, recorriendo todo el salón, y los invitados inclinaban la cabeza con miedo mientras esa mirada los atravesaba.

Hui se sobresaltó cuando vio al tercer intérprete. Detrás del maquillaje verde de Osiris estaba su hermano Qen. Vestía la alta corona blanca de Atef con plumas de avestruz curvadas a cada lado, y en sus manos sostenía el cayado y el mayal.

—Que comience la actuación —anunció Isetnofret.

Cuando los cuatro intérpretes ocuparon sus posiciones, una voz retumbó como si fuera la voz de los dioses mismos.

—He aquí entonces la historia de Osiris e Isis, Neftis y Seth, los hijos de Geb, de la tierra, y Nut, del cielo.

La voz sin cuerpo de los dioses resonó por todo el salón y los invitados sonrieron ante aquel artificio. Isetnofret había escondido al actor que hablaba detrás de la pantalla en la parte trasera de la sala.

Qen caminó hasta el centro de la sala y extendió los brazos. Parecía estar mirando directamente a Hui.

—He aquí Osiris —declamó el actor—, Señor de los Muertos y del Renacimiento, Señor del Más Allá, que trae nueva vida cada año al fértil valle de la Madre Nilo. Él es el rey justo y él da sus bendiciones a todos los reyes justos.

Isetnofret se inclinó hacia delante y apoyó una mano en el hombro de Qen.

—Y aquí está su hermana-esposa Isis.

Los invitados estaban embelesados. Sabían lo que estaba por venir. Esta historia se la contaban a todos desde el momento en que eran alzados de su cuna. Todos amaban esta historia, un relato relajante en medio de la confusión de esta existencia mortal.

Las actuaciones de Isetnofret y Qen eran intensas. «¿Cuánto tiempo habrán estado ensayando en secreto?», se preguntó Hui.

Los invitados se quedaron boquiabiertos y horrorizados cuando Seth asesinó a su hermano Osiris, y contuvieron los sollozos cuando Isis y Neftis comenzaron su duelo. Se mantuvieron absortos mientras las dos hermanas buscaban el cuerpo de su hermano muerto, y vitorearon cuando encontraron los restos, y cuando el actor regresó al escenario para mostrar a Isis que vertía nueva vida en él.

Qen se levantó del suelo y abrió los brazos una vez más, ya renacido.

Hui sintió que se le humedecía la piel cuando se dio cuenta de lo que estaba por suceder. Isetnofret empujó a Qen hacia abajo y se subió a horcajadas sobre él, moviéndose mientras Isis recibía la semilla del hermano-marido. Hui miró hacia otro lado y se tragó el ácido que había subido a su garganta. Nadie más parecía preocupado al ver a una madre unida así a su hijo, ¿por qué iba a estarlo? Estos eran solo dos actores interpretando un papel. Pero Hui sintió que aquello lo golpeó directamente a su propio corazón.

Cuando volvió a levantar la vista, el acto había terminado. Un esclavo le entregó un bebé a Isetnofret, y su madre levantó al niño por encima de su cabeza. Aquel era Horus, el hijo que había concebido con su hermano.

Los invitados vitoreaban mientras los actores hacían sus reverencias. Hui tomó su copa y la alzó para que fuera llenada por un esclavo, y bebió todo el vino en un solo trago.

Los actores se retiraron para quitarse el maquillaje y los ropajes, mientras algunos hombres alrededor de la mesa se acercaban uno por uno para palmear a Hui en el hombro y felicitarlo por los tiempos tan asombrosos que esperaban a su familia. Y todo era gracias a él. Su corazón

estaba henchido, tanto por lo que esto iba a significar para su padre como por las alabanzas que llovían sobre su cabeza. Vendrían buenos tiempos y era él quien los había traído ahí, a la casa de Khawy.

Qen regresó, quitándose el último resto del maquillaje verde de su rostro. Sus ojos brillaban y parecía estar encantado con su actuación.

—Lo hiciste muy bien, hermano —lo felicitó Hui— igual que... igual que... —se atragantó con las palabras por un momento—. Igual que nuestra madre. Ambos capturaron la imaginación de todos los presentes.

Qen se sentó.

—Mañana habrá algunas cabezas con dolor —dijo.

—Nuestro padre todavía tiene trabajo que hacer —replicó Hui—. Debería cuidarse.

Su mirada se cruzó con la de Khawy, quien respondió con un gesto de su cabeza.

Había llegado el momento.

Khawy se acercó tambaleando y palmeó con sus manos los hombros de sus hijos, inclinándose para susurrar en una ráfaga de aliento etílico.

—El Gran Señor Bakari ya tiene llena de vino la barriga. Como yo. —Se tocó la frente—. Pero he mantenido la mente despejada.

Qen frunció el ceño, mirando a su padre y luego a su hermano.

—¿Qué es esto?

—Necesitamos que el rey nos dé lo que precisamos para defendernos de los hicsos —explicó Khawy—. El Gran Señor Bakari está indeciso en cuanto a la amenaza, pero no tengo ninguna duda de que, si esos bárbaros atacan, las calles se teñirán de sangre. Todo lo que hemos construido aquí será destruido. Hui sugirió que esperara hasta que el Gran Señor Bakari hubiera bebido unas cuantas copas para convencerlo. Iba a ser más fácil para él decir que sí, entonces, y más difícil contradecir sus palabras una vez que saliera de la neblina del vino.

—Un buen plan —dijo Qen en voz baja—. Bien hecho, hermano.

Khawy volvió a donde Bakari movía la cabeza siguiendo la melodía de la lira. Hui pudo ver que su padre exageraba su propia embriaguez para tranquilizar a su invitado de honor. Khawy se inclinó para susurrarle algo a Bakari, y los dos hombres se alejaron de la mesa y salieron del salón de banquetes.

—Esperemos que nuestras plegarias sean respondidas —dijo Hui.

Qen se puso de pie de un salto.

—No debemos dejar nada al azar, hermano.

—¿Qué quieres decir?

—¡Les llevo más vino! Me aseguro de que sus copas desborden para que el Gran Señor Bakari no salga de su embriaguez. Espera aquí. —Qen se movió presuroso, y un momento después, regresó con un cántaro—. Toma esto.

—¿Por qué no tú? —se quejó Hui.

Qen se rio.

—Eres el favorito de nuestro padre. Él te recibirá bien. Si yo entrara en su oficina, me tiraría

de la oreja y me sacaría a la fuerza.

Hui vaciló. ¿Eran puros los motivos de Qen? Pero era su hermano, y toda enemistad entre ellos seguramente se había suavizado. Quería mostrar su lealtad. En una neblina de vino, Hui agarró el cántaro. Lejos del tumulto de la celebración, la villa estaba tranquila, pero las risas retumbaban desde la oficina del gobernador.

—Te traigo más vino.

Hui levantó el cántaro cuando entró. Ambos, Bakari y Khawy, tenían la cara roja.

—Vean, ¡un buen chico! —exclamó Khawy—. El mejor hijo que un hombre podría desear.

—Eso es verdad.

Bakari tomó un sorbo de su copa ya rebosante.

Hui volvió a llenar la bebida de Khawy y dejó la jarra.

—Eres un honor para tu familia —continuó Bakari.

Hui hizo una reverencia.

—Y tú me honras.

Arrastraba un poco las palabras, pero se percató de que el Gran Señor estaba demasiado borracho como para darse cuenta.

—Grandes cosas vendrán a esta casa —anunció Bakari—. Grandes cosas. Serás reconocido por encima de todo en Lahun.

Con una sonrisa, Hui se alejó, manteniendo la mirada baja. Mientras salía de la oficina, escuchó a su padre que decía:

—Entonces oremos para que tengamos lo que hace falta para mantener a raya a los hicsos. Qué tragedia sería ver esta buena fortuna destruida por los bárbaros.

—¿Crees que este ataque se producirá pronto?

—No tengo duda. Las bandas de guerreros vagan cada vez más cerca. Las caravanas son destrozadas. Las víctimas hablan de los horrores que infligen los hicsos...

Khawy ya estaba atrayendo a Bakari bajo su hechizo. Hui se apresuró a regresar al salón de banquetes.

El grito atormentado resonó antes de que Hui pasara el umbral a la atmósfera perfumada. El aullido había salido de la oficina.

Se dio vuelta, y corrió de regreso por donde había venido. Bakari iba trastabillando hacia él con las manos extendidas, su rostro atravesado por el horror.

—¡Ayúdanos! —gritó—. ¡Busca un médico!

Hui pasó corriendo junto a él.

«¡Un medico! Khawy debe haberse descompuesto. Por la expresión del Gran Señor Bakari, debe ser grave en verdad».

—Gran Horus, por favor ayuda a mi padre —murmuró Hui. Cuando entró en la oficina, la plegaria se convirtió en un grito ahogado.

Khawy se revolvía como una bestia salvaje en el suelo de piedra caliza. Sus dedos se habían enroscado como garras; sus ojos estaban muy abiertos y desorbitados. Le salía espuma de la boca y sus labios se alejaban de los dientes. La copa que Hui había llenado yacía volcada en un charco

de vino color rubí.

Hui cayó de rodillas, mientras Khawy continuaba retorciéndose de dolor y con violentas convulsiones.

—¡Padre! —gritó—. ¡Padre!

Los invitados comenzaron a agolparse junto a la puerta. Miraban, espantados.

—Khawy ha sido derribado —alguien jadeó.

—¡Tiene convulsiones! ¡Una enfermedad! —gritó alguien más.

—Por favor —suplicó Hui, con lágrimas en los ojos—. Traigan a Pakhom...

Khawy comenzó a agitarse cada vez más violentamente, y Hui se arrojó sobre el pecho de su padre en un intento de evitar que se hiciera daño a sí mismo. Pero Khawy estaba dominado por una fuerza sobrenatural y Hui fue arrojado al suelo de piedra.

Una espuma espesa burbujeaba en oleadas de la boca de Khawy y le cubría los labios, y en ese momento tenía el tinte rosado de sangre en ella. Hui miró con horror, paralizado ante aquella terrible visión.

—¡Veneno! —gritó ese mismo invitado—. ¡Khawy ha sido envenenado!

El miedo oscureció la visión de Hui. Lo único que podía ver era la agonía de su padre. Su terror se acentuó más cuando vio que los espasmos se hacían más débiles y se convertían en temblores. Finalmente, estos cesaron y Khawy quedó inmóvil.

Hui comenzó a sollozar.

—¡No te mueras! —gritó—. ¡No te mueras!

—¡El gobernador ha sido envenenado!

Hui vio que Bakari se inclinaba sobre él. El rostro del aristócrata estaba retorcido de furia. Se volvió y se dirigió a los invitados.

—El gobernador tomó un sorbo de vino, y luego comenzó a ahogarse y a escupir esa horrible espuma. Luego cayó al suelo sufriendo. ¡Envenenado! ¡Por él!

Hui se quedó boquiabierto.

—N... no —tartamudeó—. ¡Yo no hice esto! Jamás lo...

—¡Basta de tu falsa angustia! —Bakari estaba furioso, y lo señalaba con un dedo—. Khawy ha sido envenenado, y no puede haber ninguna duda: este es el hombre que lo hizo. Su propio hijo.

El lugar era profundo y oscuro. Hui yacía de espaldas sobre rocas resbaladizas y miraba el círculo de cielo azul en el extremo del hueco negro. En Lahun, lo llamaban el «pozo». Alguna vez lo había sido; según decían los escribas, uno de los pocos que había en las tierras desérticas, pero se había secado, ya nadie recordaba cuándo. Allí era donde eran arrojados los violadores, los asesinos, los ladrones y los adúlteros mientras esperaban que se administrara la justicia de Ma'at, hija de Ra. Todos los pícaros, los asesinos, los más irrecuperables y patéticos miembros de la sociedad.

Hui respiró aire húmedo mezclado con el amargo hedor de la orina de rata. Los roedores se acercaban cada noche cuando salían de los estrechos túneles que abundaban en aquellas paredes.

Le dolían todos los huesos del cuerpo. Su cabeza todavía retumbaba. Eran los efectos persistentes de los golpes cuando unas manos ásperas lo habían arrojado al fondo de aquel lugar inmundo.

La túnica de Hui —su hermosa túnica, lo último que le quedaba como recuerdo de su padre— había sido desgarrada por las rocas irregulares que lo habían lastimado en la caída. La suciedad del pozo cubrió aquel lino alguna vez impoluto. Pero más dañado estaba su espíritu. Una lágrima corrió por la suciedad de su mejilla.

Sus pensamientos volvían a aquel terrible momento en que la luz de su padre finalmente se apagó. ¿Cuántas veces se había estremecido ante el horror de ese recuerdo, tratando de darle sentido a algo que parecía estar más allá de la locura? ¿Por qué se había ido su padre? En un instante estaba celebrando su mayor victoria, y al siguiente sus sueños estaban deshechos.

Su pena era tan grande que Hui pensó que podría morir.

Recordó a los invitados borrachos que se convirtieron en una turba cuando las acusaciones cayeron sobre él. ¿Cómo pudieron pensar que él era capaz de envenenar a su propio padre? Pero sus protestas de inocencia fueron ahogadas por los furiosos reclamos de justicia. Aquellos hombres y mujeres amaban a Khawwy. Su padre había sido responsable de su seguridad y del orden de sus vidas.

Reconocían que asumió con dedicación un trabajo difícil. Y en ese momento, cuando la amenaza de los hicsos les quitaba el sueño todas las noches, el único hombre que podría haberlos ayudado les había sido arrebatado.

¿Quién podría haber echado veneno en el vino? ¿Un espía hicsos?

¿Quién más tendría el deseo de matar a un hombre tan amado como Khawwy? ¿Quizás uno de los esclavos había sido sobornado? La cabeza le daba vueltas con todas esas preguntas.

Hui se apoyó en los codos. Ramalazos de dolor le atravesaban las articulaciones ¿Eran pasos eso que escuchaba? Había escaleras talladas en la roca para llegar al fondo del pozo, donde se abría una pequeña hendidura en la piedra. Era a través de ella que sus carceleros le acercaban pedazos de pan y cuencos de agua que lo mantenían con vida hasta que se tomara una decisión sobre su destino.

—¿Hui? ¿Estás ahí?

La voz de Ipwet flotó en la penumbra. Hui se esforzó para ponerse de pie y fue tambaleándose hasta la abertura. En la penumbra, pudo apenas ver el rostro de su hermana y

sintió que otro sollozo lo convulsionaba. Los ojos de ella estaban enrojecidos, sus mejillas en carne viva. Le temblaban los labios. En su palidez calcárea, él vio la falta de sueño. El barro todavía le cubría la mandíbula que había untado a modo de luto, mientras caminaba por la ciudad golpeándose el pecho.

—No fui yo —dijo casi gritando—. Yo no maté a nuestro padre...

Ella metió una mano por la abertura y Hui la agarró como si fuera un hombre que se está ahogando. Sus dedos envolvieron los de ella para sostenerlos apretados.

—Nunca dudé de ti —le dijo—. Te conozco demasiado bien, hermano. Conozco tu amor por... por nuestro padre.

—Si tan solo pudiera ser liberado de este encarcelamiento, podría ayudar a buscar quien haya cometido este terrible crimen. —Su voz se endureció cuando su dolor se convirtió en una furia fría y justiciera.

Ipwet retiró su mano.

—Van a retenerte aquí. Ojalá fuera de otra manera, de verdad eso es lo que deseo. Pero lo escucho en sus voces...

—¿Las voces de quién?

—El Gran Señor Bakari se ha quedado para supervisar el juicio. Él cree que esto también fue un ataque contra él. Si su copa no hubiera estado llena, podría haber bebido el mismo vino envenenado que bebió nuestro padre. Que él hubiera podido morir también lo ha dejado helado hasta la médula.

—¿Pero por qué yo?

—Tú llevaste el vino.

—¿Eso es todo? No sé nada de venenos.

Hui hizo retroceder su mente. ¿Cómo había llegado él a llevar el cántaro de vino a la oficina? Estaba tan atontado por la bebida en ese momento que su recuerdo era poco más que una imagen borrosa.

—El debate ocurre lejos de mis oídos, pero las discusiones son violentas. Por ahora, no pueden ver a ningún otro culpable. Pero Qen pelea por ti..., puedes encontrar algo de alivio en eso.

—¿Qen?

—Me dice que no descansará hasta que haya probado tu inocencia. Habla de tu naturaleza, de tu honestidad y coraje... y de tu dedicación... —Su voz sonaba estrangulada—. El Gran Señor Bakari tiene la intención de permitir que Qen ocupe el lugar de nuestro padre como nuevo gobernador, aunque solo sea por un tiempo hasta que se pueda encontrar un sucesor.

—Qen es demasiado joven... Le falta experiencia.

—Pero tiene fuerza y coraje. Tú mismo dijiste en el banquete que Qen fue fundamental al ayudarte a robar la Piedra Ka. —Su rostro se iluminó—. Ten fe, hermano. Si Qen es gobernador, tendrá algún poder sobre los procedimientos. Él podrá asegurarse de que se limpie tu nombre y se encuentre al verdadero asesino.

Ipwet tenía razón. No debía perder la esperanza. A pesar de las diferencias que se habían

producido en los últimos días, Qen era lo único que tenía en ese momento.

—Ojalá pudiera yo estar allí para consolarte —agregó Hui en un tono de voz suave—. ¿Vas encontrando un camino en medio de esta tristeza?

Cuando su hermana finalmente habló, sus palabras estaban tan llenas de dolor que él pensó que su corazón podría romperse de nuevo.

—Ya no tenemos nada, hermano. Sin nuestro padre, vagamos solos por el desierto.

—De todas maneras, cuando estés casada... —comenzó a decir él.

—No habrá matrimonio.

—¿Por qué dices eso?

—Shedet fue informado de inmediato acerca de la muerte de nuestro padre. Hace menos de una hora me enteré de que las conversaciones sobre la boda fueron interrumpidas.

Hui no pudo encontrar palabras. Sabía lo que esta unión simbólica habría significado para Lahun, para la familia. La muerte de su padre seguiría causando dolor, como las ondas que produce una piedra arrojada al agua del oasis.

—No podía ser de otra manera. —Ipwet no parecía preocupada—. ¿De qué sirve una novia sin un padre que la entregue? No puede haber alianza, ni reforzar las defensas entre nuestras dos ciudades, ni acuerdos para aumentar el comercio.

—¡No digas esas cosas!

Una estrecha abertura enmarcó la boca de Ipwet cuando forzó una tensa sonrisa.

—No te preocupes por mí, hermano. Lo único que importa ahora es sacarte de este encarcelamiento y encontrar a la serpiente venenosa que mató a nuestro padre. —Y añadió—: Regresaré pronto con noticias.

Hui escuchó el ruido de sus pasos por los escalones de piedra al subir hacia el mundo de arriba, y una vez más estuvo solo.

Cayó la noche, y el pozo quedó sumergido en un interminable océano de oscuridad en el que Hui flotaba. Cuando comenzaron los ruidos en las paredes, pateaba cada vez que las ratas merodeaban cerca de él o sentía que una cola escamosa le azotaba los pies.

El dolor se había disipado y en ese momento se sentía vacío. Imaginó lo que le habría ocurrido a su padre desde su fallecimiento.

La muerte de Khawy había sido violenta, por lo que su madre seguramente no iba a esperar demasiado para comenzar a prepararlo para el más allá. Los esclavos iban a envolver el cuerpo en un sudario para luego cargarlo en sus hombros. Los embalsamadores iban a recibir los restos para escoltarlos hasta al *ibw*, donde lavarían a su padre para purificar su cuerpo. Y luego a *per nefer*, la Casa de la Belleza, para la momificación. La familia tenía una posición que le permitía pagar por eso, y Hui se sintió aliviado pues Khawy, a pesar de todo, iba a renacer.

En la Hora de Vigilia, los dolientes tomarían la forma de Osiris. y Seth, Isis y Neftis, Horus, Anubis y Thot.

Delante iba la procesión hacia la tumba, con un buey que tiraba del trineo sobre el que yacía el cuerpo de su padre. Y el olor dulce y empalagoso del incienso. El camino polvoriento salpicado con leche. Y luego la tumba, y la vida más allá de la vida.

A Hui no se le daría la oportunidad de despedirse. Las lágrimas volvieron a quemarle los ojos.

No sabía cuánto tiempo estuvo envuelto en su dolor, pero los pasos resonaron una vez más y, con la emoción de que Ipwet hubiera bajado de nuevo, tal vez con buenas noticias, empezó a palpar la pared de piedra húmeda hasta que encontró la abertura.

La luz de la luna iluminaba la sucesión de escalones. Una silueta oscura terminó de bajar y el corazón de Hui casi deja de latir cuando vio que no era su hermana. Su visitante estaba encorvada por la edad, su rostro gris era una red de arrugas encapuchada con un chal. No la reconoció, pero a juzgar por la aspereza de su pesada túnica marrón, era pobre. De la Ciudad Baja, sin duda.

—¿Qué quieres? —preguntó él.

La mujer se acercó a la abertura y miró dentro del pozo. Aunque él seguramente era apenas poco más que un fantasma flotando en la oscuridad, ella lo miró de arriba abajo, observando su sucia y andrajosa túnica.

—Ahora no te ves tan bien.

Su voz era la de una mujer mucho más joven. Y aunque la evidencia de sus ojos le decía lo contrario, sonaba como su madre.

—¿Quién eres? —quiso saber Hui.

La vieja se sacudió con una risa silenciosa.

Hui miró con mayor atención. Y apareció Isetnofret, que salía de las sombras del chal, su rostro libre de las arrugas que Hui había visto. Su cuerpo ya no se veía tan encorvado, y ella parecía más alta que la vieja rechoncha. ¿Sus ojos lo habían traicionado después de tanto tiempo atrapado en la oscuridad? ¿O aquello era brujería? ¿Isetnofret tenía el poder de transformarse?

—Hijo mío —dijo ella. Su sonrisa era cruel.

—¿Madre?

—¿Estás sufriendo?

—Y... soportando.

Otra risa silenciosa.

—Lo que soportas es la maldición que puse sobre ti —explicó ella—. Una maldición impuesta por el propio Seth.

Hui trató de entender lo que estaba escuchando.

—¿Comprendes? —Ella se inclinó, con los ojos ardiendo—. Soy una fiel servidora de Seth, y lo convoqué para que te destruyera... Para verte sufrir como espero que el gusano que era mi esposo haya sufrido al final.

¡Maldecido por su propia madre! ¡Maldecido por Seth! Hui se tambaleó. No podía imaginar que nada de lo que había hecho pudiera justificar este tormento que ahora aplastaba su espíritu.

—Pero... ¿Pero por qué? Mi padre solo mostró amor por ti.

Isetnofret carraspeó y escupió.

—No me amaba ni a mí, ni a Qen. No, el único espacio en su corazón era para esa asquerosa bruja, Kiya, y por el hijo que ella dio a luz. Cada vez que te miro, la veo a ella, y eso era lo que tu padre también veía. Incluso después de su muerte, cuando pensé que estaba libre de ella, aun así ella seguía viviendo.

Hui apenas podía creer el odio que veía retorcerse en el rostro de su madre. Jamás en su vida había percibido cuán profunda era la ira de ella.

—Yo podría haber vivido con el amor de tu padre por esa perra cabeza hueca —continuó—. Aunque me molestaba, ella no significaba nada, sobre todo después de que ella no fue más que un recuerdo. Pero entonces tu padre volcó todo ese amor hacia ti. Qen, mi hermoso Qen, su hijo primogénito, se convirtió en nada a sus ojos. Un extraño sin valor...

—Eso no es verdad...

—¡Esa es la verdad! —Isetnofret enseñó los dientes como un chacal acorralado—. Khawy era demasiado débil. Se dejaba impulsar por su patético corazón. Demasiado desconsiderado.

Iba robando el legado de Qen poco a poco. Desangrando la esperanza de todos sus días por venir. ¡Y de todos mis días también! —Le miró la túnica—. Cuando Khawy te dio eso... Me di cuenta de que no podíamos seguir de esa manera. Eso no iba a terminar ahí. Te iba a dar todo a ti y nos dejaría sin nada a Qen y a mí.

Hui negó con un movimiento de cabeza.

—Mi padre me favoreció, eso es cierto. Pero él nunca te hubiera negado nada a ti, ni a Qen. Era un hombre demasiado bueno.

—Yo lo envenené.

Hui retrocedió, esas palabras fueron como una bofetada en su rostro. Aun así, una parte de él se negaba a creer que su madre fuera capaz de semejante atrocidad. Asesinar a su padre, que era el marido de ella. Maldiciéndolo.

—Ahora Khawy está muerto. Y tu castigo será de verdad terrible. Beberé el mejor vino y brindaré por la victoria que he logrado para mí y para Qen.

—Pagarás por esto —gruñó él.

Se sintió conmocionado por la ira fría que lo invadió. Nunca pensó que sería capaz de tanta furia.

La risa de Isetnofret no hizo más que llevar a niveles más altos su ira. Hui metió sus manos por la abertura, y supo que la habría tomado por la garganta, la habría estrangulado allí mismo, tal vez incluso llegando a matarla.

Pero su madre dio un paso atrás, fuera del alcance de sus dedos.

—Podría haberte dejado a tu suerte tan desconcertado como una oveja arrastrada al matadero. Pero eso no sería un justo precio por todo el sufrimiento que he soportado. Debes sentir el dolor como lo he sentido yo. Mientras estés encerrado aquí en la oscuridad, sabrás que no hay esperanza para ti. Por mucho que supliques, tu destino ya ha sido decidido. Pagarás por el asesinato de tu padre. Y sufrirás dolores inimaginables. Y recién entonces se hará justicia.

Isetnofret estaba loca... no podía haber otra explicación. Imaginar que ella había sufrido

tanto cuando su padre había prodigado solo cosas buenas sobre ella, y sobre Qen.

—Y eso no será el final de todo esto —continuó ella, su voz envuelta en la euforia—. Ahora tengo el poder para lograr todo lo que siempre soñé. Seth me ha concedido mis deseos. Lahun me pertenecerá.

Locura.

—Más todavía. Egipto mismo será mío. Seré reina, con Qen como mi consorte. Y luego, una vez que la Piedra Ka esté a mi alcance... la inmortalidad. Ascenderé. Me convertiré en la consorte del mismo Seth.

Hui se quedó boquiabierto ante el alcance de la desbordada imaginación de su madre.

—Una divinidad —murmuró ella.

Hui recordó el repugnante ritual que él había visto, el que realizaron Isetnofret y Qen cerca de la pirámide. Allí ella se unió a Seth. Esa seguramemente fue siempre su intención: convertirse ella misma en un dios, y ahora creía que la Piedra Ka le daba esa oportunidad. Se estremeció ante las monstruosas ambiciones de su madre y el alcance de la locura que la impulsaba. Para semejante objetivo, ella estaba dispuesta a hacer cualquier cosa.

Isetnofret se alejó de la abertura, y a la luz de la luna ella otra vez pareció ser aquella bruja encorvada. Pero la sonrisa cruel era claramente la de su madre. Antes de que Hui pudiera dar voz a su deseo de venganza, ella dio media vuelta y volvió a subir los escalones.

Hui volvió a dejarse caer en su celda. Al apoyarse sobre las frías piedras, sus pensamientos eran como un remolino, y lo único que pudo arrancar de su interior fue un aullido bestial de dolor. Gritó hasta que su garganta quedó en carne viva, y ese horrible aullido subió en espiral por el hueco y salió hacia Lahun, para finalmente desaparecer en la noche.

Pasaron los días con solo las alimañas como compañía. En la oscuridad, Hui trató de mantener el ánimo en alto, pero su esperanza se iba desvaneciendo con cada hora que pasaba. Anhelaba escuchar el sonido de los pies de Ipwet en los escalones de piedra, pero la única persona que se aventuraba a bajar era el guardia, con sus escasas raciones. Quizás Ipwet también había abandonado la idea de salvarlo, apartada de él por el veneno que Isetnofret vertía en sus oídos, día y noche, hablándole sobre su hermano asesino.

Al quinto día vinieron por él. La cuerda de papiro cayó desde el círculo de cielo azul. Hui se ató el extremo debajo de los brazos y los guardias lo sacaron a la fuerte luz del sol. Lo pusieron de pie, y luego lo empujaron a punta de espada por las calles hacia la casa del gobernador. Esa casa suya que ya nunca volvería a ser un hogar. Los hombres y las mujeres junto a los que pasaba lo miraban fijo, o hacían la señal cotra el mal de ojo, los mismos que hacía solo unos días lo habían visto como un héroe que había traído gloria a Lahun.

En la frescura del salón principal, Bakari estaba sentado en la silla de respaldo curvo que había pertenecido a su padre. Sus demacradas facciones tenían en ese momento el aspecto de una tumba abierta que le avisaba a Hui lo que estaba por ocurrir. El secretario del tribunal y los

ancianos del Consejo de gobierno estaban allí, y Qen también, como gobernador interino.

—Serás juzgado aquí en el *kenbet* —anunció Bakari—, y en este tribunal de justicia se decidirá tu suerte.

Cualquiera fuera su destino, Hui lo iba a enfrentar como un hombre, como su padre habría esperado de él. Miró a los rostros allí reunidos y vio a Isetnofret en la parte posterior del grupo. Sus ojos estaban abatidos y con el rostro demacrado por el dolor, como corresponde a una viuda reciente. Su duelo recibía el respeto de todos allí. Pero cuando ella vio que él la miraba, se permitió una leve sonrisa, invisible para todos los demás. Hui se esforzó para mantener la calma. Aquel no era el momento oportuno.

—Soy inocente de las acusaciones que se han hecho en mi contra —declaró Hui.

—Si no fueras culpable —replicó Bakari—, no habrías sido acusado.

Hui mostró un rostro confiado a pesar de sus temores. Tenía que convencer al tribunal de que las acusaciones eran falsas. Pero no tenía testigos a los que recurrir, ni testimonios ni peticiones.

Isetnofret lo sabía y eso justificaba su creencia de que para él toda esperanza estaba perdida. Isetnofret pudo haber confesado su crimen a Hui, pero eso sería solo su palabra contra la de ella. Una cosa estaba a favor de él: no existía la más mínima razón por la que hubiera querido matar a su propio padre.

—La Ley de este Mundo fue transmitida a la humanidad por los dioses en la Primera Ocasión —dijo Bakari a la corte, en el discurso que exigía la ley—. Hacemos nuestro juicio aquí sobre los principios que exige Ma’at. Una vida de paz para uno mismo, y la paz bajo los ojos de los dioses, debe ser una vida vivida con equilibrio. Y no olvidemos que de todos los crímenes que un hombre puede cometer, el asesinato de su propio padre es uno de los más monstruosos.

El secretario se adelantó y leyó la acusación de que Hui era culpable del asesinato de su padre. Y procedió a relatar una versión de cómo Hui había llevado el vino aquella noche, mientras el Gran Señor y Khawy estaban en intensas conversaciones sobre la defensa de Lahun.

—El acusado vertió el vino contaminado en la copa de su padre y miró con malicia hasta que el gobernador lo vació —continuó el secretario.

Hui se estremeció. Una mentira que lo pintaba con los peores colores posibles. Hizo el ademán de hablar, pero Bakari levantó una mano para silenciarlo.

—Tres latidos del corazón después, el gobernador comenzó a temblar cuando el veneno comenzó a hacer efecto —continuó el secretario del tribunal—. Cuán poderoso debe haber sido para que hiciera efecto tan rápido. Y cuánta maldad debía haber en quien buscó un veneno de tal fuerza y estaba dispuesto a usarlo. Sí, para usarlo contra su propio pariente.

Los miembros de la corte asintieron con la cabeza. Hui apretó la mandíbula. Iba a necesitar todo el poder de su lengua de plata para contrarrestar aquel cuento imaginado.

Hui intentó hablar otra vez, pero Bakari solo espetó:

—Ya tendrás tu oportunidad.

—Y cuando el Gran Señor Bakari dio la alarma —continuó el secretario—, e hizo todo lo que pudo para salvar la vida del pobre hombre, el acusado regresó para regodearse con la muerte del gobernador. Estos detalles siguen siendo centrales en este crimen: el acusado trajo la vasija

de vino envenenado a la oficina, por propia decisión. Nadie lo envió. Y si no fuera por la voluntad de los dioses, el Gran Señor Bakari mismo ahora podría estar muerto.

Una exhalación de asombro se escuchó en toda la corte de justicia.

Bakari le hizo una seña a Hui.

—Habla, para lo que eso pueda servir.

Hui miró fijamente a los ojos acusadores de esos ancianos, pasando de uno a otro. No iba a mostrar miedo, ni ninguna señal de debilidad que ellos pudieran usar para decidir su culpabilidad.

—Es cierto que llevé el vino a la oficina del gobernador aquella noche —dijo con voz clara—. Pero no sabía que estaba envenenado.

—¿Entonces, ¿cómo llegó a estarlo? —quiso saber Bakari—. La vasija de vino estaba en tus manos. Si otra mano hubiera puesto el veneno allí, no tenía cómo saber que se lo servirías a tu padre. Y a mí. —Los ojos de Bakari parecieron desaparecer en la sombra.

—Había alguien en el banquete que se iba beneficiar con la muerte de mi padre...

—¿Quién? —espetó Bakari.

Hui contuvo las palabras en su garganta. Iba a esperar el momento oportuno para revelar la participación de su madre. Podía sentir sobre sí la tensa mirada de ella, pero él no miró en esa dirección. Podía decir a su favor también que Qen, sin saberlo, le había dado el vino por indicación de Isetnofret. Pero no podía implicar a su propio hermano para salvarse él. Eso no sería honorable.

—Tal vez alguien me dio... Alguien me dio... la vasija de vino envenenado y me impulsó a entregártelo a ti, mi Gran Señor Bakari, y a mi padre. Yo fui simplemente una herramienta en manos de otros, que de verdad albergan maldad en sus corazones.

Bakari entrecerró los ojos. Hui pudo ver que si aún no había convencido a su acusador, al menos había despertado su interés, y por el momento eso era suficiente.

—No hay ninguna razón por la que yo querría matar a mi padre —continuó Hui—. Yo lo amaba con todo mi corazón. Precisamente la noche anterior él me dio este regalo maravilloso...

Hui señaló su hermosa túnica mientras miraba a Bakari a los ojos. Pero esos ojos se desconcertaron, y cuando Hui bajó la mirada, se dio cuenta de que estaba parado frente a ellos vestido con una sucia túnica, tan andrajosa que parecía uno de los mendigos que se movían por la Ciudad Baja.

—Yo amaba a mi padre —repitió, atragantándose con las palabras—. Lo amaba con todo mi corazón y hubiera hecho cualquier cosa para demostrar la estima que le tenía. Él era un buen hombre..., un gran hombre. Y lo trágico de estos hechos es que llegó a su fin demasiado pronto. —Hui se esforzó para contener las lágrimas que amenazaban con aparecer. Tenía que permanecer equilibrado y dueño de sí para que respetaran sus palabras—. Quien haya cometido este crimen, Gran Señor Bakari, todavía conserva su libertad en Lahun. Sigue siendo una amenaza para toda la gente buena. Te lo suplico. Haz justicia aquí. Justicia para mi padre. Y no dejes que este asesino escape sin el castigo que merece.

—Tengo la sensación de que tienes a alguien a quien deseas condenar. Si eso es cierto, debes

hacerlo. Pero primero... ¿Hay alguien aquí que hable por el acusado? —Su voz resonó en todo el salón.

Una voz clara resonó.

—Yo lo haré.

Hui se volvió y vio a Ipwet que se adelantaba. Ella parecía indiferente a todos esos rostros que la miraban con ceño fruncido.

—Daré testimonio sobre el carácter de mi hermano —continuó— y de su amor por nuestro padre.

Bakari la miró.

—Ya sabes que dar falso testimonio es el mayor crimen a los ojos de los dioses, ¿no?

Ipwet asintió con un movimiento de la cabeza.

—¿Y sabes que si eres culpable de ese crimen, te cortarán los brazos y las piernas y luego te ahogarán en el canal?

Esta vez Ipwet palideció, pero se mantuvo firme.

—Prometo de corazón decir la verdad.

—Muy bien —dijo el Gran Señor, y asintió con la cabeza dirigiéndose al resto de la corte—. Continúa.

Cuando su hermana lo miró, Hui vio el amor en sus ojos y sintió una oleada de tibieza.

—Mi hermano tiene mucho de mi padre en él. Su fuerza. Su dedicación a lo que es correcto. Ha llegado a ser un buen hombre, y sé que mi padre estaba muy orgulloso de él. El mismo Khawy me lo dijo.

Hui apenas podía escuchar esas palabras.

Mientras Ipwet continuaba con su relato de las muchas maneras en que Hui había mostrado su amor por su padre, él observaba los rostros de Bakari y de los demás miembros de la corte. La súplica apasionada de su hermana parecía estar tocando sus corazones. Las expresiones duras se suavizaron. Algunas cabezas se movían asintiendo o se inclinaban para concentrarse en las palabras de ella. Cuando la insinuación de una sonrisa apareció en la expresión severa de Bakari, Hui sintió una creciente sensación de alivio. Ipwet seguramente había conseguido su libertad, y con ella, él podría encontrar una manera de llevar a Isetnofret ante la justicia por el terrible crimen que había cometido, fuera o no fuera su acusación escuchada por el Gran Señor.

Hui miró a su alrededor. La boca de Isetnofret se había retorcido en una mueca y sus ojos ardían de furia. Ella nunca iba a perdonar a Ipwet por aquello.

Su hermana terminó su discurso e hizo una reverencia.

—Amables palabras —dijo Bakari—. Buenas palabras. Ahora solo queda otro al que debemos escuchar.

Hui le mostró un rostro frío a su madre. Ella se mostraría contra él, pero no había nada que ella pudiera decir que llegara a contrarrestar el sincero testimonio de Ipwet. Pero, Isetnofret no se movió. En cambio, fue Qen quien se adelantó.

—Como sabes, mi Gran Señor Bakari, he pasado los últimos días muy dentro de los archivos de Lahun y he hablado largo y tendido con los ancianos de la ciudad —comenzó Qen—. Y

descubrí una verdad allí sepultada que tiene mucho que ver con este juicio.

—Habla, entonces —ordenó el Gran Señor.

—Lo que he descubierto es esto: la madre que dio a luz al acusado no era la egipcia nativa que ella afirmaba ser. Ella mintió para llamar la atención del gobernador, mi padre, y convertirse en su esposa. —Qen hizo una pausa, dejando que sus palabras tuvieran efecto, antes de decir—: Kiya era una hicso.

El shock retumbó entre los miembros de la corte.

—¡Eso es una mentira! —Se enfureció Hui. Su ira ardía al rojo vivo.

En ese momento se dio cuenta de por qué Isetnofret estaba tan segura de que sus súplicas caerían en oídos sordos. Él se había negado a creer que Qen pudiera ser parte de lo tramado por su madre. Su hermano lo amaba..., siempre lo había amado. Pero él había sido un tonto, y esa esperanza infantil lo había condenado. Qen era el instrumento de su madre. Las mentiras de ella eran las mentiras de él. Y él era capaz de decir cualquier cosa con tal de destruir a Hui.

—Ahora podemos ver el verdadero motivo detrás del asesinato de mi padre —continuó Qen, mientras los guardias avanzaban para arrastrar a Hui a su encierro—. Mi hermano es una serpiente escondida entre la gente buena de Lahun. Él sabe muy bien cuál es su linaje. En ese linaje está su lealtad. Mi padre, un buen hombre, por cierto, un hombre valiente, estaba cumpliendo con su deber y tratando de proteger a Lahun contra esos sanguinarios bárbaros. Y el acusado no podía permitir eso. Entonces, asesinó al gobernador.

Hui trató de liberarse, pero los guardias lo retuvieron tirando sus brazos hacia atrás.

—¡Mentiras! —rugió—. Te diré quién envenenó a mi padre. ¡Mi madre, Isetnofret, por celos! ¡Por ansia de poder!

Pero Hui había lanzado su acusación demasiado tarde. Los rostros de los integrantes de la corte eran sombríos. Sus palabras sonaron como los delirios de un hombre desesperado. Miró a su madre, quien se permitió su sonrisa más cruel y desapareció. Ella tenía su victoria.

Hui se sintió desesperado cuando vio el estruendoso rostro de Bakari.

—Hela ahí —señaló el Gran Señor—. La verdad. El hombre que está delante de nosotros no es un verdadero egipcio. Es un bárbaro, y será condenado como uno. Un asesino. Un bastardo. Y un bárbaro.

Hui sintió que la cabeza le daba vueltas y, por un momento, las palabras del Gran Señor se perdieron en el latido de su sangre.

Cuando se recuperó, Bakari estaba dictando la sentencia.

—Esta es mi decisión. Serás castrado, y luego serás llevado al lugar de la ejecución y cortado en pedazos. El más allá te será negado. Que así sea.

Hui presionó sus dedos contra la quemante herida en la frente. Cuando apartó la mano, la sangre goteó hasta cubrirle el ojo izquierdo. ¿Qué sentido tenía curarse la herida? Pronto le iban a cortar sus partes más apreciadas ante sus propios ojos, incluido su miembro. No mucho después de eso,

estaría muerto. Su cuerpo sería cortado en pedazos y los restos, esparcidos por el desierto. Nunca sería enterrado intacto, por lo que los dioses no lo iban a aceptar en el más allá. No podría renacer.

No le quedaba esperanza alguna.

Hui se desplomó para apoyarse en la pared de piedra. En la parte superior del pozo, las estrellas brillaban en el círculo del cielo nocturno. Desde que fue devuelto a su prisión después de dictada la sentencia, había pasado su tiempo tratando de trepar por el imponente muro. Sus dedos ensangrentados escarbaban en las grietas entre bloque y bloque. Rasgaba con las uñas rotas para tratar de agarrarse. En cada intento se había caído, y esta vez se había golpeado la cabeza con las piedras del fondo.

Dejó que la barbilla le cayera sobre el pecho.

Vendrían por él al amanecer, arrastrándolo lejos de las hermosas villas a un lugar más allá de los muros donde su sangre podría gotear en el polvo y no ser un recordatorio de la mortalidad para los ciudadanos ricos de Lahun. Había visto ese castigo antes, y los gritos aún resonaban en su cabeza.

Hui tendría que sufrir bajo la mirada de Isetnofret, y la de Qen, como era su derecho por ser ellos los que habían sido heridos por su presunto delito. Las dos personas que habían conspirado para asesinar a Khawy y destruir su propia vida, sin otra razón que los celos, iban a estar allí para regocijarse mientras su vida se desvanecía. Sintió que el ácido le quemaba la garganta.

Ya no había justicia.

Algo resonó desde lo alto del pozo. Hui alcanzó a ver un movimiento repentino. Algo cayó a través de la oscuridad. Era un rollo de cuerda que se desplegaba. Atrapó la línea que se balanceaba, pero vaciló. Seguramente no vendrían por él en lo más profundo de la noche.

Oyó un susurro y una cabeza se asomó por el borde.

—¿Se te han escapado los sesos por las orejas? —dijo Ipwet en voz baja—. ¿O preferirías quedarte allí y morir?

El corazón de Hui dio un salto. Se ató la cuerda al cuerpo, y subió por la soga oscilante, impulsándose hacia arriba con las manos. Débiles por la falta de alimento, sus extremidades temblaban, pero el miedo a la muerte encendió el fuego en su vientre y encontró reservas que nunca había sabido que tenía. Sintió el dulce frescor del aire de la noche en su piel caliente, y las manos que lo agarraban y lo arrastraban hacia las losas agrietadas que rodeaban el pozo.

Hui cayó de espaldas, aspirando aire en sus pulmones que ardían, pero Ipwet lo agarró de la túnica y lo arrastró hasta ponerlo de pie.

—No hay tiempo para descansar —le advirtió a la vez que miraba a su alrededor.

Hui se puso de pie.

—¿Dónde están los guardias?

—Les dije que mi madre ordenaba que esperaran en nuestra casa hasta que ella estuviera lista para hablar con ellos. Ahora muévete —lo urgió Ipwet.

—La Piedra Ka —comenzó a decir él—. Podría robarla..., llevármela conmigo. No debe caer en manos de Isetnofret. Y podría serme de gran ayuda...

Su hermana lo empujó apartándolo del pozo.

—Olvídate de la Piedra Ka. ¡Huye! ¡O perderás la vida!

Con otro empujón, lo apartó del pozo hacia las calles estrechas y oscuras de la Ciudad Baja.

—Si los guardias descubren que te has ido, darán la alarma. —Su hermana jadeaba mientras corrían—. Y si te vuelven a agarrar, te arrojarán otra vez por ese agujero y te romperás todos los huesos en la caída.

Hui sintió que deliraba con el inesperado escape del pozo, de la desesperación y por estar al borde de la libertad. Cuando pasaron por una herrería, todavía apestando a azufre, agarró a Ipwet y la detuvo.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó.

—Eres mi hermano. No podía quedarme a un lado y verte morir.

—Pero tú escuchaste lo que dijo Qen...

Ipwet negó con la cabeza y miró hacia otro lado.

—Sabes que era una mentira —insistió Hui.

—No sé si eres un hicso, y no me importa. Lo que yo sé es lo que dije ante el tribunal de ancianos. Veo a nuestro padre en ti todo el tiempo, y veo bondad y amabilidad. Yo sé que pensar que podrías asesinarlo a él es como pensar que podrías matarme a mí.

Estaba temblando y Hui se maldijo a sí mismo por no haberse dado cuenta de los miedos que ella había superado para ayudarlo.

—Lo arriesgaste todo —dijo—. Si te hubieran pillado, habrías terminado en el pozo conmigo. Y como mínimo te habrían cortado la nariz. El Gran Señor Bakari no está en un estado de ánimo indulgente.

Ipwet suspiró.

—No podía hacer otra cosa. —La preocupación desapareció de su rostro mientras lo seguía mirando y forzó una débil sonrisa—. Todas esas veces en las que solía burlarme de ti. Te hacía tropezar delante de tus amigos, te retorció la oreja hasta que aullabas. Siempre hubo amor en todo eso, pero recién me di cuenta de cuánto amor cuando escuché la sentencia hoy. Hermano... Hui... Cuando camines por el camino más oscuro, yo te sigo. No tengo otra opción.

Hui parpadeó para contener una lágrima.

—Pero no puedo quedarme.

—Lo sé.

—No puedo protegerte.

—Soy una flor resistente. Florezco incluso en los desiertos más calurosos y secos.

—No entiendes —insistió él—. Cuando amanezca y sea la hora de mi castigo, descubrirán que me he fugado y el Gran Señor Bakari ordenará una investigación. No se dará por vencido, sabiendo que el hombre que podría haberlo asesinado escapó. Van a arrestar a todos los que me ayudaron, y tú hablaste ante la corte...

—¡No te preocupes! Sobreviviré. Ahora debes cuidarte tú solo. Aléjate lo más que puedas de Lahun. Empieza una nueva vida, y hazlo rápido. Te perseguirán como a un perro, tú lo sabes.

Hui miró a su alrededor. Algunas lámparas brillaban, pero no había ningún movimiento. El

único sonido era el viento que susurraba entre las casas. Tomó los hombros de Ipwet.

—No debes confiar en tu madre.

—*Nuestra* madre.

—Ya no es mi madre. Mi madre está muerta y pasea con mi padre en el más allá. Isetnofret no tienen ningún parentesco conmigo.

—Lo que le dijiste a la corte... ¿Crees que ella envenenó a nuestro padre? —quiso saber Ipwet.

—Ella misma me lo dijo cuando me visitó en el pozo.

Ipwet inclinó la cabeza y Hui sintió una punzada de arrepentimiento por haberla lastimado.

—Isetnofret nunca te perdonará por lo que dijiste en la corte de justicia. Ella te va a hacer daño. Si no es hoy, entonces será mañana, o cuando ella esté lista para causarte el mayor daño posible. —Hui sintió que le dolía el estómago.

—¿Qué va a ser de nosotros, Hui? —preguntó ella.

—Ven conmigo —propuso él—. Encontraremos una nueva vida juntos.

Ipwet negó con la cabeza.

—Mi vida está aquí, hermano. Esto es lo único que conozco. Mis amigos, nuestra casa... Me ocurra lo que me ocurra, me va a ocurrir aquí.

—Entonces regresaré para ayudarte, cuando pueda hacerlo.

Hui la arrastró en un abrazo, la abrazó con fuerza, como ella lo había abrazado a él y le había secado sus lágrimas, cuando los otros muchachos lo habían golpeado y partido el labio.

—Tampoco confíes en Qen... —empezó a decir él.

—Confiaré en mí misma, eso es todo.

—Bien. Pensaré en ti todos los días, y te voy a extrañar con todo mi corazón.

Ipwet se soltó del abrazo secándose las lágrimas.

—¿Qué se necesita para salvarte la vida, hermano? ¿Una patada en el trasero, como las que te daba cuando eras niño? ¡Corre! Corre lo más rápido que tus piernas puedan y no mires atrás.

Ella lo miró a los ojos por un breve instante, luego lo besó una vez en la mejilla y se alejó. Hui la vio marcharse hasta que desapareció en las sombras y escuchó los pasos de ella hasta que también se desvanecieron.

Recién entonces dio media vuelta y caminó por la calle hacia las puertas de la ciudad, libre, pero también perdido y solo, sin nada de su antigua vida que pudiera considerar propio.

La alarma resonó por toda la ciudad dormida mucho antes de que Hui llegara a las murallas. Una voz ronca cargada de pánico; la señal era tomada por una segunda voz, luego por otra. Imaginó la lámpara bajando al pozo, la sorpresa cuando la luz reveló que el pozo estaba vacío. Sin duda, iban a correr hasta las habitaciones de Bakari para asegurarse de que el prisionero fugitivo no estuviera tratando de vengarse de quien había dictado sentencia.

Eso le daba un poco más de tiempo.

Hui se mantuvo en las sombras de la luna junto a las casas. La ciudad ya estaba tensa por la amenaza inminente de la banda de guerreros hicsos. No se necesitaba mucho más para hacer que los ciudadanos se levantaran llenos de miedo, y si pensaban que él era un traidor, lo iban a descuartizar en muchos pedazos. Aunque la luna estaba menos que llena, igualmente plateaba las calles y cualquier movimiento podía ser detectado con facilidad.

Había una hilera de almacenes a lo largo de la calle antes de las puertas de la ciudad, edificios más altos que las chozas de una sola habitación de los pobres. Todos ellos arrojaban grandes mantos de sombra por donde él podía desaparecer.

Los gritos resonaban por las calles y descendían por la pendiente hasta las puertas de la ciudad. Hui miró hacia arriba y hacia abajo de esa amplia calle, iluminada por las lámparas de las murallas. Las putas hacía rato que habían regresado a sus lechos. Nadie más se movía entre los montones de estiércol de burro y pilas de ladrillos de barro que los albañiles usaban para las reparaciones.

Pero Hui pudo entrever algún movimiento en las torres que se alzaban a cada lado de la puerta. Allí los guardias hacían su solitaria vigilia durante las horas oscuras, atentos a lo que pudiera ocurrir en el desierto. En otros tiempos, habrían dormido un poco de vez en cuando, a pesar de las órdenes de sus superiores. Pero desde que apareció la amenaza de los hicsos, estaban todo el tiempo atentos, vigilantes. Esa bien podría haber sido la última orden de su padre como gobernador. Hui esperaba que eso no lo condenara.

Los centinelas se dieron vuelta al oír las voces de alarma que llegaban de la Ciudad Alta. Un guardia se apoyó en el parapeto de su torre, mirando hacia el interior de Lahun.

Hui iba pegado a la pared de un depósito, rezando que las sombras fueran lo suficientemente profundas y oscuras como para que él pudiera seguir escondido.

La muralla de la ciudad era demasiado alta como para escalarla y no había manera de hacerlo por la puerta misma sin ser visto por los centinelas.

Hui apretó los dientes. No se iba a dar por vencido a esa altura de los hechos, no cuando Ipwet había arriesgado tanto y él estaba ya tan cerca de la libertad. ¿Podía regresar a la ciudad y esconderse, con la esperanza de salir sigilosamente durante el día cuando las puertas estaban abiertas y tanta gente, tantos artesanos y comerciantes, entraban y salían en tropel? Era demasiado arriesgado... Sus perseguidores iban a estar buscando casa por casa, ahondando en cada espacio, revisando cada saco de grano y cada rollo de lino y cada vasija de barro con aceitunas. Tarde o temprano lo iban a encontrar. Su única esperanza era llegar al otro lado de las puertas de la ciudad.

Hui se arrastró junto a la fila de almacenes hasta que llegó a un lugar más allá de los círculos de luz de las lámparas, y se lanzó al otro lado de la calle hasta el pie de las murallas de la ciudad. Los ruidos y gritos de sus perseguidores estaban apenas a unas pocas calles de distancia. Uno de los guardias se preparaba para bajar por la escalera.

Era en ese momento o nunca.

«Vamos, Hui—se dijo a sí mismo—. Tu destino está en tus manos».

Se armó de valor y corrió entre las profundas sombras a lo largo de la muralla hasta llegar al

primer círculo de luz. Estiró un brazo, sacó la lámpara de su gancho y continuó su carrera.

Sus pies volaban sobre el terreno. Escuchó el grito de los centinelas y supo que los guardias estarían bajando por sus chirriantes escaleras. Seguramente los hombres de la Ciudad Alta oyeron la alarma y se dirigían hacia las puertas de la ciudad.

Hui entró en el almacén más cercano. Las sombras producidas por la luz de la lámpara revelaban montones de sacos, cántaros y vasijas de barro en la oscuridad. No muy lejos de la puerta, montones de lino para los tejedores estaban agrupados a un lado. Hui arrojó la lámpara. El aceite ardiendo se derramó, el lino se encendió, y en un instante el fuego lo envolvió todo.

El calor le abrasaba el rostro y Hui corrió hacia el fresco de la noche, hacia la oscuridad, lejos de las puertas de la ciudad. El grito furioso de uno de los guardias llegó a sus oídos. Lo escuchó tan cerca que parecía estar pisándole los talones.

—¡Detente ahora! ¡Detente!

Hui siguió corriendo. Parecía que los gritos de toda una jauría de caza estuvieran rodeándolo.

Luego los gritos dejaron de parecer amenazantes y eran de pánico. Hui miró hacia atrás y vio las furiosas llamas rojizas en la puerta de entrada del almacén. El fuego era la mayor amenaza para cualquier comunidad. Podía barrer pueblos enteros con la velocidad de las inundaciones primaverales que se producían con la crecida del Nilo.

Su estratagema parecía haber funcionado. Los vigías y los guardias que salían de la Ciudad Baja corrían hacia el almacén. Sus gritos de «¡Fuego!» harían que la gente saliera de sus camas para ayudar con cántaros de agua y ramas de palmera para combatir el fuego. Hui esperaba que pudieran dominar el incendio en poco tiempo.

La nube de humo iba envolviendo la calle. Hui se tapó la boca y se metió de nuevo entre las sombras, oculto a los ojos de aquellos que se iban juntando alrededor de la entrada del almacén. Al llegar a las puertas de la ciudad, tomó la barra que servía de cerrojo y tiró hasta que salió de sus soportes y cayó al suelo. Agarró la cuerda grasienta que servía de manija y tiró de ella para abrir la puerta lo suficiente como para pasar. Y pronto estuvo al otro lado de las murallas.

Hui apoyó la espalda contra la madera de las puertas quemadas por el sol. Al elevar su mirada al cielo, vio la luna que lo miraba desde arriba, y la majestuosa multitud de estrellas que brillaban. Pronto iba a llegar el alba, como siempre ocurría. El mundo continuaba su ritmo. Solo su vida había cambiado.

Respiró hondo el aire limpio después de la asfixia provocada por el humo y se alejó de la puerta, de Lahun, de todo lo que había conocido hasta ese momento.

Aquel iba a ser el primer día de su nueva existencia. Ya era un habiru, un fuera de la ley, sin hogar, sin familia, sin trabajo para comprar comida y llenar su estómago, sin rumbo para hacer su camino.

Habiru.

Hui tenía una vaga idea de lo que significaba esa palabra, pero ya iba a ir aprendiendo la dura verdad en los días venideros. Aquel era el punto más bajo en todos sus años. Cuando sus hombros comenzaron a encorvarse, los empujó hacia atrás y endureció su cuerpo y su ánimo. Ya era dueño de su vida. Hasta hacía apenas una hora, ese no era el caso, pues solo podía ver la

muerte delante de sí. Pero los dioses le habían dado este regalo y él no lo iba a despreciar.

Apretó los puños. No, su vida no estaba vacía. En ese momento tenía un propósito, y era libre de seguirlo, sin importar si le tomaba días o años. Y su propósito era este: buscar venganza. Por el asesinato de su padre. Por el cruel sufrimiento infligido a Ipwet.

Y por el dolor que sentía como una daga en su propio corazón.

Venganza contra Isetnofret. Venganza contra Qen.

En otros tiempos, Hui jamás habría soñado con esto. Él no era un hombre de violencia y sangre; no era un guerrero. Siempre se consideró a sí mismo como un alma gentil. Pero estaba decidido a ser un hombre diferente a partir de ese momento. Por la voluntad de los dioses, él iba a renacer y hacer lo que fuera necesario para llevar a cabo su venganza.

Mientras el fuego rugía y el humo subía en remolinos para opacar las estrellas, Hui se alejaba de Lahun para internarse en el desierto. Un hombre sin pasado ni futuro, un paria.

Por primera vez en su vida, no tenía idea de lo que le deparaba el mañana.

Los gritos de los hombres que luchaban contra el fuego eran llevados por el viento. Hui podía ver el brillo rojizo que envolvía las paredes blancas. Pero parecía estar ya apagándose. Pronto volverían a buscarlo a él.

Mientras trotaba, levantando remolinos de polvo con cada pisada, decidió que era demasiado peligroso tomar un camino por el desierto. Los vigías tenían la vista aguda, acostumbrados como estaban a mirar a la distancia en aquel terreno. Seguramente lo iban a identificar rápidamente en aquel territorio llano y sin rasgos distintivos mucho antes de que llegara a la protección de las colinas.

Hui se dirigió hacia el canal. Algunas lámparas brillaban entre las palmeras datileras cerca del agua. Eso quería decir que los barqueros se preparaban para su jornada de trabajo. Pronto estuvo respirando el aire fresco del río que olía a agua y vegetación. Al atravesar corriendo los campos de cebada, tropezó con el barro negro que bordeaba los pantanos y luego subió a la calzada que conducía al muelle.

Una franja escarlata bordeaba el cielo negro por el este. Comenzaron a emerger formas en medio de la penumbra: las acacias, y algunos arbustos que se balanceaban, los charcos de agua estancada y los restos de un arado abandonado. Hui vio los montones de materiales de construcción donde había estado supervisando las reparaciones de los muros contra inundaciones. Parecía que hacía toda una vida que ese era su mundo.

Allí iba a encontrar algún refugio para ocultarse de cualquiera que estuviera mirando desde Lahun. En medio de una nube de polvo, trepó por encima de las piedras a medio cortar y los martillos y cinceles que los albañiles habían dejado al atardecer del día anterior. Se dirigió al pie del montón más grande de material de construcción y se encontró con una clara vista al canal.

Hui se sentó sobre una piedra abandonada, marcada con cortes de cincel, y miró hacia la superficie ondulante que las ratas de agua cruzaban de un lado a otro, en busca de bocados

descartados durante la carga y descarga del movimiento comercial de cada día. Tenía que tomar una decisión correcta y debía hacerlo rápidamente.

El gran esquife de Bakari tensaba y hacía crujir la cuerda de papiro más cercana al camino. No había nadie a bordo y estaba todo oscuro. Otras cinco embarcaciones de varios tamaños estaban amarradas a lo largo del resto del bajo muelle de piedra. Un par de hombres salían de su sueño junto a lo que quedaba de las brasas rojas de un fuego que agonizaba. Otro grupo permanecía sentado sobre fardos de mercancías, charlando en voz baja mientras disfrutaban de la paz del final de la noche. Otros se movían a bordo, preparando todo para zarpar.

Un pobre muchacho, probablemente de no más de once años, maldecía y sudaba mientras hacía fuerza para llevar una pesada vasija de barro por el muelle y subirla por una rampa hasta el esquife. Su amo estaba sentado a bordo, observándolo. Un gran número de recipientes y dos fardos se recortaban contra una de las lámparas del muelle, todavía a la espera de ser cargados.

Hui miró hacia atrás por encima del hombro para asegurarse de que sus perseguidores no habían salido todavía de la ciudad, y luego se puso de pie para dirigirse al muelle. Se detuvo junto al esquife donde trabajaba el muchacho. El amo en cubierta era un hombre corpulento con nariz aguileña y le faltaba un diente. Desnudo hasta la cintura, su panza colgaba sobre su ajustado faldellín.

—¿Esperas partir antes de que el sol esté alto? —preguntó Hui.

—¿Quién quiere saber? —El patrón del barco lo estudió con sus ojos entrecerrados. Parecía una persona siempre lista para desconfiar.

—Mi nombre es... K-Kyky —dijo Hui, tartamudeando al decirlo.

El patrón repitió su nombre con una leve mueca, burlándose de su tartamudeo.

Las mejillas de Hui ardían.

—Podrías partir antes con dos brazos más para ayudar a cargar tus bienes. Dos brazos fuertes.

El patrón lo miró de arriba abajo, calculando su fuerza.

—Te daré una jarra de cerveza y un poco de pan —gruñó—.

Solo te necesitaré en el viaje a Helwan. Puedes ayudar a descargar allí. Tendrás que volver por tu cuenta.

Hui se enteró de que el patrón se llamaba Adom. Hui aceptó aquellos términos, y un instante después estaba al lado del chico, quien parecía aliviado al tener algo de ayuda. Hui agarró un fardo y lo arrastró sobre las piedras y subió por la rampa, para luego regresar por el otro. Cuanto antes el esquife estuviera cargado, antes podrían marcharse.

Mientras Hui sudaba, miró hacia Lahun. El brillo del fuego había desaparecido. Sus perseguidores estarían tras su rastro.

Adom lo miraba con atención, y cuando Hui dejó una vasija de arcilla a bordo, el patrón le dijo:

—Si extrañas tanto el lugar, ¿por qué quieres irte?

—¿Que lo extraño?

—No dejas de mirar hacia atrás.

—Mi padre me ha enviado a ser aprendiz con mi tío en Heliópolis durante un año. Preferiría quedarme aquí con la chica que amo.

Aunque asintió con un gesto, el rostro de Adom no reveló nada y Hui no podía decir si le creyó o no.

Pronto el esquife estuvo completamente cargado. Hui miró los bultos apilados en la cubierta. Parecían demasiados para un barco de ese tamaño, y temió que el peso pudiera hundirlo. Adom era un hombre codicioso, y perezoso; no quiso hacer dos viajes. Pero aunque el nivel del agua era alto para la embarcación, esta parecía lo suficientemente estable.

El sol se veía rojo en el horizonte cuando Adom le ordenó a Hui que soltara amarras. Él y el niño agarraron un remo cada uno, y pronto remaron alejándose del muelle.

Hui miró aquellas murallas blancas y se preguntó si alguna vez volvería a ver su hogar. Se imaginó a los guardias saliendo en tropel por las puertas de la ciudad, buscando sus huellas en el polvo revuelto para luego dividirse en dos grupos, uno para ir hacia el desierto, el otro hacia el canal. Pero ya no importaba. Era demasiado tarde.

Aunque era temprano, el sol pronto estuvo ardiendo y el sudor le empapó la túnica mientras hacía mover el esquife. Pensó en Ipwet y le dolió el corazón. Se sintió inundado por una repentina oleada de dolor por su padre. Luego sus pensamientos quemaban al evocar a Isetnofret y a Qen, y allí encontró nuevas fuerzas para sus brazos. Su odio hervía a fuego lento.

El esquife se movió hacia el centro del canal. Hui vio a los granjeros yendo y viniendo por sus campos, y a los cazadores que examinaban sus trampas para aves acuáticas. Pronto, las orillas del canal quedaron desiertas.

Cuando las colinas se hicieron visibles alzándose ante ellos con intensos marrones y grises bajo un cielo azul claro, Adom se lamió el dedo y lo apuntó hacia arriba. Así confirmó que el viento soplaba en la dirección correcta y le gritó algo al muchacho. La vela se desplegó. «Una imagen lamentable», pensó Hui. Raída en la parte inferior y remendada en tantos lugares que se preguntó cuánto quedaría de la vela original.

Adom reposaba en la popa bajo un entoldado igualmente roto, con las manos cruzadas sobre su gorda barriga y pronto estuvo roncando tan fuerte que todo su cuerpo parecía temblar.

Hui miró a su compañero remero. El niño tenía un ojo morado y un labio partido, por lo que Hui supuso había sido un castigo impuesto por su amo. Se le podían contar las costillas a través de la piel y tenía los ojos hundidos. Hui pensó que parecía un perro golpeado en la parte trasera de la choza de un mendigo. No sabía si el muchacho era hijo de Adom o no. Cada vez que intentaba entablar una conversación, el niño se encogía, miraba al patrón y apartaba la mirada. Encorvaba los hombros como si tratara de hacerse tan pequeño como para no ser visto.

Después de un rato, comenzaron a cruzarse con otros esquifes que se dirigían a Lahun. Eran más grandes y estaban en mejores condiciones, y la tripulación era más fuerte mientras empujaban los remos simultáneamente. Sus patrones veían el esquife de Adom y sus expresiones estaban llenas de desprecio.

Cuando la sombra de las colinas cayó sobre ellos, Hui miró la imponente roca a ambos lados de la garganta por la que pasaba el canal. Solo los bandidos y los caminantes del desierto

habitaban en un paraje tan áspero. La garganta encerraba el calor sofocante en nivel del agua, pero Adom no les permitió usar el entoldado para protegerse del sol que castigaba. Él descansaba en la sombra, cortando un higo con una corta hoja de cobre unida a un mango de madera. Devoró la fruta como una bestia, chasqueando los labios mientras el jugo le chorreaba por la barbilla y le salpicaba la enorme panza. El chico se humedeció los labios secos, pero no habría nada para él.

Hui decidió que Adom era un ser despreciable. Pero esa era su vida en esos momentos. Tendría que abrirse camino con la ayuda de extraños, por desagradables que fueran. No debía aflojar su impulso.

Una vez que estuvieron al otro lado de las colinas, el viento sopló sobre ellos, refrescando la frente sudorosa de Hui. Podía oler el Nilo, y el olor terroso del limo negro que cubría el suelo después de cada inundación. Las orillas a ambos lados se volvían más exuberantes, las palmeras datileras más numerosas, en los bordes de los vastos campos de cultivos donde granjeros y esclavos se encorvaban atentos a sus labores. Los canales de drenaje estaban cubiertos por una alfombra de lotos, con sus delicadas flores que absorbían los rayos del sol.

Abandonaron el canal para entrar en el gran río y Adom dirigió su nave aguas abajo. Grandes embarcaciones se movían por el canal central, los cascos de madera de acacia crujían contra la corriente, con sus tablones cortos unidos y atados con cuerdas. En la popa, el timonel guiaba su nave con hábiles toques en el enorme timón. Hui se maravilló ante el barco más grande que jamás había visto, con su magnífico casco hundido en el agua. La tripulación se agrupaba en pequeñas cubiertas en la proa y en la popa, y el resto del espacio a bordo estaba libre para recibir la carga. El barco trasladaba bloques de piedra a El Cairo desde las canteras, según dijo Adom, aunque Hui no estaba seguro de cómo él se había enterado de eso.

Para cuando el sol se deslizaba hacia el oeste, a Hui le ardían los brazos por el agotamiento. Su tiempo en el pozo le pasaba factura. El simple acto de remar lo agotó. Se sintió aliviado cuando Adom levantó una mano apuntando hacia la orilla y dirigieron el esquife hacia las amarras para pasar la noche.

—No tiene sentido llegar a Helwan después de la puesta del sol —gruñó Adom—. No podremos descargar. No habría nadie para recaudar los impuestos. —Se dirigió a proa, mirando la orilla de un lado a otro—. Aquí hay un lugar, tan bueno como cualquier otro. Ustedes dos se turnarán para vigilar durante las horas de oscuridad. Si algún bandido se acerca, no esperen a que estén tan cerca como para abordar. Griten. Despiértenme. Y mientras lo hacen, suelten las amarras y saquen el bote del bajío.

Adom agarró el recipiente que tenía junto a su asiento y echó cerveza en una jarra. Luego cortó con las manos un trozo de pan y le dio ambas cosas a Hui —su salario por el trabajo del día — y luego se dejó caer: a los pocos minutos estaba roncando.

El chico se encargó de la primera guardia. Hui se tumbó sobre un fardo y sintió que el sueño se apoderaba de él.

Cuánto tiempo durmió no lo sabía, pero cuando Hui se despertó al ser sacudido, la oscuridad era profunda y las estrellas brillaban. Sacudió la cabeza para terminar de despertarse, escuchó sonidos apagados de una lucha y se dio cuenta de que eso era lo que lo había perturbado.

«¡Bandidos!», pensó.

Una imagen de Basti el Cruel brilló en su mente mientras recorría el esquiife con la vista.

Vio un bulto sombrío y tembloroso. Adom estaba desnudo y su miembro rígido asomaba por debajo de un rollo flácido. El chico estaba atrapado debajo de él, boca abajo.

Adom frunció el ceño bajo las cejas pobladas. Le brillaban los ojos.

—Regresa a tus sueños —gruñó—. Esto no es para ti.

Hui miró al muchacho. Iluminado por la tenue luz de la luna, su rostro lo miraba en una súplica silenciosa.

—Déjalo —dijo Hui.

—Vete, te dije. —Adom apretó un puño y lo sacudió—. O te romperé el cuello como si fuera una madera seca.

El niño bajó la cabeza y relajó el cuerpo en actitud obediente. Seguramente soportaba ese tormento una y otra vez.

Fuera lo que fuese lo que se estaba apoderando de Hui, nunca antes había experimentado algo parecido, pero la sangre le latía en las sienes y una rabia roja surgió desde algún lugar muy dentro de él. El instinto lo invitaba a defender a los desvalidos, a los más débiles, a los vulnerables. Entendía más que bien la desesperación de los perseguidos. Hui se arrojó al otro lado de la masa de grasa y buscó algo en el asiento debajo del entoldado hasta que sus dedos se cerraron en un mango de madera. Se dio vuelta y movió la cuchilla de cobre de Adom describiendo un arco.

Los ojos del patrón se estremecieron de miedo cuando vio el cuchillo. No tuvo tiempo de moverse. Hui se arrojó sobre la espalda de Adom y puso la hoja entre los pliegues de grasa alrededor del cuello del corpulento hombre.

—Suéltalo —susurró Hui—, o te abro la garganta y te arrojo al agua, un buen festín para los cocodrilos.

Incluso cuando las palabras sisearon de su boca, Hui no las reconoció. Parecían provenir de otra persona, de alguien tan sanguinario y vicioso como los bandidos que había visto en el campamento de los Verdugos del Desierto.

Adom sintió el mordisco del cobre y gimió. Los matones siempre se desmoronan ante un desafío serio; Hui lo sabía desde que era un niño.

Soltó la espalda del patrón del barco, pero Hui mantuvo el cuchillo apretado contra la carne y empujó el voluminoso cuerpo hacia atrás hasta que el chico pudo escabullirse.

—Ve a la proa y duerme un poco —respiró Hui. El tono de su voz era suave—. Yo estaré de guardia por el resto de la noche. Tú descansa.

El muchacho se alejó gateando hacia las sombras. Hui agitó el cuchillo ante la cara de Adom.

—Me quedaré con esto —le advirtió—, y si intentas algo así otra vez, te destriparé.

Con una mirada hosca, Adom se fue hacia atrás, a su asiento debajo del entoldado, donde las sombras lo envolvían. Hui se subió a un cajón de embalaje, y recorrió con la mirada la orilla iluminada por la luna, pero pudo sentir la mirada asesina del patrón que caía sobre él desde la oscuridad. Se había ganado un enemigo mortal. Tendría que tener mucho cuidado de ahí en

adelante.

Le temblaba la mano que sostenía el cuchillo. Hui nunca habría pensado que era capaz de tal cosa. Una parte de él maldijo a Isetnofret por destruir a la mansa e inocente persona que él alguna vez había sido. Pero una parte de él también sabía que debía darle las gracias. Si quería sobrevivir en este mundo brutal, este era el hombre que tenía que ser. Y también descubrió algo más: empatía con el sufrimiento de otros menos privilegiados que él.

Al salir el sol, Adom arrojó otro pedazo de pan a regañadientes y vertió un poco de cerveza en un jarro. Cuando terminaron su comida en silencio, el patrón se dirigió a un costado del esquife y escudriñó las sombras que se iban desvaneciendo.

—Hay un fardo ahí fuera. Tal vez se cayó por la borda de algún barco que pasaba y quedó varado aquí. Si el agua no lo ha dañado, a lo mejor podemos venderlo cuando lleguemos a Helwan. —Sin mirar a Hui, señaló los juncos—. Mira si vale la pena el esfuerzo de arrastrarlo a bordo.

Hui se quedó mirando las sombras. No confiaba en Adom ni por un instante, no después de lo que había presenciado.

—Eres joven y fuerte —insistió Adom—. Para proteger a mis pobres extremidades, estoy dispuesto a darte la mitad de lo que ganemos con ese fardo.

Hui sopesó el ofrecimiento. Él no tenía nada. Cualquier beneficio sería una ayuda para su huida. Con un gesto de asentimiento, se sumergió en las aguas poco profundas y caminó chapoteando en el lodo espeso.

—¿Dónde está? —gritó mientras buscaba entre los juncos—. No veo nada.

Se escuchó una risa. Hui se dio vuelta y vio a Adom que le sonreía mientras el esquife se alejaba hacia la corriente.

—Cuando estés caminando el resto del viaje a Helwan con la barriga vacía —gritó el patrón—, piensa largo y tendido sobre eso de meter tus narices en asuntos que no te conciernen.

A su lado, el chico miraba con los ojos muy abiertos y tristes.

Hui lanzó una maldición y volvió a moverse en las aguas poco profundas, pero ya era demasiado tarde. El esquife se estaba alejando.

Había sido un tonto al dejarse tentar por la ganancia material.

Y el precio que pagó por su comportamiento crédulo podría ser morir de hambre. A menos que pudiera encontrar otra embarcación que pasara, tendría que caminar hasta encontrar un lugar donde lo recibieran. Y, aun así, no tenía nada con qué pagar.

—Sobrevivirás —murmuró Hui para sí mismo—. Pero solo si aprendes de tus lecciones. No confíes en nadie. Debes ser firme, resuelto, siempre listo para luchar en el instante mismo de la provocación.

Pasó el día y la noche también pasó. Un pedazo de pan no era suficiente para llenar el estómago de un hombre, y el sustento que proporcionaba era pobre para el esfuerzo que él tenía que hacer.

Hui recorrió vastas extensiones de exuberantes tierras de cultivo, y encontró refugio en la fresca sombra color esmeralda debajo de las palmeras cuando el sol estaba en su punto más alto. Una y otra vez se acercó a los que trabajaban junto a sus zanjas o fue hasta la puerta de las aisladas granjas. Pedía trabajo, mendigaba comida. La respuesta era siempre la misma. Hui se acostumbró a las miradas torvas y a las preguntas desconfiadas. Él habría hecho lo mismo en Lahun. ¿Quién podría confiar en un hombre que va de un lado a otro, cubierto con el polvo del camino, sin amo, sin trabajo? A modo de explicación, sus relatos de aflicción se hicieron cada vez más elaborados, sobre la manera en que había llegado a perderlo todo por un terrible giro del destino. Pero si los dioses habían decidido castigarlo, ¿por qué habría de ayudarlo algún hombre?

Detrás de aquellos rechazos, Hui comenzó a ver algo más: miedo. La reputación de los Verdugos del Desierto llegaba a todas partes, a todo el país, como gusanos en un cadáver podrido. La gente sospechaba que era un espía de los bandidos que evaluaba la riqueza de sus víctimas potenciales para el próximo asalto. Nada que él pudiera decir o hacer iba a calmar ese temor.

Mientras caminaba, se obligaba a recordar la muerte de su padre para hacerse más duro, y se perdía en sus planes para lograr la venganza. Pero por el momento solo debía sobrevivir. Tenía que conseguir un trozo de pan para mantenerse con vida, para poner distancia entre él y las autoridades que lo buscaban; tenía que ocultarse por un tiempo hasta que se olvidaran de él. Recién entonces estaría listo para dedicarse por completo a su objetivo. Iba a robar cualquier cosa que necesitara —oro, un burro, una espada—, para luego emprender el camino de regreso a Lahun. Un vagabundo sin rostro en medio de la multitud con el asesinato en su corazón. Hasta entonces, Hui podría darse el lujo de esperar el momento adecuado. Él nunca iba a olvidar.

A pesar de sus propias palabras para darse aliento y mantener el fuego en su corazón, el hambre y el agotamiento finalmente comenzaron a debilitar sus esperanzas. Sabía que si quería seguir viviendo, tenía que ser astuto.

Cuando vio una casa de campo blanca y radiante a la luz del sol, Hui contuvo su impulso de correr hacia ella y mendigar, sin ocultar su desesperación. En lugar de eso, se dirigió presuroso al río, se quitó la ropa y saltó al agua fría y calmante. Se quitó el polvo, se limpió los dientes con la punta de un dedo y lavó la túnica para dejarla secar al sol abrasador. Nada podía hacer con su cabello crecido o la barba negra que le iba cubriendo la mandíbula, pero estaba seguro de que podría pasar por alguien que no era un mendigo.

Cuando su túnica harapienta se secó, parecía más gris que blanca. Pero el hermoso diseño aún se veía bien y, Hui esperaba, iba a atraer la mirada apartándola de los defectos de su apariencia.

Finalmente se dirigió a aquella casa.

Atravesó una serie de campos donde esclavos curtidos y con faldellines se ocupaban de los cultivos. Aquellas aisladas casas rurales eran autosuficientes, y pudo ver la lechuga y el ajo que se multiplicaban junto a campos más grandes donde crecía la cebada. El estiércol de los bueyes de trabajo salpicaba los senderos, y su nariz se crispó ante el aroma almizclado de las ovejas. La casa tenía una terraza en el techo, muy parecida a su antiguo hogar, donde el dueño de la casa

podía observar toda su propiedad. Estaba rodeada por un muro de adobes con talleres que se alzaban dentro de él, donde él sabía que los sirvientes más hábiles estaban tejiendo, haciendo cerámica y elaborando la cotidiana cerveza.

Al acercarse, la cabeza de Hui comenzó a verse envuelta por los más succulentos aromas que salían de las cocinas de la villa. En medio de su hambre, le pareció que se trataba de la comida más asombrosa jamás creada, aunque los olores le decían que solo se trataba de un guiso de pescado sazonado con especias. Se le hizo agua la boca y temió estar al borde del delirio.

Apoyado en una palmera en la sombra, observaba la puerta. Solo tendría una oportunidad de hacerlo bien. Los esclavos entraban y salían, con la mirada baja y concentrados en las tareas que les habían encomendado. Al observarlos y evaluar a cuál acercarse, Hui vio a una muchacha que salía por la puerta de la villa, llevando una cesta. Las fosas nasales de Hui se ensancharon ante el aroma del pan recién horneado. Dentro de la cesta había también una pequeña jarra, cerveza, sin duda, y algunos otros artículos que no pudo ver.

La jovencita parecía unos tres o cuatro años menor que él, más baja, de cara redonda y grandes ojos oscuros. Bastante atractiva, pensó, y se volvió más bonita por la forma en que sus labios naturalmente se curvaron en una sonrisa amable. Hui se armó de valor y, cuando tomó el camino hacia los campos, él corrió detrás de ella.

—¿Quieres que te lleve esa carga?

—¡Oh! —exclamó la niña, quien casi deja caer la cesta. Dio vuelta a medias y miró a Hui. Antes de que ella decidiera si Hui era o no una amenaza, él le sonrió.

—Me llamo Kyky. Y sí, soy un monito por haberte sorprendido de esa manera. Por favor, acepta mis disculpas. —Hizo una profunda reverencia.

Cuando él levantó la vista, ella sonreía y le brillaban los ojos.

—Oye, Monito —preguntó la joven—, ¿por qué caminas aquí cerca de mi casa?

—Había oído hablar de la mujer más hermosa de todo Egipto y tenía que verla con mis propios ojos.

Las pestañas de la chica revolotearon y no parecía molesta.

—Me han advertido sobre hombres como tú —dijo.

—¿Cómo te llamas?

—Ahmes —respondió ella—. Significa...

—Hija de la Luna. Un hermoso nombre.

La sonrisa de ella se hizo más amplia, y esta vez sus labios se separaron para revelar pequeños dientes perlados.

—¿Puedo caminar contigo? —insistió Hui.

Ahmes asintió con un gesto y comenzó a andar, obligándolo a saltar para alcanzarla. Mientras caminaban, la timidez de ella se desvaneció y se entregó a la conversación de él. Hui imaginó que ella no recibía mucha atención de los hombres, viviendo en un lugar tan solitario, y ella probablemente no vería a otros hasta que su padre hiciera arreglos para casarla. Sintió una punzada de culpa por la forma en que estaba jugando con las emociones de la joven. La piel de ella se iba a endurecer después de esto, y la volvería menos confiada y menos amable, pero los

gruñidos de su estómago ahogaban su conciencia.

Ella explicó que le llevaba la comida a su hermano, quien estaba supervisando a los esclavos que cavaban un nuevo canal de riego. Ella le habló de su vida, tan aburrida como Hui imaginaba, y luego le rogó que le contara algo del mundo más allá de esa granja. Él la hipnotizó con relatos de romances y aventuras que la dejaron sin aliento y con ganas de escuchar más. Hasta que de pronto su rostro se transformó y el gesto de su boca se hizo más tenso.

—¿Qué pasa? —quiso saber él.

—Estamos casi en el campo donde trabaja mi hermano.

Hui pudo escuchar entonces los ruidos de la excavación y la melodiosa canción de los esclavos.

—Apostaría a que tu hermano va a tener que esperar unos momentos más para llenar su barriga —dijo él con una sonrisa—. ¿Descansamos un rato aquí y conversamos un poco más?

Si ella no hubiera estado sosteniendo la cesta, Hui pensó que podría haber aplaudido con alegría. La condujo hasta un pequeño bosquecillo donde las palmeras se mecían con la brisa del sur, y se sentaron a la sombra. Hui sintió que su amplia sonrisa se endurecía a medida que el ácido del odio a sí mismo crecía. No pudo encontrar más palabras dulces para seducirla; cada una de las que intentaba formar moría en su garganta. Cuando ella dejó la canasta para alisar su apretado vestido blanco, Hui se abalanzó. En primer momento ella pensó que se trataba de una sorpresa más del monito juguetero, y él sintió que el hambre le retorció el rostro mientras sus dedos se cerraban sobre la cesta. Ahmes retrocedió como si la hubieran abofeteado.

Hui se alejó con rapidez del bosquecillo por uno de los senderos sinuosos que serpenteaban hacia el río. Se oyeron los gritos de Ahmes, y lo que él escuchó estaba lleno de tanta traición que su estómago se hizo un nudo con un odio repugnante por sí mismo.

Los esclavos pronto lo estarían persiguiendo y, si lo atrapaban, lo iban a golpear hasta casi dejarlo sin vida antes de entregarlo a las autoridades y, en última instancia, al Gran Señor Bakari. Hui corrió con una velocidad mayor de lo que nunca podría haber imaginado con piernas tan débiles, zigzagueando por encrucijadas hasta perderse en los pantanos, y vadeó hasta una pequeña elevación de tierra firme donde se ocultó para que nadie lo viera detrás de los susurrantes grupos de papiros. Se atiborró con el contenido de la canasta: la hogaza, un pequeño cuenco de arcilla de aquel fragante estofado de pescado que había olido antes, queso cremoso y deliciosas aceitunas. El festín terminó con grandes tragos de cerveza dulce directamente de la vasija. El brebaje espumoso le chorreó por la barbilla y le salpicó la túnica.

Hui se desplomó en el suelo y observó un ibis que se movía por los charcos de agua turbia, clavando su pico curvado en el lodo en busca de sabrosos crustáceos. Este era el gran pájaro de Thot —Thot, el que mantenía el orden en el universo—, y Hui se preguntó si era otra señal de los dioses. Él no sabía lo que significaba, ni tenía dentro de sí la intención de pensarlo. Lo único en lo que podía pensar era que esa era su vida a partir de ese momento. Era un ladrón, un ladrón despreciable no mejor que las serpientes que se unían a los Verdugos del Desierto. Podía embaucar a una inocente niña como Ahmes sin pensarlo dos veces, dejándola para que enfrentara el castigo de su padre por haber sido engañada tan fácilmente.

Si podía hacer eso, seguramente Hui era capaz de cualquier cosa.

Hui se dirigía hacia el norte, siguiendo el río, y en esa marcha robaba comida cada vez que el hambre lo invadía. Escalaba las paredes de las villas para asaltar las cocinas durante la noche. Más de una vez fue sorprendido en el acto, y apenas por un pelo había podido escapar. Después de que una lanza silbó al pasarle muy cerca de una oreja, se dio cuenta de que tarde o temprano su suerte se iba a acabar.

Pensó que podría conseguir viajar en otro esquife. Pero cuando se acercó a uno donde la tripulación estaba reparando un remo roto en la orilla, los escuchó hablar de un forajido que vagaba por las tierras de cultivo y se alejó.

La preocupación comenzó a abrirse paso hasta su corazón. Adom debía haber corrido la voz de un pícaro que había huido de Lahun y andaba vagando por la orilla occidental del Nilo. Ese tipo de comentario podría alertar a las autoridades y llegar a Bakari. El peligro iba a aumentar con cada día que pasara allí.

Tenía que irse lejos, a algún lugar donde nadie hablara de él.

A la mañana siguiente, poco después de que el sol naciente pintara el cielo de colores rosa y púrpura, Hui se deslizó hasta un pequeño muelle de arcilla cocida desde donde partían los transbordadores. Escondido en la maleza, vio a un grupo de comerciantes reunidos para el primer viaje del día al otro lado del río. No tenía nada con que comprar su pasaje, pero cuando el transbordador zarpó con sus pasajeros, Hui salió corriendo de su escondite y se metió en los bajíos. Se agarró del casco de juncos de la popa, golpeado por la estela de la embarcación.

Cuando el barquero lo vio, gruñó y golpeó con su vara para sondear la profundidad tratando de hacer que Hui se soltara. Los comerciantes que descansaban a bordo se burlaron y le dijeron al barquero que lo dejara en paz: si estaba tan desesperado por cruzar, que corriera el riesgo de ahogarse o de ser comido por los cocodrilos.

De alguna manera, Hui se aferró para resistir la más fuerte de las corrientes, y cuando el transbordador amarró en la orilla oriental, chapoteó por las aguas poco profundas y se alejó corriendo antes de que el barquero pudiera agarrarlo de las orejas.

El viaje a Helwan le tomó tres días, pero Hui se sintió más en casa una vez que estuvo caminando por las calles polvorientas, respirando el aire de la ciudad, los olores del aceite, del humo y de los montones de basura que le recordaban a Lahun. Además, allí era más fácil robar comida, aunque él sentía punzadas de culpa cada vez que le robaba a una de las familias casi muertas de hambre en sus chozas. Después de otros tres días, escuchó hablar de una caravana que se estaba preparando para cruzar el Sinaí y comerciar con las tierras al este.

Hui negoció duro con el hombre del desierto de nariz aguileña que dirigía la expedición para intercambiar fino lino egipcio por especias. Finalmente, convenció al caminante del desierto, que se llamaba Farid, que sería un guardia intrépido, capaz de mantener la guardia de noche, que luchaba como una pantera y era tan astuto como un chacal.

A Farid no le impresionó aquella jactancia, pero dijo a modo de acuerdo:

—Si los bandidos atacan, serás un cuerpo más entre ellos y yo. Eso podría darme la oportunidad de escapar.

El viento aullaba sobre la tierra estéril. Espirales de polvo se arremolinaban sobre la llanura sin rasgos distintivos hasta la dentada e irregular silueta de las montañas del color del bronce. Más allá había más montañas que desaparecían en la brumosa distancia bajo el cielo del color del zafiro. Hui nunca había visto un espacio tan vacío. Era como si estuvieran solos en el mundo.

La caravana avanzaba detrás de él, una variopinta colección de experimentados caminantes del desierto, con túnicas blancas y coloridas fajas de tela alrededor de sus cabezas. Caminaban con esfuerzo junto a carros que crujían, cargados con sus mercancías y los burros que se balanceaban con grandes cestas atadas a ambos lados del lomo.

Hui llevaba su pañuelo de profundo color esmeralda sobre la boca para evitar el polvo, que solo le dejaba una estrecha franja libre a la altura de los ojos. Cuando Farid se puso a su lado, Hui se quitó el pañuelo para que el otro pudiera escuchar sus palabras.

—Todo parece estar bien.

El caminante del desierto siguió mirando hacia las montañas, siguiendo las profundas franjas de sombra de las gargantas talladas entre las rocas. Hui todavía no tenía una idea clara sobre aquel hombre. Farid hablaba poco, caminaba solo delante de la caravana. Parecía no tener nada del humor de los otros viajeros, mucho más extrovertidos, cuya risa parecía ayudarlos a sobrevivir en condiciones tan duras como aquellas. Farid siempre estaba vigilando el entorno y a Hui le parecía que no confiaba en nadie. Cosa que, probablemente, era lo más prudente, estaba empezando a creer.

—Todavía tienes ojos de hombre de ciudad, buenos para ver lo que tienes a tus pies, pero casi inútiles aquí —observó Farid—. En el desierto se aprende a ver las grandes distancias. Algún día verás correr un zorro por aquel pico —señaló—. Hasta entonces, tu utilidad está en otra parte.

Farid escudriñó las montañas una vez más y pareció quedar satisfecho. Se dio vuelta hacia la caravana, se llevó los dedos a la boca y silbó. La fila de viajeros volvió a moverse.

Un poco avergonzado, Hui esperó hasta que pasó casi toda la fila y recién entonces se unió a los demás. Ya había tenido que aprender rápidamente algunas lecciones difíciles. Cuando soplaba el viento, podía asfixiarse con el polvo en un abrir y cerrar de ojos sin su pañuelo. El sol parecía ser todavía más caliente allí, lo que le absorbía toda la humedad y tenía que usar el odre de agua en su cadera con moderación para que le durara entre un oasis y otro. Las noches eran muy frías. La primera vez que quiso dormir, la pasó temblando y con los dientes castañeteando hasta que un Farid que no ahorraba maldiciones le encontró una de las grandes mantas y le mostró de qué manera envolverla tres veces alrededor de su propio cuerpo.

Apenas habían transcurrido cinco días de su largo viaje hacia el este. El plan había sido

seguir el Camino de Horus, la antigua ruta militar rumbo a Canaán, pasando por los fuertes y las minas de turquesas. Pero Farid había oído decir en Helwan que los bandidos se movían por esa ruta en los últimos tiempos. Por lo que decidió seguir otro viejo camino habiru por las montañas.

Pero una cosa consolaba a Hui. Allí era conocido otra vez por su verdadero nombre, pues, ¿qué hombre ablandado por la vida de la ciudad se iba a aventurar a cruzar aquel territorio implacable? En el Sinaí, podría nacer de nuevo, un nuevo Hui, quizás el hombre que siempre había soñado que sería. Cuando recuperó las fuerzas, pensó en Isetnofret y en las maneras en que podría llevar a cabo su venganza. Había esperado que el odio se hubiera aplacado con el tiempo, pero ahí estaba, hirviendo a fuego lento en su corazón, con fuerza de siempre. Pensó también en Ipwet y en los peligros a los que se enfrentaba su hermana. Pronto él iba a regresar para rescatarla. Tal como se había jurado hacer.

Cuando la caravana dejó atrás la llanura y empezó a subir por el camino empinado y accidentado hacia las solitarias montañas, la marcha se hizo más lenta. Perdieron medio día reparando una carreta averiada, y el sendero serpenteaba de un lado a otro esquivando peñascos y profundas gargantas, a veces bordeando escarpados desniveles donde un paso en falso significaba la muerte. Esa noche fue la más fría que Hui alguna vez hubiera experimentado. El dolor en los dedos llegaba profundamente hasta los huesos, y cuando se despertó, mirando el río de estrellas, su aliento formó una nube a su alrededor.

A la mañana siguiente llegaron a la cima de una cresta y, con alivio, descendieron a un valle entre imponentes acantilados. Unos pocos arbustos crecían de tanto en tanto, lúgubres arbustos sin hojas con ramas desnudas y delgadas ramitas, y la única otra vida que Hui vio fueron dos damanes roqueros, esas criaturas parecidas a ratas que Farid llamaba *dassie*.

Mientras avanzaban por el valle, alguien en la parte posterior de la caravana comenzó a cantar de esa manera aguda y melodiosa tan amada por la gente del este. Hui se dio cuenta de que se sentía curiosamente en paz por primera vez desde Lahun y la muerte de su padre.

Uqab, un hombre bajo con una amplia sonrisa a la que le faltaban tres dientes, se le acercó.

—Amigo mío, ¿es verdad que eres un gran guerrero que salvó la vida del faraón?

Hui se rio.

—¿Dónde escuchaste esto, Uqab?

El hombre agitó una mano en dirección a la caravana.

—Ah, allí siempre se habla. Salvo tú. —Movié un dedo señalando a Hui—. Nunca hablas de lo que hiciste antes de unirte a nosotros en este viaje.

—Mi vida era demasiado aburrida para ser puesta en palabras. Tus relatos son mejores.

Antes de que pudiera responder, una flecha le dio a Uqab en la cara.

El viajero del desierto cayó hacia atrás y un chorro de sangre salpicó la luz del sol. Se retorció por un instante, luego murió. Hui saltó hacia atrás a la vez que un desordenado coro de gritos estalló a su alrededor. Escuchó a Farid que gritaba órdenes, pero fueron apagadas por el griterío de los viajeros del desierto tratando de ponerse a cubierto. Algunos se metieron debajo de las carretas. Otros se arrojaron detrás de grupos de rocas. Sus cabezas giraban de un lado a otro inspeccionando el accidentado paisaje montañoso.

Hui se quedó boquiabierto, inmóvil por la conmoción, y luego se dio cuenta de que Farid le gritaba que buscara refugio. La orden llegó justo a tiempo. Más flechas silbaron en el cielo azul, un verdadero diluvio de flechas. Hui rodó hasta quedar detrás de una roca baja mientras llovían aquellos proyectiles: algunos rebotaban en el suelo duro cerca de donde él había estado, otros se clavaban en los lados de madera de las carretas. Un burro cayó al suelo con flechas todavía vibrando incrustadas en su cuerpo. Uno de los viajeros del desierto se alzó tambaleándose detrás de una roca, gritando. Tenía una flecha clavada en la cuenca del ojo. Se llevó las manos a la cabeza antes de caer de espaldas.

Dondequiera que Hui mirara, veía a los hombres con los que había estado viajando dispersos por la ladera de la montaña, algunos de ellos heridos y gritando, otros muertos. El suelo alrededor de la caravana se estaba poniendo color carmesí.

Farid hacía señas con la mano, instando a Hui a mantenerse agachado, como si este necesitara alguna advertencia. Mientras más flechas silbaban, Hui se asomó. Aquella lluvia parecía provenir de más allá de una cresta por encima de ellos. ¿Cómo era posible? Nunca había sabido que una flecha volara tan lejos; los arcos que él había visto solo podían alcanzar la mitad de esa distancia. Era como si esos proyectiles fueran impulsados por la magia.

Las flechas zumbaban al caer y el suelo parecía temblar con el impacto; estallaban los gritos de angustia, la sangre brotaba.

Más allá de una de las carretas, alguien estaba delirando, casi enloquecido por el asalto implacable. Pero nadie podía arriesgarse a moverse por temor a ser eliminado.

Y entonces se produjo una pausa en el ataque, y Hui miró hacia arriba de nuevo. Los hombres salían de sus escondites a lo largo de la cresta. Entrecerró los ojos, pero bajo el sol eran poco más que siluetas.

Farid estaba de pie, blandiendo una espada que había sacado de una de las carretas. Parecía impotente contra la banda de hombres que bajaban por la ladera de la montaña hacia ellos.

—¡Hicsos! —gritaba el caminante del desierto—. ¡Hicsos!

A Hui se le heló la sangre.

Los guerreros estaban protegidos por armaduras y faldellines de cuero, y llevaban cascos del mismo material con solapas para protegerse las orejas y una tira sobre el puente de la nariz. A diferencia de los afeitados egipcios, estos lucían barbas negras que terminaban en punta en la barbilla. Algunos llevaban un carcaj colgado en la espalda y portaban los arcos más extraños que Hui jamás había visto, pequeños pero curvos, como una de las arpas que los músicos habían tocado en el banquete de su madre. Otros empuñaban largas espadas en forma de media luna, el metal verdoso con brillo de latón. Hui nunca había visto algo así antes.

Se quedó sin aliento cuando apareció una imagen aún más extraña: un hombre montado en una gran bestia, más grande que un burro, de color marrón nuez, con fuertes músculos en los flancos. Hui observó el poder que emanaba de él, y su destreza cuando el jinete lo guiaba por un camino sinuoso con tal rapidez que parecía que seguramente iba a terminar cayendo por el borde.

Esa magnífica criatura solo podía ser un caballo. Hui nunca había visto uno, no en Lahun, pero había oído decir que los hicsos habían dominado a estas bestias y estas eran en parte

responsables del éxito sangriento de los bárbaros. Apareció otro jinete y luego otro más, hasta que el valle resonó con el ruido de pezuñas al galope.

Los viajeros del desierto sobrevivientes se dispersaron. Pero mientras trataban de huir por donde habían venido, Hui vio más jinetes que galopaban detrás de ellos. Estaban atrapados, listos para la matanza.

Hui agarró el mango del cuchillo de cobre que le había robado a Adom en el esquite, y luego se dio cuenta de lo patética que era la hoja. Se dio vuelta y se apretó sobre lo que parecía una superficie de roca lisa, con los dedos de las manos y de los pies fue encontrando grietas casi invisibles que le permitían sostenerse. Con una mano tras otra, fue subiendo, impulsado por el terror y los gritos que resonaban detrás de él.

Cuando alcanzó una altura que producía vértigo, miró hacia atrás para ver la carnicería. Los jinetes hicsos daban vueltas alrededor de la caravana, derribando a cualquiera que se moviera con esas terribles espadas. Hui pudo ver que aquellas hojas de forma curva estaban decoradas con grabados de gran artesanía.

Farid se mantenía firme, golpeando con su espada recta, de bronce, a un lado y a otro cuando se acercaba algún atacante. Los hicsos no parecían sentirse intimidados ante eso. Parecían estar jugando con él, como hacían los perros del molino con las ratas. Entonces uno de los jinetes espoleó a su corcel directamente hacia el caminante del desierto, se inclinó hacia un lado y dio un fuerte golpe con la espada. La espada de Farid se hizo añicos. Hui jadeó. ¿Qué posibilidad de triunfo tenía cualquier soldado egipcio al enfrentarse a esos bárbaros cuando sus armas eran mucho más poderosas?

Pero el guerrero hicso no mató a su desarmado adversario. Hizo que su corcel se detuviera y apuntó con su arma a la garganta de Farid. Los dos hombres se miraron a los ojos y con un gesto de resignación, el caminante del desierto se arrodilló e inclinó la cabeza. A lo largo de la franja ensangrentada donde la caravana había estado antes, los otros bárbaros estaban reuniendo a los sobrevivientes y a punta de espada los obligaban a saquear sus propias carretas y llevarse el botín.

Se oyó un grito y Hui vio a uno de los guerreros hicsos que lo señalaba a él. Otro bárbaro colocó una flecha en un instante y la lanzó. Rebotó en la roca a un palmo de la cabeza de Hui. No necesitaba más advertencias. Trepó por la pared de roca como un mono mientras las flechas se estrellaban a su alrededor, se arrastró por entre una serie de rocas marrones hasta una grieta profunda. No podía quedarse ahí, lo sabía. Desde el fondo del valle, escuchó más órdenes gritadas en una lengua que no reconoció y el ruido sordo de pies que corrían. Habían enviado un grupo para perseguirlo.

Hui corrió y se escondió, arrastrándose entre las aberturas entrecruzadas, apenas anchas como para un hombre, a lo largo de los lados empinados del valle hasta que sus rodillas y codos estuvieron muy desgarrados, empapados del sudor del miedo mientras los bárbaros lo rodeaban. Podía escuchar sus voces balbuceantes mientras trepaban por algunas de las innumerables sendas que iban encontrando, algunos tratando de seguirle el rastro, otros yendo más arriba. Hui estaba seguro de que si alguno de ellos miraba hacia abajo, lo vería.

De un lado a otro, se escurrió como una rata, hasta finalmente llegar a la cresta de ese lado del valle y al extraño terreno alto de columnas de roca retorcidas, hendiduras y cuencas llenas de arbustos achaparrados.

Mientras el crepúsculo bajaba por las montañas y Hui se estremecía en un hueco apenas grande como para un gato del desierto, aquellas voces comenzaron a alejarse y se dio cuenta de que abandonaban la búsqueda. Cuando cayó la noche, reunió el coraje suficiente como para arrastrarse fuera de su escondite, y aun así saltaba ante cada susurro de viento que se arremolinaba entre las rocas.

Recién entonces se apoderó de él la verdad de su terrible situación. Estaba solo, en las montañas, lejos de cualquier asentamiento, atrapado entre el calor abrasador del día y el frío que adormece los huesos de la noche. Todavía tenía su odre de agua, pero eso era todo. Sin pan, ni nadie que le enseñara a sobrevivir en ese inhóspito lugar.

Hui se dejó caer sobre una roca y apoyó la cabeza entre las manos.

Pero no podía darse por vencido tan fácilmente, no cuando anhelaba todo lo que había perdido. Cuando un humo de leña flotó en la brisa, Hui lo siguió.

Desde un escondite, vio una fogata que rugía en el centro de un círculo de tierra plana protegida del duro viento en tres lados por imponentes paredes rocosas. Alrededor del fuego, se extendía el campamento de la banda de guerreros hicsos. Victoriosos, se recostaban alrededor del fuego, bebiendo cerveza y riéndose mientras cortaban trozos de algún tipo de carne seca. Uno de los bárbaros cargó un montón de madera entre los brazos, sin duda arrancada de aquellos flacos arbustos, y lo arrojó al fuego. Las llamas crepitaron y se hicieron más altas, con una espiral de chispas arremolinadas.

El resplandor color ámbar iluminó los rostros de los guerreros mientras comían. Hui pudo ver a Farid y a los demás sobrevivientes de la caravana sentados cerca. Estaban comiendo, y no parecían haber sido lastimados. De algún lugar no muy lejos, donde los hicsos habían encerrado a sus caballos, llegaban los ruidos de relinchos y golpes de cascos equinos.

Hui observó y evaluó sus opciones.

Ahí había una lección para aprender. En este mundo brutal, un hombre no podía sobrevivir por sí solo. Necesitaba aliados. Sus amigos y vecinos lo habían abandonado. Lo habían convertido en un fuera de la ley. Entonces, ¿por qué no convertirse realmente en uno?

Hui salió de su escondite y bajó por la ladera de la montaña hacia el campamento de los hicsos.

El guerrero hicso agitó la cimitarra delante de la cara de Hui, moviéndola de tal modo que el reflejo del fuego bailó en ella. Destellos de luz se movieron a lo largo del filo de la hoja curva. Mientras una delicada nube de humo de leña se elevaba con muchas chispas que brillaban, los bárbaros, en círculo, pateaban el suelo y aplaudían.

—Córtale la cabeza —gruñó alguien en apenas comprensibles palabras de la lengua egipcia.

Se escuchó una risa áspera.

Los dientes blancos del capitán asomaban entre los pelos negros de la barba. Las llamas se reflejaban en sus ojos. Estaba jugando con Hui. Daba un espectáculo para su audiencia de guerreros aburridos. Hui estaba arrodillado, con la cabeza gacha, pero miraba a su captor por debajo de las cejas. El guerrero llevaba un pulido casco de cuero y un peto de cuero acolchado que podía detener una flecha. Su piel era de color oliva, sus mejillas bronceadas como un cuero por el viento y el sol.

—He venido para unirme a ustedes —dijo Hui.

Más risas.

—¿Tú? —resopló el capitán. Miró a sus hombres, fingiendo incredulidad—. Eres poco más que un niño. No hay carne en ti. Tu piel es tan suave como la de una mujer que se baña en leche de burra.

—No es prudente juzgar solo por la evidencia de tus ojos —sentenció Hui—. Creía que un guerrero experimentado como tú ya lo sabría. Soy un forajido, uno de los más temidos en todo Egipto.

El guerrero hicso entrecerró los ojos. Todavía no le creía, pero Hui le llamaba la atención.

—Maté al hombre que agravió a la mujer que yo amaba —improvisó Hui—. Fue una pelea justa, pero su familia sobornó a la corte para que me castigara lo más duro que pudiera. Castración y ejecución. Eso es solo una muestra de lo peligroso que creían que era yo. Los guardias me golpearon con garrotes durante tres días. Sobreviví. Me tiraron a un pozo profundo. Sobreviví. Y además escapé de aquella terrible prisión de la que ningún hombre había jamás escapado antes. Y desde entonces, los chacales de las autoridades me han perseguido por toda la arena roja ardiente y por la negra, por ciudades y granjas e incluso en el Sinaí. Y ni siquiera una vez estuvieron cerca de capturarme. —Hui se tocó la frente—. Mi cerebro. Esa es mi arma.

—Y tu lengua —el capitán se rio entre dientes—. Tejes un buen cuento, de eso no hay duda, aunque no tengo muy claro cuánto de ello es cierto. Aun así, solo con eso puedes proporcionar algún entretenimiento en nuestras largas cabalgatas. —Se dirigió a sus hombres—. ¿Qué dicen ustedes?

Los guerreros vitorearon y alzaron los puños.

Los hombros de Hui se aflojaron. Se había jugado la vida cuando entró en el campamento. Pero parecía que su decisión fue la correcta. Estos eran hombres que no le tenían miedo a nada. El miedo genera sospechas, ira y respuestas letales. Pero tenían tanta confianza en su fuerza que no veían amenaza alguna en ninguna parte, y después de presenciar el ataque a la caravana, Hui no podía discutir con ellos.

—Mis hombres han dado su respuesta. Que así sea. —El guerrero envainó su espada y la hoja vibró al deslizarse en la vaina de cuero, y le tendió una mano para ayudarlo a ponerse de pie.

—Mi nombre es Khyan. Significa 'El que cabalga con el viento'. Te inclinarás ante mí. Obedecerás todas las órdenes sin preguntar. El trabajo será duro y esperaremos mucho de ti, como corresponde de un forajido tan audaz como tú. A cambio, no te faltará comida ni cerveza.

Pero si desobedeces, aunque sea una vez, la Espada de la Luna te cortará la cabeza y tu sangre caerá en la arena. ¿Me comprendes?

Hui asintió con un movimiento de cabeza.

Khyan lo miró de arriba abajo.

—Pequeño. Ratoncito. —Sacudió la cabeza, pensando—. ¿Qué opinas de nuestros caballos, eh?

Hui se quedó mirando. Una parte de él sintió terror al verlos, su tamaño, su poder. Cuando cerró los ojos, los vio con ojos de fuego y colmillos afilados que podrían arrancarle la carne a un hombre. Pero otra parte de él admiraba su gracia y la inteligencia que sentía poseían.

—Son bestias magníficas.

—Son inteligentes, más que muchos hombres, te lo aseguro, y son más valientes que la mayoría, también. Sé amable con ellos, y ellos serán amables contigo. —Khyan caminó alrededor de Hui, observándolo—. Un soldado nuevo construye un vínculo con su caballo, con el tiempo, y de esa manera nos convertimos en algo así como hermanos. Para nosotros son más valiosos que el oro. En algunos casos, más valiosos que nuestros propios hermanos. —Su risa rodó en medio del grupo de guerreros. Pero Hui percibió respeto en su tono, si no amor—. A ver, Ratoncito, ¿qué habilidades tienes que nos puedan servir? Haz las cosas bien y tendrás una larga vida entre los hicsos. ¿Te parece un buen trato?

Hui asintió con la cabeza.

—Muy bien. —Khyan pasó un brazo por los hombros de Hui y estiró el otro hacia los hombres allí reunidos—. ¡Saluden a nuestro nuevo mozo de caballos, hermanos! —Los hombres vitorearon de nuevo. El capitán agregó—: Veremos si puedes aprender a cuidar de nuestros caballos, Ratoncito. ¿Puedes ser un buen mozo de caballos? Esperemos que puedas, pues nuestros caballos serán los que van a decidir si vives o mueres.

Hui se despertó de golpe. Unas manos ásperas le agarraban la manta y lo sacudían. Un aliento con olor a carne le bañó la cara. Miró los ojos negros como el carbón de Farid. Faltaba poco para el amanecer. Las estrellas brillaban en lo alto y Hui tenía la piel erizada por el frío. A su alrededor, se podían oír los gruñidos de los hombres que se iban despertando, preparándose para levantar campamento.

—Es demasiado temprano —se quejó.

Farid se acercó más y su rostro fue lo único que Hui pudo ver.

—No confíes en ellos.

—¿Qué?

—No confíes en los hicsos —gruñó el caminante del desierto en voz baja para que nadie más pudiera escuchar—. Te tratan bien. Pero tu vida no significa nada para ellos, ni la mía. A ellos no les importa nadie más que los suyos. Son astutos cuando ponen sus brazos alrededor de los hombros ajenos, llevando a los hombres por la nariz. Pero solo les interesa una sola cosa: el

poder. Ven muchas riquezas en Egipto y las codician. Tarde o temprano se la llevarán consigo.

—No tengo intención de averiguarlo. Escaparé a la primera oportunidad.

Farid resopló.

—¿Cruzarás el Sinaí solo?

—Podrías ir conmigo. Tú conoces los caminos. Sabes rastrear. Podemos encontrar una de las rutas de las caravanas...

Farid resopló de nuevo.

Antes de que Hui pudiera decirle algo más, el caminante del desierto se alejó en la oscuridad. Hui reflexionó sobre sus palabras.

Mientras golpeaba el suelo con los pies y se frotaba las manos, Hui supo que odiaba al frío más que a cualquier otra cosa. Cuando terminó de doblar su manta, uno de los hicsos ofreció una tira de la carne curada que estaba repartiendo entre los hombres. Hui la masticó, disfrutando del calor que crecía en él gracias a las especias.

Khyan se movía entre sus guerreros, despertándolos. Cuando vio a Hui, le hizo señas para que se acercara. Hui caminó con dificultad detrás del capitán por el campamento hasta donde pudo oler el sudor de los caballos, cuyo aroma flotaba en el aire. En la media luz, pudo ver las sombras grises de los mozos de caballos que se movían entre ellos distribuyendo puñados de heno para que pastaran las bestias.

El capitán buscó entre los caballos. Aquellos músculos ondulantes brillaban con los primeros rayos del alba, y los resoplidos de su aliento llenaban el aire. Hui quedó impresionado por su potencia y su elegancia.

Khyan se acarició la barba y señaló a uno de los sementales, una majestuosa criatura color caoba con un toque de blanco en la cabeza.

—Aquel. Su nombre es Rayo de Luna. Serás su sirviente, Ratoncito, y le servirás bien.

—¿Qué pasó con su último sirviente? —quiso saber Hui.

El capitán lo miró. Su sonrisa tensa no reveló nada.

—No fue un servidor lo suficientemente bueno.

—¿Cómo aprendo?

—Los otros mozos de caballos te enseñarán todo lo que tienes que saber. Ellos son una banda de hermanos y se cuidan unos a otros. Los caballos son todo para los hicsos. Sin ellos no somos más que hormigas en la arena del desierto.

Hui asintió con la cabeza.

—Seré el mejor mozo de caballos que hayas visto.

—Bien.

Khyan se alejó y chasqueó los dedos para que Hui lo siguiera.

Al otro lado de los caballos, una fila de extraños vehículos emergió de las sombras. Hui frunció el ceño mientras los estudiaba. Parecían ser una especie de carretas, aunque de un tipo que nunca antes había visto. Eran curvos en la parte delantera, con lados bajos, y se alzaban en círculos conectados por una barra. Otro poste sobresalía de la parte delantera, cuyo extremo se apoyaba en el suelo pedregoso. Una tabla en la parte delantera de este pequeño carro estaba

dorada con pan de oro que brillaba con el sol naciente. Fijo a un costado había un carcaj de cuero lleno de flechas.

Hui podía sentir los ojos de Khyan sobre él mientras trataba de entender lo que estaba viendo. Uno de los mozos se acercó con un caballo y lo unció al yugo en la parte delantera del carro. Cuando la bestia tiró hacia adelante, el vehículo rodó sobre aquellos círculos con una facilidad que Hui nunca había conocido en los carros de su hogar, que se alzaban sobre patines de madera que se arrastraban sobre el polvo y las piedras detrás de los pesados bueyes que tiraban de ellos.

Sintió como si le hubiera caído un rayo. En ese instante se dio cuenta de las ventajas de esta cosa. Escuchó las risas del capitán que resonaban a su alrededor.

—Ustedes, los egipcios —se rio Khyan—. Creen que son el pueblo elegido de los dioses. Miles de años de civilización, y creen que han aprendido todo lo que hay que saber bajo los cielos. Cuánta arrogancia. Esa será su perdición, recuerda mis palabras.

—¿Qué cosa mágica es esta? —Hui respiró.

—Esto es un carro, Ratoncito. Cuando el caballo lo tira, corriendo tan rápido como sus músculos se lo permiten, se mueve con la velocidad del viento, y lo hace suavemente. El auriga puede disparar flechas fácilmente con su arco mientras ataca. Cuando nuestros carros descendan sobre las fuerzas de ustedes, las aniquilaremos.

—Yo voy a aprender a manejar uno de estos carros.

Khyan soltó una carcajada.

—Esto no es para ti. ¿Crees acaso que te voy a enseñar nuestros secretos? No, Ratoncito, tú tienes tu lugar y ahí es donde te quedarás.

Mientras el capitán se alejaba, Hui se quedó y observó cómo los guerreros saltaban a la parte trasera de los carros, equilibrando su peso mientras guiaban aquellos extraños vehículos en su avance. Se movían tan suavemente como Khyan había dicho llevados por la fuerza de los caballos.

Esa imagen avivó la llama en el cerebro de Hui hasta que su mente estuvo ardiendo al rojo vivo. Las fantasías de venganza contra Isetnofret nunca estaban lejos de sus pensamientos, y ahí estaba con vida cuando él despertaba cada mañana, y yacían pesados sobre él cuando sus párpados se cerraban por la noche. Pero una preocupación siempre lo perseguía, presente detrás de esas imágenes: él no era lo suficientemente poderoso como para derrotar a la hechicera que había envenenado su vida. Demasiado débil, con poca capacitación. Él no era un guerrero. Era, en el mejor de los casos, un ladrón, un ratoncito, como dijo Khyan, que sobrevivía en los montones de basura del mundo y se escurría en las sombras.

Pero con este conocimiento, Hui podía dejar de ser elemental plomo para transformarse en oro. ¡Se imaginó llegando hasta las puertas de Lahun en uno de esos carros! Entonces todos sabrían que se había convertido en un gran guerrero, e Isetnofret temblaría cuando se enterara de ello.

Hui observó cada detalle del accionar de los guerreros hicsos mientras se preparaban para ponerse en marcha. Tal vez podría aprender lo suficiente observando. Estudió esos extraños

arcos curvos que podían disparar una flecha dos veces más lejos que cualquier arco egipcio que hubiera visto, y esas espadas con forma de media luna que cantaban cuando brillaban en el aire y parecían cortar más profundo que las espadas rectas de los defensores de Lahun. Sí, iba a aprender a manejar todas estas cosas. Por eso los dioses lo habían llevado al corazón de los hicsos. Él iba a aprender, e Isetnofret finalmente pagaría por lo que había hecho.

La banda de guerreros salió rodando de la garganta ubicada entre los imponentes acantilados, a través de un paso, y por caminos vertiginosos que serpenteaban hasta la llanura. Los carros iban adelante, con el resto de los soldados montados a caballo en los flancos. Los mozos de caballos y los esclavos caminaban penosamente detrás con los carros de carga. Pero a Farid lo llevaban adelante, para usar sus habilidades como explorador y rastreador. Los hicsos no mataban por el gusto de hacerlo, y habían aprendido a beneficiarse con las habilidades de los cautivos a los que perdonaban la vida. El suelo vibraba y una nube de polvo se levantaba.

Iban de un oasis a otro, y llenaban sus odres de agua cada noche y descansaban bajo las palmeras mientras los caballos resoplaban y se movían cerca. Cuando llegaba la hora de dormir, los hicsos se retiraban a sus tiendas, pero a los esclavos no se les permitían tales comodidades. Hui rápidamente aprendió que Rayo de Luna sería su compañero constante. Dormía debajo del vientre del caballo todas las noches para refugiarse, y tomaba leche de yegua a modo de cena. Los otros mozos le enseñaron a cumplir con sus responsabilidades, a las que se aplicó diligentemente. Aprendió a cepillar la crin de su semental para eliminar los parásitos, y a bañar los flancos de la bestia todas las noches como si fuera un niño-rey. Cuando había poco para pastar alrededor de un oasis, él le daba a Luna puñados de heno, y descubrió cómo curar las lesiones a las que eran propensas las monturas en sus largos y duros paseos a través del escarpado terreno. La relación entre el mozo y el caballo era más intensa que la existente entre el jinete y el corcel. Así vivían los hicsos.

Y Hui aprendió a estar contento de que así fueran las cosas, pues el jinete de Rayo de Luna, Uthan, era un tipo desagradable. Sus estados de ánimo eran oscuros, su ira se encendía rápidamente, y aunque Rayo de Luna era su hermano-caballo, trataba a la bestia con demasiada dureza.

Una mañana temprano, Hui salió del carro de alimentos con un montón de heno y escuchó fuertes relinchos que rompían el silencio. Corrió entre las sombras que se desvanecían en dirección a los frenéticos lamentos, y allí encontró a Rayo de Luna acobardado, con los ojos muy abiertos, frente al jinete que blandía un látigo. El caballo se encabritó cuando el látigo cayó sobre él. Uthan gruñía y escupía saliva.

—No sirves para nada —espetó.

Hui dejó el heno a un lado y gritó:

—¿Qué pasa?

—La bestia es demasiado lenta en la primera luz. Tiene que aprender.

A medida que los relinchos aterrorizados de Rayo de Luna se hicieron más fuertes, Hui se sintió asqueado. Sin pensarlo, se arrojó hacia adelante y trató de arrancar el látigo de las manos del jinete.

Uthan se dio vuelta, y golpeó el rostro de Hui con el dorso del puño. Mientras Hui caía, el guerrero hicsu susurró:

—Pagarás por esto.

Sin mostrar miedo, Hui se puso de pie y se lanzó hacia adelante una vez más.

—¡Déjalo! —gritó.

Uthan levantó su látigo, listo para castigar a su mozo.

—Haz lo que él dice.

Hui miró a su alrededor, hacia esa voz. Khyan mostraba un rostro frío mientras presenciaba el encuentro.

El látigo bajó sin fuerza en la mano temblorosa de Uthan.

—Debo hablar contigo —gruñó Khyan.

Cuando Uthan se dirigió hacia su comandante, Hui agarró unos puñados de heno y se apresuró a consolar a Rayo de Luna. Acarició la crin del caballo y susurró palabras tranquilizadoras hasta que se calmó. Después de un momento, el corcel lo acarició con el hocico y Hui le dio un poco de heno para que comiera.

En los ojos oscuros de Rayo de Luna, Hui vislumbró una mirada que no había visto antes. ¿Fue esa una conexión que sintió entre los dos? ¿Un entendimiento, tal vez? ¿O fue su imaginación? Fuera lo que fuese, percibió que un cálido afecto por la bestia crecía dentro de él.

Sintió que unos ojos lo miraban y Hui miró hacia atrás. Khyan estaba mirándolo con una expresión curiosa e incomprensible, antes de darse vuelta e irse.

Desde ese día, Hui aprendió a mirar a los caballos con cariño y comenzó a entender los instintos de Rayo de Luna mirando con atención esos enormes ojos castaños. Estaba seguro de que Rayo de Luna también podía leer sus pensamientos.

Hui despertó de un sueño con Ipwet con lágrimas en sus mejillas. Por un rato, permaneció en la oscuridad con las imágenes que se desvanecían, pero todavía podía ver claramente a Isetnofret inclinada sobre su hermana, con la sombra de Seth muy cerca detrás de ella.

¿Era un presagio? No podía estar seguro, pero su corazón tronaba y sabía que nunca se perdonaría a sí mismo si lo ignoraba.

Arrastrándose, sacudió a Farid para despertarlo.

—Me voy —susurró—. Esta noche.

—Eres un tonto —gruñó Farid y se dio la vuelta para seguir durmiendo.

Hui salió de la tienda para internarse en la noche. Estaban cerca de una de las rutas de las caravanas, lo sabía. Que pudiera encontrarla sin Farid era otra cosa, pero era un riesgo que tenía que correr.

Por un tiempo, inclinó la cabeza con oído atento. Sabía dónde estaban los centinelas, y estarían mirando hacia afuera, no hacia adentro. Todos los demás dormían.

Sobre manos y rodillas, Hui se deslizó por entre las tiendas hasta el borde del campamento. Se mantuvo lejos de los caballos por temor a molestarlos, trepó por las rocas sueltas hasta que encontró el estrecho sendero que había visto antes, que conducía por el costado de las elevaciones que protegían las tiendas de los fuertes vientos.

Solo una pequeña subida lo llevaría a un camino más amplio que podría seguir rumbo a la libertad.

El corazón de Hui latía más rápido mientras subía por el sendero.

«Si no actúas ahora, quedarás atrapado con los hicsos para siempre», se dijo a sí mismo. Estos guerreros habían comenzado a tratarlo como a uno de los suyos.

«No, ahora es el momento».

Cuando estaba a la mitad del camino, escuchó un silbido. Otro respondió. Hui se puso tenso. Estaba seguro de que los centinelas no podían haberlo visto bajo el manto de la oscuridad. De todos modos, sintió un movimiento cerca. Trepó desesperadamente por un lado del barranco.

«Corre —se dijo Hui—. Tienes suficiente ventaja».

Hui se dirigió al camino y miró hacia arriba. Una silueta tapaba las estrellas.

—¡Aquí! —gritó el guerrero hicsos.

Una bota lo golpeó en la mandíbula y luego comenzó a girar cayendo hacia atrás, rebotando en las rocas hasta que se estrelló contra el suelo.

Sin aliento, se maravilló de que su cráneo no se hubiera roto, pero solo por un momento. Varios hombres se reunieron a su alrededor y cuando apareció una antorcha, Hui miró a lo largo de una hoja hacia el rostro frío de Khyan.

El hicsos bajó la espada hasta que la punta tocó la garganta de Hui.

—Ahora te arrancaré la cabeza —dijo.

—Espera —suplicó Hui. El dolor quemaba en su cuello.

—Mátalo —dijo alguien—. Nos ha traicionado.

—Te dije lo que sucedería si no se podía confiar en ti —dijo Khyan—. ¿Crees que estamos tan confundidos que cualquier rata puede entrar y salir libremente de nuestro campamento?

Hui se retorció bajo la espada, pero Khyan pareció sentir su pregunta no formulada.

—Nuestros centinelas no necesitan ver. Pueden oler una gota de sudor en la brisa. Y ahora...

—Espera. Te lo ruego. —Los pensamientos de Hui se aceleraron, y luego se detuvieron—. Soy uno de ustedes. Tengo sangre de hicsos corriendo por mis venas.

—Mientes —gruñó Khyan.

—¡No! La historia que te conté, sobre por qué hui de Egipto. No... No... no era cierto. Escapé por un pelo. Me negaron un juicio justo porque mi madre era una hicsos.

—Dirías cualquier cosa para salvar tu pellejo. —Khyan apretó su hoja con más fuerza.

—No dije nada sobre esto cuando vine aquí porque... porque estaba avergonzado —Hui se atragantó—. Toda mi vida pensé que yo era egipcio puro. Cuando supe la verdad, no quise creerlo.

Khyan miró profundamente a los ojos de Hui y debió ver algo allí, pues bajó la espada.

—La sangre de los hicsos no es motivo para avergonzarse. Hay hombres que sueñan con haber tenido esa bendición.

—Lo... lo sé —tartamudeó Hui—. Estoy conociendo esa verdad ahora.

—¿Por qué tratabas de huir?

—Porque no es suficiente ser un mozo de caballos. Alguna vez yo fui un hombre libre.

Khyan lo miró fijamente. Daba la impresión de estar sopesando todo lo que Hui decía, y por lo que pareció una eternidad su decisión quedó en suspenso. Luego movió la espada y la envainó.

—Si intentas escapar de nuevo, no habrá piedad —dijo el comandante—. Yo mismo te cortaré la cabeza y la colgaré en mi carro.

Hui se puso de pie.

—No volveré a tratar de huir. —Sintió esas palabras como si fueran martillazos en su corazón. Farid tenía razón. No se podía escapar de los hicsos. Pero ¿qué haría entonces con Ipwet? ¿Y con Isetnofret y la amenaza que ella representaba para todo Egipto?

Khyan agarró a Hui por la nuca con su enorme mano y lo miró de cerca. Sus ojos ardían.

—Tendrás que probar que vales la pena una vez más —gruñó de tal manera que solo Hui pudiera escuchar.

Y vaya si probó que valía la pena. Hui lo hizo con trabajo duro y obediencia. Pasaron los días y su visión de los hicsos fue cambiando, también, pues cualquier grupo de personas capaz de sentir tanto amor por aquellos magníficos caballos no podía ser del todo malo. La mayoría de ellos mostraba una verdadera admiración por sus corceles; no los veían simplemente como bestias de carga, o como armas, como si fueran iguales a los arcos y las cimitarras. Conocían la personalidad de cada uno, tan voluble como la de cualquier hombre.

Los hicsos fueron alguna vez un pueblo agrícola nómada antes de ser dominados por la fiebre de la conquista, o eso decían los antiguos relatos. Esta tribu bárbara había vivido en las montañas en el lejano norte.

Mucho de lo que a ellos se refería le resultaba extraño a Hui cuando escuchaba las conversaciones de estos guerreros. Habían creado este asombroso carro, con sus ruedas y el arco, y sin embargo no sabían leer ni escribir. Vivían bajo la tiranía de un solo rey, que se hacía llamar Salitis, y eran sus caprichos los que controlaban sus vidas.

Mientras atendía a Rayo de Luna, Hui espiaba a los guerreros. Cuidaban sus espadas como las madres cuidan a sus niños, acariciando con piedras de afilar todo lo largo de las hojas para mantener el borde tan afilado como una navaja de afeitar. Practicaban todos los días, haciendo girar esas hojas curvas con movimientos impresionantes. Hui observó sus pasos como de danza, el giro de la hoja, y después de un tiempo se sintió seguro de poder repetir lo que había visto si alguna vez llegaba a poner sus manos en una de las cimitarras. También parecía fácil usar el arco. El diseño curvo los hacía mucho más fáciles de manejar comparados con los arcos que su

pueblo usaba, y se estiraban con tanta fuerza que lanzaban las flechas a una distancia tres veces mayor que cualquier arco egipcio. Con uno de esos, él podría atravesar una flecha en el corazón de su madre de pie en el techo de la casa de su padre y él en la muralla de la ciudad. Pero eso no serviría para nada, concluyó. Él quería ver los ojos de Isetnofret mientras ella moría, para que se diera cuenta de los terribles crímenes que había cometido y que era Hui quien la estaba castigando por ellos.

Pasaron varias semanas... quizás fueron siete. Había perdido la cuenta. Iban de un lado a otro por el desierto oriental, en busca de botín. A veces, los hicsos asaltaban caravanas para hacerse de más suministros y esclavos, o atacaban los asentamientos que se apiñaban en los oasis. Eran tan sedientos de sangre en medio de la batalla como se decía que eran. Pero, aunque eran bárbaros, no eran salvajes. Mataban con la fría eficiencia del guerrero experimentado: con calma, implacables, concentrados en la victoria sobre sus enemigos. Por las historias que se contaban, Hui había esperado que se deleitaran con los corazones de sus víctimas y descuartizaran los cadáveres miembro por miembro. En cambio, solo mostraban respeto por los caídos. Y fuera de la batalla, mientras holgazaneaban en torno a las fogatas y bebían su cerveza, se escuchaban risas y cantos, y parecían vivir la vida tan plenamente como cualquiera de los hombres que Hui había conocido en Lahun.

Hui asimilaba con entusiasmo todo lo que veía. A partir de esos momentos toda iba a estar dirigido a cumplir con lo único que le importaba en su vida: matar a Isetnofret. Mientras observaba el campamento que habían instalado esa noche, apretó los puños con tanta pasión que sus uñas se clavaron en su carne.

Al día siguiente se acercó a Khyan y le dijo:

—Enséñame a usar tu espada y tu arco. Quiero luchar a tu lado.

Khyan echó la cabeza hacia atrás y se rio.

Hui sintió que le ardían las mejillas, pero insistió.

—Es mi derecho de nacimiento.

Esta vez, Khyan lo miró con recelo y entrecerró los ojos.

—Tu derecho de nacimiento, ¿eh? Quizas lo sea. Muy bien. Veamos de qué estás hecho.

Les gritó a sus generales y agitó un brazo hasta que todos estuvieron reunidos con él.

—Este ratoncito quiere ser guerrero —dijo.

Los generales se rieron a carcajadas.

Khyan le ordenó a Uthan que le entregara su espada a Hui.

—Lucha contra mí, entonces —dijo el comandante, y desenvainó su propia espada.

Hui sopesó la espada curva en su mano. Era más pesada de lo que esperaba, pero le gustó la sensación de tenerla en su mano. La levantó y sintió que los músculos de su brazo se quejaban.

Khyan preparó su espada manejándola con soltura.

—Atácame.

Hui movió la espada como había visto hacer a los guerreros, pero giró las manos con torpeza y su débil brazo no pudo mantenerla en alto. Khyan golpeó perezosamente su espada contra la otra y el arma de Hui salió volando. Dio un paso y Khyan levantó el pie derecho y golpeó las

piernas de Hui desde abajo.

Los generales se rieron más fuerte y Hui sintió que sus mejillas se sonrojaban todavía más.

—Arco —ordenó Khyan.

Uno de los generales le entregó un arco y una flecha a Hui.

Khyan señaló un árbol enclenque que sobresalía del costado de la ladera.

—Dispárale a eso —dijo.

«Esto será más fácil», pensó Hui.

El arco era sumamente liviano. Colocó la flecha, tiró de la cuerda y la hizo volar. Se clavó en la tierra a la distancia del largo de una lanza desde donde se encontraba Hui.

Esta vez la risa fue ensordecedora.

Khyan recuperó el arco y se lo arrojó a su dueño.

—Tienes leche de burra en tus venas, no sangre de hicsos —dijo.

Hui observó a los guerreros que se alejaban sin dejar de reír. Sintió que el desafío se endurecía en su pecho. Esto no sería el final de todo aquello.

Un amanecer, Hui vio que Khyan se alejaba del campamento, más allá de la fila de palmeras datileras que se balanceaban en el borde del fresco oasis. Llevaba un bulto contra el pecho. Hui decidió seguirlo.

En el resplandor del sol naciente, el capitán se arrodilló en el polvo y desplegó su paquete. Parecía ser una pequeña estatua, negra como el ébano, aunque brillaba como si fuera de cristal. Hui entrecerró los ojos, pero no pudo distinguir más detalles. Khyan cortó un trozo de pan sin levadura y lo desmenuzó frente al ídolo, antes de inclinar la cabeza hacia la arena y murmurar algo.

«Está rezando», pensó Hui.

Después de un rato de repetir palabras monótonas en la lengua de los hicsos, el capitán se incorporó, envolvió la tela alrededor de la estatua y se dio vuelta para volver al campamento. Vio a Hui que lo observaba.

—Mis disculpas —se excusó Hui, extendiendo una mano—. No era mi intención perturbar tus devociones.

—Eres curioso. Eso es comprensible.

—¿Les rezas a los dioses?

—Todo hombre tiene dioses. Así es el mundo.

Khyan abrió el bulto y mostró la estatua negra como de cristal. Hui se quedó boquiabierto al ver la cabeza curva de bestia y las orejas largas.

—Tú adoras a Seth.

—Nosotros lo llamamos Sutekh, el Dios de las Tormentas.

Mientras Khyan siguió describiendo los terribles atributos de este dios, a Hui no le quedó ninguna duda de que efectivamente se trataba de Seth.

—Uno y el mismo —murmuró Hui.

—Un hombre sabio me dijo que los dioses son conocidos en todas partes, pero en diferentes lugares se les dan diferentes nombres, en las lenguas de sus adoradores. Los dioses son eternos e inmutables. Los hombres son los que cambian, como las estaciones, como las mareas.

—¿Y tu dios juega un papel en las vidas de ustedes?

—Los dioses nos dan forma, nos dirigen y nos castigan. Toman ofrendas y nos envían regalos. —Khyan hizo una pausa y miró al horizonte—. Por todas partes se habla de una piedra que cayó a tierra, y que posee el poder de los dioses mismos. Cualquier hombre que la posea puede llegar a ser como un rey. Eso sería un gran premio, ¿eh? Uno que merece estar en manos de los hicsos. Apuesto a que mis hermanos harían cualquier cosa para tener esa piedra enviada por Dios.

Hui miró fijamente al ídolo, pero lo único que pudo ver fue a Isetnofret, desnuda, manchada con sangre de cocodrilo, pidiéndole a Seth que entrara en ella. Sintió que su camaradería con estos bárbaros comenzaba a disminuir.

Isetnofret y los hicsos se parecían en muchos aspectos. Aunque Hui era un cautivo, de todos modos estas personas lo habían acogido bien y le habían mostrado amabilidad. Sin embargo, no debía tener reparos en engañarlos cuando llegara el momento de ir hacia su libertad.

Una noche, mientras Hui dormía bajo Rayo de Luna, respirando el reconfortante olor de su caballo, soñó con su padre. Khawy estaba sentado en la azotea de su casa, mirando a la ciudad de Lahun, tejiendo cuentos mágicos del pasado, y alabando a Hui por ser un buen chico, un muchacho valiente, que tenía un corazón lleno de bondad. Cuando despertó, sus mejillas estaban húmedas una vez más.

Tropezó entre los caballos y los mozos de caballos que resoplaban para ir donde estaba Farid mirando hacia el horizonte oriental. Cada mañana él saludaba la salida del sol, y cada noche inclinaba la cabeza hacia el oeste mientras se ponía. Era una costumbre habiru.

Los ojos de Farid se dirigieron hacia él.

—¿Pensaste que era una buena idea perturbar mi momento de paz?

—Pasas demasiado tiempo solo. Te estás volviendo tan agrio como leche de cinco días.

Farid gruñó y miró hacia el horizonte. Todavía estaba oscuro, pero parecía sentir que la luz estaba cerca.

Con el correr de las semanas, Hui llegó a tener cierta simpatía por él, a pesar de sus fríos modales. Tenía una sabiduría tranquilizadora, no solo sobre el desierto y el viento, sobre las aves y las bestias, sino también sobre los corazones de los hombres. Su rostro arrugado era un mapa de la vida que tan bien lo había formado.

—Habla —le dijo, como si pudiera leer la mente de Hui.

—Pienso mucho en mi hermana, Ipwet —comenzó Hui—, y sobre la vida que está viviendo en Lahun.

Farid había reunido suficientes datos sueltos como para saber que Hui había huido de su casa en medio de una nube, pero nunca le hizo pregunta alguna.

—¿Te preocupa ella?

—Ella no tiene a nadie que la cuide —dijo, a la vez que todos sus miedos salían a la luz—. Sin marido. Sin padre que le encuentre un marido. Su madre... Su hermano... Ellos nunca cuidarán de ella.

Ella no es como ellos.

«Mi madre la mataría en un instante si se le antojara», pensó.

Farid comprendía y asintió moviendo la cabeza.

—¿Sientes que la has abandonado a ese destino?

—¡Sí! Pensé solo en mí. Y ella fue siempre desinteresada al ayudarme... —Sus palabras se desvanecieron.

—¿Habría venido contigo si se lo hubieras pedido?

—No.

—¿Podrías haberte quedado para cuidarla?

—No.

—Entonces, ¿por qué te golpeas la cabeza? ¿Te gusta castigarte? ¿Te gusta estar triste?

—Quiero que ella esté bien. Segura.

—Entonces eres un buen hermano. Y un día encontrarás alguna manera de asegurarte de que la cuiden, ¿sí?

—Pronto, Farid. Debo volver con ella pronto.

—¿No aprendiste tu lección?

—Debo encontrar una manera. —Hui hizo una pausa—. ¿Vendrás conmigo?

—No soy un tonto.

—Si encuentro un camino seguro, ¿vendrás?

Farid no respondió.

—Cada día estoy mejorando con la espada y con el arco. Me entreno con firmeza. Aprendo bien mis lecciones. Podré protegernos en cualquier camino por el que viajemos. Y habrá muchas recompensas cuando lleguemos a Lahun. Riquezas que habrán llegado a la ciudad durante mi ausencia.

Hui le contó a Farid sobre la Piedra Ka y cómo la había encontrado y llevado a Lahun. Con un poco de suerte, el Gran Señor Bakari ya se la habría llevado bien lejos del alcance de Isetnofret, pero de todos modos debía haber enriquecido su hogar como lo había imaginado su padre.

Cuando terminó su relato, Farid resopló.

—El poder de los dioses —se burló—. He oído hablar de esas rocas que caen del cielo. Tienen poder, sí, pero es este: cuando se calientan en las brasas, de ellas fluye un metal plateado que puede ser moldeado como armas irrompibles.

Hui negó con la cabeza.

—Esta piedra no, amigo mío. Todos los que la vieron han sentido que los dioses los tocan.

Farid resopló de nuevo.

—Pero eso no es todo —continuó Hui—. Te estoy prometiendo riquezas más allá de tus sueños más salvajes. ¿Quieres unirme a mí?

Farid lo miró por un largo momento y luego se alejó sin dar una respuesta.

Veintinueve días después, Khyan reunió a sus hombres. Se sentaron en círculo mientras él se movía entre ellos. Su voz retumbaba. Hui no podía entender lo que decía el capitán, pero Farid se había tomado algún tiempo para aprender la lengua de los hicsos.

—El hombre que entró al campamento al amanecer traía órdenes del rey de los hicsos —tradujo el caminante del desierto—. Los planes que han estado madurando desde hace tanto tiempo están llegando a buen término.

—¿Qué planes?

—Vamos a atacar una mina de turquesas para conseguir provisiones antes de que lleguen las próximas órdenes de invadir Egipto. Los hicsos han estado yendo cada vez más adentro de Egipto. Han mantenido su gran plan en secreto durante mucho tiempo, y pronto estarán listos para hacer su jugada. —Farid ladeó la cabeza, para escuchar mejor.

—Seguramente no se van a arriesgar a invadir Egipto. Por buenos que sean sus arcos y carros, no tienen los números..., ¿o no? —intervino Hui en un tono vacilante.

—Hay bandas de guerreros como esta por todo el Sinaí y en el interior profundo de Egipto. Cuando se junten, ¿serán suficientes como para derrotar al ejército que los espera? —Se encogió de hombros—. Egipto está dividido. Los faraones rivales se miran con desconfianza y espada en mano unos contra otros tanto en el Reino del Alto Egipto como en el del Bajo Egipto. Y los poderes divididos son débiles.

—Pero incluso si los hicsos ganaran todas las batallas, ¿cómo podrían mantener el control de un pueblo tan orgulloso como el egipcio? —preguntó Hui.

—Según mi experiencia, la gente quiere una vida tranquila. Hará cualquier cosa para que así sea, con tal de que haya comida en su panza. —Apuntó con su bastón hacia el este—. Ellos nos han enseñado una y otra vez cómo gobiernan, con solo un pequeño número. Cuando los hicsos conquistan una ciudad, eligen entre los vencidos a aquellos que van a cumplir sus órdenes. Al ver a los suyos en posiciones del poder, los ciudadanos siguen con sus asuntos como antes. Pero los hicsos son los verdaderos gobernantes y son ellos los que deciden qué leyes imponer y qué impuestos o tributos deben pagarse.

—Eso nunca podría suceder en Egipto. Los egipcios son demasiado orgullosos.

Farid no respondió. Hui vio que Khyan golpeaba su puño en la palma de su mano, y recordó a su hermano cuando habló de hacer causa común con los hicsos en Lahun. Para evitar el derramamiento de sangre, había dicho Qen.

En ese momento Hui temió por lo que podría esperarle en su casa.

—¿Lo ves? —gritó Khyan.

El capitán estaba en su carro y señaló por entre la neblina del calor. Le estaba hablando a Farid, que había encabezado la marcha por uno de los senderos habiru hacia la mina de turquesa en el oeste del Sinaí, pero Hui lo escuchó y entrecerró los ojos para mirar adelante. A la distancia se alzaba una arremolinada columna de humo sobre aquella llanura sin rasgos distintivos. Los ojos de los hicsos eran mejores que los suyos, acostumbrados como estaban a atravesar esta tierra, y ver a la distancia lejana marcaba la diferencia entre la vida y la muerte. Pero esta vez incluso él podía oler la acritud de los indicios que traía la brisa.

—Ahí es donde está la mina —respondió Farid.

El capitán golpeó un largo dedo en el tablero de su carro mientras pensaba su decisión. Finalmente, levantó una mano y en un rápido movimiento señaló hacia adelante. La banda de guerra avanzó. Él había esperado que Khyan ordenara un ataque, pero su actitud desconfiada lo había vuelto cauteloso. Los carros y los jinetes seguían adelante y Hui trotaba junto a ellos, sudando por el calor.

Cuando las siluetas de los edificios de la mina quedaron a la vista en la luz color bronce, el capitán hizo detener a su banda de guerreros. Observó la línea de humo negro que se elevaba y escuchó. Alguien en la mina seguramente debió haber visto la nube de polvo que avanzaba por el terreno llano. Pero no había gritos de alarma, ni de pánico.

Khyan tomó una decisión. Mantuvo su mano en alto, esperó un momento y luego inclinó la cabeza hacia atrás y gritó una furiosa orden. Como si fuera un solo hombre, la banda de guerreros se lanzó hacia adelante. El grito de batalla retumbó en el aire, y el suelo vibró. Hui se atragantó con el polvo que se alzaba y perdió de vista a la banda atacante, pero sintió que su corazón latía en respuesta. Imaginó el terror que debía envolver los corazones de aquellos que presenciaban un ataque de los hicsos. La velocidad de aquellos carros que corrían hacia ellos, más rápidos que el viento. El ruido del galope de los poderosos caballos. Aquellos gritos de guerra helaban la sangre. Las cimitarras se movían como rayos de luz sobre la cabeza de cada uno de esos hombres.

Corrió hacia la espesa nube, con los otros mozos de caballos junto a él. Con el pañuelo se cubría la boca para protegerse del polvo ocre. Pronto, los gritos de batalla se acallaron y el terreno quedó en silencio. Estaba seguro de que algo desastroso les había sucedido a los bárbaros.

El viento se llevó el polvo y entonces Hui pudo ver a la banda de guerreros, que se había detenido en el borde de la mina. Las espadas colgaban a sus lados, mientras aquellos experimentados guerreros observaban algo que Hui no podía ver. Caminó entre ellos hasta quedar delante del grupo.

En el borde del campamento de la mina sembrado de escombros había un montón de cabezas.

En el suelo, la sangre se había secado al sol. Los ojos habían sido picoteados y tiras de carne colgaban de los cráneos de donde las aves del desierto habían arrancado su comida. Pero los huesos estaban lejos de estar limpios. Aquella atrocidad tal vez había sucedido no antes del día anterior.

—¡Verdugos del Desierto! —La voz de Farid resonó en el aire sereno.

Hui miró el espeluznante espectáculo y luego al oscuro rostro de Khyan. Todos sabían que si los bandidos habían asaltado la mina, poco debía quedar de útil para los bárbaros.

El capitán movió un brazo de izquierda a derecha, y los guerreros se distribuyeron por el campamento, con las espadas desenvainadas en caso de que hubiera quedado alguna resistencia. Los pensamientos de Hui regresaron a aquella noche en el asentamiento de los Verdugos del Desierto en las colinas cuando robó la Piedra Ka, y sintió que el ácido le quemaba la garganta. No pudo imaginar cuál habría sido un destino peor: ser atacado por los bárbaros o por los bandidos.

Varios edificios bajos de adobe casi hervían en aquel calor. Por todos lados, se abrían enormes agujeros en el suelo áspero, como si gusanos gigantes hubieran excavado en las profundidades del desierto. Grúas de madera crujían sobre los espacios vacíos. Estas eran usadas para bajar a los mineros a las polvorientas profundidades y para subir los cubos llenos de la preciada turquesa a la superficie. Hui se acercó al borde de una excavación y se asomó.

Era un pozo de campana. Los trabajadores habían excavado hasta el fondo con sus palas y picos, y luego hacia los costados hasta donde se atrevieron a ir, apuntalando las paredes cada vez más inclinadas con columnas de adobe.

A medida que los ojos de Hui se acostumbraban a la penumbra del fondo del pozo, pudo distinguir formas fantasmales: los cadáveres decapitados de los mineros que habían sido arrojados a la oscuridad donde habían vivido sus vidas y ahora caminaban en la muerte.

Una mano cayó sobre su hombro y él gritó. Casi pierde el equilibrio. Farid tiró de él desde atrás.

—Ruega que no nos quedemos aquí demasiado tiempo —dijo el caminante del desierto casi sin respirar—. Una vez que se corra la voz de que el comercio de turquesas ha sido interrumpido, muy rápidamente el ejército estará aquí.

Hui se alejó de aquella tumba abierta. El aire seco estaba dominado por el zumbido de gordas moscas. Observó a los bárbaros que se movían por todo el campamento, revisando las oficinas y los almacenes. El rostro de Khyan era como un trueno al observar su fracaso. ¿Cómo se las arreglarían los hicsos en ese momento con suministros que se agotaban rápidamente?

Por las marcas de arrastre en el polvo, los Verdugos del Desierto parecían haberse llevado la mayor cantidad de la preciosa turquesa que pudieron cargar, junto con las provisiones de alimentos de los mineros. La ligeramente traslúcida piedra era adorada por los miembros de la corte del faraón, Hui lo sabía, tanto por su capacidad mágica para alejar a los malos espíritus y a la mala suerte como por su gran belleza. Cada collar que adornaba el cuello de algún noble era una oración silenciosa a Hathor, Señora de la Turquesa. También se suponía que debía proteger a los mineros que trabajaban ahí, aunque poco los había ayudado. Pero, gracias a su fabuloso botín, los Verdugos del Desierto podrían obtener riquezas sin límite y suficiente pan y cerveza para mantener sus panzas llenas desde una inundación del Nilo hasta la siguiente.

Hui miró hacia donde estaba Khyan. Algo le había llamado la atención: un movimiento en la profundidad de las sombras debajo de la madera.

Un hombre musculoso estaba saliendo de un escondite arrastrándose. Su cuerpo desnudo estaba cubierto de polvo blanco. Cuando salió, se encogió como un animal acorralado, con una mirada salvaje llena de la locura nacida de las terribles cosas que había presenciado. Tenía un cuchillo de cobre y, cuando vio a Khyan, abrió los labios para mostrar los dientes con un gruñido salvaje.

Hui gritó a la vez que sus pies volaban sobre el duro suelo. Cuando el capitán se dio vuelta bruscamente al oír el ruido, el minero fuera de sí se abalanzó sobre él. Con un salto desesperado, Hui chocó contra el atacante justo cuando la brillante hoja se dirigía a la espalda de Khyan.

Con las extremidades entrelazadas, los dos hombres cayeron en una nube de polvo. El minero se revolvió debajo de Hui como si tuviera un ataque, y entonces Hui sintió que unas manos lo levantaban. Las cimitarras apuntaban al pecho del hombre derribado, pero la locura lo dominaba y parecía decidido a seguir luchando a pesar del riesgo para su vida. Khyan gruñó, y tres de sus hombres arrastraron al minero hasta el borde de un pozo y lo arrojaron antes de que Hui pudiera protestar. Un grito voló dando vueltas en el aire y terminó en un crujido de huesos. Y luego, el silencio.

Khyan dio una orden y sus guerreros regresaron a los carros y los caballos. El capitán puso una mano sobre el hombro de Hui.

—Mostraste coraje y previsión —dijo Khyan—, y creo que ahora te debo mi vida. Yo pago mis deudas, Ratoncito. Habrá una recompensa para ti esta noche.

La banda de guerreros avanzó por el terreno desierto en dirección a las laderas de las colinas, donde montaron un campamento junto a un estanque verde en un valle estrecho con una vista clara de la entrada. Una vez que Khyan terminó de enviar a los centinelas y los guerreros ya se ocupaban de levantar sus tiendas de campaña y encender la fogata, le hizo señas a Hui. Dieron una vuelta por el campamento hasta donde pastaban los caballos y las filas de carros brillaban bajo el sol que ya se estaba poniendo.

Hui vio que un semental todavía estaba uncido, aunque la armadura de cuero había sido despojada de sus flancos por el mozo de caballos junto a él. Khyan subió al vehículo con ruedas y le hizo señas a Hui. Una vez que este saltó al carro, se agarró del borde en la parte delantera como si de repente pudiera volar alto en el cielo.

—No hay mejor momento para cabalgar que cuando se pone el sol —dijo el capitán—. El aire es fresco y el viento en la cara trae calma. ¿Estás listo?

Hui asintió sin palabras.

Khyan tomó dos largas correas de cuero unidas al cuello y la cabeza del caballo y tiró.

—Estas son las riendas —dijo—. Tirando de ellas es posible guiar al caballo hacia un lado o hacia el otro, o acelerar o reducir su velocidad.

Con un rápido movimiento de la muñeca, el capitán le indicó al semental lo que debía hacer y el caballo tiró hacia adelante, el carro se puso en marcha moviéndose tan suavemente como si

estuviera sobre las aguas del Nilo. Hui gritó y se agarró del borde con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

—Disfruta este momento, Ratoncito. Nunca tendrás nada parecido a esto: la primera vez que estás en un carro en movimiento.

Bajaron por el camino empinado desde el campamento, se movieron a lo largo de una de las muchas rutas usadas constantemente en todas direcciones en el alto terreno, aplanado por muchos pies, cascos de caballo y carros. Perfecto para los carros de los hicsos. Serpentearon alrededor de afloramientos irregulares de rocas y de arbustos azotados por el viento hasta que se dirigieron directamente a la llanura plana. Khyan lanzó un grito fuerte y agudo que terminó con varios chasquidos de la lengua. Sacudió las riendas con fuerza y el semental se lanzó hacia adelante a tal velocidad que Hui casi cae de espaldas.

Aferrado para salvar su vida, Hui cerró los ojos con fuerza. Bien podría haber estado gritando como un bebé arrancado del pecho de su madre, pero el golpeteo de los cascos y el gemido del viento en sus oídos se tragarón todos los demás sonidos.

Al principio sintió un terror frío. Seguramente ningún hombre debería moverse tan rápido, ¿no? Pero entonces sintió el cosquilleo de la euforia y se atrevió a abrir los ojos de nuevo. Khyan sonreía, perdido en la euforia de su cabalgata, sacudiendo el látigo de cuero y haciéndolo chasquear para instar al semental a ir más rápido todavía.

Atravesaron la llanura y, con un giro de las riendas, Khyan guio al caballo en un amplio arco para regresar por el camino por el que habían venido. Hui se sintió decepcionado cuando vio que este mágico viaje pronto iba a terminar, pero Khyan tenía razón: él nunca lo olvidaría.

Una vez que trotaron de regreso al campamento y el capitán le entregó el semental al mozo de caballos, Hui dijo:

—Tienes mi agradecimiento.

Khyan sonrió.

—No hay mejor sensación, ¿no es así? Soñarás que estabas volando esta noche.

Hui asintió moviendo la cabeza, pero a pesar de la alegría de la experiencia, sabía que también había aprendido otra lección sobre lo que significaba ser un guerrero.

En los días siguientes, el capitán permitió que Hui montara el carro una y otra vez, y le fue enseñando a su nuevo recluta las habilidades que había adquirido a lo largo de los años como auriga.

—Aprendes bien —le dijo Khyan—. Tal vez tienes sangre de hicsos en ti después de todo. Te he visto practicando con una espada y con un arco. Todavía podemos convertirte en un guerrero.

—Enséñame a montar, entonces —dijo Hui—. Con estas habilidades, voy a serte útil algún día en el futuro.

Khyan se acarició la barba mientras pensaba. Sin dar respuesta, se alejó. Pero más tarde, un Uthan de rostro agrio le llevó a Rayo de Luna.

—Si te rompes el cuello, es tu culpa —gruñó.

Hui sintió que le temblaban las manos cuando el brusco guerrero lo alzó sobre el lomo de

Rayo de Luna. El sudor le corría por la piel y su corazón palpitaba con fuerza. No era natural estar sobre una bestia así. Sintió el poder debajo de él, con los músculos palpitando mientras se aferraba a su querida vida.

Pero Rayo de Luna parecía complacido de tenerlo allí. El caballo sacudió sus crines y casi baila en el sitio.

Uthan murmuró algunas instrucciones simples y luego le dio una palmada en el flanco a Rayo de Luna. El caballo se alejó a medio galope. Hui se sintió como si estuviera volando; un momento después estaba... lejos del lomo del corcel. Chocó contra el suelo duro, encogiéndose.

Al menos Uthan no se rio. Hui sospechó que Khyan le había dado instrucciones precisas. —¡Otra vez! —ladró Uthan.

Hui se arrastró cuatro veces más sobre el lomo de Rayo de Luna.

Cuatro veces se estrelló contra el suelo. Pero sintió que su confianza aumentaba con cada fracaso. Determinación era lo que le quemaba por dentro. Todo lo que pudiera aprender en ese momento entre los hicsos lo ayudaría cuando finalmente regresara a Lahun.

Después de la quinta vez, Khyan se acercó.

—Cada moretón es una lección —le dijo—. Valóralos. Pronto tendrás el conocimiento que deseas.

Una mañana, después de que Hui finalmente lograra permanecer en el lomo de Rayo de Luna, el capitán señaló el carro.

Hui entrecerró los ojos.

—¿Solo?

—Te lo has ganado. A ver si este ratoncito tiene lo que hay que tener para ser un auriga hicsos.

Hui se subió a la parte trasera del carro. Le dio un golpe a las riendas y el caballo sacudió la crin a manera de respuesta. Al cabo de un momento, el carro salió rodando del campamento. El sudor le cubría la frente mientras agarraba las correas de cuero, pero pronto se relajó para disfrutar del paseo. Sus giros eran torpes, el caballo no siempre respondía como él quería, pero sintió una oleada de placer.

Cuando trajo el carro de regreso, se bajó de la plataforma y aceptó el gesto de asentimiento del capitán.

—Si alguna vez se libera un carro —dijo Khyan— lucharás junto a nosotros, ¿eh?

Pasaron diez cálidas noches y Hui casi podía imaginar que las dificultades que había soportado en Lahun eran poco más que un sueño y había renacido en una nueva vida. Se estaba haciendo más fuerte, más duro, más hábil de una manera que le iba a ayudar a vengarse de quien asesinó a su padre.

Una noche con las fogatas todavía encendidas fue despertado por el ruido de cascos sobre el camino rocoso hacia el campamento. Rayo de Luna, su constante compañero, se delineaba contra

el cielo estrellado, y el aire olía a humo de leña del fuego que agonizaba.

Pudo ver sombras que salían de las tiendas de campaña y que avanzaban pesadamente hacia las brasas rojas del fuego. Los bárbaros se estaban reuniendo.

A esa hora, lo que veía era muy raro, y Hui sintió curiosidad. Se arrastró hacia la fogata. Khyan estaba de pie en el círculo de guerreros junto a un hombre alto con cara de halcón que Hui no reconoció. Sin duda, era el hombre que acababa de llegar al campamento. A pesar de la hora, los combatientes estaban muy atentos: los ojos brillantes, los rostros vueltos hacia el capitán mientras esperaban a escuchar lo que tenía que decir.

Hui vio a otra persona agazapada cerca. Se apoyaba en una alta vara. Era Farid. Como siempre, el caminante del desierto no se perdía nada, todo lo veía.

Hui se arrastró hacia él y susurró:

—¿Qué está pasando?

Farid lo hizo callar con la palma de la mano levantada. El rostro de su compañero era por lo general tan duro e insensible como el paisaje del desierto, pero a Hui le pareció que se había vuelto aún más serio.

Farid lo miró.

—Nuevas órdenes para esta banda de guerreros —murmuro—. No se habla más de invasión por el momento. Khyan ha sido una avispa que picó el flanco egipcio durante demasiado tiempo. Ellos lo han notado. Parece que el faraón ahora está culpando a esta banda de guerreros por la matanza en la mina de turquesas.

—Los hicsos no cortan cabezas.

Farid lo miró con ojos astutos.

—Eso importa poco a los hombres inferiores que aconsejan al rey. Lo cierto es que es más fácil echarles la culpa a los bárbaros extranjeros que acusar a los bandidos egipcios que van y vienen como fantasmas y han escapado de la justicia durante tanto tiempo.

—Necesitan una victoria fácil.

—Como si una batalla con los hicsos fuera fácil. —Farid dirigió su mirada a las siluetas alrededor del fuego resplandeciente, y sus facciones se endurecieron todavía más—. Un regimiento de soldados egipcios está viniendo hacia nosotros mientras hablamos. Khyan no tiene más remedio que luchar contra ellos. Todos los hombres tendrán que ser reclutados para luchar. Yo... tú...

—Los hicsos son feroces. Podrían ganar —comentó Hui.

—Sí. Podrían. —Farid lo miró fijamente y esa comunicación silenciosa presentaba una clara alternativa—. O, al amanecer, nuestra sangre podría estar regando el polvo del Sinaí.

Hui sopesó esas palabras. Imaginó a los bárbaros cabalgando hacia la batalla, y Hui y Farid entre ellos. Podía ver a esos feroces soldados egipcios esperando, con sus espadas y escudos de bronce brillando bajo el sol. No habría dónde esconderse, ningún lugar para huir. En una batalla furiosa, probablemente serían derrotados en la primera oleada del ataque.

—Nos iremos sigilosamente de aquí antes del amanecer —propuso Hui—. He pasado demasiado tiempo con estos bárbaros. Tengo una misión que cumplir en Egipto.

—Han llegado a tratarte como a uno de los suyos. Especialmente Khyan. Él ha puesto su confianza en ti como un padre con un hijo. —Farid miró profundamente a los ojos de Hui, y este no tenía idea de lo que el otro buscaba—. ¿Piensas traicionar esa confianza y la generosidad que se te ha mostrado?

Hui mostró un rostro frío.

—No soy un niño débil. Sabes tan bien como yo que los hicsos nos destriparían en un instante si ya no les somos útiles.

—Tal vez.

—Te has ablandado en este tiempo que has pasado con ellos —reprendió Hui.

Farid siguió mirándolo.

—Los hicsos no significan nada para mí —dijo Hui—. Khyan no significa nada para mí. Le cortaré la garganta en un abrir y cerrar de ojos si eso fuera necesario.

—Esa no sería la acción más sabia. No con un campamento de bárbaros dispuestos a caer sobre ti con sus espadas en venganza. —La voz del caminante del desierto tenía un tono sarcástico.

Hui sintió que sus pensamientos se endurecían. Sus días allí habían terminado. Iba a traicionar a Khyan y a los hicsos sin pensarlo dos veces, aunque había aprendido a respetarlos e incluso a verlos como amigos durante sus semanas juntos. Los iba a abandonar al día siguiente, y no volvería a pensar en ellos. Él tenía que ser así. El Hui de Lahun debía morir. Hui el habiru debía crecer: un hombre que no necesitaba a nadie ni nada, salvo lo que yacía en su corazón frío.

—Nos vamos o moriremos —dijo con voz firme—. Es hora.

Farid miró por todo el campamento.

—Muy bien. Pero hay centinelas en todos lados. Si nos atrapan, como ocurrió contigo la primera vez que intentaste esta locura, los hicsos no vacilarán en convertirnos en un festín para los buitres al amanecer.

Hui arrugó la nariz mientras untaba su piel con estiércol de caballo. No lejos de allí descansaban las bestias, y sus mozos de caballos debajo de ellos.

Farid untó su piel con un puñado del estiércol que olía a maduro. Miró a Hui como si fuera a asesinarlo.

—Esto es por tu propio bien —susurró Hui—. Sirve para enmascarar el olor de nuestro sudor. Si esos centinelas perciben algo de esto en la brisa, pensarán que son las bestias, nada más.

Cuando terminaron, Hui se arrastró sobre la panza alejándose del campamento. El caminante del desierto no emitió sonido alguno, pero Hui pudo sentir que Farid estaba detrás de él.

Pronto las voces de los hicsos se desvanecieron hasta ser poco más que un susurro casi ahogado por el viento. Hui sabía dónde estaban apostados los centinelas y trataba de hacer su camino esquivándolos.

Pero mientras se arrastraba, escuchó el crujido de pasos que se acercaban. Se puso rígido. El corazón le latía con fuerza en el pecho.

Alguien se acercaba, su silueta recortada contra las estrellas. Uno de los centinelas se detuvo a tres lanzas de distancia de donde Hui y Farid estaban protegidos por la oscuridad, echó la cabeza hacia atrás y olfateó.

A Hui le quemaba el aliento en la garganta.

La mano del centinela fue a la empuñadura de su espada. Hui se puso tenso. No había posibilidad de huir de regreso al campamento. El centinela iba a silbar para dar la alarma y los atraparían antes de llegar a las tiendas. No, su única opción era luchar, poner a prueba las habilidades con la espada que había aprendido frente a un guerrero experimentado y tratar de vencerlo antes de que pudiera gritar.

Pero cuando Hui tensó sus músculos listos para saltar hacia adelante, el centinela olfateó el aire una vez más y luego siguió caminando. La estratagema había dado resultado; el guardia solo sintió el olor de los caballos.

Por un momento, Hui permaneció inmóvil, serenándose; luego se arrastró hacia la noche lo más rápido que pudo.

Ambos hombres avanzaban penosamente por las arenas rojas y calientes hacia el oeste. El viento gemía, el polvo se arremolinaba, y la soledad pesaba mucho sobre ellos. Eran los únicos seres vivos que se movían en esa vasta llanura. Adelante, Farid inclinaba la cabeza, siguiendo señales que solo él podía ver. Cada pocos pasos, Hui miraba hacia atrás, a la temblorosa distancia gris.

—¿Por qué pierdes el tiempo buscando? —gruñó el caminante del desierto—. Si Khyan decide venir por nosotros, nos verá desde la distancia de un día de marcha. No hay donde esconderse.

Eso era cierto. Pero Hui podía sentir la ira ardiente del capitán de los hicsos que él sabía debía estar fermentando lentamente desde el momento en que los bárbaros descubrieron que los dos hombres habían huido del campamento durante la noche. Si Khyan decidía perseguirlos, el castigo sería rápido y brutal.

—¿Estamos cerca? —preguntó Hui.

Farid miró a través de la llanura vacía hacia la brumosa distancia.

—¿Ves nuestro destino?

—No.

—Entonces no malgastes tu aliento haciendo las preguntas de un tonto.

El caminante del desierto inclinó la cabeza una vez más y buscó el fantasma de algún rastro en el polvo. Con cada paso que daban quedaba claro lo buen rastreador que era. Abandonado a sí mismo, Hui ya estaría perdido en el desierto, comida para los buitres que volaban en lo alto.

Hui acomodó el peso del arco robado de los hicsos que colgaba en su espalda, su única manera de cuidar su seguridad. Eso esperaba.

—No podíamos quedarnos allá, lo sabes.

Farid gruñó.

—Con toda seguridad, nos habrían matado en los primeros momentos de batalla —sugirió Hui.

El caminante del desierto permaneció en silencio, y luego dijo:

—¿Sigues pensando que este plan tuyo es menos peligroso?

—No tengo ninguna duda —dijo Hui—. Una vez que entremos estaremos protegidos.

Farid volvió a gruñir y se sumió en el silencio.

El caminante del desierto había depositado su fe en Hui, los dioses sabrán por qué. Pero tenía que pensar que, a pesar de los riesgos, todo iba a salir bien.

El campamento de los Verdugos del Desierto estaba instalado en una hondonada rocosa entre las estribaciones, protegido del implacable viento. Cuando Farid se incorporó para observar las tiendas de campaña alzadas sin ningún orden, Hui sintió una oleada de miedo. Tenía que creer que aquello era lo correcto. No veía otra alternativa.

Farid lo miró para ver si había cambiado de opinión.

—Nos acercaremos a ellos como audaces mercaderes con un carro de seda asiria para vender —dijo Hui. Recorrió el campamento con la mirada, y por un momento estuvo de vuelta en las colinas cerca de Lahun, y sintió aquel terror mientras se movía por el centro mismo del campamento de esos asesinos hacia la tienda del botín—. Pensarán que probablemente somos tontos...

—Sí, tontos —intervino Farid.

—... Mejor así. Eso los tranquilizará. Si piensan que somos enemigos, estaremos muertos apenas pongamos un pie dentro del perímetro.

Farid entrecerró los ojos.

—Ya me he metido entre los Verdugos del Desierto antes —le informó Hui, con la esperanza de tranquilizarlo.

—¿Y cómo resultó eso?

—Ah —respondió Hui—. Bien...

—Todavía tengo que decidir si considerarte sabio y astuto, o si eres un tonto que se cree sabio y astuto. —Farid siguió caminando.

Hui caminaba detrás de él. Por supuesto, debía estar loco. Tan loco como Kyky lo acusó de estar cuando llevó a su amigo a su muerte en aquella fatídica noche. ¿Quién en su sano juicio alguna vez se iba a atrever a entrar en el campamento de los Verdugos del Desierto?

Mientras avanzaban penosamente hacia las tiendas, sonó un silbato. Uno de los centinelas los había visto.

—Ya no hay vuelta atrás —murmuró Farid.

Llegaban voces desde el campamento: órdenes, respuestas. De entre las tiendas, salió

corriendo un grupo de unos quince bandidos.

Los cuchillos brillaban en sus manos.

Farid siguió caminando, tan tranquilo como un oasis iluminado por la luna. Hui reprimió el deseo de girar sobre sus talones y huir hacia el desierto.

—No hagas nada que pueda enojarlos —susurró Farid.

—Nada está más lejos de mi mente que eso.

—Tienes una habilidad natural para hacer enojar a los hombres. Aunque no lo intentes.

Los pícaros avanzaron, emitiendo sus aullidos escalofriantes.

Eran una jauría de caza, listos para despedazar a su presa miembro por miembro. Hui miró esos rostros retorcidos por una furia asesina. Los guerreros hicsos eran fuertes, ágiles, cada aspecto de ellos formado para la guerra y matar. En comparación, estos bandidos eran una chusma desordenada: a algunos le faltaban dientes, a otros un ojo, o dedos, con rostros sucios marcados con cicatrices, vestían túnicas que eran poco más que harapos sucios con sangre y barro. Pero no eran menos aterradores.

Hui se mantuvo firme mientras la banda se movía alrededor de él y de Farid. Le zumbaban los oídos con aquellos aullidos.

Hui abrió bien los brazos y comenzó a anunciar:

—Tenemos...

Un garrote lo golpeó en la cabeza y sus pensamientos se desvanecieron.

Las sensaciones iban y venían como la marea. El terreno corría debajo de él y era un borrón color ocre, y Hui se dio cuenta de que lo estaban arrastrando boca abajo. Resonaban y desaparecían voces furiosas. Todo olía a sudor, a excrementos, a orina y a tierra de telas sin lavar.

El mundo fue un caos hasta que sintió que pasaba entre las tiendas, y sus pensamientos comenzaron a agudizarse otra vez. Movié la cabeza para ver si Farid estaba a salvo, pero un puño lo golpeó en la nuca y se abandonó sin sentido.

Finalmente, Hui inhaló humo de leña frío y cayó al suelo junto a los montones de cenizas grises de un fuego apagado. Durante todo ese tiempo se las había arreglado para mantener el arco consigo.

Retumbaba un parloteo. El tono pasaba de la furia a la burla. Estiró el cuello para mirar los rostros en movimiento y los cuchillos que iban y venían por encima de todos. Un pie le pateó las costillas y él apretó el rostro contra el suelo duro. Escuchó el sonido de carrasperas y la flema le llovió encima.

Después de un momento, el ruido se desvaneció. En el silencio que siguió Hui pudo escuchar el crujido de pies que se acercaban.

—¿Por qué has elegido morir? —La voz estaba teñida de un cierto desdén.

Hui levantó la vista y se preparó para recibir más golpes. Pero en el grupo de bandidos que lo rodeaba estaban todos rígidos con deferencia, las cabezas vueltas hacia el recién llegado.

El sol parecía colgado detrás de la cabeza del jefe, y Hui entrecerró los ojos casi encandilado. El señor de los Verdugos del Desierto se movió para bloquear la luz y para que su cautivo viera

quién estaba a punto de acabar con su vida.

Hui se puso rígido de terror y su mente regresó al momento en que vio cuando el cuchillo degollaba a su amigo Kyky.

Estaba mirando el rostro de Basti el Cruel. La misma nariz aguileña, esos ojos negros y la piel ennegrecida por el sol. Ese toque de sangre habiru. Alto y delgado, con una túnica de un blanco impoluto que brillaba junto a los sucios andrajos de sus hombres, Basti lo miraba, su boca tensa en medio de los espesos pelos negros de su barba.

Hui esperó a que la luz del reconocimiento brillara en el rostro del jefe Verdugo del Desierto. El grito de la orden dada, y la hoja que caería sobre su cuello.

Por un brevísimo instante, entrecerró los ojos y arrugó el entrecejo. ¿Un parpadeo de reconocimiento, tal vez? Pero entonces la expresión del líder se relajó cuando el escurridizo recuerdo se desvaneció.

Pero ¿qué iba a ocurrir en los días venideros? ¿Este poderoso comandante en algún momento iba a recordar que una humilde rata de molino le había robado la Piedra Ka, su posesión más preciada?

Hui se armó de valor y se puso de pie. Sintió que ese grupo de asesinos se movía a su alrededor. Aquellos ojos oscuros lo miraban con atención, y sintió que su miedo se endurecía en un frío y desconocido enojo. Recordó la expresión insensible en el rostro de Basti cuando le arrancó la vida a Kyky y apartó el cuerpo de su amigo como si fuera parte de las sobras de una comida apresurada. Él quería venganza por ese acto brutal, y se dio cuenta de que muchos otros pensamientos asesinos que él ignoraba que existían comenzaban a despertar dentro de él.

Estas eran las pasiones que lo atravesaban, y él tenía los recursos necesarios para complementar su rabia. Paciencia. Astucia. Determinación.

—Soy un forajido —se presentó Hui—. Uno de los más temidos en todo Egipto...

—Un forajido, dices. —Basti sonrió, siguiéndole la corriente.

—En Lahun, en el oeste, maté a un hombre que me hizo daño. Le abrí la garganta, e hice lo mismo con su amigo que se me vino encima buscando venganza. Las autoridades me persiguieron, a lo largo del Nilo, en las ciudades del Reino Bajo, y aquí en el Sinaí, y siempre he escapado de ellos, porque mi ingenio es más grande que el de ellos. —Hui se tocó la frente.

—¿Y por qué has puesto en peligro tu vida al entrar en mi campamento?

—He venido para unirme a ustedes.

Basti se rio.

—Nosotros somos los hombres más temidos de todo Egipto —dijo el jefe—. ¿Crees que tienes lo que se necesita para ser un Verdugo del Desierto? —Miró a Hui de arriba abajo—. Yo creo que no.

—Mi sangre es fría. Puedo matar a cualquier hombre, mujer o niño si eso me permite traer riquezas a tus arcas. Te ofrezco poner a tu servicio mi ingenio y más. Te traigo un regalo para demostrar que soy el hombre que digo ser.

Hui tomó el arco que llevaba en la espalda y se lo entregó. Basti abrió grande los ojos cuando vio la distintiva curvatura.

—¿Es eso...?

—El arco de los hicsos. Esta es la fuente de su poder. Arroja una flecha tres veces más lejos que los arcos de Egipto.

—¿Cómo llegó esto a tus manos?

—Me metí en el campamento de los bárbaros por la noche y lo robé. Maté a tres de sus guerreros mientras escapaba.

Los ojos de Basti brillaron. Hui le ofreció el arco.

—Tómalo. Es tuyo.

—Esto tiene un gran valor.

—Es más valioso convertirse en uno de tu tribu. Esta es mi ofrenda para ti, y la primera de muchas riquezas que te traeré.

El jefe tomó el arco y lo giró en sus manos. Cuando levantó la vista, su sonrisa se había vuelto astuta.

—Muy bien. Después de todo, puede haber algo de valor en ti.

La primera etapa del plan de Hui estaba completa. Pero el resto no iba a ser más fácil.

Basti entregó el arco al hombre que estaba a su lado.

—Tendrás que ganarte tu lugar entre nosotros. Pero tendrás tu oportunidad, y si fallas, te costará la vida.

—No fallaré. No tengo duda al respecto.

A Basti parecía gustarle la confianza que Hui mostraba. Dirigió su vista detrás de Hui, donde estaba Farid.

—Mátalo.

Basti hizo un gesto y puso un cuchillo en la mano de Hui.

El señor de los Verdugos del Desierto lo miró fijamente, con una sonrisa cruel en sus labios.

—Si eres el asesino de sangre fría que afirmas ser, no tendrás reparos en hacer esto.

Los bandidos pusieron a Farid de rodillas y le empujaron la cabeza hacia atrás para que su garganta quedara bien visible.

—Mátalo —repitió Basti.

Hui miró fijamente a Farid. El caminante del desierto solo mostraba un rostro frío, carente de emoción, pero hubo un parpadeo de miedo en sus ojos.

Matar a Farid podría ser la única oportunidad de Hui para hacerse un espacio entre los Verdugos del Desierto, quizás su única oportunidad de salvar su propio cuello. Pero ¿podría hacerlo? Se humedeció los labios, con su mente a gran velocidad. Y luego dijo:

—Podría cortarle el cuello con facilidad, pero si lo hiciera, perderías algo tan valioso como ese arco.

—¿Por qué puede tener algún valor este caminante del desierto? —gruñó Basti.

—Farid es un explorador...

—Tenemos muchos exploradores.

—No como él. Todos tus exploradores son niños comparados con Farid. Siguió tus huellas aquí, en el desolado Sinaí, días después de que tú pasaste. No hay ninguno mejor. Por eso lo

convertí en mi aliado. ¿Y los que siguen mi rastro? Nunca me encontrarán con Farid para guiarme lejos del peligro, y él puede rastrear incluso en las tierras más inhóspitas.

El líder de los Verdugos del Desierto dejó que las palabras de Hui hicieran su efecto. Observó a Farid y se miraron a los ojos. Hui sintió una comunicación silenciosa, y cuando el Señor de los Verdugos del Desierto volvió a hablar, lo hizo en una lengua que él no reconoció: la lengua secreta de los habiru, supuso. Farid respondió en el mismo dialecto.

El jefe asintió con un movimiento de cabeza.

—Entonces damos la bienvenida a dos caras nuevas en nuestra tribu. Aprendan rápido lo que significa ser un Verdugo del Desierto, si ambos quieren ver el amanecer.

Uno de los Verdugos del Desierto les arrojó a Hui y Farid una harapienta tienda, remendada y semiabierta a la intemperie. La armaron al borde del campamento apestoso, al socaire de una empinada ladera en la que brotaban grupos aislados de hierba amarillenta y débil. Los otros hombres los miraban con silenciosa sospecha mientras se acomodaban en las aberturas de sus tiendas, puliendo sus pequeños cuchillos con piedras de afilar. Hui imaginó que se iba a necesitar mucho tiempo para que cualquier extraño fuera aceptado en esta tan compacta tribu de asesinos. Eso no le preocupaba. Él no necesitaba amigos ni aliados. Lo único que quería era ganarse la confianza suficiente como para atraer la atención de Basti.

Mientras las sombras crecían entre las tiendas, un agudo lamento los atrajo hacia el fuego otra vez encendido. Los bandidos estaban sentados en el suelo en un círculo alrededor del fuego, observando con ojos hambrientos a los Maestros de la Mesa que se movían entre ellos, repartiendo pan sin levadura, aceitunas y carnes curadas, y llenando sus copas con cerveza o rico vino tinto, todo parte de los saqueos. Hui se dio cuenta de que Basti era como el faraón, asegurándose de que quienes trabajaban para él estuvieran bien alimentados y fueran bien tratados. Con su generosidad, compraba su lealtad; no les faltaría nada mientras estuvieran con él.

Los asesinos se emborracharon hasta perder el sentido, como Hui iba a descubrir que hacían todas las noches. Mientras se hundían cada vez más en sus bebidas, uno de los bandidos, un hombre de hombros anchos y cabeza afeitada con ojos claros, hizo avanzar una fila de mujeres y niñas. Estaban desnudas, sus cuerpos salpicados de moretones y marcas de mordiscones; sus cabezas, agachadas como las de los perros maltratados. Casi todas estaban bien formadas y eran hermosas, con grandes ojos oscuros y labios carnosos. Seguramente capturadas durante las incursiones de los Verdugos del Desierto en los distintos asentamientos. La mayoría habría sido elegida entre las familias ricas para pedir rescate, pero Hui se dio cuenta de que los bandidos habían decidido retener algunas de las más bellas para que los hombres se divirtieran con ellas.

Los bandidos borrachos agarraban a las mujeres como si fueran mendigos hambrientos a los que les arrojaban unas migajas de pan. Pronto se estuvieron apareando entre las tiendas. Una mujer parecía más desafiante que las otras, con su rostro ovalado brillando a la luz del fuego. Sus

ojos parpadearon brevemente en dirección a Hui, y él vio un fuerte ingenio profundo dentro de ellos. Él sintió que ella lo estaba evaluando en ese instante. En lugar de esperar a ser elegida como las otras mujeres, ella empujó a los bandidos que se tambaleaban para agarrarla con las manos. Observaba a aquellos pícaros y así identificó al hombre más borracho y le agarró la mano para arrastrarlo lejos. El asesino apenas podía ponerse de pie, y probablemente sería incapaz de poseerla. Hui admiró la aguda inteligencia que vio en el rostro de la mujer. Ella había conseguido tener al menos una noche libre de sufrimiento.

Mientras los gruñidos y gemidos resonaban por todo el campamento, Hui y Farid se arrastraron de regreso a su tienda.

—Este no es lugar para un hombre como tú —murmuró Farid mientras se sentaban junto a la abertura, mirando la amplia vía de estrellas—. Por mucho que alardees, tú no eres un chacal asesino. En el tiempo que llevamos juntos, he visto dentro de tu corazón. Demasiado tiempo en compañía de estos degolladores te envenenará.

—Soy un forajido...

—Un forajido inocente, lo apuesto.

—Hago lo que debo hacer.

Hui sintió la mirada del caminante del desierto sobre él, instándolo a revelar el plan que había estado preparando desde que había presenciado la carnicería en la mina de turquesas. En cambio, se recostó y fingió dormir. Pero sus pensamientos se le escaparon por oscuros caminos, y temió que lo que Farid le había advertido ya se estuviera haciendo realidad.

La noche avanzaba pesadamente sobre la tierra. Las frondas de las palmeras datileras susurraban con la brisa y la rica fragancia del fértil valle del Nilo flotaba en el aire; los aromas de la húmeda vegetación parecían un lujo después de los desiertos sin vida del Sinaí. Hui se acomodó en una zanja y su corazón latía tan fuerte que pensó que estaba a punto de estallar en su pecho. El lodo negro succionaba sus pies y el agua sucia corría alrededor de sus tobillos. Le hormigueaban las pantorrillas cuando las colas de rata pasaban cerca.

A la débil luz blancuzca de la luna creciente, podía ver las expresiones siniestras de los Verdugos del Desierto agachados en fila a lo largo del canal de riego, con cuchillos en las manos. Algunos estaban armados con espadas, otros con garrotes.

Adelante, más allá del mosaico de campos de cebada que se movían con la brisa, las lámparas brillaban en la puerta de la granja. La casa blanqueada con cal se levantaba aislada en el borde de este tramo de la franja cultivada.

—Nadie oirá los gritos —se había reído Basti cuando reunió a sus hombres para prepararlos para aquel asalto.

Hui sintió náuseas por lo que sabía que vendría después. Había aprendido a luchar con una espada y un arco, pero esto era diferente. No quería estar allí, y las palabras de Farid acerca de que su alma sería envenenada lo perseguían. Los hicsos eran guerreros y, si bien asaltaban

campamentos y caravanas, todavía tenían el honor de los soldados. Los Verdugos del Desierto eran una banda de asesinos que mataban a cualquiera —hombre, mujer o niño—, simplemente para llenar sus arcas.

Con qué rapidez habían cambiado las cosas. Mientras bebía vino en su tienda, Basti había interrogado a todos los exploradores que regresaban para saber qué habían descubierto.

En el octavo día, el señor de los Verdugos del Desierto había convocado a sus hombres junto al fuego para escuchar sus órdenes. En una hora se levantó el campamento, se desmontaron las tiendas, se cargaron los carros con las riquezas saqueadas y lo que quedaba de sus provisiones. Y después de eso fueron días y noches de un duro viaje hacia el oeste, con Farid y los otros exploradores guiándolos lejos de las rutas comerciales, por tierras que parecían no haber sido nunca pisadas, hacia el oeste, fuera del Sinaí, para cruzar la frontera de regreso a Egipto.

Hui se quedó mirando la tranquila granja. Imaginó a la familia adentro, en animada conversación después de la cena, en paz; los esclavos cansados terminando sus obligaciones del día y preparándose para el descanso. Los exploradores de Basti dijeron que allí vivía un rico comerciante y granjero con su esposa y su hija. En cualquier otro lugar, la hija habría sido secuestrada para pedir rescate. Pero la granja estaba tan aislada que Basti había decidido masacrar a todos los que vivían allí y tomar lo que quería.

Hui sintió una mirada sobre él y miró al bandido a su lado, un hombre de nariz ganchuda con dientes rotos. Hui levantó el cuchillo de cobre que llevaba consigo desde aquella fatídica incursión en el campamento de Verdugos del Desierto hacía ya muchas lunas. El asesino asintió con un gesto y volvió su atención hacia la granja.

El mundo pareció detenerse por un largo momento. Finalmente, un silbido al extremo de la fila atravesó la noche. Todos a la vez, como un solo hombre, los bandidos salieron de la zanja. Hui empujó para apartarse del suelo firme a un costado, y todos los demás se mantuvieron agachados como ratas de zanja arrastrándose a lo largo de la ladera.

A medida que se acercaban a la casa, un hombre enorme como una montaña se adelantó ruidoso. Se inclinó junto a la pared y ahuecó sus enormes manos. Otro bandido se acercó corriendo. Todos lo llamaban Mono, un pícaro de ojos color pasa de uva y piel aceitunada, apenas más grande que un niño. Salió corriendo, puso un pie en las manos del enorme hombre y fue lanzado hacia arriba, hasta la parte superior de la pared. Allí se agachó, su silueta recortada contra las estrellas, y luego se dejó caer hacia el otro lado.

La puerta crujió al abrirse. Los Verdugos del Desierto se lanzaron hacia adelante, silenciosos como una tumba. En el patio, el esclavo solitario que había estado custodiando las puertas yacía boca abajo en un charco oscuro que se hacía más grande, eliminado en silencio por Mono.

Hui se dio cuenta de que él era el único que tomó nota de esa pobre alma. Los otros pasaron como fantasmas sin siquiera mirarlo, para dividirse en dos equipos. Uno se dirigió a las habitaciones de los esclavos, el otro hacia la puerta de la casa. Hui corrió hacia adelante para estar al frente del ataque a la familia.

Los bandidos lanzaban furiosos aullidos. Ese sonido, a la vez jubiloso y sanguinario, estremeció a Hui. Los gritos que salían de los cuartos de los esclavos atravesaron la noche,

confundiéndose con los aullidos.

Hui atravesó la puerta antes que los demás. Aparecieron esclavos que salían corriendo de la cocina, empuñando cuchillos de carnicero y otras cuchillas, y cualquier otra cosa que tuvieran a mano. Hui miró más allá de ellos y vio gente que desaparecía por una puerta hacia donde debía estar el jardín.

La avalancha de bandidos chocó con los esclavos defensores.

Hui se agachó para quedar al borde de la pelea. Sus oídos casi quedaron sordos con el estrépito de los gritos de batalla, de los aullidos y de las cuchillas al chocar con los huesos.

El jardín estaba envuelto en sombras. Por el persistente aroma del humo, Hui supo que las lámparas acababan de ser apagadas.

Miró a su alrededor y vio un destello gris en la penumbra: la estela de un vestido blanco. Una de las mujeres estaba escondida detrás de un laurel, y el perfume aceitoso de sus hojas enmascaraba el olor de ella.

Cuando Hui avanzó corriendo, una silueta se separó de la oscuridad y se dirigió pesadamente hacia él. Era el comerciante, un hombre pesado con mandíbulas temblorosas y una barriga que colgaba sobre la parte superior de su faldellín. Lágrimas de terror corrían por sus mejillas. Le dirigió un débil puñetazo a Hui, desesperado por proteger a su esposa y a su hija, pero había disfrutado de los frutos de su rica vida por demasiado tiempo y no estaba en forma para pelear.

Hui esquivó el golpe y golpeó con la mano abierta en el pecho del hombre. Este cayó sobre su espalda y comenzó a sollozar.

—Basta —instó Hui, mirando por encima del hombro. El estruendo de la batalla todavía rugía desde el salón—. Estoy aquí para ayudar, si puedo. —El asesinato de personas inocentes no era algo que él podía tolerar.

El mercader se secó las lágrimas, pero su boca permaneció abierta. Sus ojos en blanco mostraban que estaba luchando por comprender. No había tiempo para explicaciones.

—Escúchame —dijo Hui, mientras agarraba al hombre por los hombros—. Estos bandidos solo quieren tus riquezas y tu comida, pero lo mismo te matarán en el momento en que te vean. —Miró a su alrededor y vio una enorme higuera, con sus nudosas ramas que pasaban por arriba de la pared encalada—. Todavía hay una oportunidad de escapar, si eres rápido.

El mercader se puso en pie de un salto. No perdió el tiempo preguntando por qué este extraño asaltante lo estaba ayudando. Cuando el hombre les hizo señas a su esposa e hija para que salieran de su escondite, Hui corrió al pie de la higuera y ahuecó las manos como si hubiera visto al enorme bandido cuando hizo lo mismo.

—Aquí —dijo—. Suban al árbol, vayan por la rama y salten la pared.

El comerciante empujó a su esposa e hija hacia adelante.

—Rápido —alentó Hui—. Todavía pueden salvarse.

Una vez que Hui subió a las dos mujeres a las ramas y ya estaban agazapadas en la pared, se volvió hacia el jefe de la familia. Los ruidos de pelea en la casa se estaban desvaneciendo. Iban a registrar todo el edificio en busca del botín, pero tarde o temprano llegarían al jardín.

—Ahora tú —dijo.

El comerciante negó con la cabeza.

—Soy demasiado grandote.

—Todavía puedes.

—No —dijo con voz firme. Miró a su esposa e hija—. Apúrense, mis amores. Busquen refugio en la granja de Maged. Yo las seguiré.

Las mujeres saltaron al otro lado y el susurro de pies huyendo desapareció en la noche. Cuando el comerciante se volvió hacia Hui, sus ojos se llenaron de lágrimas nuevamente, esta vez de tristeza.

—Toma mi vida.

—No.

—¡Hazlo! Conozco la reputación de los Verdugos del Desierto. Me van a torturar para saber a dónde han huido mi esposa y mi hija. Y yo... —Se atragantó—. No soy un hombre fuerte. Déjame darles tiempo para escapar. Las quiero con todo mi corazón. Haría cualquier cosa por ellas. —Agarró el brazo de Hui—. ¡Toma mi vida!

Hui tragó saliva. Nunca le había hecho daño a un hombre en todos sus años de vida, y ciertamente nunca había matado a nadie. Y así, ¿a sangre fría?

Pero vio la desesperación que ardía en el fondo de esos ojos, y el amor. Sería más cruel negarse a hacerlo.

—¿Tienes oro escondido? ¿Joyas preciosas?

El comerciante asintió moviendo la cabeza. Sus ojos parpadearon señalando su casa.

—Dime dónde. Eso les dará más tiempo mientras los Verdugos del Desierto buscan las joyas.

—Hay una losa en el suelo, en un rincón de mi oficina. Levántala y verás un pozo poco profundo debajo. Busca allí. —Se puso rígido y Hui supo que un bandido había aparecido en la entrada. El comerciante le apretó el brazo con más fuerza—. Te lo ruego...

Hui atacó con el cuchillo. Su velocidad fue un acto de misericordia. El comerciante se agarró la garganta mientras la sangre brotaba por entre sus dedos. Cayó de rodillas, gorgoteando, pero sus ojos permanecieron fijos en los de Hui mientras la llama moría lentamente dentro de ellos. Hui creyó ver el perdón. Rezó para que así fuera.

Oyó ruido de pasos detrás de sí y una mano le sacudió el hombro.

—Excelente trabajo. Eliminaste muy bien a esa gorda sanguijuela.

Hui tuvo la sensación de estar muriendo. Una fría oscuridad envolvía todo lo que estaba viendo, y cuando oyó sus propias palabras, sonaron como si vinieran de otro hombre a quien él no pudo reconocer.

—Antes de que muriera, le hice decirme dónde escondía su oro. Ven..., cantaremos canciones de victoria esta noche.

—¡Levanten sus copas bien alto! ¡Aquí hay dos nuevos hermanos!

Démosles la bienvenida a nuestra tribu, ¡la Tribu de los Verdugos del Desierto!

La voz de Basti el Cruel resonó entre los bandidos borrachos, quienes rugieron dando su aprobación y derramando cerveza mientras alzaban sus copas hacia el cielo nocturno.

El rostro de Hui enrojecía por el calor de la enorme fogata. Los ojos le ardían por el humo acre y arrugó la nariz al oler la acidez grasienta del guiso de pescado que se cocía en el caldero. Al día siguiente, todavía se sentía abrumado. Nunca pensó que matar a un hombre sería tan difícil. Pero hizo lo que tenía que hacer. No tuvo otra opción. Y con todo el sufrimiento que eso le había causado, Hui había aprendido otra lección que le iba a ser muy útil en el futuro. Nunca más iba a vacilar antes de matar a alguien.

Farid estaba a su lado, la luz color miel del fuego bailaba en sus ojos negros. No mostraba emoción alguna.

Cuando los Verdugos del Desierto salieron de la granja saqueada y las llamas del fuego que habían encendido en la cocina se elevaban hacia la oscuridad de la noche, ya se había corrido la voz entre los bandidos sobre lo hecho por Hui. Había matado al granjero, seguramente después de torturarlo para descubrir la ubicación del tesoro. Vitoreaban su nombre.

Y cuando finalmente regresaron a aquel nuevo campamento escondido en una grieta rocosa en las colinas, el rostro de Basti brillaba orgulloso cuando se enteró del éxito de Hui. Orgulloso no de Hui, sino de sí mismo, por haber sido un líder tan sabio que había visto las virtudes de Hui en el momento en que este entró en el campamento.

Hui fijó su mirada en el rostro del señor de los Verdugos del Desierto y vio el mapa de la crueldad en cada arruga, en el movimiento de la boca, en los ojos despiadados. Se imaginó a sí mismo degollando al jefe de los bandidos con su cuchillo en venganza por la muerte de Kyky, tal como ya había hecho con el comerciante. Un solo corte, así de simple. Nunca pensó que iba a encontrar en sí mismo lo que se necesitaba para matar a este asesino. En ese momento supo que sí lo tenía. Ya era capaz de cualquier cosa.

Pero Hui necesitaba a Basti..., ese era su cálculo. Aunque algún día..., algún día...

El señor de los Verdugos del Desierto levantó la mano derecha y flexionó los dedos haciéndoles señas a los dos nuevos reclutas para que se acercaran.

Hui atravesó un remolino de chispas para quedar delante de Basti. Farid lo seguía un paso más atrás. El jefe levantó la mano derecha, con la palma hacia afuera, y les indicó a Hui y a Farid que hicieran lo mismo. Una vez que lo hicieron, él movió su cuchillo curvo dos veces. La hoja les hizo un corte en las palmas.

Hui sintió que el dolor le subía por el brazo, pero mantuvo la mano temblorosa en su lugar. No podía permitirse mostrar debilidad. La sangre goteó por la palma de su mano y salpicó el suelo duro.

Basti sostuvo su mirada, con una sonrisa tensa en los labios, observando para ver cómo respondía Hui. Hizo un movimiento de cabeza y puso una copa debajo de la mano de Hui, y luego abajo de la de Farid. Una vez que la sangre cayó en esas copas, se dio vuelta y arrojó la sangre a las llamas, donde chisporroteó y saltó.

—¡Hermanos de sangre! —rugió y alzó la copa muy alto.

—¡Hermanos de sangre! —bramaron los bandidos al unísono.

Se dirigió luego a Hui y a Farid para hablar con voz sombría, como si fuera un sacerdote en el templo.

—Ya son de los nuestros. Para siempre. Ahora se rigen por nuestras leyes. Me obedecen solo a mí. Y a cambio les juro que nunca pasarán hambre, ni sed. Las riquezas de este mundo lloverán sobre sus cabezas. Están unidos a nosotros por la sangre, un vínculo inquebrantable. A partir de este día, son Verdugos del Desierto, y no pueden darle la espalda a eso. Jamás podrán alejarse de su tribu.

—Estoy orgulloso de ser un hermano de sangre —respondió Hui.

Basti hizo una seña, y Mono corrió hacia ellos con dos sucios trapos, que ató sobre las heridas en las manos de los dos hombres.

—Esta noche lo celebramos —dijo el señor de los Verdugos del Desierto—. Comerán y beberán de lo mejor, como nunca en sus vidas. Y después... —Sonrió.

Hui se acomodó sobre una roca y alguien le alcanzó un tazón con el guiso de pescado en una mano y una copa de cerveza en la otra.

Farid se sentó a su lado.

—Esta es nuestra vida ahora. Atados a los Verdugos del Desierto para siempre. —Comió un poco del estofado y arrugó la nariz por el sabor—. Una vida de asesinatos, violaciones y saqueos. ¿Este es tu gran plan?

—Esta es la primera parte de mi gran plan. Debes confiar en mí...

Farid gruñó.

—Mi confianza está empezando a agotarse. —Por primera vez miró a Hui a los ojos, su mirada penetrante parecía atravesar hasta lo más profundo—. Ya no eres el hombre que una vez fuiste, y temo por el hombre en el que te estás convirtiendo.

Dejó el estofado a un lado y se alejó.

Hui reflexionó sobre esas palabras mientras los Verdugos del Desierto a su alrededor seguían con su festín, sus voces estridentes se elevaban en una canción áspera. Uno de los servidores de la mesa le llenaba la copa cuando se vaciaba, pero solo tomaba un sorbo de su cerveza. Necesitaba tener la cabeza clara para lo que sabía estaba por venir.

Basti se acercó.

—Tu corazón no está en la bebida —observó—. Tal vez tus pasiones están en otra parte. ¿Y quién podría culparte? Entonces este es el momento para que satisfagas todos tus deseos.

El señor de los Verdugos del Desierto golpeó las palmas, y desde las profundidades del campamento salió una hilera de mujeres desnudas. Los bandidos vitoreaban, pero Hui pensó que nunca había visto un espectáculo más triste en su vida. Los hombros encorvados, las cabezas agachadas, las costillas visibles a través de la piel.

Basti hizo un gesto con el brazo hacia la lúgubre cola.

—Esta noche tienes el privilegio de ser el primero en elegir. Elige la que más te guste, es tuya.

Pese a que su primer instinto fue rechazar la oferta, aunque eso pudiera despertar sospechas entre los lujuriosos bandidos, Hui se dio cuenta de que al menos podía evitarle a una de las

mujeres una noche de sufrimiento. Miró a lo largo de la fila y su mirada se posó en la mujer en la que se había fijado antes, la desafiante, la de afilada inteligencia. Ella ya tenía sus ojos fijos en los de él, instándolo a elegirla.

—Esa —dijo Hui, señalándola.

Basti sonrió y algunos de los otros bandidos gritaron.

—Ella brilla como un diamante, ¿no? —observó el señor de los Verdugos del Desierto—. Pero ten cuidado, amigo mío, necesitarás todos tus poderes para domarla. Cuidado con esos dientes y esas garras.

La mujer fulminó con la mirada al jefe, que fue un brevísimo destello, pero la máscara se había caído y en ese instante Hui entendió lo que Basti había dicho. Era una leona que fingía ser un gato doméstico.

—Me la llevaré —confirmó Hui.

—Muy bien.

El señor de los Verdugos del Desierto golpeó de nuevo sus manos y los bandidos cayeron sobre las otras mujeres como hombres hambrientos en un banquete. Hui dio vuelta la cabeza para no tener que ver. Un momento después, sintió una presencia a su lado.

La mujer le sonreía, sus labios carnosos cálidos y seductores.

Por lo que había visto, Hui sabía que esto era una actuación, nada más. Ella había aprendido a manejar a los hombres con un movimiento de su dedo para asegurar su supervivencia.

—Mi nombre es Ahura —dijo.

Hui le dijo su nombre y caminó con ella por entre las columnas de humo a la deriva hasta su tienda al borde del campamento. Una vez dentro, le dijo:

—Duerme. No necesito nada de ti.

Ahura se inclinó hacia adelante y, con otra sonrisa seductora, le acarició la mejilla con los dedos.

—Pero yo te deseo.

Parecía no sentir vergüenza por su desnudez. De hecho, al moverse, parecía estar presentándose para una inspección. Hui le agarró la muñeca y apartó su mano.

—No soy como los demás.

La mujer le dio un golpe en los hombros y lo hizo caer sobre la espalda. Pasó la pierna por encima de él y se sentó a horcajadas sobre él, se inclinó hacia adelante hasta que sus pechos rozaron el pecho de él y su rostro estaba tan cerca que podría haberla besado.

—He oído a los hombres hablar de ti —susurró ella—. Decían que matas sin piedad. Y que tú solo descubriste riquezas de la última incursión que ellos nunca habrían encontrado. Un hombre peligroso, dicen algunos. Un hombre inteligente.

Hui se incorporó sobre los codos, pero ella lo empujó hacia abajo.

—Yo diría que un hombre así tendría acceso directo a Basti el Cruel, aunque solo fuera por un tiempo —continuó—. Yo apostaría a que un hombre así podría elegir a la mujer que quisiera entre todas las demás. Podría hacer que ella fuera solo para su uso personal.

Hui se desplomó hacia atrás. La inteligencia de ella era más aguda que la de casi todos en ese

campo. Y él tenía la oportunidad de hacer algo bueno, por lo menos para una persona.

—Muy bien —dijo—. Le pediré a Basti el Cruel que permita que seas solo para mí.

Ahura curvó los labios en una sonrisa dura y frágil. Ella rastrilló con las uñas suavemente todo el pecho de él, provocándolo. Ella apretó la ingle hacia abajo sobre el miembro rígido, su sonrisa se convirtió en experiencia.

Ahura le tapó la boca con una mano y con la otra lo introdujo en ella. Por un tiempo, ella lo montó hasta que saltó la semilla de él.

Rodó a su lado, soltó una risa silenciosa.

—Entonces, nunca has tenido una mujer antes.

Las mejillas de Hui ardían en la penumbra.

Ahura se rio de nuevo, más fuerte esta vez, pero no con crueldad.

—Entonces tengo mucho que enseñarte —le susurró al oído—, y nos tomaremos nuestro tiempo para hacerlo. Tus noches se llenarán de placeres que solo podías imaginar.

Apretó sus labios sobre los de él y lo besó profunda y largamente. Él ya pudo sentir que se ponía rígido de nuevo.

Hui se dio cuenta de por qué ella había insistido en entregarse a él. Tenía un agudo conocimiento de las debilidades de los hombres, y ella lo tenía en ese momento en sus manos. Ella podía controlarlo, al igual que los hicsos guiaban sus carros de caballos con sus riendas, y sabía que nunca podría resistirse a ella.

Una vez que hicieron nuevamente el amor, esta vez durante más tiempo, él la abrazó hasta que su respiración se serenó.

—¿Cómo viniste a parar aquí? —le preguntó él.

—Mi padre se negó a pagar el rescate —respondió ella. Las palabras de ella fueron dichas con total naturalidad, pero eran tan duras como los barrancos que se elevaban a su alrededor—. Parece que yo le importaba menos que su oro.

—¿Él te envió a este destino? —Hui no pudo disimular el tono de incredulidad en su voz.

—Fue una lección importante. Nunca pongas tu confianza en un hombre. Al final, una mujer solo puede confiar en sí misma.

Su sufrimiento la había endurecido. Lo que no era extraño, después de todo lo que seguramente debió soportar en manos de estos canallas. Pero Hui sabía que él tampoco podía confiar en ella. Ella sonreía fácilmente, pero nunca parecía hacerlo de verdad, y cuando miraba, sus ojos brillaban como esos diamantes que Basti había mencionado. Así fue como ella había sobrevivido. Entregaba su cuerpo, pero nunca su alma.

Ahura se quedó dormida. Hui sacó el brazo debajo de ella y salió hacia la noche. El campamento estaba en silencio. Farid estaba recostado cerca, mirando al cielo. Miró a Hui, movió la cabeza y no hizo ningún comentario.

Hui deambuló por el campamento hacia la tienda de Basti. Una lámpara parpadeaba en el interior, proyectando un triángulo dorado en el suelo a través de las solapas abiertas. Aquel era el momento de mayor peligro. Cualquier cosa que dijera o hiciera, el señor de los Verdugos del Desierto podría conectarlo a él de alguna manera con aquella noche cuando la Piedra Ka, la más

grande y preciada posesión de los bandidos, les fue robada. Era un riesgo que tenía que correr.

Hui atravesó la entrada de la tienda. Basti estaba bebiendo una copa de vino. Una de las mujeres yacía desnuda en una cama de cojines. El jefe hizo un movimiento con la mano y ella se retiró rápidamente.

—¿Has disfrutado tu tiempo con nuestra Reina de las Garras? —preguntó.

—Sí —respondió Hui—. Y tengo que hacerte un pedido. Pero primero, hay una información que podría resultarte útil.

Basti entrecerró los ojos, intrigado.

—He oído hablar de un tesoro invaluable —comenzó Hui—. Uno que está listo para ser tomado.

Una abertura de dientes blancos emergió en medio de la barba del señor de los Verdugos del Desierto. Se sirvió otra copa del vino carmesí y se la entregó.

—Estas son las palabras que me gusta escuchar. Continúa.

Hui aspiró el aroma afrutado del vino y dejó que el gusto dulce pasara por su lengua.

—Lahun es mi hogar. Antes de huir de las autoridades, la ciudad ardía con las conversaciones sobre una gran maravilla que había llegado a manos de una de las familias ricas.

—¿Oro? —inquirió Basti—. ¿Joyas?

—Esto es lo extraño —dijo Hui, fingiendo perplejidad—. Oro... eso podía entenderlo. Pero no. Se hablaba de una roca: un trozo de piedra negra como cualquiera que puedes encontrar en las faldas de las montañas a lo largo del valle. ¿No es extraño?

Hui notó que Basti se tensaba, pero no miró a su alrededor. Tomó un sorbo de su vino y miró hacia el campamento por la abertura de la tienda con solapas levantadas.

—Pero escucha esto —continuó—. Todos los que habían visto esa roca decían que tenía poderes mágicos. Y que era un regalo de los dioses mismos. Uno que podría transformar la vida de cualquier hombre que la poseyera.

La piel de Hui se estremeció por el peso del silencio. Tenía miedo de darse vuelta, pues podría ver los ojos encendidos de Basti, y un dedo apuntándolo a él en una acusación que solo podía terminar con su muerte.

—La llamaban la Piedra Ka. —Hui bebió su vino, se preparó y se dio vuelta.

El rostro de Basti se había convertido en piedra, y miraba más allá de él. Miraba la noche. Sus ojos temblaban con los pensamientos oscuros que yacían detrás de ellos.

—La Piedra Ka —repitió.

—He estado meditando sobre este asunto durante muchos días —continuó Hui—. Si este tesoro es tan valioso como todos dicen, ¿no sería mejor que estuviera en nuestras manos? Piensa en todo lo que podríamos conseguir con eso.

Basti agarró su copa con tanta fuerza que Hui pensó que podría romperse.

—¿Sabes dónde se encuentra esta Piedra Ka?

—En una casa de la Ciudad Alta.

—¿Y conoces a Lahun lo bastante bien como para guiarnos hasta allí?

—Puedo hacer que atravesemos las puertas y pasar junto a los centinelas en cualquier

momento. Se los puede sobornar fácilmente.

Por supuesto, la Piedra Ka ya no estaría en la casa de su padre en Lahun. A estas alturas ya estaría en manos de los sacerdotes, en Elefantina, como objeto de adoración por parte del faraón. Pero eso importaba poco. Lo único que Hui necesitaba era que los Verdugos del Desierto lo llevaran a Lahun y derribar a cualquiera que se atreviera a interponerse en su camino. Recorrer el camino a la Ciudad Alta, y dejar que las calles se tiñeran de rojo con la sangre de los que lo habían traicionado. Se imaginó el terror en el rostro de Isetnofret cuando viera que la matanza se dirigía hacia ella. Quería que ella sufriera como había sufrido Khawy, como él mismo había sufrido.

Y luego, finalmente, llevar a cabo su venganza.

—Te has ganado con creces tu lugar aquí —dijo Basti dejando su copa a un lado—. Al amanecer viajaremos a casa, a mi baluarte, donde comenzaremos a hacer nuestros planes. Esta Piedra Ka debe ser nuestra, cueste lo que cueste.

La columna de hombres recorrió fatigosamente el tramo final de ese infernal desierto hasta el pie de la montaña de cima llana. Se movían con las cabezas inclinadas, los rostros cubiertos con alguna tela, pues la arena que les arrojaba el viento los golpeaba como si fueran cuchillos.

—Ningún hombre puede sobrevivir a este desierto —sentenció Farid cuando los Verdugos del Desierto decidieron atravesar aquel horrible páramo—. Eso es lo que los habiru se dicen a sí mismos en sus largos viajes bajo los vastos cielos.

Y durante mucho tiempo, Hui lo creyó cuando su cuerpo fue perdiendo la humedad, el sol le quemaba la cabeza y el gemido del vendaval en sus oídos se convirtió en las voces constantes de los muertos que le decían que el final estaba cerca.

Pero en ese momento el viaje estaba casi terminado. A medida que se acercaban a las imponentes montañas de cobre que se elevaban desde la llanura sin rasgos distintivos, él estiraba el cuello para observar la cumbre. Pudo darse cuenta de por qué Basti el Cruel había hecho de ese lugar su fortaleza. Rodeado por el territorio más inhóspito que uno puede imaginar, el baluarte era casi invisible para las miradas curiosas de cualquier enemigo. Estaba en esa alta cima plana, lo más cerca de los cielos que un hombre puede estar, protegido por escarpados precipicios por todos lados. Parecía inexpugnable y a la vez a solo dos días de marcha desde la orilla oriental del Nilo y las muy activas rutas de las caravanas que se movían a lo largo del río.

Mientras subían por un sendero angosto, el viento fue amainando y el sol caía aún más feroz. Los Verdugos del Desierto estaban cansados, algunos casi destruidos, pero Basti les había prometido un período de recuperación antes de emprender la próxima incursión.

«Y esa será Lahun», pensó Hui, con una expresión de regocijo apenas disimulada.

Casi podía empezar a saborear la venganza por la que había rezado durante tanto tiempo. Eso era lo que lo había empujado a poner un pie delante del otro en la aplastante caminata por aquella tierra ardiente.

En una amplia saliente protegida por una pared natural de irregulares rocas no lejos de la cumbre, Basti ordenó que se instalara el Campamento de las Mujeres. El señor de los Verdugos del Desierto no permitía que nadie no obligado por el juramento de sangre viera las riquezas que había acumulado ocultas en su baluarte, por temor a que se corriera la voz de su existencia. Los trece clanes de Verdugos del Desierto tenían una alianza incómoda, y todos sabían que las espadas se podían desenvainar en un instante si alguno de ellos viera una ventaja en ello.

Una vez montadas las tiendas, se dejaron algunas provisiones y un guardia, para asegurarse de que las mujeres no trataran de huir, aunque, ¿por qué alguien se arriesgaría a cruzar ese desierto solo, aparte de Hui?

Al pasar, Ahura llamó su atención. Ella se presentó, una mano en la cadera, para recordarle lo que se estaba perdiendo. Hui le sonrió. Se sintió extraño. No la amaba, pero él necesitaba el calor que ella le ofrecía.

Desde la saliente, una fila de escalones tallados en la roca de la montaña serpenteaba hasta la cumbre. Tenían el ancho suficiente como para un solo hombre. Cualquier enemigo que decidiera atacar ese baluarte corría el riesgo de una lluvia mortal desde arriba, mucho antes de poder asaltar el lugar. Basti era tan astuto como cruel.

Finalmente, Hui llegó a la cima. Le ardían las piernas después de esa subida. El mundo se abrió para ofrecer una imagen impresionante, nubes de polvo ocre eran empujadas sobre las interminables llanuras hacia el horizonte. Se secó el sudor de la frente para disfrutar del alivio de recibir aire más frío.

El palacio, como lo llamaba Basti, era poco más que una sólida pared de grandes rocas, con una entrada y un techo de madera y tela de tienda cosida que cubría un área lo suficientemente grande como para que el jefe y sus hombres hicieran sus festines. Dispersas alrededor había estructuras más pequeñas, igualmente destartaladas: almacenes llenos de grano y aceite; una cocina que arrojaba humo negro por un agujero en el techo; y muchos edificios para el botín que la banda había conseguido, pero aún no se había usado. La ciudad de tiendas de campaña de los Verdugos del Desierto estaba protegida por la única torre de roca que se elevaba desde esa cumbre llana. A un lado había un pequeño lago verde en un cráter rocoso, no lejos de un montón de basura que hizo que la garganta de Hui se erizara cada vez que el viento cambiaba de dirección.

Los bandidos que custodiaban el baluarte cada vez que Basti y el resto de su tribu se alejaban estaban holgazaneando y pasando las piedras de afilar por los bordes de sus hojas con lentos y aburridos movimientos. Parecía que eso era lo único que hacían la mayor parte del día. Los que regresaban se dirigían a sus refugios para descansar después del arduo viaje, mientras Hui y Farid armaban su tienda en el punto más alejado del basural que pudieron encontrar.

Una vez dentro, Hui se dejó caer sobre su espalda y se cubrió el rostro con un brazo.

—Nunca pensé que extrañaría tanto mi cama en Lahun.

Sentado en la entrada de la tienda, Farid resopló.

—Eres muy delicado.

—Lo soy. Y sueño con ser más delicado todavía. Ropa limpia sobre mi piel. Vino que no me queme la garganta y carne que no sea tan grasosa como para hacerme subir el ácido a la boca. Algún día esta vida áspera quedará atrás y podré volver a ser el hombre que era.

—¿Con esa mujer tuya a tu lado?

—Ahura ha perdido todo el amor que había en ella. Esta miserable existencia se lo quitó.

—Te queda algo de sabiduría, entonces.

—No la amo, pero....

Farid suspiró.

—Me gusta ella porque es más fuerte que la mayoría de los hombres..., con una mente más rápida que la de la mayoría de los hombres —agregó Hui.

—Entonces ella es un buen tesoro en la cima de una montaña sin caminos a la cumbre. Admírala desde lejos, pero no dejes que tu semilla derramada te guíe. Tarde o temprano encontrarás un cuchillo incrustado en eso.

Durante los días siguientes, Hui se limitó a ocuparse de las tareas que le encomendaron: ayudar a

llevar las ganancias obtenidas en el ataque a la granja a uno de los almacenes; moler trigo; hacer guardia con la atención puesta en el lejano horizonte. Cada tanto era convocado a los Consejos que Basti presidía con sus generales de mayor confianza mientras planeaban la incursión a Lahun. El señor de los Verdugos del Desierto sabía que sería riesgoso. Las granjas aisladas no eran una gran amenaza para su banda de asesinos. Pero un ataque a una ciudad con murallas y guardias iba a necesitar gran sigilo para evitar la pérdida de muchos de sus hombres. Pero el atractivo de la Piedra Ka era irresistible. Hui podía ver el hambre en sus ojos y escuchar la amargura en su voz cada vez que hablaba de ello. La humillación que había soportado al perder semejante tesoro era una ofensa que debía remediar.

Llamaron a Hui para que describiera en detalle el trazado de Lahun: las calles, el número de guardias que podrían ser llamados para defender la ciudad, la ubicación de la casa donde estaba la Piedra Ka. Hui inclinó la cabeza ante el Consejo en las sombras del palacio, y se frotó las sienes fingiendo un esfuerzo por recordar. Parte de lo que les dijo eran verdades a medias o mentiras descaradas. Hui no deseaba que personas inocentes fueran asesinadas por esos canallas. Lo único que quería era que los Verdugos del Desierto lo llevaran dentro de las murallas de la ciudad para distraer cualquier oposición mientras acababa con la vida de su madre. Entonces ya no tendría necesidad de los bandidos. Ellos iban a desaparecer al regresar a los territorios desiertos y él se iba a perder en las calles de Lahun hasta que pasara bastante tiempo desde que los Verdugos del Desierto se hubieran retirado.

Cuando Hui regresaba a su tienda después de cada reunión del Consejo, sentía oleadas de ira que lo invadían por dentro. El rostro de Isetnofret bailaba delante de sus ojos, tan claramente que sintió que podía poner las manos en el cuello de ella y ahogarla hasta quitarle la vida. Y Qen estaba allí, también... Su hermoso hermano a quien había amado más que a la vida misma, y que lo había entregado a un destino terrible sin siquiera pensarlo. No iba a encontrar paz hasta que esa cuenta estuviera saldada.

Hui pensaba en su hermana, la leal y valiente Ipwet, que lo había arriesgado todo para salvarlo. No iba a permitir que le pasara nada malo durante el ataque de los Verdugos del Desierto; la iba a defender hasta con su propia vida. ¿Podría mantenerla lejos de las manos lujuriosas de esos degolladores? Rezó para que eso fuera posible.

Sus hombros se encorvaron por la carga de tales pensamientos mientras se acercaba a su tienda y sintió la necesidad de un consuelo humano. Pero Ahura bien podría haber estado a un mundo de distancia. Entrecerró los ojos para mirar en aquel crepúsculo cada vez más oscuro. Hui pudo distinguir las siluetas de los dos guardias apostados en la parte superior de los escalones de piedra, la única forma de ingresar a aquel baluarte. Basti los había apostado allí tanto para impedir que los hombres se fueran como para evitar que cualquier enemigo se infiltrara. El señor de los Verdugos del Desierto no confiaba en nadie.

—¿Estás pensando en tu mujer?

Hui se sobresaltó al oír esa voz. Farid estaba allí, casi invisible en las sombras.

—Una pérdida de tiempo, lo sé. Basti quiere mentes centradas en la incursión a Lahun. Las mujeres serán su recompensa cuando regresen.

—Hay otra forma de bajar.

—¿Dónde? ¿Y cómo lo sabes? Nadie aquí ha mencionado tal cosa.

Farid miró a las estrellas, el dibujo de su nariz aguileña se recortaba contra el cielo nocturno.

—Uso mi tiempo con prudencia. A Basti le gusta pensar en nosotros como cautivos. Y a mí siempre me gusta tener otra forma de salir de cualquier situación difícil. —Señaló al otro lado del campamento, al montón de basura donde pocos se atrevían a acercarse—. Hay una brecha en la pared natural alrededor de esta cima, apenas un poco más que una grieta inútil para el paso de cualquiera. Pero me tomé el tiempo para arrastrarme adentro, y más allá hay un estrecho sendero. Es una subida difícil, no hay duda. Durante un buen trecho uno tiene que aferrarse fuerte a la cara del acantilado. Hay que tener una buena razón para intentarlo. —Hizo una pausa—. Y tú tienes una buena razón.

A los pocos momentos, Hui estaba corriendo por el borde del campamento. Se ahogó al chocar con el hedor asqueroso del basural, y sus ojos se humedecieron, pero de alguna manera encontró la grieta que Farid había descrito y se metió en ella.

En el fondo de la abertura en la roca, Hui encontró el vertiginoso sendero. Apenas era lo suficientemente ancho como para que él se arrastrara, aferrándose a la cara del precipicio. Por momentos el viento soplaba con tanta fuerza que su corazón latía con intensidad al pensar que podía ser separado de la ladera de la montaña para estrellarse contra las rocas de abajo. Metía los dedos en grietas que sus ojos no podían ver, y avanzaba apoyando el pie izquierdo deslizándose hacia abajo por una firme pendiente. Pronto, el sendero se ensanchó y el viento amainó y, mientras rodeaba la ladera de la montaña, la luz de la luna iluminaba el camino por delante.

Finalmente, Hui percibió volutas de humo de una fogata de estiércol de burro y entró en la saliente donde estaba el Campamento de las Mujeres, bañado por la luz plateada. Liberadas de sus tormentos a manos de los hombres, aunque solo fuera por un momento, las mujeres hacían sentir sus voces con alegres cantos aquí y allá. Respiró más tranquilo. Las rítmicas melodías tapaban el ruido de pasos mientras se acercaba.

El guardia no estaba en su puesto, pues sin duda no veía razones para estar alerta. Hui se movió entre las tiendas hasta que llegó al lugar donde había visto a Ahura levantar la suya. Cuando él apartó las solapas, ella se sobresaltó, pero él se llevó un dedo a los labios y ella sonrió con lo que él esperaba que fuera el placer genuino de verlo.

Se acomodó al lado de ella.

—Sentí la necesidad de estar contigo —le susurró.

—Por supuesto. ¿Cómo pudiste pasar con los guardias en la parte superior de los escalones?

Hui le habló del camino secreto y ella pareció feliz de no tener que estar separados tanto tiempo como habían previsto; o, tal vez ella disfrutaba del control que poseía sobre él, sabiendo que él estaba dispuesto a arriesgar su vida para verla.

Por un rato se besaron y luego ella lo montó. Una vez que él se relajó, permanecieron acostados juntos, escuchando la canción que sonaba en todo el campamento.

Desde que salió de Lahun, Hui había aprendido a fabricar su pasado con facilidad. Había cambiado su historia una y otra vez para obtener alguna ventaja. Pero mientras yacía allí,

disfrutando de la calidez de la piel de Ahura, el impulso por decir la verdad lo venció.

—Pronto deberemos separarnos —comenzó.

—¿Ya te has cansado de mí? —preguntó ella con una voz cargada de ácido.

—No. Eso nunca. Pero dentro de tres días los Verdugos del Desierto van a asaltar Lahun, en el oeste.

—¿Y temes por tu vida en este ataque?

—No. Pero cuando regresen los Verdugos del Desierto, no estaré con ellos.

—¡Hiciste un juramento de sangre!

—He dicho muchas cosas en los últimos días. Si los dioses quieren condenarme por romper ese juramento, que así sea. No voy a vivir mi tiempo en medio de una banda de asesinos. Tengo cosas que hacer en Lahun. Asegurarme de que se hagan es lo único que me importa, y si muero en el proceso, moriré feliz.

Hui podía sentir cómo Ahura sopesaba sus palabras. Él nunca antes le había hablado de esta manera.

Ella presionó sus labios contra su oído y susurró:

—Cuéntamelo todo sobre esas *cosas que tienes que hacer*.

Hui le contó su historia. Ahura apoyaba la cabeza en el pecho de él, escuchando sin hablar hasta que terminó. Y luego ella dijo:

—Has sufrido mucho.

Las palabras sonaron claras, despojadas de piedad: un gesto, nada más. Hui sabía que no debería haber esperado nada de ella, pero secretamente había deseado algún consuelo, al menos. Eso había estado faltando en su vida durante demasiado tiempo. Se preguntó si no se habría puesto en peligro al revelar sus secretos..., pues ella podría usar esa información en su contra.

—Este Lahun, ¿es un buen lugar? —quiso saber ella.

—Lo es.

Algo se estaba abriendo camino entre los pensamientos de Ahura.

Había tenido intimidad con ella suficientes veces como para percibir las señales.

—¿En qué estás pensando?

—Nada que te concierna. —Ahura mostró la habitual sonrisa que le decía que no sacaría nada más de ella. Ella era tan implacable como la piedra de la pirámide que se veía desde su antiguo hogar.

Después de decirle que volvería a verla pronto, Hui salió sigilosamente de la tienda y atravesó el campamento, en ese momento ya en silencio. Se apresuró a cruzar la saliente hacia el camino secreto.

Una voz lo detuvo antes de que apenas hubiera cruzado la mitad de la distancia.

—Alto ahí.

Hui sintió un nudo en el estómago. Había sido un tonto. Se había olvidado del guardia y ahora lo pagaría con su vida. Basti el Cruel nunca iba a tolerar que alguien desobedeciera sus órdenes. Cualquiera que se atreviera a ir en contra de su palabra era eliminado sin piedad. De esa manera, se mantenía el orden.

—Date vuelta —dijo la voz ronca.

El guardia era un hombre de baja estatura con una gran cicatriz de quemadura en el lado izquierdo de su cara. Apuntaba a Hui con su espada.

—Solo estaba visitando a las mujeres —explicó Hui.

—Vas a venir conmigo a ver a Basti ahora. Y entonces saldrás volando con los buitres desde la cima de esta montaña.

Hui miró a su alrededor, pero no había a donde correr.

Se oyó un gorgoteo. El guardia se agarró la garganta. La sangre brotó entre sus dedos. Cuando el guardia cayó de rodillas y golpeó sobre la roca fría, Hui vio a alguien detrás de él.

—Ayúdame a empujarlo hasta el borde —instó Ahura, agitando su mano—. Los demás pensarán que tropezó y se cayó.

—Tienes un cuchillo —jadeó Hui mirando la hoja que goteaba en el puño de ella.

Ahura lo miró como si realmente fuera un tonto. Limpió la hoja en su víctima. Hui se adelantó y la ayudó a arrastrar al guardia hasta el borde del vertiginoso precipicio. Entre ambos lo arrojaron al vacío.

—¿Qué te hizo seguirme? —tartamudeó Hui, con la esperanza de que ella dijera que había sido superada por el amor por él.

—Pensé que no te ibas a cuidar. Alguien tenía que estar atento.

—Tienes mi agradecimiento.

—Más que eso. Ahora me debes la vida.

—Estoy en deuda contigo. Y te lo devolveré en su totalidad. Lo que tú desees.

Hui sintió un deber moral hacia ella; su conciencia aún no se había endurecido lo suficiente.

—Lo harás. Y te diré lo que deseo. —Sus ojos brillaron a la luz de la luna—. Cuando regreses a Lahun, me tomarás a mí como tu esposa.

—Pero no puedo —protestó él.

—Encontrarás alguna forma. Tu vida es mía ahora. Nunca olvides eso.

Ahura se dio vuelta y regresó al campamento sin mirar ni una vez hacia atrás. Hui sintió que la cabeza le daba vueltas. Su pedido sería imposible de satisfacer, pero esa era una deuda que tenía que ser pagada. Farid se burlaría de él sin descanso si se enteraba de esto.

Hui maldijo el lío en el que se había metido y corrió hacia el camino secreto.

Cuando finalmente se encontró al lado del apestoso basural, Hui vio que la fortaleza de Basti bullía de actividad. Las lámparas cobraban vida por todas partes. Los bandidos salían de sus tiendas.

Otros se dirigían a él haciéndole señas con gestos furiosos.

Hui sintió un temblor y temió que se hubieran dado cuenta de que había desaparecido, y se había iniciado una cacería para encontrarlo y llevarlo ante la justicia. Vio que las luces danzantes se dirigían hacia el palacio de Basti.

Curioso, se metió entre el montón de degolladores apiñados en la entrada del palacio, y Hui empujó hasta que pudo observar desde la primera fila.

Bañado por el resplandor de muchas lámparas, Basti estaba en un trono de caoba reluciente con incrustaciones de oro que seguramente fue saqueado de una de sus víctimas más ricas. Tenía una pierna colgada sobre el brazo del sillón, y bebía un sorbo de una copa de vino rojo sangre a la vez que entrecerraba los ojos mirando a un hombre que parecía una rata, de pie delante de él.

—Traigo noticias del clan de Maa-An-Tef —dijo el extraño. Su cabeza estaba inclinada en deferencia, sus manos unidas. Cada vez que se movía, el polvo rojo que ensuciaba su túnica y su pañuelo nublaba el aire después de lo que debió ser un largo y duro viaje por el desierto—. Se convoca una reunión de los trece clanes. Nunca hemos hecho esto en nuestros días, pero la amenaza ahora es demasiado grande.

Basti movió su copa hacia el desaliñado bandido.

—¿Qué amenaza podría justificar esa reunión?

—Los bárbaros están avanzando con fuerza en *nuestra* tierra...

—¿Los hicsos?

—Sí, esos extranjeros empapados de sangre. Asaltan en nuestro territorio. La gente tiene miedo de ellos, y levanta más defensas. Hace que sea más difícil para cualquiera de nosotros ganarnos la vida.

Hui sonrió ante la ironía de las palabras del extraño.

—Y ahora han masacrado a algunos de los hombres de Serek. La verdad aquí es tan clara como el lago de una montaña...

—Entonces no se trata de Shufti —sentenció Basti, y estalló una carcajada estridente entre sus hombres.

Las mejillas del recién llegado se sonrojaron, pero siguió adelante.

—Si nos amenazan, tenemos que contraatacar o podemos perderlo todo. Y solo podemos hacer eso juntos, codo a codo.

Esta vez fue el turno de Basti de sonreír, y algunas risitas corrieron entre la multitud.

—Maa-An-Tef me ha dado el poder de hablar en su nombre —continuó el hombre, las palabras llegaban como aprendidas de memoria—. Y él dice, sí, hemos tenido nuestras diferencias en tiempos pasados, y algunas de esas diferencias han llevado al derramamiento de sangre. Pero este no es el momento de mirar hacia el pasado. En el Consejo, los señores de los trece clanes pueden encontrar una causa común, y juntos podemos trazar un curso a seguir para estos tiempos y salvar todo aquello por lo que hemos luchado tanto.

Basti tomó un sorbo de vino mientras sopesaba esas palabras.

—¿Y dónde se llevará a cabo este Consejo?

—Al norte de Gallala.

—¿En el territorio de Shufti?

El emisario asintió con un gesto.

Basti pensó por un momento más.

—Muy bien. Ningún miembro de los trece clanes puede ignorar una llamada al Consejo. El

clan de Basti el Cruel estará representado en la reunión.

Una vez que el mensajero se fue, Basti saltó de su trono y dejó su copa a un lado.

—Deben pensar que estoy loco si esperan que deambule por el territorio de ese traicionero chacal tuerto, Shufti —gruñó mientras sus generales se reunían a su alrededor—. Él nunca me ha perdonado por robarle aquella caravana debajo de sus narices. Es cierto que nuestra incursión ocurrió en su territorio. —Se encogió de hombros—. De todas maneras, seguramente debo esperar una daga entre mis omóplatos si me siento con esa víbora.

—No podemos ignorar una llamada al Consejo —murmuró uno de los generales.

—Hablarás en mi nombre —le dijo Basti a ese hombre—. Nos mostraremos bien dispuestos. Lleva contigo una fuerza completa. Yo permaneceré aquí y esperaré tu regreso. Reúne a los hombres ahora mismo y parte al amanecer.

—¿Qué pasa con la incursión a Lahun? —espetó Hui, dándose cuenta al instante de que se estaba pasando de la raya.

Basti lo miró.

—Lahun puede esperar. Nuestro tesoro seguirá ahí para cuando estemos listos para movernos.

Hui sintió una oleada de frustración. Había deseado venganza por tanto tiempo que casi podía saborearla.

El señor de los Verdugos del Desierto sonrió, frío y duro.

—Tú vas con los hombres a Gallala, tú y ese explorador. Ustedes son nuevos en este clan. Será una buena lección para ustedes ser testigos de esta reunión y ver a nuestros... amigos... y escuchar lo que tienen que decir. Van a comprender mejor lo que significa ser un Verdugo del Desierto.

Hui sintió que este era su castigo por hablar cuando no debía. Otro viaje agotador a través del abrasador desierto, más raciones escasas y una barriga rugiente, y sin duda interminables horas de aburrido debate hasta poder regresar y prepararse para lo que realmente deseaba. Pero comparado con el castigo que Basti podría haberle impuesto, decidió que se había salido con la suya bastante bien.

Hizo una reverencia y se alejó rápidamente para advertir a Farid de lo que iba a ocurrir.

La natural depresión del terreno en el valle poco profundo bullía llena de vida. Hui se sentó en el suelo a la sombra de una muy irregular columna de roca y miró hacia el agitado grupo de bandidos, respirando un aire árido cargado con el hedor del sudor y la ropa sucia. Calculó que debía haber mil personas reunidas en esa rocosa arena. Habían viajado desde todas partes de Egipto, vestidos con poco más que harapos, pero erizados de espadas, hachas, puñales y arcos, para que ningún rival pudiera pensar que eran débiles y fáciles para la conquista.

Sus hermanos del clan de Basti estaban reunidos a su alrededor, con los ojos que parpadeaban suspicaces. Parecía que no había mucho amor fraternal entre estos pícaros y

asesinos, por mucho que trataran de disimularlo. Solo una gran amenaza podía unirlos, y los hicsos eran precisamente eso. Sedientos de sangre como los Verdugos del Desierto, Hui estaba seguro de que no tendrían ninguna posibilidad de salir bien una vez que les cayera un diluvio de flechas del cielo y los carros se abrieran paso entre sus filas.

El viaje a ese lugar fue duro, a través de lo que sus compañeros Verdugos del Desierto llamaban las «arenas sedientas». El calor abrasador había absorbido la humedad de su cuerpo, y las rocas calientes como un horno quemaban incluso a través de las suelas de cuero de sus sandalias. Tal vez su mente estaba confundida por el sol, pero había empezado a ver cierta belleza en aquel desierto inhóspito, donde afloraban rocas negras entre las dunas rojizas. Tal vez aquello era la locura del desierto de la que hablaban todos los habiru.

Hui se humedeció los labios agrietados y tragó su ración de un trago de agua. Sus suministros eran apenas suficientes para hacerlos regresar a través del desierto. Farid se apoyaba en su bastón para subir la pendiente. Había estado moviéndose entre las tribus, con una oreja atenta para explorar el corazón humano con la misma habilidad con que exploraba el suelo desierto sin huellas obvias.

—Olvidé darte las gracias por el papel que jugaste para que me incluyeran en esta reunión —dijo en un tono desagradable.

Hui se había disculpado una y otra vez, pero parecía que ya los consideraban como un par, y cualquiera de ellos era castigado por los crímenes del otro.

—¿Que encuentraste?

Farid se agachó para que nadie más pudiera oír.

—Muchos de los líderes están aquí, pero no todos todavía, y los ánimos ya se están alterando. Parece haber poca confianza u honor en estos mundos. Maa-An-Tef, que fue quien convocó esta reunión, está usando a sus hombres para mantener el orden lo mejor que pueda.

—¿El hogar de Maa-An-Tef está en la orilla occidental del Nilo?

—Hasta El Kharga. He visto el clan de Ur. Akheku, el cabeza de un clan del sur que caza en las tierras alrededor de Asuán, Elefantina y la primera catarata, y Serek, desde más lejos al norte, el señor de Kom-Ombo. Uno de los señores menores, Nefer-Temu de Quena. Pero hasta el momento no hay señales de Shufti.

—Quizá Basti tenía razón al no confiar en él. ¿Podría estar esperando para ver si nuestro señor llega tarde antes de hacer su jugada?

El caminante del desierto se encogió de hombros.

—Cuanto antes termine este Consejo, antes podremos volver a la vida miserable que nos hemos comprado nosotros mismos. —Esos ojos oscuros e ilegibles se dirigieron a Hui—. Aunque en los próximos días tenemos que hablar, tú y yo, sobre el camino que se aleja de donde nos encontramos nosotros.

Farid se levantó y se deslizó cuesta abajo para regresar a la reunión de nuevo.

A medida que el día avanzaba lentamente hacia el anochecer, los bandidos levantaban frustrados sus voces. Se producían peleas, arrancándose pedazos unos a otros con uñas y dientes. Los hombres de Maa-An-Tef no cesaban de dar golpes con sus garrotes hasta que se separaron y

escaparon lejos como perros azotados.

Y luego, cuando el sol se acercaba al horizonte occidental, se oyó un grito de dolor. El silencio se apoderó de aquel espacio de bandidos. Hui miró en la penumbra por todo aquel lugar mientras tres hombres salían dando tumbos de las sombras hacia el círculo de luz de la fogata recién encendida. Gravemente heridos, por lo que se podía ver en su andar tambaleante, y todos ellos desnudos.

—Shufti.

El nombre corrió como un susurro, saltando de boca en boca como una exhalación, mientras recorría toda la reunión. Hui miró, sorprendido. Shufti, el más brutal de todos los líderes, según contaban las historias, e incluso más sanguinario que Basti. ¿Qué podría haberlo reducido de esa manera?

Dos generales Verdugos del Desierto se adelantaron, probablemente otros comandantes del clan de Shufti, y acercaron un odre de agua a sus labios. Bebió el preciado líquido con avidez, dejándolo chorrear por su pecho. Otro bandido arrojó una capa sobre sus hombros para darle algo de dignidad, pero no antes de que Hui y la mayoría de los allí reunidos viera el entramado de marcas color púrpura que le cruzaban la espalda. Había sido azotado hasta dejarlo con un hilo de vida, al igual que los otros dos hombres.

Shufti era alto, su rostro permanentemente tenso en una expresión amenazadora. Su piel oscura estaba marcada de pies a cabeza con las cicatrices de la viruela. Su nariz era ganchuda como el pico de un buitre, y su ojo derecho estaba casi blanco, sin duda destruido por la culebrilla de cristal, el lagarto sin patas que afligía a tantos de los que vivían en las orillas del Nilo.

Shufti se incorporó, haciendo una mueca cuando la áspera lana de la capa rozó los verdugones en carne viva de su espalda.

—¡Hermanos! —gritó, con la voz quebrada—. ¡Hemos sido desafiados! Mi buen amigo, el señor Maa-An-Tef, ha convocado esta reunión para que podamos encontrar maneras de ocuparnos de los bárbaros que amenazan nuestro sustento. Pero hay una tarea más apremiante ahora. —El jefe de los Verdugos del Desierto temblaba de rabia y escupió al fuego que chisporroteaba—. Miedo... eso es lo que nos da autoridad a nosotros. Miedo, y solo miedo. Cualquier disidencia es aplastada al instante. Así es como mantenemos nuestro control sobre este país. —Shufti apretó un puño y lo levantó como si tratara de aplastar las estrellas mismas—. Y si la gente piensa que nosotros somos débiles..., que nuestra palabra puede ser desafiada..., que el miedo se desvanece en el aire como el humo de este fuego, y nuestro poder con él... ¡Entonces no somos nada!

Shufti se tambaleó y dos bandidos se apresuraron a sostenerlo. Él los apartó, negándose a mostrar alguna debilidad.

Hui miró a los bandidos absortos. Su silencio era total, después de sus estridencias anteriores. Respetaban a Shufti, fuera cual fuese el clan al que consideraban suyo, y estaban dispuestos a dar crédito a lo que él tenía que decir.

Shufti se estabilizó, aspirando profundas bocanadas de aire.

—Una caravana de asirios pasó por mi territorio y, como es mi derecho, exigí el pago a cambio de la Pluma de los Verdugos del Desierto, nuestra contraseña de paso seguro: veinte de sus esclavos en ese momento, y la mitad del beneficio de la venta de los otros sesenta. Nuestras exigencias son conocidas por todos los comerciantes. Son aceptadas por todas las caravanas que pasan por nuestros territorios, porque saben cuál será el precio que pagarán si rechazan nuestras exigencias. Pero este jefe de caravana se *negó*.

Un murmullo recorrió aquel ejército de bandidos, hasta transformarse en susurros enojados y luego en gritos desafiantes.

—¡Esto no se puede sostener! —señaló Shufti a la asamblea—. Me tomó por sorpresa el engaño del jefe asirio de los esclavos, al igual que a mis dos generales —continuó, probablemente tratando de encubrir sus propios defectos—. Este jefe de esclavos... Kaarik, se llama... se negó a ceder a mis amenazas, y cuando yo me distraje atacó como una cobra. Me torció el brazo detrás de la espalda, me despojó de mi túnica, y sus hombres, armados hasta los dientes con las espadas curvas de esos chacales asirios, nos golpearon a los tres hasta que nuestros cerebros estuvieron a punto de ser arrancados de nuestros cráneos. Nos defendimos, con el coraje que ustedes conocen, pero nos superaban en número a los tres. Y luego nos ataron desparrados al suelo y cada uno de nosotros sintió el brutal látigo del esclavo. Sobrevivimos, porque somos tan duros como las rocas de esta tierra. Pero Kaarik robó nuestra Pluma de Verdugos del Desierto y, cuando se fue dándonos por muertos, se burló de los trece clanes. ¡Se burlaron de nosotros, hermanos! Nos llamó «rebaño de novatos cobardes y parlanchines, que hacen más ruido que una bandada de gorriones». ¡Eso dijo! ¡No puede ser! ¡Reaccionemos!

—¡Esto no se puede tolerar! —rugieron los bandidos todos a la vez.

Hui miró alrededor por todo el lugar mientras los Verdugos del Desierto se ponían en pie con las espadas listas en el aire. Este enemigo común los había unido, y en ese momento, viendo que la chusma se convertía en un ejército, se preguntó si podrían ofrecer alguna resistencia seria a las bandas de guerreros hicsos.

—¡Nos ocuparemos de la amenaza bárbara a su tiempo! —rugió Shufti—. Nuestra primera tarea es mostrar que los Verdugos del Desierto siguen siendo el verdadero poder en estas tierras. Que vamos a aplastar cualquier resistencia a nuestro dominio. Nos levantaremos todos juntos y aplastaremos a esta caravana y a su desafiante jefe de esclavos. Solo una demostración de fuerza servirá. Y el miedo una vez más correrá por Egipto. ¡Miedo a los Verdugos del Desierto!

Los bandidos chillaban y gritaban como perros aullándole a la luna. Aquel mar turbulento de cuerpos se amontonó alrededor del fuego, oscureciendo las llamas de modo que todo lo que quedó visible fue un embudo de chispas que se arremolinaban yendo hacia las estrellas.

Hui estaba atónito por el espectáculo, y un poco asustado, como iba a estar el jefe de los esclavos cuando viera a este feroz ejército acercándose a su puñado de hombres fuertes. Sintió que una presencia se cernía sobre él. Farid había regresado de su reunión de inteligencia, observando la desordenada exhibición con una cara como de piedra.

—Parece que el tiempo para hablar ha terminado —observó—. Ahora habrá sangre.

El ladrido del babuino resonó a través de aquella muy profunda oscuridad antes del amanecer. Hui se estremeció al escuchar a otros monos machos que recogían el desafío al ejército de hombres que había perturbado su existencia pacífica. Cuando la cacofonía se desvaneció, el silencio nuevamente descendió sobre los precipicios que dominaban la ciudad abandonada donde los asirios se habían refugiado para pasar la noche. Entonces, a su izquierda, alguien soltó una espada, y el sonido del metal en la roca resonó tan claro como una campana en el aire silencioso. Si los amos de los esclavos no sabían que su caravana estaba siendo acechada, en ese momento se enteraron.

Hui imaginó las filas de Verdugos del Desierto en lo alto de las paredes de rocas que rodeaban el oasis abajo. Los bandidos habían dejado solo un puñado de hombres en el campamento para cuidar a las mujeres que algunos de los clanes habían traído, junto con los burros y los carros. Casi mil personas esperaban que Shufti diera la señal para el ataque con las primeras luces: una terrible fuerza que volvería locos de terror a los asirios cuando bajara desde lo alto. Apenas había un centenar de personas en la caravana, según había dicho Shufti, y la mayoría eran esclavas, envueltas en túnicas y chales como era la costumbre asiria. Veinte hombres. Mil Verdugos del Desierto. Hui sintió un nudo en el estómago al pensar en semejante carnicería.

No mucho después, el sol brilló por todo el este y el océano de oscuridad se desvaneció. Abajo, en Gallala, formas grises emergieron de la sombra. El anillo de imponentes paredes de roca que rodeaban el oasis estaba lleno de cuevas que eran tumbas antiguas. En tiempos remotos, una ciudad había prosperado allí, según lo que Farid había escuchado de las historias que los habiru se contaban en sus largas caminatas por el desierto. Pero un terremoto había producido deslizamientos de roca en esos acantilados y destruyó los pozos. El agua que da vida desapareció, sin importar cuán profundos se hubieran cavado los pozos. Solo un poco quedaba allí en ese momento, al pie de empinados escalones de tierra, lo suficiente como para que la caravana llenara los odres de agua, pero no lo necesario para una ciudad populosa.

Hui miró abajo, a la lúgubre imagen del asentamiento muerto, y pensó en Lahun. Imaginó a los comerciantes ricos y el clamor de la gente trabajadora, el golpe de los martillos de los herreros y el canto de los labradores, el suntuoso decorado de los harenes y el perfume de las flores en los jardines. Allí solo había lagartos tomando el sol en los patios. Las paredes desmoronadas a medias brillaban con una luz melosa cuando les daba el sol. Los techos se habían derrumbado, para sumarse a la desolación que lo envolvía pesadamente todo.

Hui no vio señal alguna de la caravana. Supuso que los viajeros debían estar cobijándose en lo que quedaba del templo dedicado al dios patrono de Gallala en el corazón de las ruinas, aprovechando la única entrada a través de la puerta que se había derribado en el extremo oeste para protegerse. El lugar era poco más que paredes alrededor de escombros, muy lejos de sus días como centro de culto.

Mientras estudiaba el templo, Hui vislumbró sombras parpadeantes en las ruinas. Sus

compañeros Verdugos del Desierto seguramente también las vieron, porque sintió una onda de movimiento en todo el grupo a su lado. Miró a lo largo de las filas. Esa chusma estaba vestida para la guerra, con escudos y espadas de bronce que brillaban con el sol naciente, y corazas de cuero sobre sus ropas sucias. Bandas negras de lana envolvían con fuerza sus cabezas, por lo que solo sus ojos malévolos asomaban por las aberturas. Shufti no iba a estar satisfecho hasta que los de la caravana fueran cortados en pedazos, salvo un hombre liberado para difundir el terror de aquel sangriento amanecer.

Hui buscó en vano en la tenue luz alguna señal de Farid. El caminante del desierto había pasado la noche arriba con los otros exploradores, entre los aullidos de los babuinos, mientras calculaba la mejor manera de atacar al pequeño grupo de mercaderes de esclavos. Podía verlos en ese momento, mientras se despertaban con el amanecer, se estiraban en sus colchonetas de dormir junto a las cenizas frías de las fogatas de estiércol de burro, para luego bajar por los escalones hasta un pozo y llenar sus odres de agua. Allí atendían a sus bestias y llamaban a los esclavos, que hacían sus necesidades en los rincones del templo.

—Ho.

La señal se extendió a lo largo de la vasta línea en una cadena de susurros, y todos los Verdugos del Desierto se pusieron de pie. Había llegado el momento.

Tan disciplinados como los hicsos, los bandidos agarraron sus espadas y esperaron. Rayos de luz deslumbrante eran reflejados por los escudos y las espadas. Shufti permitió que el momento previo a la batalla se prolongara.

La voz del señor de los Verdugos del Desierto resonó en el silencio del amanecer, y con los ecos enviados por las caras de los acantilados.

—¡Kaarik! ¿Estás despierto?

Shufti estaba junto a la pared oeste del acantilado, donde hay un camino abierto en la roca hacia el oasis.

—¡Kaarik! ¡Ya es hora de que pagues lo que me debes! —rugió el líder bandido—. Pero el precio ha subido. ¡Ahora lo quiero todo! —Se arrancó el pañuelo para dejar a la vista su cara picada de viruela, retorcida de furia—. Quiero todo lo que tienes, incluso tu estúpida y arrogante cabeza.

En el templo en ruinas, un hombre apartó su manta de piel de oveja y se levantó de la estera de dormir —Kaarik, el jefe de esclavos, supuso Hui— y desenvainó su espada.

—¡Tendrás que venir y quitármela! —gritó en respuesta.

«¿Está loco? —se preguntó Hui—. ¿No ve la poderosa fuerza aquí reunida contra él?».

Shufti levantó su brazo derecho y lo mantuvo en alto. Cuando bajó con fuerza la mano, un grito de batalla rugió entre los hombres y agitaron sus armas contra el cielo amarillo pálido. Shufti apuntó con la mano adelante y el ejército de Verdugos del Desierto se movió ordenadamente para ocupar por completo los senderos que serpenteaban entre los acantilados hacia el estrecho valle.

Hui corrió junto a ellos. Al menos no sería llamado para matar ese día. La batalla iba a terminar antes de que él siquiera hubiera llegado al templo.

Pero mientras corría hacia el templo en ruinas, se oyeron gritos de los bandidos delante de él. El ataque se hizo más lento. Los Verdugos del Desierto rompían filas para correr a ambos lados de la columna. El silbido de las flechas atravesaba el aire. Un bandido se apartó de la entrada, con una flecha que le salía de la cuenca del ojo.

Hui contuvo el aliento. ¿Un jefe de esclavos y sus hombres armados con arcos? Algo no estaba bien. Podía ver chispas de confusión en los ojos a su alrededor. No era así como debería desarrollarse la batalla.

Una escalera empinada conducía a la entrada del templo, apenas ancha como para cinco hombres uno al lado del otro. Los escalones estaban resbaladizos por la sangre y había cuerpos esparcidos por los bordes, con flechas clavadas en el pecho y en la cabeza. Y esas flechas no eran las simples flechas de madera de los cazadores, según Hui pudo ver por algunas que no habían dado en el blanco. Tenían puntas de bronce, como las que usan los soldados, y tan afiladas que una de ellas podría atravesar la cabeza de un hombre.

Los muertos y los moribundos bloqueaban la entrada del templo, pero los Verdugos del Desierto los apartaron y el ejército de bandidos irrumpió en el patio contiguo.

Hui atravesó la puerta a los tropezones junto con los Verdugos del Desierto. Por la estatua junto a la entrada, se dio cuenta de que el templo estaba dedicado a Bes, el Dios de la Música y la Danza, pero allí no había alegría. El pequeño grupo de asirios se acurrucaba alrededor del altar, con uno, muy probablemente el líder, Kaarik, de pie sobre la mesa del dios.

«Pero ese no es un asirio», pensó Hui.

Era alto y musculoso, con una melena rubia y ojos azules como el mar, y empuñaba un gran arco que brillaba con alambre de una aleación de oro y plata que envolvía la madera. ¿Un egipcio?

El líder de ojos azules gritó:

—¡Horus, sostén mi arma!

Era un grito de batalla, y arrojó a un lado el arco para sacar su espada. La batalla era casi cuerpo a cuerpo demasiado cerca para usar flechas, y los demás hombres apiñados alrededor del altar desenvainaron sus espadas. Los defensores en ese momento ya no parecían esclavos y mercaderes de esclavos, sino más bien guerreros que saltaron a un ruedo alrededor del círculo, una bien planeada posición estratégica.

Los Verdugos del Desierto avanzaron corriendo y el bronce chocó contra el bronce. Hui dio un paso atrás. No iba a morir sin razón. Y pudo ver la habilidad de los defensores. Sus hojas afiladas brillaban moviéndose en fluidos arcos, arriba, abajo, empujando, cortando, como rayos de luz que bailan en el resplandor del sol naciente.

Los bandidos tenían la cantidad de hombres, pero no la habilidad. Una hoja cortó el cuello de un sujeto, quien cayó hacia atrás seguido de un chorro de sangre. Otra espada atravesó el pecho de un bandido. Se amputaban brazos y se partían cráneos. Un lago de sangre se iba formando debajo de los pies sobre el que los bandidos resbalaban y patinaban en el espeso líquido al tratar de avanzar.

Y aun así los Verdugos del Desierto no retrocedían. Cuando un bandido caía, otro corría a

cubrir el hueco y ocupar su lugar. Pero los defensores eran incansables. No podían ser mercaderes de esclavos. Tenían la fuerza y la gracia de los guerreros profesionales.

Shufti se mantenía atrás, lanzando maldiciones y agitando los brazos para exhortar a sus hombres a un mayor frenesí. Aullaba instando a los hombres a luchar hasta el final, porque cualquier cobarde sería castigado con una muerte terrible.

—¡Atrapen vivo al asirio! —gritó, sin darse cuenta de que su enemigo no era asirio—. Quiero matarlo lentamente y escucharlo gritar.

Pero debajo de la rabia en su voz, Hui pudo percibir el primer indicio de duda.

Las esclavas se acurrucaban en las esteras para dormir, las cabezas cubiertas con sus chales. Ellos gritaban y gemían.

Los bandidos se movían alrededor de ellas casi sin prestarles atención, casi pisoteándolas mientras el poderoso ejército de mil hombres de los Verdugos del Desierto se abría paso en el patio.

Aquel era el momento de la verdad. Por muy valientes y hábiles que fueran esos defensores, no serían rivales para semejante multitud.

La marea comenzó a cambiar.

Los Verdugos del Desierto mataron a dos de los guerreros que habían quedado acorralados junto al altar. Un tercero pasó la espada a su mano izquierda mientras su brazo derecho colgaba impotente y sangrando. No iba a durar mucho.

Pero, a pesar de todo el ejército de bandidos amontonado en el patio, el apuesto líder de aquella extraña banda se estaba riendo como si aquello fuera el mejor deporte. ¿Acaso el terror a la muerte lo había vuelto loco?

El líder clavó su espada en el cuello de otro Verdugo del Desierto y la sacó. Echó su cabeza hacia atrás y gritó:

—¡Sobre mí, Azules!

¿Estaba invocando a los dioses o a los espíritus de los muertos? Y luego Hui pudo ver un movimiento repentino entre las esclavas acurrucadas. Saltaron juntas y tiraron a un lado sus pesadas ropas. ¡No eran mujeres, sino hombres! ¡Disfrazados!

¡Una trampa!

Toda la escena había sido un señuelo para atraer a la fuerza Verdugos del Desierto. Y nadie se había dado cuenta.

Las espadas aparecieron en las manos y esas «mujeres» antes acurrucadas cayeron sobre la retaguardia de la horda de Verdugos del Desierto. Hui vio a los bandidos que se agitaban en la confusión. Aunque las cuchillas se clavaban profundamente en sus carnes, seguían sin comprender lo que estaba pasando.

Hui se tambaleó contra la pared del templo, asombrado por lo que estaba presenciando. Los soldados eran como una tormenta de cuchillas en el desierto. Los bandidos caían por docenas bajo el asalto implacable. Al menos cien cuerpos cayeron en el cada vez más grande lago color carmesí antes de que los Verdugos del Desierto se dieran cuenta de que estaban siendo atacados desde otro ángulo.

Hui se sintió asqueado por esa matanza. Después del avance contra el altar, los Verdugos del Desierto se esforzaron por darse vuelta para enfrentar la nueva amenaza. Unos pocos encontraron espacio para mover sus armas, y al darse vuelta les dieron la espalda a los defensores con los que habían estado luchando furiosamente en el corazón del círculo de bandidos.

Toda esperanza se desvanecía para los Verdugos del Desierto. Hui se preguntó si alguno de ellos saldría vivo de ese patio. Estaba maravillado ante la destreza de aquellas tropas, las mejores que jamás había visto.

El líder en el altar comenzó a cantar un himno de batalla, y sus hombres se le unieron, y lo hicieron a pleno pulmón, mientras cortaban y empujaban.

«Somos el aliento de Horus,
caliente como el viento del desierto,
nosotros somos los segadores de los hombres...».

Las espadas parecían seguir el ritmo de la canción. La batalla se convirtió en una masacre.

Algunos de los Verdugos del Desierto arrojaron sus espadas y cayeron al suelo de rodillas con las manos juntas, suplicando misericordia. No la hubo. Las espadas fueron como guadañas, cortando todo lo que alguna vez estuvo de pie.

Los dioses dirigían su atención a la arrogancia de los Verdugos del Desierto. Ellos creían ser intocables..., creían que su reinado de terror en todo Egipto seguiría para siempre. Pero ya todo eso había terminado.

Hui observó la matanza, con la espada floja en la mano. ¿Por qué debería respetar el juramento de sangre que había hecho? Tenía que sobrevivir a esto, por Ipwet, por la memoria de su padre. Por su venganza contra Isetnofret.

Hui arrojó a un lado su espada, y se dirigió veloz hacia la entrada del templo, resbalando en la sangre, tratando de mantenerse firme, buscando un camino a través del caos de cuerpos caídos y en desorden. Cuando llegó al otro lado de esa ejecución en masa, se dio cuenta de que otros estaban huyendo. Pero mientras esos bandidos corrían para escapar, al otro lado de la puerta se formó otra fila de guardias que blandían sus espadas.

Hui ya sabía la verdad: no había salida. Su destino estaba sellado. Sintió que el miedo se apoderaba de él, y se arrojó detrás de una pila de cuerpos junto a la pared. Había aprendido a pelear con una espada, pero nadie le había enseñado qué esperar en una batalla campal. El movimiento constante, con ataques desde todos los ángulos. La sangre. El estruendo. El horror.

Hui escondió la cabeza. Un cobarde, entonces. Eso era todo lo que era, a fin de cuentas. No era el hombre que había soñado ser, el que enorgullecería a su padre. No habría una tormenta de venganza. Era un niño llorón. Las lágrimas le hacían arder los ojos y la verdad lo quemaba todo.

Mientras Hui esperaba la muerte, miró por encima de los cadáveres y vio los destellos caóticos de la batalla. El líder de los soldados, riendo y cantando como un loco, su cara era una máscara roja. Y Shufti que corría hacia una rampa de escombros en la pared en ruinas del lado este, tratando de trepar y pasar. Un hombre con ropa asiria le lanzó un ladrillo de barro al señor

de los Verdugos del Desierto y le partió el cráneo para luego clavarle una daga en la garganta a Shufti cuando cayó al suelo. Sangre. Sangre y muerte.

Se bajaron las espadas y luego se detuvieron. La batalla había terminado. Apenas doscientos Verdugos del Desierto quedaban vivos, arrodillados en medio de la sangre, suplicando.

El líder que parecía un león empapado en sangre saltó del altar.

—¡Corten las cabezas de los heridos! —les gritó a sus hombres—. No vamos a desperdiciar recursos en ellos. Después veremos qué hacer con las cabezas de los sobrevivientes.

Una infinidad de ojos miraban fijos. La pirámide de cabezas se alzaba junto al pozo de Gallala, y ya apestaba con olor a muerte bajo el sol abrasador. Los prisioneros podían mirar a través de la puerta del templo y ver lo que les deparaba el futuro. En el patio, el lago de sangre ya se había endurecido sobre las losas agrietadas del Templo de Bes, y los únicos ruidos eran los del viento quejándose entre las ruinas, y los sollozos de los hombres que alguna vez habían violado mujeres y asesinado niños, creyendo que caminaban por todo Egipto como colosos.

A Hui le ardían las muñecas. Después de sacarlo de su escondite detrás del montón de cuerpos, le ataron los brazos atrás. Por mucho que se esforzaba, no podía liberarlos. Con la cabeza gacha, estaba sentado en la larga fila de cautivos junto al muro norte. Podía sentir la sombra de la muerte que caía sobre él.

Cerró los ojos y soñó que estaba de vuelta en Lahun, descansando en la azotea de su casa mientras escuchaba el reconfortante sonido de las sabias palabras de su padre. Mientras el amable rostro de Khawy flotaba en su mente, la emoción se apoderó de él. Hui vio a Qen, y luego a Isetnofret regodeándose ante los males que ella había causado, y sintió un impulso desesperado de llorar. Había fallado. No se iba a pagar el precio por la muerte del padre. Toda esperanza de venganza en ese momento había desaparecido.

Al levantar la vista, pudo ver la extraña imagen de un hombre con la falda de una esposa asiria salpicada con sangre que se dirigía hacia el líder egipcio y sus oficiales. El hombre era tan hermoso como cualquier mujer, de finas facciones y labios carnosos, y se comportaba con gracia y aplomo. También era sabio, obviamente culto y conocedor de muchos temas. Hui había estado escuchando atentamente la charla de los otros egipcios. El hombre era un eunuco, llamado Taita, y parecía estar cerca del mismo faraón, ¿un consejero, tal vez? El nombre del líder de aquellos valientes y habilidosos soldados era Tanus. Incluso allí, a la espera de la ejecución, Hui sintió admiración por ese gran guerrero. Había un poder en él que crepitaba como una gran tormenta, una presencia imponente que podía convencer a cualquiera para que se pusiera en fila detrás de él.

Taita y Tanus parecían ser grandes amigos... «Una extraña combinación», pensó Hui. Los vio caminar juntos por el templo y sentarse en los escalones, desayunando pasteles y frutas. Los oficiales levantaban las cabezas cortadas de los Verdugos del Desierto una por una, para que los dos hombres pudieran examinarlas. Parecían estar buscando a alguien entre los muertos.

Tanus agitó una mano y ordenó que la cabeza de Nefer-Temu, el líder del clan Quena, fuera colocada en la parte superior de la pirámide de calaveras que estaban levantando. ¿Iba la cabeza de Hui pronto a estar ahí? El estómago de Hui se anudó mientras la interminable espera se prolongaba. Los dos hombres tomaban su desayuno como si no hubiera un lugar más agradable para hacerlo.

Finalmente terminaron de comer. Hui los vio regresar en dirección a los cautivos caídos. Fragmentos de conversación llegaban hasta sus oídos. Parecía que había habido espías en los campamentos de los Verdugos del Desierto, y cuando apareció la oportunidad de dar aquel golpe despiadado para librar a Egipto de la peste de los bandidos, la habían aprovechado. Pero ya era hora de interrogar a los sobrevivientes, y Hui sabía que eso sería rápido y despiadado.

De un salto, Tanus subió al altar de piedra de Bes. Con su mano derecha levantó el sello del halcón del faraón para que todos los que estaban allí supieran que él era la autoridad, y luego sonrió mirando a la fila de cautivos.

—Soy el portador del sello del halcón del faraón Mamose —anunció—, y hablo por él. —Miró a lo largo de la línea—. Soy el juez y el verdugo de ustedes.

Hui bajó la mirada mientras la última palabra se cernía sobre él.

—Ustedes han sido capturados en el acto de saquear y asesinar. Si hay alguno de ustedes que lo niegue, que se presente ante mí y declare su inocencia. —Después de una larga pausa, exclamó—: ¡Vengan ahora! Hablen, ustedes los que son inocentes.

La sombra de un buitre que volaba en círculos revoloteó sobre la piedra delante de él. El heraldo de la muerte.

—Sus hermanos se impacientan a la espera del festín —continuó el líder, mirando hacia arriba—. No los hagamos esperar.

Ninguno de los Verdugos del Desierto respondió. Hui no podía decir si era por lealtad a su tribu o por terror que mantenían la boca cerrada.

—Sus acciones, de las que todos aquí han sido testigos, los condenan. Su silencio confirma el veredicto. Ustedes son culpables. En el nombre del divino faraón, les dicto la sentencia. Los condeno a muerte por decapitación. Sus cabezas cortadas serán expuestas en las rutas de las caravanas. Todos los hombres respetuosos de la ley que pasen por esos caminos verán sus calaveras que les sonríen desde el borde de la carretera, y sabrán que los Verdugos del Desierto se han encontrado con el águila. Ellos sabrán que la era de la iniquidad ha terminado en el país, y que la paz ha vuelto a este Egipto muy nuestro. He hablado. El faraón Mamose ha hablado.

Los soldados agarraron a uno de los bandidos y lo sacaron a rastras de la fila. Lo pusieron de rodillas frente al altar.

—Si respondes tres preguntas con la verdad —dijo el líder con voz de trueno— tu vida será perdonada. Serás alistado como soldado en mi regimiento de guardias, con paga completa y privilegios. Si te niegas a responder a las preguntas, tu sentencia se llevará a cabo de inmediato. —Miró al hombre arrodillado y dijo—: Esta es la primera pregunta. ¿A qué clan perteneces?

El bandido se quedó mirando las losas de piedra. En ese momento Hui pudo ver que no era el terror lo que lo hacía guardar silencio. No se atrevía a romper el juramento de sangre de los

Verdugos del Desierto.

—Esta es la segunda pregunta. ¿Quién es el barón que te da las órdenes?

Silencio.

—Esta es la tercera y última pregunta. ¿Me llevarás a los lugares secretos donde se esconde tu clan?

El cautivo levantó la cabeza. Hui pensó que podría quebrarse.

En cambio, carraspeó y escupió la flema. Impasible, el líder le hizo una seña al guardia que estaba de pie junto al prisionero con su espada.

Levantó la espada que brilló al sol. Hui dio vuelta la cabeza cuando escuchó el crujido de la hoja al encontrar la carne y el hueso, y luego el ruido sordo de la cabeza rebotando en las piedras, amplificado en aquel silencio casi insoportable.

—Una cabeza más para la pirámide —confirmó Tanus.

Los guardias arrastraron a otro cautivo para que escuchara las mismas tres preguntas. Esta vez el bandido gritó una desafiante obscenidad. Seguramente eso enojó al verdugo, supuso Hui, porque su corte no fue limpio. El bandido se sacudió en el suelo y fueron necesarios tres cortes más antes de que la cabeza rodara separada del cuerpo.

Veintitrés cabezas rebotaron por los escalones. Hui pensó que si seguía presenciando esa matanza, podría volverse loco.

Finalmente, su espíritu se quebró. Se puso de pie de un salto y gritó:

—Mi nombre es Hui. Soy un hermano de sangre del clan de Basti el Cruel. Conozco sus lugares secretos, y te guiaré hasta ellos.

Parpadeó para quitarse las cálidas lágrimas del miedo y vio que el imponente líder lo miraba directamente a los ojos. Después de un momento, Tanus asintió con un gesto y dirigió un movimiento de la mano a sus guardias. Estos agarraron a Hui por los brazos y lo sacaron de la fila.

—Cúidenlo bien —precisó el líder—. Ahora es un soldado de los Azules, y un compañero de armas.

Hui podía sentir en la espalda las miradas abrasadoras de sus compañeros Verdugos del Desierto. En ese momento lo odiaban, pero nunca habían sido realmente hermanos, por lo que aquello no era una traición, no según él lo veía. Él los había usado con un solo fin.

«Y ahora —pensó, con el corazón dando saltos—, de nuevo hay esperanza».

Los guardias empujaron a Hui hacia la alfombra de colchonetas para dormir que había sido parte del disfraz de los soldados. Se derrumbó sobre ellas, sus piernas se aflojaron por el alivio que lo inundaba, y le trajeron un poco de pan de sus raciones y le arrojaron un odre de agua. Masticó la comida mientras veía cómo una cabeza tras otra rebotaba por los escalones del altar.

Quienquiera que fuera este Tanus, debía ser un general valioso en el ejército. El valor mostrado por él en la batalla fue superior al que cualquier hombre tiene la obligación de mostrar. Hui lo observó mientras continuaba con las ejecuciones. Era como un dios.

—Akh-Horus —murmuró para sí. «El hermano de Horus».

Una vez que la tarea estuvo completa y solo quedaba un puñado de Verdugos del Desierto

que habían respondido a las preguntas, Tanus se acercó. Sus ojos estaban fijos en Hui, casi como si estuviera mirando profundamente dentro de él. Hui ya había decidido mentir, y mentir mucho, a sus nuevos aliados. No tenían cómo saber de los crímenes de los que estaba acusado en Lahun, de otro modo se sentirían obligados a entregarlo a las autoridades. Tampoco debían enterarse de que recientemente había marchado junto a los hicsos, ya que podrían considerarlo un potencial traidor y su cabeza podría terminar en aquel montón junto al pozo. Diría que fue secuestrado por los bárbaros cuando era un bebé, y así fue como aprendió sus habilidades. Luego se escapó y terminó en manos de los Verdugos del Desierto.

Cuando Tanus se paró frente a él, Hui murmuró:

—Te pido un favor.

—¿Un favor? Habla entonces.

—Si todavía está vivo, hay uno de mi clan que te ruego salves. —Hui se inclinó con deferencia—. Se llama Farid, uno de los habiru, y es el mejor explorador que jamás conocerás. Te parecerá un regalo del cielo tenerlo entre los tuyos.

Tanus tomó la barbilla de Hui y le levantó la cabeza para mirar a su nuevo recluta a los ojos.

—¿Pides clemencia para otro? Tal vez hay algo bueno en ti después de todo.

—No soy como los otros Verdugos del Desierto, y juro que te mostraré mi valor. Es un honor servir a un gran guerrero.

Si Tanus se sintió conmovido por sus palabras, no lo demostró.

—Veremos si tienes lo que hay que tener para una vida de soldado. Ahora, prepárate. Nos espera una larga marcha.

La marcha fue realmente larga y dura, conducida a un ritmo que era más rápido de lo que los Verdugos del Desierto jamás habían intentado. Hui estaba decidido a no mostrar debilidad, ya que era miembro de una unidad de élite, la Guardia de Cocodrilos Azules, pero de vez en cuando los otros tenían que detenerse un momento para que él los alcanzara. Tanus había accedido a su deseo. Cuando los exploradores de los bandidos fueron reunidos en los barrancos sobre Gallala, a Farid se le permitió marchar con los soldados. Nunca pronunció palabras de agradecimiento a Hui por salvarle la vida. Y Hui no habría esperado otra cosa del adusto caminante del desierto. Pero cuando intercambiaron una mirada, hubo un reconocimiento de lo hecho.

Para evitar el sol despiadado de día, marchaban de noche por las ondulantes dunas hasta llegar al puerto de Safaga, en el mar Rojo. Hui se sorprendió de que Tanus caminara junto a él, contándole historias de grandes batallas y hablando apasionadamente del valor del honor y del deber. Hui estaba fascinado con el líder. Claramente era un hombre con empuje, y su corazón era bueno. Había algo de Khawy en él. A medida que pasaban los días, Hui sintió que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que Tanus le pidiera.

En Safaga, Tanus se puso en contacto con un mercader, Tiamat, que parecía haberlo ayudado en el pasado. Todos los cautivos que habían sobrevivido a la batalla en el templo fueron

conducidos al puerto y a uno de los barcos mercantes de Tiamat que iba a llevarlos a un complejo de esclavos en la isla de Jez Baquan frente a la costa. Hui observó a los cautivos con inquietud, temiendo que él también pudiera ser enviado a esa prisión, pero Tanus lo llamó aparte.

—He mirado en tu corazón —dijo aquel al que Hui regularmente llamaba Akh-Horus—, y siento que puedo confiar en ti. ¿Estoy en lo cierto?

—Así es.

—Entonces te quedarás con los Cocodrilos Azules. Tenemos trabajo que hacer.

—¿Y Farid?

—Tu amigo no peleó contra nosotros en la batalla contra Gallala, y se entregó sin resistencia en los barrancos. No lo considero como uno de esos Verdugos del Desierto cautivos. Vamos a necesitar un buen explorador en los próximos días.

Hui se sintió aliviado. El caminante del desierto ya había sufrido bastante. Mientras hablaban, Taita se acercó. El hombre parecía saberlo todo sobre este mundo, y ese conocimiento podía ser valioso en el futuro.

—Nuestro trabajo no estará completo hasta que hayamos eliminado del todo lo hecho por Basti el Cruel —dijo Tanus—. Cuéntanos todo lo que sepas de él.

Hui contó todo lo que recordaba de su antiguo señor, y Taita lo registraba todo en papiro con su pincel de escribir. Tanus quedó intrigado al escuchar los detalles del refugio de Basti en la cima de aquella montaña en el lacerante desierto.

—Hay un camino hasta la cima, cortado como una escalera en la roca —explicó Hui—. Solo tiene el ancho necesario para que suba un hombre a la vez.

Tanus frunció el ceño.

—¿No hay otra forma de llegar a la cima?

—Hay otra ruta. La he usado a menudo. —Eso era mentira, pero no estaba de más infundir confianza en su nuevo benefactor—. Al regresar a la montaña después de abandonar mi puesto para visitar a una amiga. Basti me habría hecho matar si hubiera sabido que yo me ausentaba. Es una escalada peligrosa, pero una docena de buenos hombres podría hacerla y controlar la cima del precipicio mientras la fuerza principal sube por la ruta hacia ellos. Yo te guiaré hasta allí, Akh-Horus.

Cuando las arenas ardientes se enfriaron, la columna de hombres atravesó el desierto con la protección de la noche. La luna estaba en fase creciente, y la luz era tan débil que podían moverse a través de los valles de sombras entre las dunas sin ser vistos de lejos.

Tanus hizo avanzar a su regimiento de Guardias Cocodrilos Azules con exhortaciones de urgencia. Tenía que tomar a Basti el Cruel por sorpresa.

La primera vez que descansaron, Tanus apartó a Hui.

—Tienes cierta habilidad con la espada —le dijo—, pero debes aprender a pelear en la batalla. Eso requiere una habilidad diferente. Ven.

Con cinco miembros de los Cocodrilos Azules a su alrededor, Tanus levantó el brazo del escudo de Hui.

—Esta es la posición correcta. Empezaremos despacio a medida que aprendas a danzar como un soldado, y pronto te estarás moviendo como el viento.

Tanus hizo una seña, y el primero de los Cocodrilos Azules se acercó como si estuviera vadeando en el agua. Balanceó su espada en un movimiento lento y Hui levantó su escudo para bloquearlo. Entonces vino el otro soldado, y luego el otro.

Al día siguiente repitieron el ejercicio, un poco más rápido, y cada día más rápido todavía. Hui sintió que sus reacciones mejoraban, su mente cada vez más veloz, y, como había dicho Tanus, se encontró danzando entre las espadas, esquivando y atacando, manteniendo el equilibrio de su peso con el escudo.

—Te estás convirtiendo en un buen guerrero —le dijo Tanus, y él sintió que se le hinchaba el corazón.

En ese momento, cuando la montaña de cima plana se alzaba por delante contra el cielo estrellado, Hui marchaba junto a Tanus.

Tanus escudriñó la totalidad del macizo hasta la cumbre donde estaba el refugio, y Hui supo que estaba elaborando la estrategia, preparándose para el asalto.

—No podríamos haber hecho esto sin ti, Hui —dijo cuando terminó.

—Espero no decepcionarte.

—No dudes de ti. En la batalla, ese es el primer peligro. El primero que hiere al soldado es él mismo. El enemigo lo hiere en segundo lugar.

A veces, Hui sentía que sus dudas lo consumirían.

—Me estás enseñando a *actuar* como un guerrero, Akh-Horus.

Pero ¿se puede enseñar el valor? ¿Se puede enseñar a un hombre a tener más sensatez? ¿Se puede enseñar a un hombre a no dudar? Tú naciste para ser el hombre en el que te has convertido. Y yo... nací para ser el hombre que soy.

—¿Qué te hace decir esas cosas? —Tanus bajó la voz para que los demás no escucharan.

—Yo era un niño que pensaba que era un hombre. Soñé con una gran vida..., la vida de un héroe. Pensé que tenía el coraje y el fuego para corregir un gran mal. Pero en la batalla en Gallala me faltó algo. Me demostraron que yo era un cobarde. Me escondí detrás de los cuerpos caídos de mis camaradas. Corrí para salvar mi propio cuello. Entonces, y siempre, un niño.

—Una batalla puede volver loco incluso al guerrero más experimentado. —Tanus dirigió la mirada al punto donde las pálidas arenas del desierto se encontraban con la oscuridad del cielo nocturno. Recordando—. Ningún hombre está preparado para la primera vez que se encuentra cara a cara con la muerte. Cuando ves que los aliados..., los amigos..., caen, sus cuerpos abiertos al aire, cuando sientes el frío aliento de Seth en la nuca. Si no sientes nada en ese momento, si puedes continuar como si estuvieras segando un campo de cebada... entonces no eres un hombre al que me gustaría conocer. Si el alma está marchita, su corazón está tan seco como las arenas del desierto.

Hui se sintió un tanto reconfortado.

—Un buen guerrero no es una piedra fría. Pelea porque tiene sentimientos por su prójimo. ¿Qué es un héroe? No es alguien que nace así. Un héroe es un hombre que derrota primero a su mayor enemigo, su propio miedo, y luego continúa. —Tanus dejó caer su enorme mano sobre el hombro de Hui y le dio un apretón—. Permíteme decirte lo que veo en ti. Veo honor. Veo en tu lealtad y dedicación a un guerrero que reconoce que un gran mal debe ser corregido y considera que es su deber hacerlo, no de otro. Lo que pasó en Gallala no te define. Es lo que haces después. ¿Huyes de ti mismo? ¿O de la pelea? Creo que sé cuál elegirías.

Hui se sintió lleno de humildad ante esas palabras. Ahí había otra lección. Si un gran hombre como Tanus podía ver tales cosas dentro de él, entonces tal vez todavía había esperanza.

Alguien salió de la oscuridad de los páramos que tenían adelante. Era Farid.

—Basti no tiene guardias al pie del camino de la montaña. Se ha vuelto demasiado confiado en su creencia de que su refugio es inexpugnable.

—Buen trabajo —fue la respuesta de Tanus—. La otra parte de la misión es tarea nuestra.

La columna de guerreros avanzó en silencio, y su ritmo aumentó a medida que se acercaban al pie de la montaña. Ni un sonido se escapaba de sus pies mientras se arrastraban por el camino sinuoso que llevaba hasta la saliente donde estaba el campamento de las mujeres. Sus ocupantes sin duda disfrutaban de un pacífico sueño, ya que la mayoría de los Verdugos del Desierto habían partido. Uno de los colaboradores más cercanos de Tanus, un robusto soldado llamado Kratas, se movió como un fantasma en la oscuridad y degolló al guardia que dormitaba. Después de arrojar el cuerpo al vacío del precipicio, los Cocodrilos Azules se concentraron al pie de los estrechos escalones que llevaban a la cima.

Con el traqueteo de los escudos y el ruido de los pasos, con ojos soñolientos, las mujeres salieron de sus tiendas. Tanus envió a un grupo de hombres para calmarlas antes de que su alivio por haber sido rescatadas alertara a la fuerza restante de Basti.

Hui observó a Ahura que buscaba en las filas de soldados hasta que sus ojos encontraron a Hui, y le hizo una seña moviendo la cabeza.

—Elegí bien —dijo ella cuando estuvieron juntos.

—Me gustaría reclamar algo de crédito por tu rescate —dijo Hui—, pero es el destino el que nos ha vuelto a unir.

—Pero de todos modos, tú estás aquí y yo soy libre. Entonces, como siempre, debemos agradecer a los dioses por cómo ocurren estas cosas.

—¿Quién es esta?

Hui se dio vuelta y vio a Tanus que se alzaba junto a él.

—Soy su esposa —dijo Ahura, sin perder un segundo—, o pronto lo seré. —Arqueó una ceja y miró a Hui, desafiándolo a que la desmintiera.

—Entonces celebraremos una vez que este asunto haya terminado —dijo Tanus, y palmeó a Hui en la espalda mientras se alejaba.

Ahura puso un dedo en los labios de Hui.

—Este no es el momento para hablar. Pero no olvides..., tu vida es mía ahora.

Mientras Hui se dirigía al pie del camino secreto, intentó entender cómo se sentía acerca de

lo que Ahura había dicho, pero su cabeza era una maraña de pensamientos.

La entrada al sendero era invisible para cualquiera que no supiera que estaba allí. Hui se puso al frente del grupo de once hombres que esperaban, y Tanus se colocó detrás de él.

—Seremos nosotros contra cualquier defensa que Basti haya conservado hasta que Kratas pueda llevar al resto de nuestra fuerza por el acceso principal —dijo Tanus—. ¿Estás listo para eso?

—Lo estoy, Akh-Horus —respondió Hui.

—Entonces que el aliento de los dioses nos lleve a la cima —les susurró Tanus a los hombres que estaban a su lado—, y que sus espadas entonen un canto de victoria hoy.

Hui salió hacia el camino que serpenteaba por el lado del acantilado y subía abruptamente. Era un sendero apto solo para cabras, pero los hombres se apretaban con fuerza contra la cara rocosa, buscando a tientas las grietas que les dieran apoyo. La oscuridad ayudaba y obstaculizaba a la vez, haciendo que cada paso pudiera ser traicionero en aquel sendero angosto, pero también escondía los vacíos vertiginosos que llenarían de miedo hasta al más valiente de los hombres.

Cuando el hedor del basurero llegó a ellos, Hui sintió con aprehensión que se le hacía un nudo en el estómago. Se agachó debajo de aquel muro natural de rocas irregulares que rodeaba a la cumbre y le describió a Tanus la disposición del refugio más allá del borde. Sus palabras fueron repetidas a lo largo de la fila, de modo que cada hombre estaba preparado como si hubiera vivido en ese lugar él mismo.

Finalmente, Hui subió por el borde y se agachó entre las sombras profundas junto al basurero. El campamento estaba en silencio. Había un guardia recostado en lo alto de los escalones de la fortaleza, borracho, por lo que parecía. La fogata era poco más que brasas rojas, pero el brillo dorado de las lámparas proyectaba cuadrados en el terreno de rocas alrededor del palacio de Basti el Cruel. Él estaría durmiendo en sus aposentos en la parte trasera. Pero ¿cuántos hombres dormían en la ciudad de tiendas al otro lado?

Tanus levantó la mano y, con un débil silbido entre sus dientes, apuntó hacia adelante. La vanguardia de los Cocodrilos Azules avanzó.

Uno de los hombres corrió hacia el guardia de la entrada. Pero ahí fue donde la fortuna decidió abandonarlos. El guardia se movió en lo que parecían ser las garras de un sueño, y en ese instante el ruido de suelas de cuero sobre la piedra llegó a sus oídos, y eso lo puso en alerta. Gritó una alarma antes de que el hombre de Tanus llegara a clavarle la espada en el pecho.

La señal a Kratas retumbó por la ladera de la montaña. Era un ladrido que resonaba como un trueno parecido al de los babuinos que Hui había oído en los acantilados sobre Gallala. Pero el sonido pronto fue ahogado por un rugido que subía desde las tiendas. Hui sintió que se quedaba sin sangre cuando vio que los Verdugos del Desierto que quedaban salían de sus lugares para dormir. Dormían con sus espadas al lado, él lo sabía, pero por lo menos no llevaban escudos ni vestían sus armaduras de cuero. Cien, tal vez más..., no podía comenzar a calcular cuántos eran.

—Ve a donde terminan los escalones y guía a Kratas hasta aquí —le gritó Tanus.

Mientras se alejaba corriendo, el hombre que había abierto la garganta del guardia pasó junto a él de vuelta junto a Tanus. Sonreía como un loco.

Hui se agazapó en las sombras en lo alto de la serie de escalones de piedra. El clamor de la fuerza principal de los Cocodrilos Azules resonaba desde abajo: gritos de batalla y hurras, más los golpes de las espadas sobre escudos de bronce.

La silueta de Basti se tambaleó a la luz de la lámpara que iluminaba la entrada de su palacio. Estaba mirando a su ejército de degolladores que caían como chacales sobre el puñado de soldados que de alguna manera habían encontrado el camino hacia su fortaleza, sin darse cuenta de lo que aún estaba por llegar.

—¡Connmigo, los Azules! —bramó Tanus. Su voz resonó por encima del estruendo.

Como habían hecho en Gallala, sus hombres formaron un círculo, espalda con espalda, sus espadas todas a la misma altura.

La primera oleada de Verdugos del Desierto todavía no sabía con quién se estaban enfrentando. Pero una vez que el primer grupo de cuerpos cubrió el suelo, el resto retrocedió. Todavía eran muy numerosos y podían tomarse su tiempo eliminando a este pequeño grupo, por muy hábiles que fueran con sus espadas.

Pero entonces el ruido que subía por los escalones de piedra se convirtió en un tumulto, y una columna aparentemente interminable de hombres invadió la fortaleza. Hui se apretó contra la roca fría, observando a los Cocodrilos Azules que se metían en medio de los Verdugos del Desierto que se arremolinaban. Aquello no era una batalla. Era una matanza.

Hui vio las espadas destellantes, los chorros carmesíes que brillaban por un instante a la luz de las antorchas, los cuerpos que caían ante la implacable marea.

Cuando cayó el último Verdugo del Desierto, los guerreros se dirigieron hacia la amplia curva delante de la entrada del destartado palacio. Basti miró furioso a sus odiados enemigos, pero no había escapatoria para él.

Tanus se adelantó como un león al acecho de su presa.

—¡Basti el Cruel! —bramó—. Ahora eres mi cautivo, por la autoridad del faraón Mamose, y te enfrentarás a una justicia veloz por tus crímenes contra el pueblo de Egipto. La era de los Verdugos del Desierto ha terminado. Este es el regreso de la era de la paz y el estado de derecho.

Ante eso, el líder de los Verdugos del Desierto echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Muy pronto esas palabras volverán para atormentarte —dijo con su voz cargada de veneno—. No tienes idea de lo que te espera.

Los primeros rayos del sol atravesaron las profundas sombras de la fortaleza. Todos a la vez, los soldados levantaron sus copas brindando por el amanecer y lanzaron vítores. Ra los había bendecido con un nuevo día. El aire estaba cargado con los olores de la sangre y del basurero, pero los ánimos no decaían.

Otra victoria decisiva para Tanus, el gran Akh-Horus.

Hui estaba encaramado en una roca y miraba por encima de aquel bastión, observando al líder que se movía entre la Guardia de Cocodrilos Azules y felicitaba a sus hombres empapados

de sangre. Tanus conocía todos sus nombres, los detalles de la vida de cada uno. Ya les había permitido saquear las reservas de vino y cerveza de Basti, porque sabía que los hombres que vivían a la sombra de la muerte necesitaban celebrar la vida. Hui pudo ver por qué generaba una lealtad absoluta en todos los que lo seguían.

Basti estaba de rodillas con las manos atadas a la espalda, escupiendo bilis a cualquiera que se le acercara. Los cuerpos de los Verdugos del Desierto habían sido amontonados junto al basurero, un lugar apropiado para ellos. Pronto los Cocodrilos Azules iban a atacar los depósitos de riquezas saqueadas al pueblo para luego arrojar el botín por los escalones de piedra y devolverlo a las autoridades.

Sin embargo, a pesar de todas las celebraciones, Hui no se sentía parte de esa victoria. Había hecho lo que se le había pedido, y estaba agradecido de que Tanus le hubiera dado una nueva oportunidad de vida. Pero todo aquello era una distracción para su único objetivo. Él anhelaba regresar a Lahun, para salvar a Ipwet y detener a Isetnofret y sus monstruosos planes.

Tanus se acercó.

—¿No hay cerveza para ti? Te la has ganado. No habríamos podido asaltar este refugio fortificado sin perder muchos hombres si tú no nos hubieras mostrado el camino.

—Me complace que hayamos resultado victoriosos. Pero las palabras de Basti me preocupan.

Tanus se encogió de hombros.

—Ese hombre es una víbora, no un ave rapaz, y dice cualquier cosa para sembrar discordia e incomodidad. Olvida lo que dijo.

Hui vaciló. Él sabía a qué se refería Basti, pero era un tema que prefería evitar por temor a que lo manchara. Pero él sabía que los hicsos iban a atacar tarde o temprano, y apenas si podía creer que nadie parecía darse cuenta de esa amenaza.

—He oído hablar de bandas de bárbaros que vienen del Este... —empezó a decir.

Tanus parecía distraído.

—Siempre hay enemigos. Siempre hay historias de todavía más enemigos.

—Estos bárbaros son diferentes...

Esas palabras murieron en su garganta cuando Tanus entrecerró los ojos y lo miró.

—¿Qué sabes de ellos?

—Nada —respondió Hui con demasiada prisa—. Solo rumores entre los Verdugos del Desierto. Rumores de bandas de guerreros que entran hasta lo más profundo de Egipto, probando las defensas, preparándose para... quién sabe qué. Uno de los hombres de Basti me dijo que nuestros soldados atacaron a una de esas bandas en el Sinaí. Si eso fuera cierto...

—Si fueron atacados, fue porque eran bandidos, como estos Verdugos del Desierto, que asaltaban las caravanas y las minas, e interrumpían las rutas comerciales. No más que eso. No te preocupes. —Tanus volvió a mirar a Hui a la cara, como si pudiera sentir algo detrás de las palabras vacilantes del nuevo recluta—. A menos que haya algo más que puedas decirme...

Hui negó con la cabeza. No estaba dispuesto a dejar que Tanus pensara que era un traidor que había cabalgado con los bárbaros enemigos de Egipto. Ya era bastante malo que este gran hombre pensara que era un humilde ladrón y asesino.

—Bien. Tengo otro trabajo para ti. Algo para lo que solo tú eres bueno.

Hui frunció el ceño.

—Mi trabajo aún no ha terminado —continuó Tanus—. Algunos jefes Verdugos del Desierto aún están libres. Y no podré descansar hasta que los Verdugos del Desierto sean aplastados y todos sus líderes estén muertos, o sean mis prisioneros.

—Sé muy poco sobre los otros clanes.

Tanus agitó una mano para hacer callar a Hui. Se mostraba impaciente, su deber se imponía pesadamente sobre él.

Mis espías me dicen que los restos del clan de Akheku que se quedaron para proteger su botín se esconden en el desierto, con la esperanza de reconstruir su fuerza. Han estado sin rumbo desde que le corté la cabeza a su señor en Gallala, pero no puedo permitir que se recuperen, pues así seguirán regresando como ratas en un molino. —Señaló a Hui con un dedo—. En cambio, apostaré a que tú aprendiste mucho en el tiempo que pasaste con los Verdugos del Desierto. Cómo espiar. Cómo arrastrarte, gatear y escabullirte entre los hombres sin llamar la atención.

—Eso es verdad.

Así era, pero Hui no lo había aprendido durante su tiempo con los Verdugos del Desierto. Esa había sido su vida desde que huyó de Lahun.

—Mi buen amigo Taita ha vuelto a Tebas. Quiero que le lleves un mensaje, solo para sus oídos, y quiero que lo hagas sin llamar la atención, oculto ante la vista de todos. Nadie debe saber que fuiste enviado por mí.

—Eso puedo hacerlo —sonrió Hui.

Y empezó a sentir que se formaba otro plan en su cabeza. Si los dioses eran amables con él, aquella era su oportunidad.

Hui pasó rápidamente por el altísimo obelisco rumbo al bullicioso corazón de Tebas. La multitud se movía a su alrededor: ricos comerciantes vestidos con seda asiria y el lino más fino, y algunas de las mujeres más hermosas que él jamás había visto, los ojos brillantes con su maquillaje de malaquita, pelucas negras que brillaban como las alas de los cuervos al sol, junto a mendigos sucios cubiertos con harapos. Aspiró el dulce aroma del jazmín de algún jardín cercano, un breve respiro del opresivo olor a sudor, y siguió por una calle que conducía al puerto. Le dolían los oídos por el estruendo de voces en conflicto, todas luchando para ser escuchadas. Por mucho que amara a Lahun, verdaderamente Tebas debía ser la ciudad más grande de la tierra. Lo que de ella se decía no le hacía justicia.

Hui se sentó a la sombra de una palmera datilera para recuperar el aliento. Tal como había dicho Tanus, ahí era fácil esconderse a la vista de todos. No podía creer que existiera tanta gente en todo Egipto, y mucho menos en este solo lugar. La ciudad se extendía sobre ambas orillas del Nilo. Detrás de él, al este, estaba la vasta ciudad de la vida, el palacio del faraón y el Gran Templo uno al lado del otro, con vistas a las residencias de los ricos, y luego las casas de una

habitación de la gente más pobre que llegaban casi hasta el horizonte.

Se protegió los ojos del sol, y miró al otro lado de las resplandecientes aguas del Gran Río. Allí estaba la Ciudad de los Muertos, la Necrópolis, con los monumentos, los templos y las ordenadas calles de las procesiones. Retrocedió un poco cuando pasó una columna de peregrinos cantando y batiendo palmas. Sus túnicas habían sido teñidas del color del cielo con un círculo amarillo en el pecho. Devotos de Ra. Estos acólitos viajaban de todas partes de Egipto para ofrecer sus oraciones en Tebas, donde los dioses sin duda los escucharían más claramente.

Hui se unió al final de la fila de peregrinos. Todavía temía poder encontrarse con Bakari en las calles, o ser reconocido por alguno de sus hombres. Tanus no se iba a enterar de eso, por supuesto, pero debía tener mucho cuidado. No podía permitirse un desliz a esa altura, no cuando había llegado tan lejos.

Farid lo había guiado por los senderos desde el refugio de Basti hasta las afueras de Tebas, acompañado por tres de la Guardia de Cocodrilos Azules para protegerlo de los ladrones. Había muchos cerca de los accesos a la ciudad para robarles a los comerciantes cargados de mercancías. Cuando llegó, corrió a la casa donde le habían dicho que el eunuco Taita estaba esperando, y le entregó su mensaje. Era sobre alguna mujer, sin duda una de las amantes de Tanus, pero era lo suficientemente vago como para que Hui no pudiera descubrir su identidad. Estaba claro que el eunuco no pensaba muy bien de él. Pero había cumplido con su deber con Tanus. Luego Taita le dio un mensaje para que lo llevara de vuelta. Y así lo haría... pero no todavía.

Cuando los peregrinos se acercaron al río, Hui se mezcló entre los numerosos marineros y mercaderes. Enormes barcos crujían en sus amarras a lo largo del muelle, y los esquifes salpicaban el agua como moscas zumbando alrededor de un hipopótamo que dormita. Observó a los esclavos que cargaban fardos y tinajas para ubicarlos en las bodegas de los barcos, y a los marineros que revisaban los cascos en busca de rajaduras.

Su plan era subir a escondidas a bordo de una de las naves, para llegar lo más cerca de Lahun que pudiera. Cada vez que se permitía pensar en su hogar, a Hui lo dominaba la preocupación por la seguridad de Ipwet. Su hermana era fuerte. Pero no podía saber hasta dónde estaba Isetnofret dispuesta a llegar. ¿De alguna manera se había apoderado de la Piedra Ka, para con ella aumentar de manera inconmensurable su poder de hechicera? No podía saberlo. Pero tampoco podía permitirse ceder ante el miedo que debilitaba. Tenía que mantener la cabeza despejada.

Pero, al mirar a su alrededor, Hui pudo ver las fallas en su plan. No tenía con qué comprar su permanencia a bordo, y si se escondía, pronto sería descubierto por los muchos miembros de la tripulación que iban y venían sobre las cubiertas. No pasaría mucho tiempo antes de que lo arrojaran por la borda a las corrientes del río.

Estuvo yendo y viniendo por el muelle, tratando de descubrir una manera de solucionar su problema. Justo mientras Hui pensaba que no había solución, sintió que una mano le tiraba de la túnica. Bajó la mirada y se sorprendió al ver una cara conocida. El chico que lo había acompañado en la huida de Lahun, en la nave del malvado traficante Adom, le sonreía.

—Aún vives —le dijo.

—Se necesita mucho para matar a una rata como yo —respondió Hui, también con una sonrisa.

La cara del muchacho estaba llena de moretones, sin duda producidos por la mano de su amo. Hui se agachó y, por un momento, sus propias preocupaciones se desvanecieron.

—¿Quién es Adom? —le preguntó—. ¿Tu amo? ¿Tu padre?

El chico se encogió de hombros.

—Él es el único que he conocido.

—¿Cómo te llamas?

—Adom dice que no necesito uno. Basta con que me digas «Muchacho».

Hui sintió una oleada de lástima por el chico.

—Te daré un nombre. —Pensó un momento y luego dijo—: Tau. Significa ‘león’.

—¿Tau?

—Guárdalo contigo en tu corazón. Serás un león por el resto de tu vida.

El muchacho sonrió como si Hui le hubiera regalado todas las joyas de Egipto.

A la vez que crecía su desprecio por la crueldad de Adom, a Hui se le ocurrió una idea.

—¿Tu amo está aquí?

—Borracho, dormitando junto a sus mercancías, esperando pagar sus impuestos.

—¿Quieres ayudarme a darle una lección?

Tau no necesitó que se lo pidiera dos veces, y pronto estaba llevando a Hui hasta el muelle inferior donde estaban amarrados los barcos más pequeños. El chico apuntó con un dedo al destartado esqui de Adom. Una vez que Hui grabó la ubicación del bote en su memoria, siguió varios pasos detrás del muchacho hasta donde su amo estaba roncando. La enorme barriga de Adom se movía con cada ronquido; tenía sus dedos rechonchos entrelazados sobre el pecho y la baba le caía desde el borde de sus labios. Hui se agachó para no ser visto detrás de un montón de pacas donde podía ver a Tau llevar a cabo el plan susurrado con prisa por Hui.

—¡Adom! ¡Adom! —gritó el muchacho—. ¡Alguien está tratando de robar tus mercancías!

Incluso borracho, el temor de perder sus ganancias despertó al mercader. Se puso de pie rápidamente, agitando los brazos para mantener el equilibrio. Sus pensamientos iban varios pasos atrás, aletargados por la borrachera.

Con la cabeza baja, Hui salió corriendo de su escondite y chocó con Adom simulando algo accidental, mientras este se enderezaba.

El mercader retrocedió trastabillando hasta el borde del muelle, donde se balanceó por un momento. Sus ojos se agrandaron cuando finalmente llegaron sus pensamientos. Luego cayó al río con gran aspavento. Tau rio, vitoreó y aplaudió, y Hui se sintió complacido al ver tanta alegría en el muchacho. Le habría gustado un castigo más fuerte para Adom, pero la triste verdad era que Tau necesitaba a su amo, aunque a este se le fuera la mano. Un niño solo en el mundo sufriría un destino mucho peor.

Desde el agua llegaban los gritos de Adom. Marineros y mercaderes corrían desde todos lados, algunos para señalarlo y burlarse, otros para evitar que el mercader se ahogara en la

corriente.

Hui agitó su mano agradeciéndole a Tau y corrió hacia donde estaba amarrado el esquife de Adom. Soltó el cabo, saltó arriba y pronto lo estaba guiando aguas adentro.

—Ahora piensa bien en los daños que causas —murmuró Hui mientras pasaba junto a un Adom empapado que estaba siendo subido al muelle.

Cayó la noche y el viento cálido del desierto se enfrió. Hui se acostó en el esquife y dejó que la corriente lo llevara. Los remos le daban mucho trabajo duro, pero el esquife era lo suficientemente pequeño como para remar con ambos, apoyándose en uno, y luego en el otro, al menos por un tiempo. Pero a ese ritmo iba a estar casi agotado para el momento en que llegara al canal hacia Lahun.

El río estaba tranquilo a esa hora. Los barqueros se habían detenido en las orillas para descansar hasta el amanecer, cuando pudieran ver para navegar. Hui sabía que no podía permitirse ese lujo. Mientras iba a la deriva, cantó una canción que su padre le había enseñado cuando era niño, sobre cómo el río era como la vida misma, y pronto sintió que las lágrimas le quemaban las mejillas.

Cuando Hui vio el brillo en la oscuridad, pensó que era un efecto de la luz de la luna. Pero se dio cuenta de que era un fuego en algún lugar más allá del borde de tierra fértil.

Ese fuego lo intrigó. ¿Quién iba a encender una fogata allí, a esa hora? ¿Una caravana? Ninguna de las rutas comerciales pasaba cerca de esta parte del río. Ciertamente no los Verdugos del Desierto. Si algunos hubieran sobrevivido a la furia de Tanus, estarían escondidos en lo profundo de los páramos, sin llamar la atención sobre sí mismos. Este era alguien a quien no le importaba ser visto, alguien que se sentía cómodo con el poder que tenía.

Hui dirigió el esquife hacia un costado.

Mientras se alejaba sigilosamente de los campos de cultivo hacia las laderas rocosas de una colina, aspiró un olor conocido y sonrió. Tenía razón, pero tendría que proceder con absoluta precaución a partir de ese momento.

La banda de guerreros hicsos descansaba en un valle poco profundo a media altura de la ladera. El extremo abierto del valle apuntaba hacia el río, por eso él pudo ver la fogata. La brisa le trajo de nuevo el olor de los caballos. Eso lo reconfortó; había aprendido a amar a esas magníficas bestias tanto como las amaban los hicsos.

La fogata del campamento crepitaba y las llamas se elevaban al cielo. La luz vacilante bañaba las tiendas y producía destellos dorados de los carros alineados al borde del campamento. El corral donde guardaban los caballos estaba cerca del frente del grupo de tiendas, como siempre, en caso de que los bárbaros tuvieran que cabalgar sin aviso previo. Observó las siluetas de los mozos de caballos que dormían debajo de los vientres de los animales. Tendría que ser más sigiloso de lo que jamás había sido en su vida.

Hui se arrastró por el borde del valle hasta que estuvo seguro de que el único centinela era el

que hacía guardia en la boca del valle, y luego se deslizó cuesta abajo. A medida que se acercaba al borde del campamento, se agachó y se movió con una lentitud desesperante. Esos bárbaros dormían con un ojo abierto.

Esta era la mejor oportunidad que tenía de llegar a Lahun rápido y regresar antes de que Tanus pensara en su demora.

Hui se acercó por el borde de las tiendas. Apenas podía distinguir las formas de los caballos que dormitaban parados. Los que dormían más profundamente estarían acostados con sus mozos de caballos acurrucados junto a ellos.

El corral, que los hicsos llevaban consigo y trataban con tanto amor como todo lo que tenía que ver con sus caballos, estaba hecho de ramas atadas con correas de cuero. No iba a soportar su peso si intentaba trepar por encima. En cambio, subió por los travesaños superiores de la puerta.

Apenas había deslizado sus dedos a lo largo de la madera cuando un relincho agudísimo interrumpió el silencio de la noche. Adelante, Hui pudo ver la silueta de una bestia que sacudía la cabeza arriba y abajo, haciendo volar sus crines.

Hui casi gritó sorprendido. Pero era demasiado tarde. Desde el otro lado del campamento, llegaban ruidos. El tintineo de las espadas. Solapas de tienda que se abrían.

Los hicsos se estaban levantando.

Los ruidos de un caballo alterado eran para ellos como la alarma de un centinela. Hui se movió por el corral, buscando la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —Un mozo de caballos con ojos somnolientos apareció delante de él.

—Ese es... ¿Ese es Hui? —dijo otro.

Hui se tambaleó al escuchar su nombre. ¿Cómo podría alguien haberlo reconocido? Era extraño. Sonaron voces con preguntas por todas partes. Ruidos de pasos iban en dirección a él.

—¿Dónde está la puerta? —preguntó Hui.

—Tres vallas a tu derecha —informó el mozo de caballos más cercano, respondiendo a la autoridad en la voz de Hui.

Cuando Hui avanzó tanteando las ramas, las voces inquisitivas se convirtieron en rugidos de alarma, el ruido de pasos se convirtió en trueno. Sintió que todo el campamento se lanzaba tras él.

Una flecha se clavó en el suelo cerca de sus pies.

—La próxima te va a atravesar el corazón —gruñó una voz—.

Date vuelta.

La mano de Hui se deslizó sobre la correa que ataba la puerta. Él sabía lo hábiles que eran aquellos arqueros hicsos. Se dio vuelta.

Una fila de bárbaros lo miraba desde la hilera de tiendas, todos tenían una cruel espada curva en la mano. El que tenía el arco ya había colocado una segunda flecha, que apuntaba a su corazón.

Mientras Hui recorría con la vista aquella fila de rostros fríos y ojos negros, los bárbaros del

centro se abrieron para dar paso a un hombre alto que caminaba hacia ellos, su silueta recortada contra la fogata.

—¿Quién es este intruso? —rugió el hombre, molesto porque le habían perturbado la noche. Miró bien a Hui y su expresión se endureció—. Vaya, Ratoncito, veo que has decidido regresar con nosotros.

Las llamas parpadearon y las sombras resaltaron la expresión del rostro de piel aceitunada de Khyan.

Hui se puso rígido. Había calculado que el cuerpo del capitán habría sido limpiado por los buitres hacía mucho tiempo. Le sorprendió que la banda de guerreros hubiera sobrevivido a su encuentro con la unidad egipcia, y que seguramente salieran victoriosos, pues su número no parecía haber disminuido. De todos modos, no podía comprender por qué estaban allí, tan lejos del Sinaí.

La sonrisa de Khyan se tensó. Sin duda, había visto la sorpresa en el rostro del fugitivo que tenía delante.

—Un encuentro casual, entonces. Nuestros caminos siempre tenían que volver a cruzarse, los dioses se ocuparían de eso.

—¿Qué están haciendo aquí? —quiso saber Hui.

El capitán se golpeó un lado de la nariz.

—¿Tú crees que estamos aquí por casualidad? Hemos estado tramando esto durante mucho tiempo, Ratoncito, más tiempo del que tú has vivido.

Hui pensó en mentir, pero pudo ver en el rostro de Khyan que cualquier cosa que dijera sería inútil.

—Te advertí sobre lo que pasaría si no permanecías leal y fiel —dijo el capitán, como si pudiera leer sus pensamientos—. Te acogimos, te tratamos como a uno de los nuestros.

Hui percibió un movimiento que cruzaba el rostro del capitán... Una sensación de traición, tal vez, incluso de dolor. Después de todo, hubo amabilidad después de que Hui le salvó la vida. Le enseñó a manejar el carro, un secreto que nadie fuera de ese clan debería saber, Hui estaba seguro de ello.

—Le diste la espalda a nuestra amistad —estaba diciendo Khyan—. Cuando más te necesitábamos, en vísperas de una gran batalla. Y robaste uno de nuestros arcos. Eso podría haber costado vidas. Por suerte, nosotros somos muy fuertes, mucho más fuertes. Los hicsos nunca fallan. —Hizo una pausa mirando a Hui de arriba abajo—. No te consideré un cobarde, ni un chacal traicionero, pero ese fue mi error. El cual ahora voy a corregir. Yo mismo te cortaré la cabeza. No tiene sentido que corras, lo sabes.

Hui lo sabía muy bien. Había visto lo rápidos que eran los hicsos, incluso a pie. Estaría muerto antes de llegar a mitad de camino hacia el centinela que custodiaba la entrada al valle.

Se dio cuenta de que solo tenía una opción y entonces Hui se abalanzó sobre la correa en la puerta, agachándose mucho mientras la abría. Se movió de un lado a otro, sabiendo que el arquero no se arriesgaría a soltar su flecha y darle a uno de los queridos caballos.

Cuando la puerta se abrió, Hui se lanzó dentro del corral. Los mozos de caballos se apartaron

de él, pensando que estaba loco. Los caballos golpearon sus patas en el suelo y se encabitaron, asustados por la repentina actividad. Una patada en el aire le pasó cerca, un golpe que podría haberle roto el cráneo. Al final, se alejó rodando. Sintió la vibración cuando golpeó el suelo, y luego avanzó entre la masa palpitante de tendones y huesos.

—¡Fuera! —gritó Hui tan fuerte como pudo—. ¡Fuera!

Se alzó, agitando los brazos. Cada vez más nerviosos, los corceles chocaron contra él y pensó que podían aplastarlo. Pero gritó todavía más, hasta que el pánico se apoderó de los animales y salieron atropelladamente del corral para atravesar el campamento.

Los bárbaros se apartaban de su camino mientras los caballos rompían las tiendas y seguían en estampida por el valle.

Hui vio el caballo que quería, y reconoció la mancha blanca en la nariz. Rayo de Luna, su viejo corcel, tenía los ojos desorbitados, pero Hui se lanzó hacia adelante y lo calmó con suaves susurros y caricias de su mano. Rayo de Luna fue el caballo que perturbó el campamento con sus relinchos, se dio cuenta en ese momento. La bestia debió reconocer el olor de su antiguo mozo de caballos y decidió darle la bienvenida, pues el vínculo entre el mozo de caballos y su caballo era realmente intenso. Y Rayo de Luna era en ese momento el caballo que le iba a salvar la vida.

Se subió al lomo del animal y lo hizo avanzar. Rayo de Luna salió al galope del corral y Hui lo dirigió hacia la entrada al valle. Pudo ver a Khyan que corría hacia él, espada en alto. Su rostro estaba retorcido por la rabia. En ese momento Hui añadía insultos a la traición, tratando de robar uno de sus preciados sementales. Consumido por la amargura, el capitán agitó la espada por encima de la cabeza mientras avanzaba corriendo. En ese momento, la muerte de Hui era lo único que le importaba.

Con una reacción instintiva, Hui hizo que Rayo de Luna se dirigiera hacia Khyan. El capitán se echó hacia atrás cuando la bestia se lanzó hacia él, y en el último momento Hui hizo girar de nuevo al animal. Mientras acomodaba su peso, pateó con el pie. Su suela de cuero golpeó la cara del capitán, que rodó por el suelo.

—¡Vamos, Rayo de Luna, vamos! —gritó Hui, y su caballo galopó veloz hacia la entrada al valle y el sendero iluminado por la luna que descendía por la ladera. Aferrándose con todas sus fuerzas, Hui miró por encima de la cabeza del caballo y vio que el centinela había abandonado su puesto. Respiró aliviado. No más peleas por el momento. El camino estaba libre.

El jinete galopaba por el suelo yermo, levantando una nube de polvo a su paso. Adelante, las lámparas de Lahun ardían durante la hora previa al amanecer.

Hui había estado cabalgando sin parar desde que escapó del campamento de los hicsos. Siempre que era posible, elegía algún camino con suelo pedregoso para que las huellas de Rayo

de Luna no fueran visibles. Tarde o temprano los bárbaros iban a descubrir la dirección en la que había huido —él sabía que sus exploradores y rastreadores eran muy buenos—, pero esperaba haber completado su misión antes de que lo alcanzaran.

Y si le cortaban la cabeza entonces, que así fuera. Al menos finalmente había hecho justicia en nombre de Khawy.

Las blancas murallas de Lahun se alzaban en la oscuridad como huesos blanqueados de una bestia gigante. Las lámparas en las torres de vigilancia parecían guiñar cuando los vigilantes pasaban delante de ellas. Para entonces ya debían haber oído el golpeteo de los cascos de Rayos de Luna al acercarse, aunque estuviera perdido en la oscuridad. Efectivamente, se oyó un grito de alarma que fue pasando de boca en boca a lo largo de la muralla.

Ese era el momento crítico. De alguna manera, Hui tenía que entrar sin que sonara ninguna alarma para luego escabullirse hasta la Ciudad Alta, sin ser reconocido. ¡Una hazaña digna de los mismos dioses! Pero él tenía un plan.

Al ir acercándose a las puertas de la ciudad, Hui redujo la velocidad de Rayo de Luna y lo hizo girar para que trotara a lo largo de la muralla, fácilmente visible en esa franja de luz de las lámparas. Hui imaginó que los centinelas verían maravillados a aquella gran criatura. Nunca habían visto algo así antes. Eso seguramente iba a serenar sus lenguas y los alentaría a investigar más a fondo cuando estuviera dentro.

Hui se sorprendió al no escuchar jadeos de exclamación o excitadas preguntas sobre la extraña bestia que montaba, pero la puerta, de todos modos, se abrió entre crujidos. Era extraño. Condujo a Rayo de Luna por el espacio en sombras y hacia la luz de la lámpara al otro lado.

Uno de los centinelas lo saludó como si fuera un viejo amigo. Hui estaba desconcertado. Estos hombres nunca antes habían visto un caballo. ¿Y por qué no detenían a un extraño que llegaba en las horas de oscuridad?

Pero Hui no iba a cuestionar su propia buena fortuna. Mantuvo la cabeza baja para que no se le viera la cara, bajó del lomo de Rayo de Luna y lo condujo a uno de los abrevaderos para los burros de los mercaderes. Una vez que ató a Rayo de Luna al poste, le acarició el cuello en agradecimiento por su servicio y se alejó.

El almacén al que había prendido fuego cuando escapaba había sido reparado, pero en las paredes todavía podían verse algunas vetas chamuscadas. Un ligero olor a quemado salía del interior, pero pronto fue ocultado por el hedor de los basureros entre las chozas de los más pobres de la Ciudad Baja.

Lahun todavía dormía, pero no faltaba mucho tiempo para que la ciudad comenzara a activarse para dar inicio a los trabajos del día. Hui necesitaba que su misión estuviera terminada para entonces, y ya estar cabalgando de regreso a Tebas, si es que quería tener alguna esperanza de sobrevivir.

Se sintió aliviado al respirar el aire perfumado de jazmín de la Ciudad Alta. Sintió un cosquilleo en la columna, no por recordar las calles como cuando corría por ellas como un enérgico y despreocupado muchacho, sino como la vez en que fue arrastrado por ellas como un cautivo acusado de asesinato.

Hui se detuvo al llegar al frente de la casa de su padre, aunque en ese momento era la guarida de una zorra asesina. Levantó la vista por encima de las paredes hasta el techo plano, donde él y Khawy solían sentarse para charlar y observar los estados de ánimo cambiantes de la ciudad. Los pensamientos que lo asaltaban hicieron que el dolor surgiera tan claro y agudo como el día en que su padre murió.

Sus dedos se cerraron alrededor del mango de su cuchillo y los apretó hasta que pensó que sus nudillos podrían romperse. Una cuchillada por esa orgullosa garganta era lo único que se necesitaba.

Hui atravesó la verja y se dirigió a la casa. Dentro del pasillo oscuro, inhaló y se dio cuenta de que olía diferente, más agrio de alguna manera, como si la leche de cabra se hubiera cuajado. Imaginó a su madre trabajando en sus pociones y venenos sabiendo que no había nadie que la condenara, canturreando hechizos e invocando maldiciones.

Mientras Hui atravesaba como un fantasma el suelo de piedra caliza, un tenue rumor de voces retumbaba en sus oídos. ¿Por qué alguien estaba despierto a esa hora? No pudo imaginarlo. Guiado por el sordo zumbido, llegó a la oficina de su padre, iluminada por la luz de una lámpara. Hui se ocultó detrás de una columna y escuchó.

Parecía que eran tres hombres, y uno de ellos le resultó conocido.

Y por supuesto, ahí apareció Qen. Tenía el ceño fruncido, su rostro tan sombrío como cuando era dominado por aquellos accesos de ira cuando era joven. Estaba golpeándose la palma de una mano con el puño. Hui sintió su propia ira cuando vio que su hermano vestía la túnica más fina de su padre, aquella de color marfil y bordada con un intrincado diseño del sol en oro y escarlata: el carro de Ra, derramando la abundancia sobre la tierra.

—No debe haber lugar para el error —decía Qen mientras se paseaba por la oficina—. Todo lo que hemos planeado durante varias temporadas depende de esta reunión de hoy.

—Estamos bien preparados.

Hui se corrió al otro lado de la columna y vio que quien hablaba era Madu, un anciano y rico comerciante, de barriga grande y voz profunda. El tercer hombre era más pequeño y tranquilo, de piel oscura y ojos hundidos. Se llamaba Zaim.

—Pero no podemos correr riesgos —replicó Qen—. A los hicsos les gusta hablar y hacer trueques, pero pueden tomar fácilmente lo que quieran, con abundante sangre, si no les gusta lo que oyen.

—No hay motivo para que nos ataquen —aseguró Zaim apenas un poco más fuerte que un susurro—. Ya lo dejamos claro. Somos amigos.

Qen resopló.

—Los hicsos no tienen amigos. Lo único que ven son gente que les dará riquezas y poder, y gente que los desafía.

—Entiendo que tu corazón late con fuerza y tu sangre está alterada cuando hay tanto en juego —intervino Madu, tratando de calmar a Qen—. Pero ya llevamos bastante tiempo con los hicsos, primero en su campamento del desierto y luego aquí, lo sabes. Les mostramos nuestro acuerdo, y parecían contentos con el arreglo que propusimos. Ya se están moviendo por las calles de Lahun

como si fuera un hogar lejos del hogar.

Hui apretó los dientes. En ese momento entendió lo que había visto y oído antes de huir de Lahun: la banda de guerra de los hicsos estaba muy cerca; los intentos de Qen de persuadir a su padre para que adoptara una actitud más amistosa al tratar con los bárbaros... ¿Hacía cuánto tiempo que se había puesto en marcha esta traición?

Qen cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y respiró hondo para serenarse.

—Tienes razón. Compartimos un vínculo. Nuestro servicio a Seth, y la adoración a Sutekh de ellos: diferentes nombres, pero el mismo dios. Ellos entienden nuestros rituales y nuestras oraciones. Podemos aprender los corazones los unos a los otros, por lo que es justo que compartamos el poder aquí en Lahun.

Zaim asintió con un gesto.

—Contigo como gobernador, y tu madre a tu lado, y todos nosotros como fieles consejeros. Esto es mejor que el derramamiento de sangre. Los hicsos van a venir, hagamos lo que hagamos, y van a dominar la totalidad de Egipto como una marea carmesí. El Gran Señor Bakari parecía tener poco interés en ellos. Si así están las cosas en torno al faraón, no se va a planear ninguna resistencia hasta que sea demasiado tarde. ¿Por qué nosotros no íbamos a cuidarnos a nosotros mismos?

«Cuidarse ustedes mismos —pensó Hui con un estallido de ira— mientras venden la ciudad y a todos los que viven aquí a esos sanguinarios bárbaros que tomarán todas las riquezas de Lahun y convertirían en esclavos a todos los ciudadanos».

Su padre nunca habría accedido a ello, ni aunque Lahun hubiera estado sitiada. Hui evocó una imagen de Khawy haciendo planes para formar un ejército con el que luchar contra cualquier asalto bárbaro. ¿Fue ese otro motivo de su asesinato, aparte de los simples celos? ¿Habían Isetnofret y Qen ya decidido que sus destinos estaban con los invasores?

Por eso los centinelas en las puertas de la ciudad no se sorprendieron al ver un caballo. Habían estado viendo llegar a los emisarios hicsos una y otra vez, y probablemente pensaron que era uno de ellos.

—Todo se decidirá cuando llegue el negociador hicsa hoy —dijo Qen con alivio.

«¿Era Khyan el negociador, o estaba protegiendo a ese hombre en su banda de guerreros?», se preguntó Hui. Eso explicaría por qué se había aventurado tan lejos del Sinaí.

—Y será simplemente cuestión de esperar a que los hicsos den a conocer sus planes —continuó Madu—. Pronto, creo. Todas las alabanzas a Seth, Señor del Caos, nuestro Dios del Fuego y el Desierto.

—Todas las alabanzas a Seth —repitió Zaim.

—Todas las alabanzas —murmuró Qen mientras se dejaba caer en un banco.

Su rostro estaba demacrado y parecía haber envejecido diez años desde la última vez que Hui lo vio.

«¿Por qué no lo odio?», se preguntó Hui.

Con todo derecho, debería odiarlo. Sin embargo, incluso después del asesinato de Khawy, lo único que Hui podía ver era al niño con el que había crecido, con el que jugaba, y del que se

ocupaba durante aquellos largos años.

En ese momento, ya no le quedaba demasiado tiempo. Si Khyan llegaba pronto a Lahun, Hui sabía que sería reconocido por esos bárbaros moviéndose por toda la ciudad y entonces su destino sería verdaderamente terrible.

Qen y los otros dos hombres parecían estar manteniendo una discusión sobre otro ritual que Isetnofret estaría realizando en el nombre de Seth esa noche. Eso debería darle tiempo para terminar con la vida de su madre sin que Qen lo descubriera. Era poco lo que podía hacer respecto de los hicsos. El destino de Lahun había sido decidido. Pero ¿qué pasaba entonces con Ipwet?

Al pensar en su hermana, Hui sintió un nudo en el estómago. La iba a buscar antes de irse y trataría una vez más de persuadirla para que lo acompañara. El destino podría haberlo hecho de esa manera, pero así era él ahora, estaba convencido.

Hui salió de detrás de la columna y se metió en las sombras más allá de la luz de la puerta de la oficina. Murmuró una plegaria, sabiendo que solo bastaría una mirada en dirección a él para que Qen sintiera su movimiento en la oscuridad, y con su corazón acelerado, pasó por delante de la entrada rumbo a las escaleras.

Hui se apresuró a subir las escaleras hacia los dormitorios del modo más silencioso que pudo. Sintió que una extraña calma se apoderaba de él mientras se dirigía a la habitación de Isetnofret. Todo lo que había hecho desde que huyó de Lahun conducía a este momento. Finalmente, iba a encontrar paz. Finalmente, su padre sería vengado.

Hui llevaba el cuchillo delante de sí y giró un poco la hoja de modo que reflejó la luz de la luna que entraba por la ventana.

«Un corte —se dijo a sí mismo—. Un solo corte».

Se apretó contra la pared en el borde de la puerta de Isetnofret, y escuchó el constante subir y bajar de una respiración. Estaba dormida, tal vez soñando. ¿Con qué? ¿Con el poder que pronto iba a tener en sus manos, el máximo poder detrás de Qen con todo Egipto ante ella, manipulándolo, retorciéndolo, corrompiéndolo todavía más?

Hui llegó a la puerta.

Isetnofret estaba en su cama, desnuda, sus pechos sueltos, el pelo negro desplegado sobre la suntuosa almohada. La luz de la luna caía sobre su cuello desnudo, casi como si los dioses estuvieran mostrándole a él el camino.

Hui levantó el cuchillo. Le temblaba la mano.

Hui ahogó un sollozo. Tenía que hacerlo. Tenía que terminar con la vida de su madre, por todo lo que había hecho y por todo lo que iba a hacer. Su cabeza brilló con la imagen de la sangre de ella al brotar y empapar el lino blanco debajo, con Isetnofret gorgoteando, agarrándose la garganta, y él inclinado, empapado en la sangre de ella, mirando la luz que moría en aquellos ojos.

Pero ¿dónde estaba la alegría que debería sentir al imaginar aquello? ¿Dónde estaba la liberación..., la paz?

Su mano temblorosa cayó. Había aprendido a luchar y a matar, pero Hui no era un asesino a

sangre fría. Nunca pensó que iba a sentirse así. Tendría que obligarse a hacerlo, entonces, aunque sería condenado por toda la eternidad. Se lo había prometido a sí mismo, por la memoria de su padre.

Hui dio un paso más allá del umbral.

Una mano cayó sobre su hombro y casi gritó, pero esos dedos que lo agarraban lo tiraron hacia atrás, lo hicieron girar contra la pared y otra mano le tapó la boca antes de que pudiera pronunciar una palabra. Tenía una cara tan cerca que podía sentir el aliento rozándole la mejilla, y se dio cuenta de que estaba mirando profundamente en los ojos de Ipwet.

Estos brillaron con un cálido reconocimiento al ver a su amado hermano de nuevo, y Hui sintió una oleada de amor que lo sorprendió. Ipwet le puso un dedo en los labios, solo para estar segura de que no hiciera nada tan tonto como gritar, y luego lo arrastró hacia su habitación.

Ipwet arrojó sus brazos alrededor de él y apoyó el rostro en su hombro. Lo abrazó así por un momento, en silencio, y Hui creyó sentir lágrimas en su piel, pero no, esa no sería su hermana. Cuando se apartó, ella le sonrió.

—Siempre supe que eras un tonto —susurró—. Volver aquí, donde pende sobre ti una sentencia de mutilación y muerte. ¿Había algún pensamiento racional en tu mente, alguno que tuviera sentido?

—Vine a salvarte... —comenzó Hui.

—¿Pensaste que podría estar durmiendo en la habitación de mi madre? Sea lo que fuese lo que estabas planeando... y no me voy a detener en si está bien o está mal... Este no es el momento. Un paso más en la habitación de Isetnofret y habrías muerto.

—Isetnofret estaba dormida.

—Sí, pero las cosas que ella conjura todas las noches antes de acostarse estarían vigilando.

—¿Cosas?

—Mi madre es una hechicera, lo sabes tan bien como yo. Ella realmente tiene el poder de... —Ipwet se encogió de hombros—. Pero si vuelves a su habitación ahora, y miras abajo, verás un círculo pintado en el suelo alrededor de su cama y los jeroglíficos de invocación. Ella me advirtió que nunca debía entrar allí durante las horas de oscuridad. Una vez me aventuré a acercarme, y juro que escuché unos silbidos, como si la habitación estuviera llena de serpientes venenosas.

Cuánto de aquello era real y cuánto era pura imaginación de Ipwet, Hui no podía saberlo. Pero temía a Isetnofret, no había duda de eso. Ella era capaz de cualquier cosa.

Cuando la sorpresa de ver a su hermana se desvaneció, Hui la miró bien y vio que vestía poco más que harapos, manchados y sucios. Se sorprendió. Solo podía recordar a Ipwet con los mejores vestidos.

Ella siguió su mirada.

—A mi madre no le gustó que yo te ayudara a escapar. —Su voz sonó resentida.

Hui dejó que su atención recorriera aquella habitación, y en ese momento la vio bajo una nueva luz. No había cama y esta había sido reemplazada por una estera de juncos como las que los esclavos usaban para dormir, y todas sus posesiones le habían sido retiradas. Sintió náuseas al ver a su hermana castigada de esa manera, y apenas pudo imaginar las penurias que Isetnofret

había acumulado sobre ella.

—¿No te ha hecho daño? —susurró Hui.

—No. —Las palabras «no todavía» quedaron sin pronunciar.

Hui sintió una oleada de alivio, pero sabía que solo era cuestión de tiempo hasta que Isetnofret aplicara una venganza más brutal.

—¿Y la Piedra Ka?

—Hace mucho que no está por aquí. Se la llevó el Gran Señor Bakari.

El alivio de Hui aumentó. Seguramente su madre sintió una gran frustración cuando eso ocurrió.

Agarró a su hermana por los hombros y le dijo:

—Isetnofret tiene que pagar por la muerte de nuestro padre.

Los ojos de Ipwet eran opacos en la oscuridad, pero luego los primeros rayos de la luz del sol irrumpieron por la ventana y la llama parpadeó en el centro de ellos.

—No me voy a interponer en tu camino. Mi madre se ha mostrado de muchas maneras desde que te fuiste. Ella tiene un corazón negro. Tengo miedo de lo que ella es capaz de hacer. Pero también tengo miedo de lo que este acto te hará a ti. Tú no eres el hombre que veo delante de mí.

—Sí lo soy.

—No —insistió ella con firmeza—. Tu verdadero yo todavía se esconde dentro de ti como un niño asustado, y no debes hacer nada para dañarlo.

—¿Un niño? He cabalgado con bárbaros, he asaltado con asesinos, y he luchado al lado de los soldados más valientes de todo Egipto.

—Y, sin embargo, sigues siendo un niño. —Ipwet le tocó la mejilla.

Pero luego su sonrisa se desvaneció y el disgusto pareció dominar sus gestos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó él.

—Hoy me van a ofrecer en matrimonio.

—¿Van a casarte? ¿Con quién?

—Con un señor de la guerra hicsu, por supuesto. ¿Con quién, si no? —Su voz era amarga, y dirigió su mirada hacia los rincones oscuros de su habitación—. Un hombre repugnante, sucio, cruel y frío.

—Eso es una locura.

La risa de ella sonó hueca.

—¿Locura? De ninguna manera. Esto tiene mucho sentido, para Isetnofret, al menos. ¿Qué mejor manera de sellar el acuerdo con nuestros nuevos amos y a la vez castigarme a mí?

Hui se sintió asqueado al ver la consternación en los ojos de su hermana. Es verdad que Khawy había arreglado el matrimonio de Ipwet para tratar de relacionarse con otra familia poderosa. Esa era la tradición. Pero esto era diferente. Arrojar a Ipwet a los bárbaros, que tenían diferentes formas de vida, diferentes creencias, solo para asegurar el control de su madre sobre su propio poder. No creía poder odiar más a Isetnofret, pero en ese momento pudo. Primero Qen, ahora Ipwet. Sus dos hijos usados como piezas en su gran juego de «senet», jugado por reyes y por hombres comunes, que simulaba el viaje del Ka, el espíritu, al más allá.

Hui se dirigió a la puerta, con la renovada decisión de terminar con la vida de su madre. Pero luego prestó atención y vio la luz rojiza del sol naciente que teñía la hoja de su cuchillo con el color de la sangre. Las sombras se alejaban de Lahun. Llegaba un nuevo amanecer, y pronto los hicsos estarían ahí. Su mirada se detuvo en el rostro desesperado de Ipwet.

Podía matar a Isetnofret, sin importar los conjuros que hubiera hecho para proteger su habitación, estaba seguro de ello. Pero ¿podría él impedir que gritara? Qen y los demás iban a escucharla. Las chances de escapar eran ínfimas.

Y luego la vida de Ipwet tal como ella la conocía iba a terminar.

Cuando imaginaba las maneras de hacer lo que debía hacer durante las muchas noches de su exilio, sabía que con la venganza perdería su propia vida. A Hui no le molestaba eso. Pero no podía abandonar a Ipwet.

—Ven conmigo —gruñó—. Ven conmigo ahora y nos alejaremos de Lahun. Esta vez no aceptaré excusas.

Ipwet asintió sin palabras. Sus ojos brillaban con amor. Corrió hacia él y le tomó la mano, y juntos pasaron por delante de los dormitorios para bajar por las escaleras. Hui sintió una punzada momentánea de amargura cuando pasó junto al dormitorio de Isetnofret. Durante tanto tiempo había ardido con el deseo de la venganza, pero esa noche aprendió que había cosas en la vida que eran más importantes, como salvar a Ipwet y el amor que compartían. No olvidaría lo que tenía planeado para su madre. Ese destino solo se había postergado.

Se oían voces en la oficina de su padre. Hui instó a su hermana para moverse con el mayor silencio posible. Qen y los demás se estaban riendo y celebrando alegre y ruidosamente. Hui e Ipwet avanzaron en puntas de pie hasta que llegaron a la puerta, y luego sus pies volaron sobre las piedras.

Hui miró a su hermana y vio que se reía en silencio, y lo hacía con alegría. Para ella, esta liberación nunca había sido una posibilidad. Y él la había salvado. Él, Hui, el pícaro de corazón negro, el cobarde, el fracasado.

Corrieron a través de la Ciudad Alta, y entraron en la Ciudad Baja, de la mano, mientras Lahun cobraba vida alrededor de ellos. Hombres con ojos somnolientos que salían tambaleándose de sus chozas para hacer sus necesidades al borde de la calle. Niños que lloraban pidiendo alimento. Madres cantando para calmar a sus bebés. Un alfarero que llevaba carbón para su horno.

Hui e Ipwet corrieron relajados, la falda de ella volaba por detrás, hasta que llegaron a la calle que corría junto a la muralla. Los centinelas nocturnos bajaban por las escaleras de sus torres, despidiéndose alegremente de sus camaradas, y los guardias para el día se preparaban con rostro sombrío por la tarea que tenían por delante.

En el abrevadero, Rayo de Luna sacudió sus crines cuando vio acercarse a su amo. Ipwet abrió la boca.

—¿Tienes una de estas bestias?

—Su nombre es Rayo de Luna. Es tan brillante como el orbe que ilumina la noche, y es fuerte y rápido.

Ipwet lo miró como si estuviera loco.

—Un caballo, Hui. No eres un hicsos.

—Puedo montar como si lo fuera.

—Dime, no esperarás que me suba a esa cosa...

—Espero que uses ese ingenio que siempre fue superior al mío. Tú montas y nosotros escapamos. No montas, y esperas aquí a tu nuevo marido.

Hui se rio, pero cuando la miró a la cara, vio que allí había miedo.

—Debes confiar en mí —insistió—. He aprendido a montar, y lo hago bien. Pon tus brazos alrededor de mí y agárrate fuerte. Volaremos por el desierto como el viento. Hacia una nueva vida para ti. Una vida mejor.

—¿Dónde?

—En Tebas.

Hui estaba seguro de que Tanus lo ayudaría a encontrar un lugar para que viviera Ipwet y una forma para que ella se alimentara.

—Te lo dije, ahora soy un soldado muy respetado. Disfruto de la gloria que cae sobre la Guardia de Cocodrilos Azules. Confía en mí, Ipwet. Tú me salvaste la vida y ahora yo salvaré la tuya. Tebas es una ciudad de maravillas, y todo lo que tiene para ofrecer será tuyo.

Hui se dio cuenta de que ella reconocía su oratoria, pero por una vez, ella no se burló. Ipwet aceptó y pronto estuvo montada en Rayo de Luna con sus brazos envueltos alrededor de su hermano con toda su fuerza. Hui gritó para que le abrieran las puertas de la ciudad e hizo avanzar a Rayo de Luna. Cuando el caballo se lanzó al galope, Ipwet gritó y se agarró con más fuerza, y Hui la imaginó con los ojos bien cerrados y se rio, con una profunda alegría que no sentía desde hacía mucho tiempo.

La sombra de la muralla pasó por encima de ellos, y entraron en el desierto, levantando nubes de polvo que ondeaban a su paso, cabalgando sin parar hacia el sol rojo que vibraba en la línea del horizonte.

La fina nube de polvo brillaba en la neblina que producía el calor.

Hui sintió que su corazón se hundía cuando percibió aquella línea que se alzaba en el páramo y avanzaba hacia ellos. Solo podía ser una cosa. Y sabía que si él podía ver acercarse a la banda de guerra de los hicsos, Khyan podía reconocer la nube de polvo delatora de un solitario jinete que atravesaba el territorio vacío. ¿Cuán difícil sería para él darse cuenta de que era el odiado Hui, quien lo traicionó y le robó uno de sus preciados corceles?

—¿Quizás no nos han visto! —gritó Ipwet, pegada a su espalda. Su inteligencia era más aguda que la de él, y ella ya había adivinado lo que significaba aquella nube.

—Los ojos de los hicsos pueden ver a grandes distancias, pues pasan días y días con sus caballos en campo abierto. Ellos ya nos vieron.

Tres nubes más pequeñas se separaron del grupo en movimiento, girando y volando como

una flecha hacia ellos.

—¡Agárrate fuerte! —gritó Hui—. Los bárbaros son más hábiles en la silla de montar que yo, pero recemos para que sus corceles ya estén cansados por la distancia que han viajado.

Hui clavó los talones y Rayo de Luna corrió más rápido, apartándose de la ruta de la caravana.

—Tienen que recorrer una gran distancia para alcanzarnos —dijo Ipwet.

—Solo necesitan acercarse lo suficiente como para usar sus arcos. Los hicsos pueden cabalgar tan rápido como el viento y aun así lanzar una flecha que con seguridad dará en el blanco, aunque sea una brizna de hierba.

Hui se inclinó sobre el cuello de su corcel, sintiendo que la brisa le acariciaba la cara. Rayo de Luna era fuerte y rápido, pero fuera del sendero la arena entraba en un terreno rocoso y no podía arriesgarse a que la bestia se rompiera una pata.

Sintió que Ipwet se daba vuelta detrás de él.

—Siguen corriendo —informó—. Y se están acercando.

Hui sintió que el fuego en su corazón ardía con más fuerza. No podía fallarle a su hermana. Ella se merecía la vida que él le había prometido.

—Si hay algo en lo que soy bueno, es en correr y esconderme —aseguró él, tratando de levantarle el ánimo—. Y bebiendo y apostando. También tomando cosas que no son mías.

Lo que sea que ella respondió, se perdió entre el repiqueteo de los cascos en el suelo y el latido de la sangre en la cabeza de él.

A través de las dunas y de los afilados e irregulares afloramientos rocosos, cabalaron durante lo que pareció una eternidad, hasta que Hui miró adelante y sintió un rayo de esperanza.

—Tengo un plan —dijo.

—Siempre tienes un plan —murmuró Ipwet.

Él no escuchó alegría en su voz.

La tierra por delante estaba marcada por valles bajos, canales áridos donde habían corrido ríos y arroyos durante la temporada de inundaciones en tiempos muy lejanos. Cuando se construyeron el embalse y el canal a Lahun, el agua de toda esta área había sido desviada en una nueva dirección.

Un hombre prudente habría cabalgado por el borde de esos traicioneros valles, pero Hui guio a Rayo de Luna cuesta abajo hacia el viejo lecho del río. Habían perdido algo de tiempo en la pendiente rocosa, pero ya estaban por debajo del nivel de visión de sus perseguidores.

Hui volvió a clavar los talones, empujando a Rayo de Luna a ir lo más rápido que se atrevió. Rodearon rocas altísimas, que alguna vez debieron ser islas en la corriente, y saltó sobre las grietas. Esos canales y afluentes eran un laberinto, algunos apenas anchos como para que Rayo de Luna trotara, algunos tan superficiales que habrían sido visibles sobre el nivel del terreno.

Hui murmuró una plegaria mientras elegía caminos al azar. Si los bárbaros querían buscar sus huellas, que las buscaran. Iban a perder un tiempo valioso desmontando y examinando el suelo en busca de señales.

Finalmente, cuando el afluyente por el que avanzaban se perdió, Hui detuvo a Rayo de Luna y

ladeó la cabeza. Aparte del gemido del viento, solo el silencio se extendía por el territorio.

—Los hemos perdido —respiró Ipwet con alivio—. Tu plan funcionó. Al menos por esta vez. —Ella lo abrazó—. Hasta podría empezar a creer esas historias salvajes en las que eres un soldado habilidoso y valiente.

Hui se rio.

—A Tebas, pues, y a una vida nueva.

Pero mientras cabalgaban hacia el Nilo, miró hacia atrás. Lahun todavía esperaba en la distancia, e Isetnofret y Qen estarían celebrando una gran victoria, incluso sin un matrimonio para coronarla. Eso no podía seguir así.

Él iba a volver.

Rayos de luz salían de la caja dorada. La multitud que bordeaba la calle quedó boquiabierta cuando vio el cofre que brillaba con el sol, a la cabeza de la lenta procesión de nobles y solemnes sacerdotes que se dirigían hacia el gran templo de Tebas. ¡Cuán intensamente brillaba!

Seguramente contenía el poder del mismo Ra, muchos pensaron. Y tal vez así era.

Mientras el susurro de las respiraciones menguaba, el único sonido que rompía el silencio de la mañana era el paso firme de las suelas de cuero de los sacerdotes en sus impolutas túnicas de lino, con los ojos enmarcados por el maquillaje azul. Nunca la tumultuosa Ciudad de las Cien Puertas había estado tan silenciosa. Nunca su población había sido presa de semejante estado de adoración.

Los espectadores se inclinaban con gran admiración cuando pasaba el cofre, pero Hui lo miró con una emoción diferente. Una vez él había llevado el contenido apretado contra el pecho. Alas volaban de cada una de las cuatro esquinas de la tapa. En los lados, los artesanos habían grabado un intrincado diseño de rayos que emanaban de un círculo: representaba el poder de Ra, el mismo sol que da la vida.

Y dentro descansaba el regalo mágico de los dioses: la Piedra Ka.

Hui miró por sobre la fila de sacerdotes de cabeza rapada y a lo largo de la vasta procesión. En el extremo posterior, los miembros de la corte caminaban luciendo sus galas, las barbillas levantadas, la mirada fija al frente. Por alguna razón, el faraón había decidido trasladar la corte desde Elefantina hasta Tebas. Tal vez fue por la creciente amenaza del Pretendiente Rojo, el falso faraón que gobernaba sobre los confines del norte. Cualquiera que fuera la razón, debió ser de verdad importante como para explicar la decisión de trasladar la Piedra Ka del templo donde estuvo desde que Bakari la llevó desde Lahun. Seguramente el rey estaba tan preocupado que sintió que necesitaba tener el poder de los dioses al alcance de la mano para protegerlo en todo momento.

La nariz de Hui se arrugó ante el dulce aroma del incienso. Un paso detrás de los sacerdotes, los muchachos del templo balanceaban recipientes de plata con correas de cuero en los que ardía el incienso. Adelante, un muchacho rociaba leche de burra para ungir el suelo sobre el cual iba a

pasar la Piedra Ka.

Hui recordó la pasión que había sentido la primera vez que robó esa roca mágica de los Verdugos del Desierto. Él había estado convencido de que eso iba a cambiar su vida. Y así había sido, pero no de la manera en que él imaginó.

Cuando pasó el cofre dorado, la mano de Hui se deslizó de manera inconsciente hasta la empuñadura de la nueva espada de bronce que colgaba de su costado, una señal de su cada vez más importante estatus en la Guardia de Cocodrilos Azules. Tanus quedó satisfecho con la forma en que llevó a cabo la misión secreta de entregar su mensaje a Taita. Akh-Horus decidió que su nuevo recluta era alguien en quien se podía confiar. El eunuco no estaba convencido, pero una vez que Tanus decidía algo, nadie podía hacerlo cambiar.

Y el ánimo de Tanus estaba en lo más alto. La paz había llegado. Por primera vez hasta donde se tenía memoria, los Verdugos del Desierto ya no atacaban a la gente. Se estaban construyendo nuevas granjas a lo largo de la franja de la zona fértil, un área que habría sido considerada demasiado vulnerable a las incursiones de los bandidos no hacía mucho tiempo. El comercio a lo largo del Nilo había aumentado en casi un tercio, el río estaba lleno con tantos barcos que algunos decían que era posible caminar de una orilla a la otra sin mojarse los pies. Las caravanas llenaban las rutas del este a través del Sinaí y a lo largo de las orillas del agua. El milagro que Tanus había logrado había transformado la vida de todos, y se decía que el faraón mismo tenía el mayor respeto por su general. Tanus había sido recompensado con un cargo superior en el ejército y todos los recursos que necesitaba para engrosar las filas de soldados y construir más galeras de guerra para la interminable lucha contra el Pretendiente Rojo en el Reino Bajo.

Todo estaba bien en el mundo. Solo que... los ojos de Hui parpadeaban mirando al oeste y a Lahun, que esperaba más allá del horizonte. Lo que allí había lo perseguía en sus sueños. Nunca iba a encontrar la paz hasta que todo estuviera en orden.

Mientras Hui miraba entre la neblina más allá del río, sintió una mirada sobre él. Se dio vuelta y miró la procesión. Una cara observaba en dirección a él. Ojos como pozos profundos, fríos y oscuros. Los rasgos duros como el granito, las arrugas eran sombras profundas en el sol brillante. Un hombre alto, esquelético, alguien salido de la tumba.

Bakari.

Hui se estremeció y retrocedió, y la multitud lo envolvió como si se hubiera deslizado bajo la superficie del río.

¿Lo había reconocido el sombrío señor, después de todo el tiempo que había pasado? Tal vez había malinterpretado la malevolencia en esa mirada.

Aunque Hui trató de serenarse, sus pies se alejaron volando de la multitud, hacia lo profundo del corazón de la ciudad.

Hui corrió por la sombra fresca de los callejones estrechos, lejos de los grandes edificios encalados. Sus talones levantaban polvo hasta que redujo la velocidad y miró hacia atrás. Nadie lo seguía.

Se apoyó en la pared de adobe de una de las compactas casas, contuvo el aliento para estabilizarse antes de entrar.

Ipwet salió.

—Habrà una muerte en esta casa dentro de poco, recuerda mis palabras —dijo ella, furiosa.

Hui suspiró.

—¿De nuevo?

—Habla con ella antes de que yo... —Las palabras murieron en su garganta y, con un grito de frustración, su hermana levantó las manos en el aire.

Hui pasó junto a Ipwet y entró en la casa. Ya dentro, se sintió embriagado por el perfume de lavanda y rosa, muy lejos de los olores fríos y húmedos que se habían filtrado en el ladrillo cuando Tanus encontró esa residencia para sus seres queridos.

Ahura estaba erguida en el centro del salón. Sus labios se curvaban en una sonrisa que a muchos les hubiera parecido dulce, pero Hui sabía que era desafiante. Ella también había cambiado desde que fue liberada del refugio de Basti el Cruel. Estaba limpia y fragante, los moretones que marcaban su cuerpo ya estaban desapareciendo. Su cabello brillaba; sus ojos oscuros estaban enmarcados con un brillante maquillaje color cobre. Su sencillo vestido de lino abrazaba sus curvas, y la tela inmaculada brillaba en la penumbra de la habitación.

—Ahura —suplicó Hui, extendiendo las manos.

—Tu hermana es como un pétalo de rosa —dijo ella—. Muy fácil de dañar.

—Este arreglo de convivencia no es perfecto, pero por ahora es lo único que tienes. Deben aprender a vivir bien juntas.

—Bueno, soy tan brillante como una fuente de oro. Es tu hermana quien es la pequeña nube negra. —Ahura levantó un dedo—. Ella parece pensar que soy una puta sucia, o una esclava que debe inclinar la cabeza a la dama de alta cuna. Pero somos iguales, ella y yo.

—¡Nunca he dicho otra cosa! —Ipwet gritó furiosa desde la puerta.

Ahura se encogió de hombros y dio media vuelta.

Los ojos de Ipwet echaban fuego, pero antes de que pudiera responderle a la otra, Hui levantó las palmas de las manos.

—Ambas han soportado dificultades. Ambas se han enfrentado a un triste destino. Y ahora son libres. Celebren esta nueva etapa, les ruego.

—Muy bien —resopló Ahura, todavía burlándose.

—Si así es como pasan los días, me alegro de que mi cama esté en el cuartel de los Cocodrilos Azules. —Hui iba y venía por la habitación—. Tenemos asuntos más importantes de los que ocuparnos. —Les habló de la mirada fría de Bakari y de los temores que se acumulaban dentro de él.

—Ya no eres un forajido —agregó Ahura—. Eres un valioso soldado en el ejército del faraón...

—Y Bakari tiene acceso al oído del faraón.

Hui se dejó caer en un taburete y apoyó la cabeza entre las manos. Estaba harto de huir y de ocultarse. No iba a soportar tener que irse de Tebas... No en ese momento, cuando su vida finalmente parecía ir regresando a la luz.

Ipwet se mordió el labio.

—Tal vez es hora de limpiar tu nombre. De comenzar de nuevo.

—¿Cómo? El juicio se llevó a cabo, la sentencia fue dictada. Y se decidió que yo era un asesino. Mi sentencia es clara.

—Tal vez no te reconoció —sugirió Ipwet—. Y si te hubiera reconocido, Tebas es una ciudad de grandes multitudes y tú eres una cara más entre ellas. Esto no es Lahun. Y además —continuó—, él tiene muchas cosas que lo distraen. La guerra con el Pretendiente Rojo pronto será más dura, ahora que ha cruzado la frontera para capturar Asiut, o al menos eso es lo que dicen los rumores.

Hui asintió moviendo la cabeza. Quizás tenían razón.

Después de que Ipwet se fue para ver si podía enterarse de algo más entre las chismosas de la calle, Hui se volvió hacia Ahura.

—Mi hermana es una buena mujer.

—Lo es. No soy ciega. Es posible que seamos demasiado parecidas. Ambas tenemos un fuego que arde con fuerza en nuestros pechos.

—Eso es cierto —suspiró él—. Haz lo que puedas para encontrar algunos puntos en común. Si hay paz aquí, puedo dedicar mi mente a lo que tenemos que hacer.

—Como volver a ver a tu madre. —Ahura se pasó un dedo por la garganta.

Hui sintió que su rostro se tensionaba.

—El destino me ha frustrado una y otra vez, y eso es porque los dioses han decidido que aún no es el momento adecuado para mi venganza. Ya llegará. Pronto, espero, rezo para que así sea.

—Encontrarás la manera, un hombre como tú lo hará.

Hui se sintió sorprendido por la respuesta de Ahura.

«¿Fue ternura lo que escuché en sus palabras? ¿Respeto?».

Eso le parecía difícil de creer. Ella actuaba como si fuera su esposa allí en Tebas, para diversión de Tanus, pero ya no se entregaba a él. Ya no había ninguna necesidad. Y, sin embargo, él creía amarla, y probablemente siempre la amaría, sin importar los sentimientos de ella por él. Ella tenía un alma con la vehemencia del fuego, y él era atraído hacia ella como una polilla hacia la luz.

—La venganza es algo que entiendo —estaba diciendo, su voz tan baja y dura como lo había sido en aquellas noches en el campamento de los Verdugos del Desierto—. He pensado mucho en volver a visitar a mi despiadado padre. No he olvidado que me abandonó. Pero por ahora, puedo esperar que llegue el momento. Como haces tú. —Ella se inclinó y le susurró al oído—. Sueña, sueña mucho, y el camino se abrirá ante ti.

—Los dioses me han maldecido. —La voz del eunuco era amarga mientras permanecía erguido en la puerta de su casa.

Hui le brindó una sonrisa de pesar compartido.

Taita se hizo a un lado y movió un brazo para hacerlo pasar.

—¿Más asuntos de Tanus? Apenas lo he visto en los últimos tiempos, con las exigencias que le impone su nuevo estatus elevado, y todo el trabajo que tiene que supervisar en los astilleros.

Taita vestía una túnica bordada con bandas de muchos colores sobre el pecho y atada a la cintura con una faja carmesí. La piel de sus antebrazos brillaba con aceite, y Hui podía oler la suave fragancia de limón y sándalo que flotaba desde la calidez de su cuerpo.

—Estoy seguro de que Akh-Horus desearía que le transmitiera su más profundo aprecio a su mejor amigo —dijo Hui con una reverencia. Cuando levantó la vista, Taita había entrecerrado los ojos. Muy sabio de verdad, este tipo. Puede adivinar cualquier artimaña, pensó Hui.

—Tanus se ha sentido muy complacido por mi leal trabajo para él —continuó Hui con prisa—. El mensaje para ti, y el tuyo para él, y el resto. Y parece que me he ganado su confianza. Elevó mi estatus junto con el suyo.

—Ah. ¿Eres general ahora?

—Aún no. No exactamente. Pero con el tiempo ¿quién sabe?

Los ojos de Taita aletearon para cerrarse y respiró hondo como si estuviera tratando de contener un estornudo.

—Lo importante es que él confía en mí —explicó Hui, sintiendo que la situación se le estaba escapando—. Y, por supuesto, Tanus confía en ti. Yo diría que para un hombre como Akh-Horus, la confianza es una medida de nosotros dos.

—Habla, te lo ruego. Siento que la vida se me escapa.

Hui miró por toda la fresca habitación, con sus telas colgantes de gasa de lino ondeando con la brisa que entraba por la ventana, y vio montones de rollos de pergaminos, tinteros, pinceles y papiros, y supo que había recurrido al lugar adecuado.

—Tanus me dice que eres el hombre más sabio que conoce. Tal vez el hombre más sabio de todo Egipto.

—Continúa.

Las facciones del eunuco se contrajeron en la habitual expresión de altivez, pero Hui creyó ver un parpadeo en los ojos que sugería que su adulación estaba surtiendo efecto.

—Tú conoces la historia de esta tierra, la línea de reyes, el momento de la inundación anual, el vuelo de los pájaros y los movimientos de las vacas de río y de los cocodrilos, y todas estas son grandes cosas. Pero Akh-Horus me dice también que tienes habilidades superiores: la curación a través de la medicina, la profecía, los sueños, y la manera en que actúan los dioses.

—Algunas de estas cosas están dentro de mi alcance, sí.

—Entonces pido tu ayuda. Guíame...

Taita levantó una mano para silenciarlo.

—Tengo trabajo importante entre manos. ¿Crees que estoy a disposición de todos los ladrones y bribones de Tebas?

Hui sintió que perdía esperanza, pero luego el rostro del eunuco se suavizó.

—Ya se ha perdido bastante tiempo —dijo Taita, e hizo un gesto con la mano—. Habla entonces. Pero hazlo rápido.

—Tuve un sueño, y sé su significado.

—Se nos dice que hay dos formas de sueños. Los que son falsos y están destinados a engañar. Y los que son informativos, proféticos, enviados por los dioses para guiar al soñador.

—Este fue enviado por los dioses. Me visitaron en él.

Hui describió la visión de Seth y Anubis que tuvo después de haber visto a Isetnofret y Qen participar en el ritual de su culto. Vio que el eunuco fruncía el ceño y su mirada se volvía distante. Estaba claramente intrigado por lo que escuchaba.

Cuando terminó de contar la historia, Taita se golpeó el mentón con un delgado dedo y dijo:

—Los dioses en verdad te han hablado.

—¿Qué significa?

—«¿Quién será el rey?» —reflexionó el sabio, repitiendo las palabras que Hui había escuchado de Seth en aquella vasta y monótona llanura del sueño—. Osiris. Asesinado y mutilado por su propio hermano, Seth. Esta es una advertencia para ti, para que tengas cuidado con alguien cercano a ti que quiere hacerte daño. ¿Tienes un hermano?

Hui sintió que se le erizaba el vello del antebrazo. Si tan solo hubiera comprendido esta comunicación de los dioses aquella noche, él podría no haber confiado tanto en Qen, y entonces, tal vez podría haber encontrado alguna manera de prevenir el complot.

—¿Quién será el rey? —continuó Taita—. Quien gane esta batalla y herede el mundo. ¿Conoces la historia de Osiris? Seguro que la conoces.

Hui la conocía, pero dijo:

—Dime cuál es.

—Osiris, el gran rey de Egipto, fue asesinado por su hermano Seth para usurpar el trono. Isis, la esposa de Osiris, restauró su cuerpo para que pudieran concebir un hijo: Horus. Al principio Horus era vulnerable y necesitaba la protección de su madre. Pero creció para ser un poderoso guerrero que se convirtió en el rival de Seth por el trono. Horus finalmente triunfó, y con su victoria restauró el equilibrio del Ma'at para Egipto.

Hui sintió los paralelismos con su propia vida. Se estremeció al sentir el toque frío del destino en su columna vertebral.

—¿Y Anubis?

—Anubis pesó el corazón y decidió qué almas serían aceptadas en el más allá, mi pequeño ladronzuelo. Él decidió quién era digno.

Hui se retorció. Los ojos del eunuco parecían estar perforándolo, como si este hombre pudiera leer cada pensamiento que pasaba por su cabeza.

—Los dioses te están observando —continuó Taita—, y te están juzgando.

«¿Podrán juzgarme más de lo que yo me he juzgado a mí mismo?», pensó.

En ese momento Hui pudo ver lo que siempre había sabido y lo que Ipwet deseaba no fuera cierto: que nunca podría alejarse de su lucha por la venganza. La pelea continuaría hasta que él o su hermano y su madre estuvieran muertos. Los dioses habían hablado.

Hui sabía que su victoria dependía de que él fuera digno de ella. ¿Era un ladrón, un cobarde y un asesino, o era un buen hombre, un hombre valiente? Él debía decidirlo.

Sintió que Taita lo miraba con aquella mirada suya tan penetrante, pero el eunuco tuvo la amabilidad —o la prudencia— de no entrometerse.

—Tienes mi agradecimiento por eso. Tengo otro pedido que hacerte —se aventuró Hui—. Tanus me dijo que eres un adepto de los Laberintos de Amón-Ra y que puedes predecir el futuro.

—Él no debió decirte tal cosa.

—¿Pero puedes hacerlo? ¿Tienes el poder de separar las tinieblas y ver lo que hay más adelante?

—No es tan sencillo. —El rostro de Taita se oscureció—. La adivinación con los Laberintos de Amón-Ra tiene un precio. El combustible que necesita es la fuerza de vida misma del vidente. Tardaría muchos días para recuperarme.

—No te voy a pedir nada que te haga sufrir. Pero hay vidas que penden de un hilo, tal vez muchas vidas.

Taita alzó los brazos al aire y lanzó un grito de frustración.

Se volvió hacia Hui, con los ojos en llamas.

—No te haré ninguna pregunta sobre tus asuntos. Y en verdad todavía no estoy seguro de poder creer las palabras que salen de tus labios, así que hacer preguntas sería inútil. Pero has apelado a mi mejor naturaleza, por casualidad o deliberadamente, no lo sé. Y si de verdad dices que se pueden salvar vidas si accedo a tu pedido, entonces no puedo negarme.

¿Vidas? Sí, la suya ciertamente. Pero Isetnofret era una oscura e inquietante fuerza, y podía imaginar a muchos otros que sufrirían por la búsqueda de poder e influencia de ella. Mentir le resultaba fácil a Hui desde que huyó de Lahun, pero en ese momento sintió que podía ser honesto.

—Hablo con sinceridad.

Taita frunció los labios, molesto por encontrarse en esa situación.

—Muy bien —espetó.

El eunuco giró sobre sus talones y se movió por toda su habitación. Tomó recipientes con hierbas y potes de ungüentos, una jarra de vino blanco dulce, y un mortero. Metió las manos en un cofre y sacó una pequeña bolsa de cuero que dejó a un lado.

Hui estudiaba cada movimiento, tratando de entender qué implicaba aquel acto de profecía. Taita trituró las hierbas y, con dos cucharadas de pasta, la mezcló con el vino y la vertió en un cuenco. Por un momento, lo miró en su mano, casi como si tuviera miedo de beberlo, pero luego lo bebió de un trago.

—¿Qué hará esa poción? —preguntó Hui.

El eunuco lo miró, aparentemente pensando si responder o no a esta tonta pregunta, y luego dijo:

—Abriré los ojos del alma.

Hui vio que los párpados del hombre sabio parpadeaban y una expresión de sueño nublaba su rostro a medida que la poción hacía efecto con sorprendente velocidad. Taita se dejó caer sobre un cojín bien acolchado y vació el contenido de la bolsa de cuero sobre las losas. Cayeron diez discos de marfil.

—¿Qué es lo que querías saber? —preguntó el sabio.

A Hui se le secó la boca. En su mente, vio el rostro de Isetnofret, y aquel frío deseo de venganza formó un caparazón alrededor de su corazón. No había pasado un solo día sin que él se imaginara a sí mismo quitándole la vida.

—Si alguna vez encontraré justicia para mi padre.

—Hazles la pregunta a los espíritus. —Taita lo miró fijamente.

—¿Encontraré justicia para mi padre?

El eunuco tomó uno de los discos y lo sostuvo entre el índice y el pulgar, girándolo para que brillara blanco a la luz de la ventana. Hui vio que estaba inscrito con una marca: dos líneas verticales curvas divididas en dos por una tercera.

—Esculpí los símbolos en cada uno de los laberintos con mis propias manos —dijo Taita con voz entrecortada. Observó la luz que rebotaba en el marfil con los ojos entrecerrados—. Diez, hay. Diez, el número del poder. Cada uno representa una pequeña parte de toda vida humana, desde el nacimiento hasta la muerte. Una y otra vez he respirado sobre ellos hasta que los imbuí con una parte de mi propia fuerza vital. —Sonrió, maravillándose de su obra, y luego canturreó —: Abro mi alma para permitir que entren los espíritus de la profecía.

Hui se estremeció y miró a su alrededor, a cada rincón de la habitación. ¿Qué cosas se iban a manifestar por allí?

Taita se sobresaltó, aparentemente dándose cuenta de que Hui todavía estaba allí. Agitó una mano apuntando a la puerta.

—Tendrás tu respuesta cuando los espíritus hayan terminado conmigo. Vuelve aquí cuando haya caído la noche.

Hui se alejó corriendo. No necesitó que se lo dijeran dos veces. De todos modos, mientras corría, solo podía pensar en Isetnofret. Sus pensamientos volaron de regreso a los días en la casa de su padre, cuando ella explotó con una rabia que llegaba de la nada. Él la recordaba golpeando a un esclavo con una escoba que le había arrebatado de las manos, y en otra ocasión cuando le arrojó una joya a una de sus asistentes y le lastimó la cabeza. En esos momentos de furia, sus ojos se iluminaban con la locura. Si él hubiera reconocido esas señales en aquel momento, tal vez podría haber evitado la muerte de su padre. Pero ya era demasiado tarde para esos pensamientos. Lo único que podía hacer era vengar el daño.

Las sierras resonaban por encima del agua brillante. Los martillos golpeaban un ritmo de acompañamiento, y los cánticos de los calafateadores resonaban por el dique seco, caluroso

como un horno. Algunos de los constructores de barcos llevaban faldellines, pero otros estaban desnudos bajo el calor abrasador, el sudor los cubría por completo mientras trabajaban sin descanso. Cargaban varios tablones a la vez sobre sus hombros desde la orilla del río, donde los carpinteros cortaban y cepillaban la madera de cedro fresca recién descargada de las barcasas que viajaban desde Biblos. Golpeaban tacos de madera para mantener los tablones unidos y levantaban los altísimos mástiles con cuerdas de papiro que crujían. Con golpes diestros de cuchillas daban forma a los remos, y los timones eran izados hacia la popa. La danza de los constructores de barcos se movía sin cesar.

El aire estaba cargado con el olor amargo de la brea. De los burbujeantes calderos, los aprendices distribuían el espeso líquido negro sobre los cascos para sellarlos. Los muchachos usaban pañuelos sobre la boca para protegerse de los gases asfixiantes, pero cada tanto alguno era sobrepasado y caía de rodillas, vomitando.

En profundos canales abiertos en la tierra negra, los esqueletos de los barcos descansaban sobre rodillos de troncos de árboles, a la espera de ser terminados. Al final, se quitaban las cuñas y se deslizaban por la rampa hasta donde el agua brotaba a través de la barrera elevada que separaba al muelle del Nilo.

Hui se maravilló ante aquella colmena de la construcción. Decenas, quizás cientos, de hombres musculosos se movían como hormigas. Se protegió los ojos del sol y miró más allá de la multitud de trabajadores. Los muelles ahí en la orilla occidental siempre habían sido muy activos, pero nunca tanto como en ese momento. Estaban en pie de guerra. Con el Pretendiente Rojo presionando más allá de la frontera de su base en el Bajo Egipto, esta guerra aparentemente interminable entre los dos faraones empeoraba cada vez más, como predijo Ipwet. La fuerza enemiga tenía que ser repelida a toda costa antes de que ganaran terreno. Se abrieron los cofres. Llovió oro del cielo. Y este era el resultado.

Hui estudió las galeras de guerra que iban tomando forma. Eran naves de madera, no como los endeble barcos de caña utilizados para el comercio, grandes por donde se las mirara, y construidas para ser resistentes en la futura batalla. A este ritmo de trabajo, la marina se vería reforzada muy rápidamente.

Hui divisó al hombre al que había venido a ver. Tanus se alzaba sobre los atareados carpinteros a su alrededor con los brazos llenos de planos sobre papiro, gritando órdenes y gesticulando, en pleno dominio de los trabajos que se estaban realizando.

Hui dudó en molestar a Akh-Horus en medio de su importante trabajo. Pero Tanus lo vio, despidió a los carpinteros y le hizo señas a Hui para que se acercara.

—¿Habías visto alguna vez tal magnificencia? —le dijo el general.

—Los constructores de barcos trabajan duro bajo tu mando, Akh-Horus.

—Todos los honores al faraón por proporcionar los recursos que necesitábamos. Nuestra armada se había vuelto demasiado débil, los barcos demasiado viejos, para la lucha que se avecina. Con estas galeras podremos destruir la flota del Pretendiente Rojo en poco tiempo.

—El Pretendiente Rojo —dijo Hui— puede no ser la única amenaza.

Todavía nos llegan rumores sobre los bárbaros del este que se están metiendo en Egipto. ¿No hay peligro de que puedan ganar terreno mientras nuestra atención está en otra parte?

—Hace falta mucho para convencerme de que las bandas de merodeadores bárbaros significan alguna amenaza. Ciertamente no más que los Verdugos del Desierto, y pudimos acabar con estos.

—He oído decir que puede haber chacales traicioneros en Lahun dispuestos a conspirar con los hicsos, acogiéndolos dentro de las murallas de la ciudad.

Tanus miró a Hui.

—¿Tu hogar?

—En otros tiempos ya lejanos.

Hui se apartó de la mirada del otro hombre. Cuanto menos se conociera de su pasado, mejor.

—Y te preocupa tu hogar —dijo Tanus—. Lo entiendo. Harías lo que pudieras para ayudar a tu gente. Eso es encomiable.

—Conozco mis deberes bajo su servicio. Pero si hubiera alguna forma en que yo pudiera regresar a Lahun...

Hui dejó que las palabras flotaran en el aire. Que su amo viera solo intenciones honorables en sus palabras, no su sórdido deseo de venganza. Y aquel deseo ese día parecía arder con más fuerza que nunca. Con la guerra acercándose, eso era lo único en lo que podía pensar.

Tanus pensó por un momento.

—Esta es mi oferta. Te necesito conmigo en la batalla que se avecina. A bordo de uno de estos barcos, en un puesto de alto nivel. Tienes más cerebro que muchos hombres bajo mi mando. A veces esa es un arma más poderosa que cualquier espada. Yo conduciré el ejército en el asalto terrestre a Asiut. Tú te unes a la tripulación en uno de los barcos aquí. Acompañas al capitán y le das el beneficio de tu sabiduría. Si salimos victoriosos, y has actuado con valor, enviaré tres barcos contigo a Lahun antes del viaje de regreso a Tebas. ¿Qué opinas?

Hui asintió con un gesto.

—Acepto tu oferta.

Aquel era un hombre al que había llegado a admirar casi tanto como a su padre.

Tanus movió la cabeza en asentimiento.

—Farid ha estado explorando el acercamiento a Asiut en preparación de nuestro asalto. Cuando regrese, envíalo a Lahun, por orden mía. Como caminante del desierto, podrá entrar en la ciudad, y él puede descubrir muchas cosas que te serán útiles cuando llegues. Y si hay alguna amenaza por parte de los hicsos, Farid es el hombre adecuado para avisarnos.

Cuando Tanus se volvió hacia el grupo de carpinteros a su alrededor, Hui estaba satisfecho. Había estado seguro de que iba a pasar una eternidad antes de poder regresar a Lahun para enfrentar a Isetnofret. En ese momento, lo único que tenía que hacer era sobrevivir a una sangrienta batalla en el río y regresar con la cabeza todavía en el cuello.

Hui tomó el trasbordador de regreso a la orilla este y anduvo por el muelle en medio del calor abrasador, buscando entre la multitud de marineros y comerciantes. Finalmente vio la cara conocida de aquel al que quería encontrar.

Tau arrastraba un fardo desde el borde del muelle, su rostro rojo por el esfuerzo. Miró alrededor, aparentemente para asegurarse de que no estaba siendo vigilado por su amo, y se desplomó sobre el fardo para secarse el sudor de la frente.

—Trabajas más duro que cualquier bestia de carga —dijo Hui al acercarse.

—Si no lo hiciera, no comería.

—Apuesto a que no estás comprometido con tu amo. Si yo te ofreciera trabajar por un mejor salario, aunque mucho más peligroso, ¿dirías que...?

—¡Sí! —El muchacho se puso de pie de un salto.

Hui se rio.

—Deberías escuchar cuál es el trabajo primero.

—No importa —dijo el joven—. Mis días son una desgracia sin fin y así ha sido desde que tengo memoria. Haré cualquier cosa con tal de escapar.

—¡Abandónalo!

Adom avanzó pesadamente hacia ellos. Le temblaba la papada y su cara estaba retorcida de furia. Claramente responsabilizaba a Hui por su humillante caída al río.

—El chico es de mi propiedad.

—Ya no —respondió Hui—. Ahora él es su propio dueño.

—No me lo quitarás. —Los enormes puños de Adom se apretaron.

Hui desenvainó su espada y la apuntó hacia el pecho del capitán del barco.

—¿Retarías a uno de los hombres del faraón? Mucho coraje el tuyo. No le temes a uno de la Guardia del Cocodrilo Azul.

Adom miró atentamente y con sus ojos recorrió la brillante hoja, una espada que solo podría haber pertenecido a uno de aquellos legendarios guardias.

—Muy prudente —continuó Hui—. Ahora vete. Encuentra un nuevo esclavo para atormentar. Pero elige bien, o te cortará la garganta una noche y tirará tu cadáver por la borda.

Furioso, Adom se alejó.

Hui se volvió hacia el muchacho. Los ojos de este brillaban.

—Nunca olvidaré esto. Tendrás mi lealtad hasta el día que muera.

—Espera hasta que hayas visto el rostro de la batalla ante ti antes de agradecerme. Ve a la guarnición ahora. Busca al capitán que está tomando a los nuevos reclutas y dile que te envía Hui. Te reunirás conmigo pronto a bordo de una de las galeras de guerra. Tu conocimiento de los estados de ánimo del río serán más que suficientes para ganarte el pan de cada día.

Los ojos de Tau se abrieron muy grandes, y sin decir otra palabra, se dio vuelta y corrió hacia la ciudad. Hui se sintió feliz de haber hecho algo bueno, aunque todavía tenía mucho camino por recorrer para borrar la sangre que manchaba su conciencia. Silbando la canción que había escuchado cantar a los constructores de barcos, se alejó por la oscuridad de las calles.

Ninguna luz de lámpara parpadeaba en las ventanas de la casa de Taita. Hui lo llamó desde la

puerta, pero el silencio era total en el aire refrescante. Entró y esperó a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra.

El eunuco estaba despatarrado sobre el cojín donde Hui lo había dejado, inmóvil. Temió lo peor y saltó para tomar la mano del sabio. Aún estaba tibia.

Hui buscó a tientas hasta que pudo encender una lámpara. Los hermosos rasgos del eunuco estaban demacrados, su piel casi del color de la piedra. Oscuros anillos le rodeaban los ojos, y sus mejillas tenían la apariencia hueca de alguien que no ha comido durante días, aunque no hacía mucho tiempo desde que Hui lo había visto.

Taita miró a Hui como si lo viera por primera vez.

—He viajado lejos de este lugar —dijo; su voz parecía un graznido—, a las costas del gran océano negro.

Gradualmente, una llama cobró vida en los ojos de Taita y él parecía hacerse más fuerte.

—Volé alto. Y más alto todavía, hasta que floté en los cielos, contemplando esta gran tierra nuestra. —Sus palabras crujían como hojas secas—. Todo se volvió más oscuro que una noche sin luna, hasta que divisé un túnel. Había una luz al final de él. Al viajar a lo largo del túnel, me encontré viendo un horror que se desplegaba ante mis ojos: un mar de sangre que bañaba todo Egipto, escurriéndose por la arena.

Hui se agachó junto a Taita y susurró:

—¿Es esta tu profecía?

—Esto sucederá —afirmó el eunuco—. Así lo quieren los dioses.

—¿Pero qué significa esto? ¿Cómo responde esto a mi pregunta?

La cabeza de Taita cayó hacia atrás y llevó una mano temblorosa a sus ojos.

—Hay más. Pero no todo lo que revelan los espíritus es claro. Esta sangre es parte de tu respuesta, es verdad. Pero no es toda ella.

Hui sintió que su corazón latía más rápido mientras esperaba que el sabio se recuperara.

Finalmente, Taita continuó.

—Vi esa marea carmesí fluir hacia las murallas mismas de Tebas. Las calles adentro estaban envueltas en tinieblas, pero no estaban vacías. Una mujer caminaba allí. Ella pudo haber sido un fantasma, no lo sé. Pero cuando ella se volvió y me miró, sus manos estaban rojas de sangre... y no tenía rostro.

Hui avanzó por la sofocante oscuridad de las calles hacia la guarnición, pero sus pensamientos volaban delante de él. Sintió una opresiva sensación de pavor al imaginar a esa mujer sin rostro —que solo podía ser Isetnofret— acechando por las calles de Tebas. «Manos ensangrentadas», había dicho Taita. ¿Pero era sangre de Hui?

Su madre buscaba la Piedra Ka, la llave de su ambición de gobernar todo Egipto. Esa podría ser la única explicación. Iba a dirigirse a Tebas y habría sangre.

Hui miró hacia atrás, pero las sombras eran demasiado profundas. En su mente, podía verla

allí, el fantasma pisándoles los talones, acercándose cada vez más. Cuando el miedo se agitó más, se echó a correr. Al acercarse a las murallas blancas del palacio, miró hacia atrás de nuevo y sintió la fría punzada del terror.

Una silueta se destacó en la oscuridad.

Hui se esforzó por ver en la penumbra. En un primer momento solo pudo ver la imagen de Isetnofret, pero luego apareció otra silueta, y luego otra, y se dio cuenta de que eran hombres. Guardias de palacio, por su aspecto. Parecían estar persiguiéndolo.

¿Sería aquel un caso de identidad equivocada? Pensó en enfrentarlos, pero el miedo lo venció y decidió alejarse corriendo.

Otros tres hombres estaban parados frente a él. Se alzó la empuñadura de una espada y se estrelló contra su cabeza. Sus pensamientos se alejaron de él.

Cuando volvió en sí, estaba acostado boca arriba sobre la fría piedra, respirando aire húmedo. Por un momento, pensó que estaba otra vez en el pozo en Lahun, y todo lo que había sucedido desde entonces había sido un sueño. Le estallaba la cabeza y le dolían las articulaciones después de lo que debió ser una gran paliza.

Mientras Hui trataba de ver dónde estaba, una puerta crujió al abrirse y la luz de una lámpara llenó el espacio. Estaba en una celda con paja sucia esparcida por las losas. Una rata se alejó corriendo de la repentina luz.

Hui se incorporó sobre los codos.

—¿Qué significa esto? Soy miembro de la Guardia de Cocodrilos Azules. A las órdenes de Tanus.

—No —retumbó una voz baja—. Eres un asqueroso asesino, y ahora recibirás el castigo que has evadido durante tanto tiempo.

El Gran Señor Bakari se ubicó en el haz de luz que entraba por la puerta de la celda. Hui se maldijo a sí mismo en silencio. Había estado tan concentrado en su sed de venganza contra su madre que apenas había considerado la amenaza que significaba Bakari. Mientras Hui miraba atentamente aquellos oscuros ojos, sintió un miedo terrible por lo que sabía que en ese momento le esperaba.

Mutilación. Una muy dolorosa muerte. Y sin la esperanza de reunirse con su padre en el más allá.

—Prepárate —dijo Bakari—. Tu sentencia se ejecutará al amanecer.

El viento seco levantaba polvo en la calle desierta. Las sombras se alejaban sigilosamente de las primeras luces rosadas, y una cacofonía de cantos de pájaros rompió el silencio de los exuberantes jardines de las grandes residencias que rodeaban el palacio.

Hui entrecerró los ojos ante aquella luz mientras se alejaba a trompicones de las puertas de la prisión de Khnrt Wr, con un guardia a cada lado. Estaba desnudo, desnudo ante los dioses y listo para que se cumpliera la sentencia. Cuando disminuía el ritmo de su andar, uno de los guardias lo empujaba con una mano entre sus omóplatos, o lo agarraba de la muñeca y lo arrastraba hasta casi hacerlo caer.

Estaba exhausto —no había dormido—, y le dolía el cuerpo después de las repetidas palizas. Más allá de eso, ningún terror lo convulsionaba. No había ardientes lágrimas de miedo en sus ojos. No le temía a la muerte, y eso lo sorprendió. Lo único que bullía dentro de él era la amargura profunda de saber que Isetnofret no iba a pagar por sus crímenes, y que su padre nunca sería vengado.

Los guardias lo condujeron a la plaza donde se realizaban las ejecuciones públicas. Un pequeño grupo de dignatarios esperaba, pero no había mucha gente común a esa hora. Parecía que Bakari estaba más decidido a sacarlo de este mundo que a hacer que su agonía final proporcionara un entretenimiento para las masas.

Hui se enderezó mientras se acercaba a aquellos hombres con sus impolutas túnicas de lino, con su maquillaje esmeralda y negro en los ojos cuidadosamente aplicado. No se mostró desafiante, solo mostraba que no tenía miedo de lo que iba a ocurrir. Quizás de ese modo se darían cuenta de que esa sentencia era injusta.

Bakari estaba en el centro del grupo, su cuerpo cadavérico más alto que los demás. Sus ojos oscuros clavados en los de Hui y llenos de desprecio por el chacal sin valor que tenía delante.

—¿Finalmente confesarás tus crímenes? —preguntó el aristócrata en tono declamatorio.

—Soy inocente —respondió Hui—. No mentiré ante los dioses.

Bakari movió la cabeza. Los guardias agarraron a Hui por los brazos y lo arrastraron hacia una columna de madera manchada y astillada, clavada en las losas. Vio un círculo de costra marrón alrededor del poste de ejecución, sobre la blanca piedra caliza. Los guardias tomaron sus brazos por detrás y alrededor de la columna y le ataron las muñecas.

—Qué frío de corazón eres. Ni siquiera muestras remordimiento por tu crimen —dijo Bakari—. Un hombre que mata a su propio padre por interés es menos que una serpiente. Este mundo no va a llorar por ti.

—Yo no maté a nadie. El verdadero asesino sigue libre.

Bakari levantó una mano para silenciarlo.

—No voy a escuchar más mentiras. Ha llegado el momento.

El viento aullaba en la plaza vacía. Hui escuchó un constante chirrido. Uno de los dignatarios se hizo a un lado para dejar pasar a un hombre con la cara picada de viruela que pasaba una piedra de afilar por el filo de un cuchillo corto de hoja ancha. Levantó la vista y le mostró a Hui una sonrisa con pocos dientes.

Hui observó el borde afilado de esa arma cruel, imaginando lo que estaba por venir.

Cuando el verdugo terminó su labor, dejó la piedra de afilar a un lado y caminó hacia Hui.

Bakari observaba atentamente, decidido a que se hiciera justicia.

El verdugo se acercó. Hui olió el hedor amargo de sudor viejo. El cuchillo se balanceó cada

vez más cerca de sus encogidos genitales. Iría abajo hasta sus joyas y luego un aserrado constante hasta que Hui quedara libre de su hombría. Al menos el sufrimiento iba a durar poco tiempo, eso esperaba... rezó.

—¡Alto! —La orden resonó en toda la plaza.

Tanus pasó junto a Hui para enfrentarse a los dignatarios. Ipwet iba detrás de él. Ella le lanzó una mirada a Hui.

—¿Qué significa esta interrupción, general? —preguntó Bakari.

—Estoy aquí para solicitar la liberación del prisionero.

—Es demasiado tarde para eso. El juicio concluyó hace mucho tiempo. La sentencia ya fue dictada. Y se habría cumplido hace muchas lunas, si este chacal no hubiera sido un fugitivo bajo los ojos de Ma'at.

Tanus movió una mano hacia Hui.

—Este hombre es un miembro valioso del ejército del faraón bajo mi mando, y un guerrero honrado en la Guardia de Cocodrilos Azules. Ayudó a librar a Egipto de la plaga de los Verdugos del Desierto.

—De todas maneras, él es un asesino.

—Él no cometió el delito del que se le acusa —intervino Ipwet.

Bakari entrecerró los ojos al mirarla.

—¿Hablaste por el acusado en Lahun?

—Sí. Soy su hermana.

—No presentaste pruebas de su inocencia...

—Pero ahora sé la verdad. —Hui sintió un profundo orgullo al ver que Ipwet mantenía la cabeza en alto. Ella no iba a ser humillada en presencia de aquellos grandes hombres—. El veneno fue administrado por mi madre, Isetnofret, con la aquiescencia de mi hermano Qen. Ellos conspiraron para asesinar a mi padre, Khawy, por una razón: para controlar el poder en Lahun, y así hacer entrar a los bárbaros que han estado atacando las caravanas y las minas en el este.

Bakari no era un hombre que iba a retroceder con facilidad.

—De todas maneras...

—Dice la verdad —apoyó Tanus—. Castigar a este soldado por un crimen que no cometió sería una abominación ante los ojos de los dioses.

El silencio envolvió la plaza. Bakari levantó los ojos hacia el azul del cielo, sin duda preguntándose cómo salir con dignidad de aquella situación.

—Yo respondo por él personalmente —prosiguió Tanus, y suavizó su voz a la vez que trataba de darle a Bakari una salida—. Conozco el coraje que vive en su corazón, y su astucia será invaluable si queremos derrotar al Pretendiente Rojo.

—¿Piensas tan bien de él? —preguntó el Gran Señor.

Tanus asintió con un gesto.

—No tengo mejor hombre bajo mi mando.

Hui se sintió envuelto por la emoción al escuchar esas palabras, aun cuando Tanus solo las hubiera dicho para salvar su vida. Solo su padre había alguna vez hablado de él de esa manera.

—Déjame pensar en esto —dijo Bakari.

—No hay tiempo, Gran Señor —insistió Tanus con voz tranquila—.

Los preparativos para la guerra están casi listos.

En el largo momento de silencio que cubrió la reunión, Hui pudo ver que Bakari luchaba consigo mismo.

Finalmente, el Gran Señor asintió con la cabeza.

—Muy bien. Tus palabras me han convencido —dijo, y continuó en un tono que parecía indicar que iba a cambiar de opinión.

—Gracias, Gran Señor —replicó Tanus con una reverencia.

Bakari golpeó las manos y anunció:

—Escucho esta nueva prueba y el testimonio del general sobre el carácter del prisionero, y dejaré libre a este hombre.

El Gran Señor se alejó como si todo lo que había ahora quedaba fuera de su interés, y los dignatarios corrieron detrás de él. Ipwet cortó las ataduras de Hui hasta que sus manos quedaron libres. Luego puso sus brazos alrededor de él y lo abrazó con fuerza.

—Vine a buscarte —murmuró— y me dijeron en la guarnición que no habías vuelto a tu cama, así que salí a buscarte. Cuando me enteré de que estabas en Khnrt Wr, fui directamente a Tanus.

—Me has salvado la vida por segunda vez —suspiró Hui en la oreja de ella—. Nunca podré agradecerte lo suficiente.

Cuando se apartó, los ojos de ella brillaban.

—Debemos cuidarnos unos a otros, hermano. Somos lo único que tenemos ahora.

Tanus se acercó. Mostraba un rostro severo.

—Deberías haberme dicho la verdad desde el principio. ¿Hay algo más que yo deba saber?

—No —mintió Hui, sonriendo tan ampliamente como pudo.

Su vida había sido salvada, pero lo más importante era que también se le daba otra oportunidad para terminar con la de su madre.

—Bien. Entonces prepárate. La campaña para recuperar Asiut comienza de inmediato. Te quiero a bordo del barco antes de que el sol esté en su punto más alto.

En la popa, el hombre del tambor agitaba sus musculosos brazos mientras golpeaba el cuero estirado con los palillos envueltos en lino. El sonido atravesaba los bancos donde los remeros se movían al ritmo constante de ese sonido. Todos los hombres estaban con el torso desnudo, sus cuerpos relucientes por el calor, los rostros tensos, decididos. Con el poder de esos músculos ondulantes, la galera de guerra se movía río abajo por el gran Nilo.

Hui estaba de pie en la plataforma elevada en la proa con el capitán, un marinero aguerrido de cara curtida y barriga colgante sobre su faldellín. Garwa era su nombre. A Hui le cayó bien desde el momento en que fue destinado a esa nave. Aunque Garwa mostraba un rostro serio, sus

ojos brillaban y su humor era sarcástico.

Mientras el barco surcaba la corriente, Hui se agarraba de la barandilla para no caer. Garwa permanecía erguido, con las piernas apoyadas, las manos cruzadas detrás de su espalda. Miró a Hui.

—Todavía tenemos que hacer de ti un marinero. O tirarte por la borda a los cocodrilos con el resto de los desechos. Una cosa o la otra.

—Respondí a la llamada del deber —jadeó Hui con el estómago revuelto—, pero pongo a los dioses como testigos, juro que quiero vivir el resto de mis días en tierra firme.

—Sí, bueno, veremos si superas este día primero.

La galera era tan larga como el alcance de un lanzamiento de jabalina, con una gran barriga, un solo mástil y una vela a rayas rojas y blancas, en ese momento recogida. A popa, más allá del tambor, otra plataforma elevada proporcionaba la base para el timonel, que estaba de pie con la mano en el largo remo de madera que guiaba el barco por entre las corrientes. Tau estaba de pie junto a él, con los ojos fijos en el agua. Estaban escasos de marineros experimentados para la incrementada flota, y el capitán había elogiado a Hui por traer al muchacho a bordo. Él había navegado por el Nilo toda su vida y conocía sus corrientes y contracorrientes mejor que nadie.

Y detrás, seguía el resto de la flota, los muchos barcos distribuidos por el río. El sonido de la gran cantidad de tambores de guerra se asemejaba a los truenos.

Cuando salieron de Tebas, una multitud se había reunido a lo largo de ambas orillas, vitoreando y gritando. Había sido una imagen magnífica. Hasta el faraón había estado allí, de pie sobre un estrado elevado, su tocado de oro brillando al sol, con sus más viejos y sabios asesores detrás de él. Hui mantuvo la mirada atenta por un buen tiempo fija en el rey mientras la galera pasaba delante de él, tratando de fijar esa imagen en su mente. Nunca había visto a un rey antes, nunca soñó que alguna vez vería uno. Recordó su pecho henchido y eufórico al ver finalmente a ese representante de los dioses en la tierra, sintiendo la maravilla y el asombro. Pero en ese momento, cuando lo pensaba de nuevo, no podía recordar los detalles del rostro del faraón. En su memoria, había solo un borrón debajo de aquella lujosa corona.

Ipwet y Ahura habían saludado desde el muelle, sus fuertes gritos de apoyo se esforzaban por atraer la atención de él, ambas mujeres saltando y empujándose. A Ipwet le preocupó que él fuera a la batalla. Sus ojos se llenaron de lágrimas y trató de encontrar maneras para que él permaneciera en Tebas. Ahura le dijo que no fuera tan débil: Hui ya era miembro de la valiente Guardia de Cocodrilos Azules, y tenía que cumplir con sus obligaciones.

Tanus se había adelantado a la cabeza del ejército el día anterior. Aquel, también, fue un espectáculo que hizo que la sangre de Hui palpitara. Una horda de los mejores guerreros de todo Egipto marchando al mismo paso, como una gran bestia que se levanta después del sueño, hambrienta y orgullosa. Sus escudos de bronce brillaban en la luz, y desde el punto de vista de Hui en la azotea de una de las casas, le pareció que un mar de luz se movía hacia el norte. Seguramente ningún enemigo podría ver esa fuerza cayendo sobre ellos y no temblar de terror. Hui imaginó a los hombres del Pretendiente Rojo arrojando sus espadas y huyendo como niños aterrorizados mientras Tanus marchaba implacablemente hacia ellos.

Pero en ese momento la batalla estaba a punto de comenzar, y Farid y los otros exploradores habían regresado de Asiut. La ciudad fronteriza había sido durante mucho tiempo una joya en la corona del Reino Alto. Como capital del decimotercer distrito, tenía una posición dominante, no mucho más allá de un valle fértil, junto a imponentes rocas grises en el borde del desierto. Por allí pasaba una gran cantidad de caravanas de mercaderes que venían de los puertos hacia el norte a través del desierto occidental. Desde allí las mercancías de otras tierras viajaban hacia el sur, a Tebas y a las demás ciudades del Reino Alto. El Pretendiente Rojo había codiciado durante mucho tiempo a Asiut por su posición estratégica. Una vez que tuviera la ciudad en sus manos, el comercio hacia el sur sería interrumpido y gran parte de eso podía ser desviado para llenar sus arcas. Había tratado de tomarla, pero sus esfuerzos fueron poco entusiastas y fácilmente repelidos. Esta vez había sido diferente. El Pretendiente Rojo se estaba volviendo más audaz. Parecía que las escaramuzas a lo largo de la frontera ya no eran suficientes. Quería que todo Egipto estuviera bajo su mando y Asiut era el primer paso.

Cuando estaba en Lahun, Hui había oído muchas historias sobre Asiut. Los días eran brutalmente cálidos, las noches amargamente frías. La gente era extraña. Algunos la llamaban la Ciudad de los Lobos, y se decía que los lobos muertos eran momificados e instalados en tumbas en una ladera. Hui no tenía idea de por qué aquella gente hacía eso, pero el dios que ellos adoraban era Anubis, el que supervisaba los ritos funerarios. La muerte y el más allá siempre estuvieron cerca de la gente de Asiut.

Hui sintió que una sombra caía sobre él. Levantó la mirada y vio que el sol era en ese momento un orbe pálido en un cambiante banco de niebla. Sus fosas nasales se fruncieron al percibir el olor acre del humo. Los campos a lo largo de la costa oeste estaban ardiendo, rojos fuegos brillaban en la espesa pared gris. El humo estaba convirtiendo el día en noche y flotaba por encima del vasto río para ocultar todo lo que había por delante.

¿Quién podría haber iniciado el fuego? ¿Tanus y sus fuerzas, para producir confusión durante el ataque, o el ejército del Pretendiente Rojo, amargado y decidido a infligir tanto daño como fuera posible en su retirada?

La galera se adentró en aquel humo sofocante que los envolvió. En ese mundo incoloro, los sonidos llegaban amortiguados, el retumbar de los tambores era como un latido distante, el lejano estruendo de la batalla en tierra iba y venía.

Los ojos de Hui se humedecieron y extendió su pañuelo sobre la nariz y la boca para evitar ahogarse. El capitán había hecho lo mismo.

—¡Detengan los remos! —gritó Garwa.

Los marineros se inclinaron sobre las cañas de sus remos y sacaron las palas del agua. El barco redujo la velocidad y quedó a la deriva. El casco crujió al flexionarse contra la corriente, el sonido tan cercano llegó extrañamente magnificado.

Garwa parpadeó para eliminar las lágrimas. Estaba apoyado en la barandilla con los ojos entrecerrados mirando adelante.

—No se ve un carajo —gruñó.

Hui vio que el cuerpo del capitán se ponía rígido por la inquietud. Ellos sabían que la flota

del Pretendiente Rojo estaba en algún lugar más adelante, lista para enfrentarlos antes de que pudieran dar apoyo al ejército que atacaba Asiut por tierra.

Garwa observó el agua y miró a Hui.

—¿Qué curso?

—¿Qué... curso?

—No repitas mis palabras como respuesta. Tanus dice que tienes una buena mente en ese cráneo tuyo, aunque debe estar bien escondida. Dime lo que piensas. ¿Qué curso debemos tomar?

Hui sintió la intensa mirada del capitán sobre él. Aquello era parte de su rápida formación en la marina, lo sabía, y Garwa lo estaba probando.

—Quedémonos —aventuró— lo más cerca posible de la costa.

—Si tienes una idea que valga la pena escuchar, ¡habla claramente!

Hui repitió con voz más firme lo que había dicho.

El capitán asintió con un gesto.

—¿Por qué dices eso?

—Porque la flota del Pretendiente Rojo estará aguardando. Ellos esperan que tomemos el canal profundo en el centro del río. Si nos quedamos cerca de la orilla podríamos ganar algún tiempo de sorpresa.

—Tal vez podamos convertirte en un marinero. —Garwa se volvió y le hizo una seña con la mano al timonel para indicarle que dirigiera el barco más cerca de la costa occidental—. ¡Tau! —gritó.

El muchacho trepó por encima de los bancos hasta que llegó a la proa. El capitán puso en sus manos una larga vara para sondear.

—Ve a ese lado. No quiero sorpresas. Sondea las profundidades y da la alarma a los gritos si podemos tener problemas.

Tau asintió con la cabeza y trepó por encima de la barandilla hasta la plataforma de sondeo en la proa.

El barco siguió a la deriva en medio de aquel mundo fantasmal. Hui se esforzó por escuchar los ruidos de la batalla en tierra, rezando para que Tanus saliera victorioso. Si la batalla se perdía ahí, ¿entonces qué? El Pretendiente Rojo se iba a envalentonar. Caerían otras ciudades. ¿Podría tal vez llegar a Tebas?

El capitán miró adelante, sus ojos constantemente buscando entre aquellos grises irregulares la primera señal del enemigo. Mientras avanzaban, una de sus galeras hermanas pasó veloz por el canal central, aprovechando la corriente más rápida y los hombres todavía agitando los remos.

Garwa frunció el ceño.

Otra galera seguía a la anterior. En la proa, el capitán se dio vuelta y saludó burlonamente a Garwa.

El primer barco desapareció en la densa niebla. Un momento después un terrible sonido desgarrador atravesó las aguas, seguido de una cantidad de gritos y lamentos.

Garwa se agarró a la barandilla.

—En el nombre de Ra, ¿qué es eso?

Sopló el viento y la cortina de humo se abrió. Hui se quedó mirando una imagen del infierno. La primera galera estaba quebrada a medias, como si hubiera sido atacada por los colmillos de alguna bestia gigante, y se hundía rápidamente. Algunos de los hombres todavía se aferraban a sus bancos aterrorizados. Un marinero estaba abrazado al mástil, la boca abierta en un grito que pedía ayuda.

El resto de la tripulación trataba de flotar en el río donde habían sido arrojados por lo que sea que hubiera destruido su nave. Hui miraba aquello mientras surcos de agua turbulenta se abrían desde la orilla hacia los sobrevivientes. Una forma oscura por debajo de la superficie llegó al marinero más cercano. Cocodrilos. El hombre gritó, agitando los brazos mientras era arrastrado hacia abajo. El río se sacudió en el lugar donde había estado un momento antes.

Al darse cuenta de lo que había ocurrido, los otros remeros trataron con más fuerza de alcanzar la relativa seguridad de la galera que se hundía. Uno por uno, los cazadores silenciosos arrastraron a los hombres a sus muertes. El río se oscureció, se volvió rojizo, el agua bullía. Y cuando la mano del último hombre se movió cerca del naufragio, apareció un cocodrilo gigante y giró sobre sí mientras apretaba las mandíbulas alrededor de su víctima y lo arrastraba hacia abajo.

—¿Qué le pasó a la galera? —dijo Hui casi sin poder respirar.

Apenas habían salido las palabras de su boca cuando el segundo barco salió veloz de la nube de humo y pasó junto a los restos del líder de la flota. El mismo ruido estremecedor dominó la escena, y esta vez Hui pudo ver a la nave que se partía como si un cuchillo la hubiera cortado en dos. Las maderas se hicieron añicos, volaron los fragmentos. Los hombres volaban por la borda, sus gritos se hicieron más desgarradores cuando se dieron cuenta de lo que les esperaba en las profundidades. El mástil se quebró y cayó, aplastando a dos hombres. Se escucharon sus gritos hasta que se desvanecieron. La galera había sufrido muchos daños; se hundió rápido, la popa quedó debajo de la superficie cuando el agua del río inundó el casco roto. Más gritos mientras los cocodrilos se daban un festín.

Hui sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué pasó? —gritó de nuevo.

El capitán miraba aquella carnicería alrededor de los dos barcos destruidos, sin tener una respuesta.

Una mano apareció en la barandilla y Tau pasó por encima.

—¡Lo veo! —exclamó—. ¡Lo veo!

Señaló el agua que fluía a través del profundo canal.

—¡Allí! —dijo Tau, señalando con el dedo—. ¿Ven?

Hui siguió la línea de su brazo y vio un remolino circular en el agua en medio, antes de que la corriente siguiera fluyendo por el otro lado.

—¡Por el hocico de Anubis! —gritó Garwa—. Esos hijos de puta han hundido barreras debajo de las aguas: una pica o algo que rasga los cascos de los incautos. —Bajó la mirada hacia Tau—. Buen trabajo, muchacho.

El capitán saltó de la plataforma y fue por los bancos hacia la popa. Al llegar al remo del timón rugió y agitó las manos con furia, tratando de alertar a las siguientes galeras para que se dirigieran a la orilla. Algunas siguieron sus órdenes. Otras pasaron a toda velocidad, ya sea porque no lo vieron o porque ignoraron sus advertencias.

Otro barco se partió en dos y se hundió. Una segunda nave trató de desviarse en el último momento. Uno de los obstáculos escondidos debajo de la superficie rastrilló el borde del casco, pero no produjo ningún daño grave. Sin embargo, la galera pareció estar atrapada por la barrera, pues se detuvo y por mucho que los marineros movieron los remos, no se movió.

Hui entendió. Miró a su alrededor, al humo ondulante y al resplandor rojo que brillaba en el centro de ese humo. Los hombres del Pretendiente Rojo habían encendido los fuegos en la orilla; esa podría ser la única explicación. Una distracción, una forma de oscurecer los barcos naufragados cuando los otros pasaran por detrás. Maldijo en voz baja. Habían sido demasiado confiados. El enemigo era más astuto de lo que ellos habían esperado.

Garwa, rugiendo de frustración, regresó a la proa. Mientras subía a la plataforma, la galera salió del banco de humo. Hui se dio vuelta cuando el agua brilló a la luz de bronce del sol, otra vez visible. Pero cuando volvió a mirar, sintió que el frío lo atravesaba.

La flota del Pretendiente Rojo estaba reunida adelante, de una verde costa a la otra. Las velas ondeaban desplegadas para el viaje río arriba, un mosaico de colores carmesí, dorado brillante y verde esmeralda. Algunas se veían más pequeñas que las grandes galeras de guerra que Tanus había ordenado construir. ¡Pero había tantas!

Garwa se dio vuelta.

—¡Arcos! —gritó.

Pero cuando la orden resonó en la cubierta, Hui hizo una mueca ante el zumbido agudo que él conocía muy bien. Instintivamente se arrojó al suelo a la vez que agarraba a Tau y ponía al muchacho debajo de él para protegerlo. El aire rugía con los ruidos de las flechas que se clavaban en la galera, de la madera astillada, con los gritos de los heridos en los bancos.

Hui levantó la vista. Garwa se tambaleó, su boca se aflojó y sus ojos se abrieron muy grandes, sorprendidos. Tenía siete flechas clavadas en el pecho. Cayó hacia atrás, muerto.

Otra lluvia de flechas silbó en el aire. Esta vez menos dieron en el barco. Hui se asomó por la barandilla y se dio cuenta de que el ataque se había dividido, ya que otra de sus galeras salía del humo. Mientras miraba, aparecieron más naves cerca de las orillas del río.

Tau se arrastró hasta el cuerpo de Garwa, con los ojos llenos de lágrimas. En esos ojos ardientes, Hui vio algo que pudo entender: el deseo abrasador de la venganza.

Hui se puso de pie de un salto y corrió hacia el borde de la plataforma para gritar:

—¡Escuderos, protejan a sus arqueros!

La tripulación respondió sin vacilar y se alzaron los escudos de bronce. Los arqueros se agazaparon detrás de ellos, preparando sus flechas. Hui le hizo una señal al timonel, que se apoyó en su remo hasta que la galera empezó a virar de costado. Llegaron más flechas. Casi todas golpearon inofensivamente en los escudos o se hundieron en el río.

Una vez que el ataque pasó, Hui se puso de pie de nuevo y gritó:

—¡Disparen sus flechas!

Los arqueros se levantaron de detrás de los escuderos y un torrente de flechas voló en un gran arco sobre el agua. Hui golpeó el aire con un puño mientras observaba las flechas que caían sobre la flota del Pretendiente Rojo y escuchaba los gritos que resonaban por el río.

—Obedecen tus órdenes —señaló Tau—. Tú eres el capitán ahora.

Hui estuvo a punto de contradecirlo, pero luego se tragó sus palabras. Si no era él, ¿quién más podría asumir ese papel? Cualquiera otro hombre a bordo tenía un trabajo importante que hacer. Se sintió aterrado ante la responsabilidad —todas esas vidas en sus manos, tal vez hasta el resultado de la batalla dependía de él—, pero iba a cumplir con su deber.

—¿Damos la vuelta y huimos? —preguntó el muchacho.

—No —respondió Hui—. Peleamos.

Se asomó en el borde de la plataforma y miró a los hombres agazapados en el vientre de la galera.

—¡Esta batalla será dura —gritó—, pero es una que podemos ganar! Nuestras naves son más poderosas. Nuestras flechas vuelan más certeras. Y ustedes son más valientes que cualquiera de los chacales del Pretendiente Rojo. Una vez que vean lo que tenemos que ofrecer, huirán como los cobardes que son. ¡A luchar! ¡Y a ganar!

La tripulación rugió como una sola voz. Hui observó con asombro cómo la chispa de desafío encendía un rostro tras otro, y esos valientes guerreros se alzaron juntos, inspirados por su liderazgo. Nunca pensó que era capaz de hacer tal cosa. Ojalá Khawy hubiera vivido para verlo.

Hui gritó su orden al timonel y el barco giró de nuevo. Los remeros hundían sus remos, y la galera surcó las corrientes en dirección a la flota enemiga. Era una demostración de bravuconería que había aprendido de Tanus, y Hui sabía que eso haría pensar dos veces a aquellos marineros enemigos. ¿Quién sería tan loco como para atacar a una flota como aquella? Solo alguien supremamente seguro de sí.

Hui murmuró una oración a Horus para que su estratagema funcionara, y miró hacia atrás. Había temido ser la única galera que atacara de esa manera... Los otros capitanes, más experimentados, seguramente habrían sido más cautelosos... pero vio que el resto de sus barcos lo seguían.

Los arqueros del Pretendiente Rojo lanzaron otra nube de flechas, pero muchas se desviaron. Estaban desconcertados, y eso se reflejaba en su vacilante puntería.

Hui se aferró a la barandilla hasta que sus nudillos se pusieron blancos y fijó su mirada en los barcos por delante. Pronto pudo ver los rostros de los enemigos, sombríos y listos para la batalla que se avecinaba. Mientras tanto, los arqueros de Hui soltaban flecha tras flecha. Y como las flechas llovían en tales cantidades que el cielo parecía oscurecerse, vio que el terror convulsionaba a los marineros enemigos.

Hui conocía el plan de Tanus y lo ejecutó exactamente como él lo había dicho. Cada nave de su flota se enfrentaría a una galera enemiga, una contra una. Mientras avanzaban, los honderos saltaron adelante, haciendo girar sus correas de cuero sobre sus cabezas para soltar las rocas afiladas que habían sido amontonadas en la popa.

Hui vio cómo explotaban algunos cráneos por la fuerza del impacto de esos proyectiles mortales. Pechos hundidos.

Extremidades arrancadas. Y mientras los hombres del Pretendiente Rojo corrían para ponerse a cubierto, los arqueros de Hui se prepararon de un salto y lanzaron otra nube de flechas a corta distancia, que perforaban caras y pechos. Los hombres caían por la borda y dejaban un rastro de sangre carmesí que brillaba con el sol.

Los cocodrilos daban vueltas y se alimentaban en las agitadas aguas blancas entre las galeras.

Alrededor de Hui, la batalla rugía. Una de sus galeras estaba en llamas que lo envolvían todo, desde el mástil hasta la vela enrollada. Otra giraba en las corrientes, todos los hombres a bordo, despatarrados sobre la cubierta llena de sangre. Los cascos chocaban. Las flechas volaban hacia un lado y hacia otro. Quienquiera que estuviera al mando de la flota del Pretendiente Rojo estaba tratando de obligar a los barcos de Tanus a meterse en las aguas poco profundas, donde podían hacerlos encallar y convertirlos en presas fáciles.

Hui lanzó un puño al aire y rugió:

—¡Adelante! ¡No nos van a vencer!

Otros capitanes recogieron su grito, y por un momento ahogaron los gritos de los moribundos.

Pero incluso entonces, cuando miró a su alrededor, Hui no pudo darse cuenta de quién tenía ventaja. La batalla parecía finamente equilibrada. Un movimiento en falso y todo podía perderse.

Hui fortaleció su determinación y dirigió su atención a la galera con la que estaba luchando. Estudió el número cada vez menor de los tripulantes y, cuando decidió que él tenía la ventaja, bramó:

—¡Ahora!

La galera se acercó más al barco enemigo, y cuando un estrecho canal se abrió entre ellos, sus hombres desenvainaron sus espadas y saltaron por encima de la brecha. Las hojas de bronce destellaron, cortando y atravesando, mientras sus hombres se movían a lo largo de la cubierta, hiriendo a los marineros que huían. En su terror, algunos optaron por saltar por la borda, solo para encontrarse siendo víctimas de los depredadores mortales de las profundidades del río.

Pronto la cubierta estuvo llena de sangre: ninguno de los hombres del Pretendiente Rojo seguía con vida. Recién entonces Hui miró hacia atrás, a la batalla.

Los cuerpos flotaban en la espuma roja y los barcos iban a la deriva sin tripulación. La marea había cambiado a su favor. A un tiro de lanza de distancia, sus camaradas lanzaron un grito de guerra mientras liquidaban con la espada a los últimos hombres del Pretendiente Rojo. Sujeto contra el mástil con una cuchilla sobre la garganta, el capitán gritó su rendición. Más allá de esa nave, dos de las embarcaciones de Tanus se ubicaron a cada lado de una galera enemiga. Los marineros a bordo miraron a su alrededor aterrorizados, al verse atrapados.

Los barcos del Pretendiente Rojo eran superados en número, eso era claro para ambos lados. Y entonces sonó la orden de retirarse, y lo que quedaba de la flota enemiga dio media vuelta y remó aguas abajo hasta sus refugios seguros.

Hui sintió que se le agrandaba el corazón. Una alegría espontánea resonó entre los guerreros a bordo de las galeras de Tanus al ver huir a sus enemigos.

Pero el trabajo no estaba terminado. Hui levantó una mano, y uno por uno los capitanes de

los otros barcos hicieron lo mismo. Juntos agitaron los brazos hacia adelante y las galeras se alejaron aguas arriba para dar apoyo a las fuerzas terrestres.

Esta batalla había sido feroz y sangrienta. El ataque a Asiut iba a ser peor.

La fogata crepitaba y Hui saltó al salir de su ensueño. La luz de la luna inundaba las orillas del Nilo donde sus hombres cansados yacían junto a las galeras allí amarradas. Se habían ganado su descanso. El agotamiento había convertido a sus propias extremidades en pesas de plomo, y hubo momentos en que pensó que no habría fin a los esfuerzos que se le exigían. Cuando cerró los ojos, lo único que pudo ver fueron los cuerpos desparramados por el valle fértil en las cercanías de Asiut y los charcos rojos de sangre humeantes bajo el sol abrasador. En su cabeza todavía resonaba el choque de la espada contra el escudo, los gritos de batalla y los gritos de agonía de los moribundos.

«La batalla cambia a un hombre para siempre», le había dicho Tanus una vez. En ese entonces, él no comprendió lo que Akh-Horus quiso decir. En ese momento lo entendió.

Hui arrojó otro bloque de estiércol de burro al fuego y las chispas se arremolinaron. ¿Había valido la pena todo aquello? Cuando ya no era posible que los arqueros y los honderos ofrecieran apoyo desde las galeras en el canal, se quedó en la plataforma de proa y vio que las fuerzas de Tanus atravesaban las puertas para entrar en Asiut. El resultado aún era incierto, ya que la mayor parte de los hombres del Pretendiente Rojo estaría esperando allí para defender su baluarte. Lo único que Hui podía hacer era regresar con la flota a las orillas del Nilo y esperar las noticias.

Un silbato sonó desde el puesto de vigilancia en el borde del campamento improvisado que habían levantado.

—¡Mensajero! —anunció alguien.

Hui se puso de pie de un salto y corrió hacia el lugar de donde provenía aquella voz. No era un mensajero que llegaba, sino una docena de ellos, y al acercarse, Hui vio que Tanus encabezaba el grupo. Tuvo una fuerte sensación de alivio. Pero cuando la luz de la luna iluminó a Akh-Horus, apareció una imagen infernal. Este venía cubierto de sangre, el cabello con sangre seca al igual que su faldellín.

Cuando vio a Hui, sonrió y extendió una mano.

—¡Victoria! —gritó—. ¡Victoria!

Aunque los hombres en el campamento apenas podían mantenerse en pie por el agotamiento, se levantaron y alzaron sus espadas dando vivas a los vencedores.

Después de las celebraciones, Tanus se sentó junto al fuego con Hui, quien se mostró maravillado por la energía ilimitada de Akh-Horus, como si el día recién comenzara y él no hubiera dirigido una larga y dura batalla de liberación.

—El Pretendiente Rojo ha sido expulsado de la ciudad y enviado de regreso a sus tierras, con grandes pérdidas —comentó Tanus, removiendo el fuego con su espada—. Esta guerra no ha terminado, pero nuestros enemigos tendrán que lamer bien sus heridas antes de intentar algo

como esto de nuevo. Y Asiut está ahora en nuestras manos, el eje sobre el que giran nuestras defensas del norte. Un buen día...

—Pero muchas vidas se perdieron en ambos lados —agregó Hui, su voz debilitada por el cansancio.

Tanus asintió moviendo la cabeza.

—Nunca olvidaremos a nuestros caídos. —Miró a Hui y sonrió—. Y tú..., vaya que mostraste coraje este día. Y qué intuición. Muy bien puede ser que fuiste tú quien cambió el rumbo de la batalla fluvial, al menos eso dicen mis otros capitanes. Solo tuvieron elogios para ti.

Hui apartó la mirada, incómodo.

—Cuando mataron a Garwa, yo hice lo que tenía que hacer. Nada más.

—Y esa es la marca de un buen hombre. Un hombre fuerte.

Una y otra vez he visto a otros enfrentarse a esa situación y apartarse de su responsabilidad. Tú te pusiste la carga al hombro sin pensarlo dos veces. Fuiste un forajido... un Verdugo del Desierto... pero siempre tuviste el alma de un guerrero. Tu padre se hubiera sentido muy orgulloso.

Hui no se atrevió a mirar a Akh-Horus por miedo a que el peso de la emoción en su pecho lo ahogara.

—Hoy te nombro capitán de esa galera —continuó Tanus—. Te lo has ganado y serás un brillante ejemplo para todos los hombres que sirven a tus órdenes.

—Y...

—Y cumpliré con mi palabra. Toma tu barco y otros dos y vete a Lahun. Si los enemigos se esconden allí, que ahora tiemblen. Se acerca un ajuste de cuentas.

Bajo la luna llena, volaban las dunas plateadas. El viento de la noche agitaba las arenas y susurraba entre las hojas de las palmeras datileras, y había un matiz de soledad en su gemido. Desde la plataforma en la proa de su galera, Hui observaba las aguas del canal que brillaban temblorosas bajo esa luz. El canal había sido dragado y era navegable para embarcaciones más grandes. La reparación del muelle más adelante ya estaba terminada.

Aspiró los ricos aromas de la refrescante vegetación, pero eso no fue suficiente para aliviar la opresión en su pecho.

«Un ajuste de cuentas», había dicho Akh-Horus. Y vaya qué ajuste de cuentas.

El tambor estaba en silencio, pues Hui no quería llamar la atención mientras se acercaba, pero sus hombres movían los remos siguiendo un ritmo, las palas se sumergían y se elevaban con una lluvia de gotitas iluminadas por la luna. El ruido suave de las salpicaduras lo arrullaban. Pero su mano siempre descansaba sobre la empuñadura de su espada.

Lahun estaba lejos de la corte del faraón y de sus pensamientos en tiempos tan tumultuosos. Pero Hui nunca había olvidado. Pensó en Isetnofret, a salvo detrás de las paredes blancas que brillaban al final del camino desde el muelle, y Qen, dormido en su cama. Tranquilo sabiendo

que tenían el poder sobre la ciudad donde Hui había nacido. Que podían disfrutar con lujo de las riquezas que pasaban por sus puertas, y que tenían la vida de los hombres en las palmas de sus manos. Había pensado que su estado de ánimo iba a arder al rojo vivo cuando regresara a Lahun, y que su sed de venganza le iba a quemar el cráneo. Pero Hui solo sintió una frialdad que le llegaba profundamente a los huesos. Estaba listo para terminar con todo aquello..., ver que se hacía justicia con su padre, para luego continuar con su vida, con Ahura e Ipwet, y cumplir con su deber ante Tanus y el ejército del faraón.

¿Los hicsos iban a dar pelea? Él había visto suficiente de ellos y su manera de actuar como para saber que eso era lo que iban a hacer. Pero estaba listo. Él había diseñado la estrategia con Tanus esa noche junto a la fogata del campamento, y todos sus hombres en aquellas tres naves habían sido informados de sus funciones.

Los hicsos podían rendirse o morir. Y Lahun volvería a ser libre.

Su galera se acercó al muelle y tres hombres saltaron a tierra para sujetar las amarras. Los otros dos barcos crujieron detrás. Hui caminó por la planchada hasta el final de la pasarela y contempló la ciudad dormida y la pirámide en ruinas más atrás. ¡Qué apacible se veía bajo la luz de la luna llena! Estaba sepulcralmente tranquila, como siempre lo estaba a esa hora, pero una atmósfera opresiva parecía estar cerniéndose sobre la ciudad.

Una vez que sus hombres formaron una línea detrás de él, los escudos atados a sus brazos izquierdos, Hui señaló con la mano hacia adelante y comenzó la marcha. Después de un corto trecho, se detuvo a escuchar, pero no oyó nada, aparte de los pasos con suelas de cuero. Los centinelas debían estar durmiendo. Seguramente habían visto la llegada de una banda de guerra cerca de sus puertas, pero no sonó la alarma.

Con cada paso más cerca de las puertas, el pecho de Hui se tensaba. No había explicación para aquello, nada que él pudiera imaginar. Miró hacia atrás y vio que sus hombres también lo habían sentido. Los ojos se movían en todas direcciones, las manos ya sobre las empuñaduras de las espadas. ¿Estaban siendo llevados a una trampa? Las cosas no habrían sido así en los viejos tiempos. Las puertas estarían atrancadas, las alarmas sonarían desde las torres de vigilancia, y los guardias y los pocos arqueros disponibles estarían corriendo hacia las murallas para protegerlas. Tal vez los hicsos usaban una nueva estrategia.

Hui levantó la mano para desacelerar la marcha de sus hombres. Él mantenía los ojos fijos en las puertas, casi esperando que se abrieran y un torrente de carros saliera corriendo, lanzando flechas con aquellos arcos terribles.

Pero nada se movió.

Tau se puso a su lado y arrugó la nariz.

—¿Qué es ese olor?

Hui olfateó el aire. Ahora también él pudo detectarlo: un leve aroma desagradable en la brisa nocturna. Sintió que un escalofrío le corrió por la columna vertebral.

Cuando se acercaron a las murallas, Hui miró hacia las torres. Todas ellas parecían vacías. Las puertas estaban entreabiertas, agitadas por la brisa, cada crujido marcado por un ruido sordo al abrirse y cerrarse.

Hui sacudió su mano hacia la izquierda y hacia la derecha. Su columna de hombres se dividió en dos y cada grupo corrió a ocupar posiciones a ambos lados de las puertas. Las espadas ya desenvainadas y los escudos levantados. Todos los ojos lo miraban a él, esperando su orden.

Él movió la cabeza y dos guerreros avanzaron sigilosamente, con los hombros apoyados en las puertas para abrirlas.

El hedor a podredumbre salió de la oscuridad y llegó a ellos.

Hui llevó su mano a la boca. El muchacho tuvo arcadas y los hombres de Hui se ahogaban.

Hui envolvió su pañuelo sobre boca y nariz e hizo señas para que sus hombres hicieran lo mismo. Sabía lo que significaba ese olor. Pasó junto a sus hombres y atravesó la puerta abierta de su hogar. Un mar de oscuridad se extendía ante él. No había lámparas encendidas en la muralla, ni en ninguna de las casas que se alzaban desde las murallas hasta la Ciudad Alta.

Sintió un movimiento en la oscuridad delante de él. Desenvainó la espada y la llevó a posición de ataque.

—¿Quién está ahí? —preguntó—. Quédese donde está.

Los pasos resonaron sobre el suelo de piedra. Una silueta emergió con pasos lentos, más oscura que la penumbra circundante, pero a medida que avanzaba, Hui pudo ver más movimientos detrás de él. Las sombras se agitaron. Una multitud se arrastraba hacia él.

—¡Todos a mí! —gritó.

Sus hombres atravesaron corriendo las puertas y se alinearon a ambos lados de él, con los ojos mirando por encima de sus escudos, las espadas levantadas.

Una franja de brillante luz de luna recorría la calle junto a las murallas. La primera silueta entró en esa franja y Hui abrió la boca. Era una mujer, pero parecía que acababa de salir arañando de su tumba. Tenía las mejillas hundidas, sus ojos se perdían en la profundidad del cráneo. Los brazos eran poco más que huesos cubiertos de piel como de pergamino.

—Por favor, ayúdame —gruñó, extendiendo una mano hacia él.

La multitud que se movía detrás de ella se abrió paso hacia la luz... Eran hombres, mujeres, niños, vestidos con harapos, todos ellos hambrientos.

—Por favor, ayúdame —suplicó un anciano.

—Por favor, ayúdame.

—Por favor, ayúdame.

—¿Qué horrores han sucedido aquí? —escuchó Hui que alguien exclamaba detrás de él.

Aquella gente siguió avanzando, con las manos pidiendo ayuda. Poco les importaba que las espadas pudieran detenerlos. Los empujaba el hambre.

—Piensan que estamos aquí para ayudarlos —murmuró Tau.

—Los ayudaremos —respondió Hui, su voz baja pero llena de fuego.

Levantó las manos.

—¡Escúchenme ahora! —gritó—. ¡Nos envía desde Tebas el mismo faraón para traer esperanza a Lahun!

Por todo el grupo de ciudadanos cadavéricos, se alzaron los sollozos y muchos cayeron de rodillas, gimiendo y juntando sus manos en señal de alivio.

Hui se acercó a la mujer que habló primero y la miró a la cara.

—¿Que pasó aquí? Dime.

—Por favor ayúdame —sollozó, delirando por el hambre—. Por favor, ayúdame.

Hui se volvió hacia sus hombres.

—No conseguiremos nada de ellos. Debemos averiguarlo por nuestra cuenta.

Les hizo señas a dos de sus lugartenientes de mayor confianza y susurró:

—Tomen diez hombres y traigan todas las provisiones que dejamos a bordo de las naves.

Distribúyanlos entre los hambrientos. No será suficiente ni podremos darles de comer a todos. —
Se volvió hacia la multitud—. Esperen fuera de las murallas. Mis hombres se ocuparán de
ustedes.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Tau.

—Entramos en la ciudad y averiguamos qué causó esto tan terrible.

«Y encontrar a Isetnofret y Qen», decidió.

—¿Es eso prudente? —preguntó el muchacho—. ¿Y si los hicsos están esperando?

Hui miró a uno y otro lado de la calle iluminada por la luna.

—No hay caballos, no hay carros. No, los bárbaros se han ido hace mucho tiempo.

Caminaron cuesta arriba, con la espada en la mano. Sus hombres lo seguían detrás,
manteniéndose todos juntos.

La luna llena iluminaba un sendero en la oscuridad. Hui apenas podía respirar a causa del
hedor asfixiante. Mientras se movían por la ciudad en silencio, un movimiento repentino estalló
por todos lados, corriendo para alejarse de ellos por la calle estrecha. El muchacho saltó y se
escondió detrás de él.

Un mar de ratas se movía por todas partes, agitando las colas en el aire mientras escapaban.
Eran tantas que resultaba imposible ver el suelo bajo sus cuerpos ondulantes.

—Una ciudad de alimañas —susurró Hui.

Y a medida que avanzaban, pudo ver por qué los roedores se habían apoderado de la ciudad.
Había cuerpos desparramados por todas partes, en las puertas de sus hogares, sobre los montones
de basura, caídos al lado de la calle, pudriéndose y siendo devorados por ratas y pájaros. La
gente había sido derribada con espadas, algunos de ellos mientras defendían sus chozas y sus
escasas posesiones, otros mientras trataban de huir de la matanza.

Hui se tragó la desesperación. Tantos cuerpos. Lahun había sido una ciudad populosa. En ese
momento parecía casi desierta. «Al menos algunos habrán escapado hacia los páramos», rezó.

—¿Los bárbaros hicieron esto? —preguntó Tau.

—Los hicsos son un pueblo honorable —respondió Hui, y agregó apresuradamente—, o eso
es lo que me han dicho. Si ellos son los responsables de esta matanza, deben haber sido
impulsados a ella por algo más allá de mi comprensión.

Cuando atravesaron el muro hacia la Ciudad Alta, Hui esperaba un respiro después de las
sombrias escenas. Pero no lo hubo. Los habitantes ricos de Lahun habían muerto al igual que los
pobres... Hombres y mujeres que había conocido desde que era un niño, sus cuerpos
desparramados fuera de sus grandes casas.

Y luego estuvo ante la casa de su padre.

La puerta estaba rota y abierta. Hui entró y pasó junto al cuerpo del esclavo muerto que la había custodiado. Lo habían degollado. El salón estaba desnudo; las preciadas posesiones de Khawy que daban muestra de estatus de la familia habían desaparecido. Hui se lamentó por esas cosas, últimos recuerdos del hombre a quien había admirado y amado.

Tau se puso a su lado y miró el vacío que lo rodeaba. Él no entendía el significado del lugar. Le resultaba imposible.

—Espera afuera —murmuró Hui—. Debo explorar esta casa yo solo.

El muchacho salió.

Hui se quedó escuchando el silencio, respirando el aire polvoriento. Cuando se sintió preparado, subió las escaleras. Todos los dormitorios estaban vacíos. Daba la impresión de que nadie había dormido en las camas de Isetnofret y Qen por un tiempo. Un aire melancólico flotaba sobre la terraza en la azotea. El entoldado había sido derribado, los taburetes donde se había sentado con su padre estaban rotos.

Cuando se decidió a bajar las escaleras, Hui sintió que alguien lo esperaba en la oscuridad del pasillo.

—Todavía estás vivo —dijo Hui.

—Soy difícil de matar —respondió Farid.

Ambos se dirigieron al jardín perfumado en la parte trasera de la casa, pero el perfume de la madre selva no podía sofocar el hedor de la muerte. Hui miró a su alrededor para estar seguro de que los cuerpos de su madre y de su hermano no estaban allí, y luego se dejó caer en el banco de piedra y apoyó la cabeza en sus manos.

—¿Sabes lo que pasó aquí? —preguntó.

Farid se apoyó en su bastón, y miró hacia la luna.

—Parte de eso. La masacre había ocurrido pocos días antes de que yo llegara.

—¿Te quedaste aquí?

—En una de las otras casas. Mis órdenes eran de esperar tu llegada.

Hui miró al caminante del desierto admirando su sentido del deber ante semejante sufrimiento.

—Cuéntame.

—Antes de que el hambre se apoderara de los que habían sobrevivido, salí a preguntar a cualquiera que pudiera saber de los eventos que condujeron a esta masacre.

—¿Cómo pudo ser esto? Los hicsos son guerreros feroces y sanguinarios. Pero en todo el tiempo que pasamos junto a ellos, no hubo ninguna señal de que podían matar a hombres y mujeres que huyen de sus casas.

—Que te sirva de consuelo saber que muchos ciudadanos escaparon a los páramos. Si sobrevivieron al calor abrasador antes de llegar a un lugar de refugio... eso es otro asunto. — Una estrella fugaz atravesó la vasta bóveda celeste. Farid siguió su trayectoria—. Un presagio. Una señal de los dioses. Solo uno manda aquí en Lahun. Solo uno ha gobernado siempre. Seth, Dios del Caos, Señor del Desorden y la Violencia.

—El dios de los hicsos.

—Esta sangre está en las manos de tu madre.

Hui se sobresaltó y fijó su mirada en el rostro del caminante del desierto.

—¿Qué papel tuvo Isetnofret en esto?

—Tal como lo pediste antes de irme de Tebas, presté especial atención a tu madre y hermano y al papel que tuvieron en darles la bienvenida a los hicsos a Lahun. Su caída comenzó el día en que te llevaste a tu hermana de aquí.

—¡El matrimonio arreglado!

—Todo lo demás giró alrededor de eso. No era un asunto menor.

Khyan no creyó que Ipwet hubiera huido de Lahun por decisión propia... Eso es lo que tu madre les dijo y, tal vez, ella también lo creía. Los hicsos sabían que tu madre era intrigante y pensaron que estaban siendo engañados, engañados para dar más de lo que habían ofrecido en la larga serie de encuentros que culminaron en el acuerdo. Una vez que hubieran cedido más terreno, Ipwet habría aparecido de nuevo, como por arte de magia. Son un pueblo orgulloso.

Hui asintió con la cabeza.

—Pero aun así... ¿Sería eso suficiente para llevarlos a semejante masacre?

—Los bárbaros se negaron a continuar con el acuerdo que hubiera puesto a tu hermano en el poder aquí, y a tu madre en el poder detrás de él. Mientras se retiraban, comenzaron a saquear las casas. Algunos de los ciudadanos resistieron y fueron asesinados.

Eso llevó a otros a tomar las armas contra el enemigo entre ellos. No eran guerreros. Las armas que tenían las usaban mal, y solo empeoraron las cosas. Los hicsos se enojaron por esa resistencia. Pero eso no fue todo.

Farid cerró los ojos tratando de recordar los detalles de lo que le habían contado.

—Tu madre es una hechicera —continuó—. ¿Es eso verdad?

—Siempre ha sido experta en las artes ocultas. Algún don, tal vez, de Seth, por su lealtad hacia él. Eso es lo que me dijeron.

El caminante del desierto asintió con un gesto.

—Ahora entiendo más claramente. Cuando escuché por primera vez lo que había sucedido, lo descarté, pues consideré que eran mentiras. Imaginaciones descabelladas. Pero quizá era todo cierto.

—¿Qué hizo mi madre?

—Algunos conjuros... Un hechizo, tal vez... Alguna poción. Ella veía que el poder se le escapaba de las manos, y se desesperó. Tu madre pensó que lo estaba perdiendo todo. Todo por lo que ella había sacrificado tanto. Estaba lista para correr cualquier riesgo con tal de lograr que los hicsos volvieran a estar de su lado. Antes de que los bárbaros se fueran para siempre, les ofreció vino..., una manera de serenar las aguas turbulentas. Khyan le dio la espalda, pero tres de sus generales bebieron su brebaje. La poción estaba destinada a quebrar su voluntad. Para volverlos susceptibles a sus artimañas. Tal vez en su desesperación hizo su hechizo sin respetar los tiempos, o cometió algún otro error. Lo cierto es que la bebida mató a los tres generales.

Hui imaginó la escena. La ira creciente de Khyan mientras veía morir ante sus ojos a sus tres

hombres de mayor confianza, echando espuma por la boca como le había ocurrido a su padre. Los hicsos sospechaban de todos los extranjeros. ¿Khyan pensó que ese era el verdadero plan: atraerlos y luego asesinarlos?

«Sí —calculó Hui para sí—, eso fue lo que pensó».

—Esa bebida envenenada había logrado más que cualquier banda de guerreros egipcios —continuó Farid, con su voz profunda y resonante—. Fue un golpe en el corazón mismo de los hicsos. En su rabia, Khyan ordenó a sus hombres que se vengaran con los ciudadanos de Lahun y que saquearan todo lo que encontraran.

—Qen e Isetnofret siempre se preocuparon solo por ellos mismos —apostilló Hui con su voz llena de amargura—. Ellos no amaban a la gente de aquí.

Se puso de pie y trató de calmar su enojo cada vez más intenso. Ese era el verdadero legado de Isetnofret. No solamente el asesinato de su padre. Una masacre a gran escala. La ruina de una ciudad. ¿Cuántas muertes ahora manchaban su conciencia? Y lo que es peor aún, nada de eso le va a importar jamás.

—Dime que Khyan los mató a los dos —dijo Hui casi sin voz.

—Se llevaron cautivo a tu hermano. Pero tu madre huyó antes de que los hicsos pudieran atraparla.

Hui imaginó que Isetnofret usó los poderes que tenía a su disposición para evadir el grupo de búsqueda de Khyan.

—Dónde está ella ahora, no sabría decirlo.

Hui sabía dónde estaba ella. La visión de Taita de la mujer sin rostro con las manos ensangrentadas le quemaba la mente. Estaba en Tebas. No se iba a dar por vencida. El poder era lo único por lo que ella vivía. Y la ciudad de las Cien Puertas era el hogar de la Piedra Ka, lo que ella codiciaba para que le concediera el poder de la inmortalidad...

Hui se detuvo en el suelo iluminado por la luna y se dio vuelta para mirar a Lahun, que se extendía por la ladera. ¿Sería aquella la última vez que vería a su ciudad natal?

Muchísimos eran los hombres, mujeres y niños hambrientos que se habían reunido fuera de las murallas, gimiendo e implorando ser alimentados. Sus hombres distribuyeron los últimos restos de las provisiones que habían traído de las galeras, pero no fue suficiente.

Hui se acercó a la multitud, con el corazón roto al ver el hambre grabada profundamente en los rostros de aquellos que alguna vez habían sido sus vecinos. Si llegaba a poner sus manos en el cuello de Isetnofret, ella pagaría el doble por lo que había hecho aquí. Una muerte rápida no sería lo mejor. Ella tenía que saber cuál era el alcance de sus crímenes, y luego arrepentirse.

Y una vez desaparecida ella, Hui iba a despedazar su cuerpo para arrojarlo al Nilo, un festín para los cocodrilos, para que ella nunca encontrara la paz en el más allá.

Les hizo una seña a los capitanes de las otras dos galeras y a Farid. Tau también se acercó veloz.

—No podemos ayudar a todos —confirmó Hui—. Pero al menos deberíamos llevar a los niños en los barcos.

—Tantos como podamos cargar —precisó uno de los capitanes, frotándose la barbilla—. Estas son galeras de guerra y hay poco espacio a bordo.

—Haremos lo que se pueda —replicó Hui. Se volvió hacia Farid—. ¿Puedes conducir una caravana de los más fuertes a través del desierto? ¿Niños, hombres, mujeres?

El caminante del desierto miró al patético grupo de gente.

—Algunos podrían no sobrevivir al viaje.

—Si puedes llegar a la granja más cercana, mendiga todo el pan que puedas para ellos. Tanus se asegurará de que se pague a los granjeros el doble de cualquier ayuda que brinden, estoy seguro de ello.

Farid estuvo de acuerdo y lo confirmó con un gesto.

—Haré esta tarea, con mucho gusto.

Su rostro era de piedra, como siempre, pero Hui creyó ver compasión en sus ojos. Farid era un buen hombre, aunque lo ocultaba en lo más profundo de su corazón.

—¿Y el resto? —preguntó el segundo capitán.

—No hay otra opción para ellos. Deben quedarse. Una vez que lleguemos a Tebas, se pueden enviar barcos con provisiones o llevarlos de regreso a Lahun, lo que la autoridad decida.

El capitán se frotó la barbilla.

—Hay suficiente carne para ellos aquí para mantener viva su llama, si son cuidadosos. Siempre que aprendan a ser buenos cazando cosas que corren.

Hui sintió que se le cerraba la garganta. Pero el marinero tenía razón. ¿Qué otra cosa podían hacer todos ellos?

—¿Es este el final de Lahun, entonces? —preguntó Tau, una vez que los otros fueron a seleccionar a los que iban a llevar a Tebas.

—Todavía hay una posibilidad de reconstruirla —replicó Hui, aunque solo pudo oír una débil esperanza en su voz. ¿Sería eso posible cuando las caravanas dejaran de llegar y los mercaderes hubieran encontrado nuevos destinos para sus productos? ¿Cuando murieran los cultivos en los campos junto al canal y esas tierras volvieran a ser un desierto?

Mostró una cara optimista y le frotó la cabeza al muchacho.

—Vuelve a la galera. Tienes trabajo que hacer, y me gustaría dormir en mi cama mañana por la noche.

Tau corrió por el sendero hasta el muelle, delante de los dos capitanes que encabezaban la inquieta fila de niños.

Hui sintió un peso en el corazón por lo mucho que se había perdido. Tenía muchas razones para encontrar a Isetnofret y entregarla a la justicia. Pero en una populosa ciudad del tamaño de Tebas, ¿qué posibilidades había de encontrar a una hechicera que podía cambiar su aspecto a voluntad y mezclarse con cualquier grupo?

Farid alineó a los hambrientos refugiados y partió rumbo al desierto. Al pasar, saludó a Hui con un movimiento de la cabeza. Había respeto en eso, y una sensación compartida de que algo

bueno podría salir de aquel pozo de desgracias.

Hui observó cómo la andrajosa caravana se dirigía hacia el horizonte oriental, una imagen de soledad en aquella tierra vacía.

Una vez que los barcos amarraron en Tebas, Hui les ordenó a sus hombres que entregaran a los niños a las autoridades de la ciudad para que fueran alimentados y alojados. Se apresuró a encontrarse con Tanus para informarle sobre lo que había encontrado en Lahun. Vio que el rostro de Akh-Horus se ensombrecía.

—Haremos lo que podamos para reconstruir tu hogar —prometió Tanus—. El faraón no querrá nada menos para su pueblo. Pero los recursos son escasos. Nuestras batallas con el Pretendiente Rojo están vaciando las arcas.

Aunque Akh-Horus trataba de sonar positivo, Hui pudo escuchar el toque de resignación. Pero mucho se temía que cualquier intento de hacer que Lahun volviera a la vida no contaría con demasiado entusiasmo.

—Te felicito por lo que has hecho —continuó Tanus—. Para los sobrevivientes, evitaste el desastre. Nos ocuparemos de alimentarlos y les buscaremos medios de subsistencia a todos los que salvaste. Tienes mi palabra.

Después de que Tanus volviera a sus obligaciones, solo quedaba la larga espera hasta que llegara Farid. Cuando finalmente vio la caravana de refugiados que avanzaba junto al río, Hui corrió a encontrarse con su amigo. Decenas habían muerto de hambre en el largo viaje, pero otros lloraban y caían de rodillas al saberse a salvo. Hui sintió algún consuelo al ver eso.

Y después Hui comenzó su búsqueda de Isetnofret. Desde el amanecer hasta que cayó exhausto en su cama, recorrió calles, desde las amplias avenidas de los ricos hasta las calles estrechas y vías laterales que atravesaban el barrio donde vivían los más pobres. Interrogó a borrachos en las posadas y a mercaderes que pregonaban sus mercancías en el muelle y en las plazas, a los muchachos que llevaban mensajes desde el palacio hasta los muelles y a los sacerdotes envueltos en incienso en el templo. Le ardían los pies y su frustración se fue endureciendo hasta que pareció que una gran roca le aplastaba el pecho.

Hui tuvo que admitir para sí mismo que nunca iba a encontrar a Isetnofret de esa manera. La Ciudad de las Cien Puertas era demasiado extensa, el gentío en constante movimiento demasiado grande, aun cuando su madre no pudiera usar sus poderes de hechicera para confundirse con lo que la rodeaba. Casi había perdido la esperanza de encontrarla. Pero estaba seguro de que en el momento en que él bajara la guardia, ella iba a actuar, porque esa era la naturaleza de Isetnofret.

Pasaron tres semanas. Esa mañana, la multitud se movía por el muelle, protegiéndose los ojos contra el brillo metálico que venía del río. El viento había cesado en todo el exuberante valle del

Nilo y un calor sofocante lo envolvía todo. Mientras Hui caminaba se dio cuenta de que todos los ojos miraban hacia el norte.

Hui se abrió paso a empujones entre la multitud. Una de las galeras de exploración regresaba del frente y tenía la bandera escarlata en la proa, señal de que traía información urgente para transmitir. Hui entrecerró los ojos, tratando de leer los rostros de la tripulación: ¿júbilo o consternación?

Durante un tiempo solo hubo buenas noticias. Desde la liberación de Asiut, la guerra en el norte iba a favor del Reino Superior. Los dioses les habían sonreído y seguían haciéndolo.

¿Pero en ese momento?

El timonel guio la galera de exploración hacia el muelle.

Antes de que el cabo de amarre del barco fuera atado, uno de los hombres saltó de la cubierta y corrió hacia el palacio. Hui se abrió paso a los empujones entre la gente allí reunida y corrió tras el mensajero.

El mensajero era veloz. Llegó al palacio antes de que Hui pudiera acercarse a él. Hui se paseó a la sombra cerca de las puertas, a la espera de que se diera alguna noticia.

A medida que las sombras se alargaban, Hui vio a un grupo de hombres que salía del palacio a paso firme. Tanus estaba con ellos, y con su amigo, el eunuco Taita. Los demás eran miembros de alto rango de la Guardia de Cocodrilos Azules. Akh-Horus les dio unas órdenes y el grupo se dirigió veloz a la guarnición.

Cuando Tanus y Taita salieron por las puertas del palacio, Hui se acercó a ellos. El eunuco puso los ojos en blanco, pero Akh-Horus lo recibió con un gesto de su rostro sombrío.

—¿Qué noticias hay del norte? —quiso saber Hui.

Tanus miró al oeste, hacia donde se encontraba la necrópolis, al otro lado del río.

—La guerra ha terminado —comenzó con voz vacilante, todavía mirando a la distancia media.

—¿La victoria es nuestra?

Hui supo por el rostro de Tanus que las cosas no eran tan simples.

—El Pretendiente Rojo fue destruido con su espada todavía en la vaina —intervino Taita—. Eso fue lo que dijo el mensajero. Sus fuerzas se dispersaron antes de que las trompetas de guerra pudieran hacer sonar la alarma.

Tanus se volvió hacia Hui.

—Esto es lo que sabemos. El Pretendiente Rojo está muerto. Memphis y Avaris han sido destruidas... Esas dos grandes ciudades, arrasadas. Ardieron los templos. Las estatuas de los dioses fueron derribadas y destrozadas en el suelo. El Reino Bajo está en llamas, y el gran río corre teñido de rojo. El Delta ha caído.

Hui se preguntó cómo podría haber ocurrido semejante destrucción.

—Hemos estado en guerra con el Pretendiente Rojo durante quince años y... apenas si dañamos sus fuerzas —tartamudeó—. Ayer recibimos un relato del frente y no se mencionaba nada de esta ruina.

Tanus asintió moviendo la cabeza.

—Sí. Un día. Eso fue todo lo que se necesitó. Un día.

—La totalidad del Reino Bajo desapareció en un torrente de sangre entre un amanecer y otro —murmuró Taita.

—¿Cómo puede ser esto? —Hui escuchó su propia voz como si saliera del fondo de un pozo. Tanus lo miró fijamente.

—Tú lo sabes.

Hui le devolvió la mirada.

—Lo sabes, porque trataste de advertirme, y yo estaba demasiado confiado como para escucharte. Pensé en ellos solo como bandas de guerra sin organización.

Taita cerró los ojos, recordando.

—Las palabras de ese explorador están grabadas a fuego en mi corazón: «Ha venido un nuevo y terrible enemigo desde el oriente, veloz como el viento, y ninguna nación puede hacer frente a su ira. Aunque nunca lo han visto, nuestro ejército está en plena retirada en las fronteras del norte. Ni siquiera los más valientes se quedan para enfrentarlo».

En ese momento Hui entendió. Sintió que se le cerraba la garganta.

—Los hicsos.

—Han lanzado su ataque, finalmente —dijo el eunuco— y nunca ha habido algo tan devastador en los anales de la guerra.

Tanus puso una mano en el hombro de Hui.

—Y luego vendrán por nosotros.

Ecos de pasos resonaban por las paredes de adobe mientras Hui corría por las calles estrechas y oscuras. El aire estaba cargado con los succulentos aromas del burbujeante guiso de pescado y del cordero asado, y de los portales salían las canciones melodiosas de madres arrullando a sus bebés. Tebas se acurrucaba en la paz de su ritual inmutable. Pero si había que creerle a Tanus, todo esto pronto podría desaparecer para siempre. Nunca más habría paz.

—Prepárate —le había dicho Akh-Horus—. Debemos ir a la guerra, y lo más pronto que podamos. Será una guerra diferente de lo que cualquiera de nosotros ha conocido antes. Más feroz, más sangrienta que nuestras peores pesadillas.

Hui sabía que tenía razón. Cuando marchó con aquellos bárbaros en los confines del Sinaí, pudo ver el interior de sus corazones. Los hicsos nunca iban a estar satisfechos con el Bajo Reino. Ellos iban a seguir llegando, oleada tras oleada, hasta que todo Egipto fuera aplastado por ellos.

«Demasiado arrogantes —había dicho Tanus—. Demasiado confiados». Eran culpables de eso, sin duda. Las señales habían estado allí, los rumores susurrados en el viento, los temores de la pobre gente que había oído hablar de los ataques a las caravanas y las bandas de guerreros que cabalgaban cada vez más cerca. Pero toda su atención se había centrado en el viejo enemigo —el Pretendiente Rojo—, y habían ignorado al nuevo.

«Prepárate», había dicho Tanus. ¿Cómo podría cualquier hombre prepararse para la guerra contra los hicsos?

Los pensamientos de Hui se volvieron hacia Isetnofret. La venganza que le quemaba el corazón tendría que ser dejada de lado. Pero él iba a encontrar una manera de llegar a su madre, juró, aunque fuera con su último aliento.

Continuó por la calle polvorienta hasta que llegó a la casa de Ipwet.

«Debo contenerlas, al menos por ahora».

Hui entró. La casa estaba totalmente a oscuras. Eso lo desconcertó. A esa hora, Ipwet normalmente ya habría encendido las lámparas y Ahura estaría preparando la comida. Olfateó el aire. Ningún olor a comida recién hecha.

Escuchó un sonido tenue y amortiguado y se le erizó la piel. Sus pensamientos volaron a Isetnofret, la bruja que esperaba su momento, dando vueltas alrededor de la vida de Hui, de la vida de su hermana, esperando el momento en que pudiera producir el mayor dolor.

La ira le produjo un nudo en el estómago y encendió una lámpara. La cubrió con la mano.

Hui avanzó. Los débiles sonidos se hicieron más fuertes, se convirtieron en gemidos. La tensión se apoderó de su pecho.

Avanzó lentamente hasta el dormitorio en la parte trasera de la casa. Al llegar a la puerta, apartó la mano de la lámpara y desenvainó la espada. La luz inundó la pequeña habitación y Hui quedó sin aliento.

Su hermana y Ahura estaban envueltas juntas en la cama, desnudas, besándose tan profunda y apasionadamente como lo haría cualquier hombre con alguna mujer, sus manos ansiosas explorando el cuerpo la una de la otra.

Las mujeres lo miraron, los rostros congelados en el resplandor. El rostro de Ipwet se crispó por la incomodidad. Ahura sonrió.

Hui se quedó mirando como uno de los peces sacados de las redes en las orillas del Nilo.

Más tarde, Hui estaba tenso, sentado en un banco, enojado, e Ipwet se sentó frente a él. Por su parte, Ahura iba por la habitación encendiendo las lámparas restantes.

—¿No se les cae la cara? —preguntó él.

—No hay vergüenza en nuestro amor, hermano —respondió su hermana—. Mi única incomodidad es que nos hayas sorprendido en el acto privado de unión.

Su tono era medido, y Hui sabía que ella no quería acumular más sufrimiento a la molestia que él ya sentía.

—Neftis era la compañera constante de Isis —murmuró Ahura, concentrada en su tarea—. Aunque hermanas, compartían un amor perdurable. Los dioses iluminan el camino. Todos los hombres y mujeres deben seguirlos.

Ipwet sonrió.

—Tú no has conocido las cosas que ocurren en el mundo, hermano. Hay mucho en el

corazón y en el deseo de lo que es tolerado en Egipto. Lahun era un lugar pequeño, lejos de una ciudad como Tebas...

—No te burles de mí —reaccionó Hui—. Ya no soy un niño. Sé muy bien lo que pasa en el mundo. Soy... —Dejó que sus palabras se perdieran en el aire al percibir la mentira en ellas. Un mentiroso para el mundo y un mentiroso para sí mismo—. ¿Desde cuándo se han estado entregando a este romance?

Las dos mujeres se miraron.

—Nuestros sentimientos se agitaron cuando nos conocimos —comenzó Ipwet.

Ahura se rio.

—Aunque tu hermana se negaba a aceptarlo.

—Hasta que me sedujiste.

Ipwet la miró fijamente. Ahura se rio más fuerte.

Hui se tapó los oídos con las manos y luego las dejó caer a los lados. Se sentía traicionado.

—Me engañaron. Los dos, riéndose de mí.

—No. —Ipwet se arrodilló ante él y le tomó una mano—. Queríamos proteger tus sentimientos, hermano.

Ahura se agachó detrás de él y le pasó un brazo sobre el hombro.

—Nunca me amaste de verdad —murmuró ella—. Lo sé, y ¿quién podría culparte? Pero yo te amo. Por tu amabilidad. Por tu coraje, por todo lo que hay en tu corazón. Pero es un amor diferente.

—¿Y cómo esperas sobrevivir sin un marido? —le preguntó él a Ipwet—. ¿Y tú? —dijo dirigiéndose a Ahura—. ¿Pensabas casarte conmigo, para luego engañarme y continuar con este amor en secreto?

—No más engaños —replicó Ipwet—. Ni para nosotros, ni para el mundo. Somos lo que somos, y el amor está por sobre todas las cosas terrenales. Si los dioses lo desean, encontraremos una forma de sobrevivir.

—No aceptaré tal cosa —dijo Hui—. Ustedes se están haciendo daño a sí mismas, aunque no se den cuenta de ello.

Los ojos de Ahura brillaron, pero se mantuvo tranquila.

—Estás en deuda conmigo.

Hui abrió la boca, pero no pudo negarlo.

—Me debes tu vida —continuó Ahura—. Así que mejor escucha esto... Te liberaré de tu promesa de casarte conmigo, si dejas que Ipwet elija su propio camino.

Hui miró primero a una de ellas y luego a la otra y vio un cambio en ambas. Ipwet brillaba con una alegría que él nunca antes le había visto. Y el duro corazón de Ahura se había resquebrajado y en ese momento parecía estar entendiendo lo que es el amor. Debían estar juntas y él se daba cuenta de eso.

Hablaron por un largo rato y luego ambas mujeres se sentaron una a cada lado de él y lo tomaron por los hombros.

—Y ahora es el momento de expresar nuestra preocupación por ti, hermano —anunció Ipwet.

—Yo estoy bien —precisó Hui—. ¿Qué es lo que les preocupa de mí?

—Lo hemos hablado largamente... —comenzó Ipwet.

Y Ahura la interrumpió.

—Tu deseo de venganza contra tu madre te está envenenando el alma. Ambos entendemos tu odio por Isetnofret, por lo que le hizo a tu padre, y a ti. Sentimos el dolor en tu corazón. Pero ese no es el hombre que tú eres. Seguir ese camino solo puede conducir a la destrucción de alguien como tú.

—Ese es mi camino. No tengo otra opción.

El rostro de Ahura se endureció. Hui conocía esa mirada: ella no toleraba que la contradijeran.

—Puedes pensar que eres capaz de lo que planeas hacer. Pero si le quitas la vida a tu madre, tu culpa acabará con cualquier esperanza que tengas de una vida mejor. Se arrastrará dentro de ti como un asesino en la noche y te abrirá la garganta.

—Matar no es algo que me sea ajeno —reaccionó él.

—Y yo apostaría a que cada muerte ha pesado sobre tu conciencia, ¿no?

Hui no respondió.

—Tomar la vida de uno de los tuyos —continuó Ahura—. De alguien a quien llamaste madre... Eso es mucho peor. Has hablado de vengar a tu padre...

—Es verdad. Pero no somos lo mismo tú y yo. Yo tengo un negro corazón.

Ahura sonrió, pero sus ojos brillaban a la luz de la lámpara.

Ipwet lo tomó de la mano otra vez.

—No vamos a quedarnos de brazos cruzados y ver cómo te destruyes a ti mismo, hermano.

—No hay nada que puedas hacer —dijo Hui mientras se apartaba para ponerse de pie—. Esto fue decidido hace mucho tiempo. Nunca voy a renunciar a mi búsqueda de venganza. Isetnofret *debe* pagar por lo que hizo. Hay que impedir que lleve a cabo los horrores que aún planea cometer. Recién entonces podré estar en paz. —Miró a Ipwet—. Tú lo entiendes.

Ipwet inclinó la cabeza. Ella entendía.

—Pero ahora —continuó Hui—, hay otras cosas sobre las que debemos hablar respecto a los días por venir, y ninguna de ellas es buena.

Las llamas rugían mientras ascendían hacia la sombría oscuridad sobre el ancho valle del río. Las paredes se agrietaban ruidosas por el calor abrasador, y la tierra retumbaba cuando antiguos edificios se derrumbaban.

La ciudad de Menia se estaba muriendo. En las cubiertas de las galeras de guerra ancladas en los muelles, los marineros se cubrían la cara para protegerse de las asfixiantes nubes de denso humo. Todos ellos estaban inmóviles como estatuas, mirando, casi sin poder creer lo que estaban viendo.

En la plataforma de proa, Hui parpadeó para aclararse los ojos llorosos. Vio cómo una larga

sección de la muralla de la ciudad se derrumbaba después de crujir y tambalearse. Una vez que la nube de polvo se dispersó, el verdadero horror en la ciudad quedó al descubierto para que todos pudieran verlo. Embudos de fuego se arremolinaban a lo largo de las calles. Las columnas del templo caídas y el techo destrozado y colapsado. Las oficinas del gobernador estaban en llamas. La ciudad entera había sido saqueada por los bárbaros. No había señal alguna de quienes habían vivido, amado y trabajado en Menia.

—¿Buscamos sobrevivientes? —preguntó Tau.

—Tenemos nuestras órdenes —respondió Hui con voz inexpresiva—. ¿Qué más hay que ver aquí? Ahora damos la vuelta.

Tanus había enviado a Hui con una sola escuadra de galeras rápidas hacia el norte, hasta Menia, o hasta encontrarse con el enemigo. «Evita toda acción e informa en cuatro días», había dicho Akh-Horus. Las órdenes no dejaban margen de maniobra, por mucho que Hui quisiera ayudar.

—No hemos visto ningún otro barco y no hemos encontrado resistencia —replicó el niño, esperanzado.

—Regresamos y contamos lo que hemos encontrado —dijo Hui con firmeza—. Pueblos abandonados. Granjeros masacrados en sus campos. Una tierra arrasada por la sangre y la muerte.

Tau bajó la cabeza. Lo que habían visto era difícil de digerir, incluso para los guerreros experimentados que servían junto a él. Pero el muchacho era fuerte. Se iba a recuperar. Y con el tiempo esta atrocidad iba a encender un fuego en su vientre, para contraatacar... para ganar.

Al dar la vuelta para alejarse de aquella escena de desolación, Hui levantó la mano dirigida a los capitanes en las otras galeras para ordenar el regreso. Durante un largo rato, el silencio envolvió a todos los que estaban en cubierta.

Los pensamientos de Hui se dejaban llevar por su nave de regreso a aquellos días después de la llegada de la nave de exploración con la noticia de la aterradora caída del Pretendiente Rojo. Durante largas horas, Tanus había debatido en el Consejo del faraón, acompañado por Kratas, que había sido ascendido al rango de Mejor de los Diez Mil y en ese momento comandaba a los Cocodrilos Azules. Pero el Consejo estaba dividido. Los guerreros más jóvenes como Tanus reconocían la amenaza que representaban los hicsos, y argumentaban que las fuerzas principales deberían retirarse de la frontera entre los reinos alto y bajo para establecer una serie de defensas profundas a lo largo del río. Mientras se preparaba esto, Farid y sus otros hombres de confianza debían encabezar grupos de exploración hacia el norte para reunir la información necesaria y así conocer mejor a este misterioso enemigo: el tamaño de su ejército, su estrategia y sus tácticas.

Pero la vieja guardia, aquellos que habían servido en el Consejo desde mucho antes de que Hui naciera, se negaban a renunciar siquiera a un mero codo de tierra sagrada. Egipto nunca podría ser derrotado, decían. El ejército iba a aplastar a este intruso tal como lo había hecho con todos los que llegaron antes que ellos.

Hui sabía que eran unos tontos.

Al caer la noche, Hui pudo ver movimiento en la orilla occidental: un grupo de hombres que

se tambaleaba rumbo al sur con piernas exhaustas. Desertores del destrozado ejército del Pretendiente Rojo. Gritó una orden al timonel y su galera se dirigió a la costa. Un puñado de hombres descansados con espadas y escudos era más que suficiente para enfrentar al harapiento grupo de cansados fugitivos, y pronto estuvieron acurrucados y temblando en la cubierta. Estos eran los primeros testigos oculares de la invasión de los hicsos. Lo que habían visto era tan terrible que huyeron al primer ataque.

—Háblennos de los bárbaros y de lo que sucedió cuando invadieron el Bajo Reino —les ordenó Hui.

Uno de los desertores, un hombre delgado al que le faltaba una oreja, juntó las manos. Le corrían las lágrimas por las mejillas.

—Miramos hacia el este y vimos un ejército que avanzaba por el desierto tan rápido como el viento —tartamudeó—. Estos no son hombres. Son demonios del inframundo.

La tripulación se rio y se burló de aquellos soldados por su cobardía. Nadie les iba a creer; por supuesto ellos no les creían.

¿Qué podía decir Hui? ¿Que él viajó con los hicsos, que les cuidó los caballos, que durmió con ellos, que festejó con ellos, que salvó la vida de uno de sus generales? Si esta verdad era alguna vez desmentida, nadie volvería a confiar en él. Bien podría ser detenido como un espía traidor. Por el resto del viaje a Tebas, trató de idear alguna historia que lo mantuviera a salvo y le permitiera hablar de lo que sabía sobre los bárbaros, información que podría ser crucial en la batalla que se avecinaba.

Cuando se acercaban al final de su viaje, Hui escuchó al grupo de acurrucados desertores que hablaban de un egipcio traidor.

—¿De quién hablan? —quiso saber.

El soldado al que le faltaba la oreja lo miró con ojos hoscos.

—Antes de huir, vimos a un guerrero en la vanguardia del ataque. No se parecía en nada a los bárbaros. Sin barba, su piel no era oscura. Era egipcio, no lo dudes.

Alguien más resopló.

—Eso lo soñaste. ¿Qué clase de egipcio se pondría del lado de esos demonios?

Hui lo sabía. Se alejó, recordando lo que Farid le contó en Lahun sobre su hermano Qen, que se había ido con la banda de guerreros de Khyan. ¿Podía ser así?

Cuando llegaron a la Ciudad de las Cien Puertas, Hui contó lo que había encontrado en el norte. El propio Tanus interrogó a los desertores. Todavía nadie creía en sus historias de los poderes casi fantásticos de los hicsos, ni siquiera cuando les ponían brasas calientes sobre las cabezas y aullaban como si se estuvieran muriendo. Nunca cambiaron sus relatos. Sus relatos de cómo el experimentado ejército del Pretendiente Rojo simplemente se derrumbó bajo el implacable avance de los hicsos y sobre los arcos que podían matar a un hombre a gran distancia parecían increíbles. Al final, Tanus ordenó ejecutarlos. Hui se sintió incómodo cuando vio que todos descartaban la información de los desertores, incluso Tanus, que era más sabio en cuestiones de guerra que cualquiera de ellos. Este era solo otro enemigo, decían todos, igual a los que Egipto había aplastado desde los Primeros Tiempos. Hui trató de reforzar las historias de

aquellos desertores, pero ¿quién iba a escuchar a un simple capitán de una galera de guerra?

Todas las mentes se concentraron en la acumulación de una fuerza abrumadora que pudiera detener a esos demonios en su avance.

Durante días, Hui luchó consigo mismo, sintiendo la marea creciente de miedo a que todo el mundo se estuviera dirigiendo hacia el desastre. Él había visto personalmente los carros y los arcos de los hicsos. Pero la pregunta siempre lo perseguía: ¿quién iba a prestarle atención?

Antes de que Hui pudiera encontrar una solución, llegó el día. La orgullosa flota de galeras de guerra que navegaba hacia el norte habría sido una imagen emocionante en cualquier otro momento. Pero todos los que miraban desde las costas y todos los guerreros a bordo habían oído los sombríos informes y rumores que provenían de la frontera. Luego llegaron los desertores del ejército que había marchado adelante mientras Tanus organizaba el resto de las fuerzas. Como un montón de ratas, habían ido saqueando los pueblos a lo largo del Nilo mientras huían de los terrores del frente.

Cuando Tanus se enteró de lo que habían hecho, ordenó que los ejecutaran, a cientos de ellos, y que sus cabezas fueran colocadas en picas como una advertencia para cualquier otro que pudiera pensar en una traición semejante.

Contra los deseos de los miembros mayores del Consejo, Tanus dejó una reserva de cinco mil hombres en Asiut bajo el mando de Remrem, mientras la flotilla navegaba hacia el norte, rumbo a la frontera. Cuando llegaron a su destino, Hui vio que la flota echaba anclas al otro lado del río en formación de batalla. A bordo quedaron tripulaciones mínimas mientras el resto de los marineros se unían a la infantería en la orilla oriental.

El rey en persona había viajado al norte con su reina, su hijo y su ejército en la barcaza real, ya que su divina presencia ayudaría a levantar el ánimo de todos los que estaban dispuestos a luchar.

Cuando su nave amarró, el faraón bajó a tierra y se instaló un campamento en una aldea abandonada más allá de los campos anegados por la reciente inundación. Hui solo vio una elegante silueta que se movía delante de sus asesores, pero de todas maneras se sintió alentado por su rey.

En el borde del campamento, Hui se instaló en una tienda con Farid, entre los oficiales superiores en los que Akh-Horus más confiaba. No era necesario que permaneciera a bordo de su nave durante el bloqueo. Los exploradores habían confirmado que los hicsos no tenían flota propia. No veían la necesidad de tener una. Podían llevar la muerte en tierra firme con gran facilidad.

—¿Tienes noticias para mí? —Hui susurró una vez instalados en la oscuridad.

—Es verdad: un egipcio cabalga con los hicsos —murmuró el caminante del desierto—. Lo vi con mis propios ojos en nuestras exploraciones, y también vi a Khyan. —Le dio su descripción—. ¿Es tu hermano?

Era Qen, Hui estaba seguro.

—Te lo ruego, no le cuentes esto a nadie.

Hui quedó pensativo, imaginando situaciones en las que podría capturar a Qen en el fragor de

la batalla, preguntándose hasta dónde iba a llegar contra su hermano en su búsqueda de venganza.

El resto de la noche, Tanus tuvo varias reuniones a la vez que agrupaba sus fuerzas. Astes, un general experimentado, fue puesto al mando de la flota. Tanus mismo se puso a la cabeza de un flanco y Kratas quedó a la cabeza del otro. Había treinta mil de los más experimentados guerreros al mando de Tanus. Hui nunca había visto fuerza tan numerosa, y algunos de los veteranos en cubierta dijeron que nunca se había reunido un ejército como ese en todo el valle del Nilo. Otros treinta mil pronto iban a llegar al mando de Nembet, uno de los miembros más antiguos del Consejo de guerra.

Y entonces todos iban a temblar ante el mayor ejército de la historia.

Hui despertó de un sueño sin sueños. No estaba seguro de qué fue lo que lo perturbó —Farid todavía dormía plácidamente—, pero cuando sacó la cabeza fuera de la tienda, pudo ver a alguien que se alejaba en dirección a la colina detrás del campamento. Era Taita, el inteligente eunuco, quien, Hui se había enterado, era tenido en alta estima por el mismo faraón. Al ver que la noche comenzaba a aclararse, Hui supo que no habría más descanso para él, así que salió y lo siguió.

Ya en la cima, se echó boca abajo para no ser visto por Taita, quien observaba la llanura de Abnub. En el río, las lámparas encendidas de los barcos se reflejaban en el agua y flotaba una tenue niebla.

Taita miraba hacia el este y Hui le siguió la mirada. La primera luz brillaba en el desierto, con las arenas del color de las plumas del ibis, y las dunas proyectando franjas de sombra color malva en sus laderas occidentales. Hui sintió que sus sentidos se alteraban. Algo no estaba del todo bien en esa pacífica imagen, y entrecerró los ojos para ver a la distancia. Una nube color ocre flotaba a poca altura sobre el horizonte bajo el cielo azul como el mar. Mientras Hui observaba, la nube se fue haciendo más grande y se dio cuenta de que se dirigía hacia ellos.

Hui se puso de pie de un salto un momento antes de que Taita alzara los brazos a modo de advertencia. Luces brillaron en toda la extensión del desierto, y Hui sintió un escalofrío cuando se dio cuenta de qué era lo que enviaba señales: los rayos del sol que rebotaban en las cuchillas y escudos de bronce pulido.

Los hicsos estaban atacando.

Hui se quedó mirando, horrorizado por la velocidad a la que se movía la nube, y supo que aquello era un ataque de carros. ¿Pero cuántos eran para levantar tanto polvo?

Las trompetas de guerra ya estaban sonando cuando Hui corrió ladera abajo hasta el campamento. Los hombres se arremolinaban al tomar sus espadas, lanzas y armaduras. Un grupo de hombres pasó veloz junto a él en dirección opuesta, y vio que eran los esclavos del faraón que llevaban al rey a la cima de la colina. Allí se había colocado un trono para que él pudiera ver la batalla que se desarrollaba.

Tanus se había preparado para esto de una manera en que solo Akh-Horus podía hacerlo. Sus divisiones ya se estaban concentrando en formación: lanceros adelante, la pared de escudos ubicándose en su lugar; luego los arqueros con los arcos ya listos, y los muchachos con los carcajes detrás de ellos para proporcionar el suministro de flechas. En la retaguardia, los rápidos y móviles espadachines esperaban para ser desplegados para la limpieza final.

Hui se maravilló ante aquellas filas aterradoras, pero aun así sintió un escalofrío de inquietud. La fuerza era enorme, pero el ejército de Nembet todavía no había llegado.

Miró ese banco de nubes que avanzaba y su inquietud se convirtió en un miedo conocido. Los carros salieron como un estallido del polvo color ocre... Veinte, cien, mil, el oro en sus bordes curvos brillantes con la luz del amanecer. Hui casi se queda sin aliento. Avanzaban como barcos con un fuerte viento llenando las velas. Había visto esa velocidad en la realidad, en el Sinaí, pero en este lugar, con tantos corriendo juntos, lo único que pudo sentir fue una agitación mezcla de asombro y de terror.

Los oficiales de Tanus dejaron de lado sus planes de batalla y se quedaron mirando asombrados cuando los carros se detuvieron. Observaban aquellos desconocidos vehículos con ruedas, y Hui pudo ver su asombro al darse cuenta de que esas ruedas eran la fuente de la velocidad de aquellas naves del desierto. Y luego todas las miradas se dirigieron a los caballos. La reacción de todos fue precisamente igual a la de Hui la primera vez que vio uno: algo de terror por el tamaño y la fuerza, y luego la admiración por la potencia que vibraba debajo de la piel.

El silencio llenó el vacío entre los dos contendientes durante lo que pareció una eternidad. Hasta que uno de los carros se puso en marcha y corrió hacia la línea egipcia. A medida que se acercaba, Hui miró atentamente al hombre que lo conducía. Una alta corona cuadrada de oro brillaba en su cabeza. Sin duda, solo podía tratarse del rey hicso, Salitis, de quien había oído hablar tanto. Su piel era de color ámbar por encima de la espesa barba, con una nariz como el pico de águila. La armadura sobre su cuerpo hecha de escamas de bronce brillaba como el mismo sol.

El rey hizo girar su carro y avanzó por delante de las filas egipcias, para que todos pudieran verlo a él y a su espada curva en la vaina de oro y los dos carcajes llenos de brillantes flechas emplumadas. Aminoró la marcha y arrojó una lanza con un ondulante banderín carmesí atado a ella. Aquello fue seguramente una señal, porque todo su ejército comenzó a avanzar. Todos a la vez y el suelo vibró.

Hui vio un movimiento delante de él. Tanus estaba levantando su gran arco, el Lanata, posiblemente el más poderoso de todos los que tenían en sus manos las fuerzas egipcias. Lo cargó y soltó una flecha con un solo movimiento fluido. Tal era la fuerza de sus brazos que la trayectoria curva se dirigía al rey hicso. Hui no pudo imaginar a ningún otro soldado que pudiera lograr tan monumental hazaña. Salitis elevó su escudo y la flecha lo perforó.

Salitis agarró su propio arco curvo y disparó. La flecha voló sobre todas sus cabezas y se clavó en la base del trono del faraón muy por detrás de ellos. El rey levantó los brazos y gritó horrorizado.

Hui sintió la terrible oleada de comprensión que envolvió a los hombres de Tanus: ellos no tenían nada igual a esa arma, ni los carros, ni los caballos. Debieron creer los relatos de los desertores. Tendrían que haber estado mejor preparados. Y en ese momento el inevitable final se les estaba acercando.

A partir de ese instante, Hui se vio envuelto en una tormenta de sangre, chillidos y gritos de batalla, toda idea de poder ver a Qen desapareció de su mente. Había estado en batallas antes, pero nada como aquello, ni siquiera la matanza del día en que conoció a Tanus.

Un torbellino se estrelló contra el ejército egipcio y lo desgarró en mil pedazos. El cielo se oscureció con las flechas, y los gritos de los heridos y los moribundos se convirtieron en un solo aullido de horror que resonaba a su alrededor, de modo que le dolían los oídos a pesar de que se tapaba las orejas con las manos.

Había cuchillas fijadas a las ruedas giratorias de los carros, y atravesaban las filas egipcias como barcos que surcan las olas. Los caballos pisoteaban a los hombres, les aplastaban los cráneos y las costillas. Las espadas curvas brillaban por todas partes. Hui se cubrió los ojos ante la cegadora luz.

Cuando los sobrevivientes egipcios huyeron, la batalla se convirtió en una masacre. Las arenas se tiñeron de rojo.

En ese delirio nacido en la batalla, Hui miró aquella carnicería y vio que el carro dorado del rey hicsa rompía las filas. Mientras avanzaba feroz, Salitis levantó su arco curvo y soltó una flecha.

Hui se agachó por instinto, pero la flecha voló muy alto por sobre su cabeza. Cuando unos gritos atravesaron incluso el tumulto ensordecedor de la batalla, se dio vuelta. La flecha había dado en el pecho del faraón. Muerto o herido de muerte —Hui no podía estar seguro—, el rey se desplomó en su trono, mientras Taita y sus consejeros más cercanos se movían junto a él.

Los Cocodrilos Azules y algunos otros sobrevivientes se apresuraron a formar un anillo alrededor del faraón. Hui corrió para unirse a ellos. En algún lugar resonó la voz de Tanus.

—¡Olvídense de los hombres! ¡Maten a las bestias!

Las flechas egipcias cubrieron el cielo. Dos de los caballos cayeron a tierra, heridos, y los carros volcaron y se rompieron. Al ver esto, los otros aurigas se detuvieron. Era una pequeña victoria, pensó Hui. Pero cuando miró el campo de batalla, pudo ver que todo estaba perdido. El ejército bien entrenado se había convertido en una turba salvaje que huía en todas direcciones mientras los hicsos se movían entre ellos, derribándolos. Hui se sintió asqueado ante semejante carnicería. Los cuerpos se amontonaban como las dunas del desierto.

—¡Vuelvan a los barcos! —gritaba Tanus a los pocos sobrevivientes, y Kratas tomó el mando.

El faraón fue colocado en una litera que levantaron para trasladarlo, y Hui corría junto a ellos, hacia el río, alejándose de la llanura de Abnub que en ese momento se había convertido en un mar color carmesí.

Hui estaba apoyado en la barandilla de su galera, con el estómago hecho un nudo por los horrores que había presenciado. El sol ya estaba bajo en el oeste, las sombras congelándose y siguiendo el borde del agua rojiza. Todavía resonaban los gritos en el campo de batalla mientras los hicsos terminaban con aquellos que habían huido de la lucha, pero los períodos de silencio entre aquellos gritos terribles se hacían cada vez más largos. El enemigo no había avanzado más allá de la llanura de Abnub, sin duda creyendo que su trabajo ya estaba hecho. Su enemigo había sido derrotado.

¿Cómo pudo haberse llegado a esto, tan rápido? A pesar de que Hui conocía los puntos fuertes de la horda bárbara, había esperado una lucha más de igual a igual, y no esta matanza. Podía verlo grabado en los rostros de los sobrevivientes, su confianza, su arrogancia... todo destrozado. Se tambaleaban como borrachos, desconcertados, y Hui estaba seguro de que el mismo pensamiento rondaba en todas sus mentes: si no pudieron ganar en ese lugar, ¿dónde podrían ganar? ¿Acaso el todopoderoso y eterno Egipto ya estaba perdido?

Hui vio cuando la forma inmóvil del faraón era cargada en la barcaza real. Taita estaba a su lado, con el rostro color ceniza. Era la esencia de aquella terrible jornada. El dios-rey derribado por una sola flecha. Su enemigo implacable listo para ocupar su lugar.

Pero no era momento para la debilidad. A Hui se le había dado una tarea que hacer. Se recuperó de su estupor y se volvió hacia sus hombres agotados.

—¡Traigan a los heridos a bordo de este barco —gritó—, y luego a las otras galeras!

Cuando miró hacia los hombres acurrucados en la orilla, Hui se dio cuenta de que se iban a necesitar muy pocas naves. No muy lejos, Kratas caminaba entre aquellos que aún podían caminar, reuniéndolos para conducirlos rápidamente a un lugar seguro.

Un esquife se aproximó a un costado y Tanus subió a bordo. Tenía el cabello empapado de sudor y sus ojos mostraban la mirada perdida de alguien que había contemplado la tierra de los muertos.

—¿Cuántos quedan? —gritó Hui.

Tanus miró hacia el este que se iba oscureciendo.

—De los treinta mil hombres que estaban en las llanuras de Abnub esta mañana, me parece que solo quedan siete mil, y de ellos cinco mil están heridos. Muchos morirán.

Hui sintió que se le hundía el corazón. Miró a Tau, que estaba sentado junto a los remos, con los brazos alrededor de las rodillas. Tenía la vista baja.

—¿Y ahora? —preguntó Hui.

—Ahora debes quemar la flota.

Hui comenzó a protestar.

Tanus levantó una mano para que hicieran silencio.

—Nos quedan pocos marineros, no son suficientes para tripular todos los barcos que tenemos aquí. No podemos correr el riesgo de que caigan en manos del enemigo o todo estará perdido.

Hui estuvo de acuerdo. Akh-Horus tenía razón, como siempre.

—¿Entonces?

—Nos dirigimos al sur y hacemos nuestros planes para la próxima batalla.

Tanus se alejó, todavía arreglándose las para mantener la cabeza en alto.

Hui bajó a la cubierta y les hizo señas a algunos de sus hombres de mayor confianza. Caía la noche mientras recogían manojos de juncos en la orilla y los amontonaban en los barcos que habían elegido echar a pique. Luego, moviéndose de un barco a otro en un esquife, Hui fue prendiendo el fuego en cada uno.

Cuando dio la orden de que las galeras apartadas para los sobrevivientes zarparan de regreso al hogar, escuchó un trueno en el este. Hui trató de entender qué era ese sonido, porque el cielo estaba despejado. Pero, poco a poco, se dio cuenta de lo que ocurría. El ejército hicsa avanzaba hacia el sur, rumbo a Tebas, para terminar el trabajo que habían comenzado ese día.

Cuando encontraron la corriente y el barco comenzó a moverse, Hui miró hacia atrás. Al otro lado del río oscuro como la noche, el orgullo de la flota de Egipto estaba ardiendo, las llamas se alzaban hacia las estrellas. Los fuegos brillaron en el vasto mar de oscuridad durante lo que pareció una eternidad, hasta que, uno a uno, se fueron apagando.

El cuerpo flotaba en la corriente, pálido e hinchado como un pez muerto. Los ojos blancos miraban al cielo azul. Hui pudo sentir el olor espeso de la podredumbre que flotaba en la brisa caliente. Las gaviotas nublaban el cielo delante de ellos, chillando mientras se arremolinaban en frenéticos círculos. Hambrientas. Dándose un festín. Esta no sería la última pobre alma.

La tripulación se quedó en silencio mientras veían el cuerpo que chocaba contra el casco y seguía su curso. Pudieron ver que era un soldado egipcio gracias a su faldellín que llevaba la insignia de los Guardias del León, y sabían muy bien lo que eso significaba. Ese era uno de los hombres de Nembet, la fuerza que no había llegado a la llanura de Abnub a tiempo para la batalla con los hicsos. Pero después de todo, el destino los había reunido.

La galera siguió navegando. Pronto los golpes contra el casco se convirtieron en un ritmo constante. La tripulación se apartó de la borda para concentrarse en el engrasado de las empuñaduras de los remos o en el control de los cabos de la vela. Hui fijó su mirada hacia adelante, tratando de recordar los apacibles días en Tebas, antes de que esta cayera en la locura. Pero el olor asfixiante lo arrastró de vuelta a la realidad, y se quedó mirando la masa compacta de cuerpos hasta que lo cubrió todo, de orilla a orilla, y ya no era posible ver el agua.

Parecía que los treinta mil hombres del ejército de Nembet habían muerto todos. Los hicsos los habían derribado como si fuera con guadañas como las de los segadores en los campos de cereales.

Hui se sintió aturdido. Aquello parecía ser el final. Todo lo que habían conocido estaba borrado. Cerró los ojos y escuchó una vez más los lamentos que llegaban de la barcaza real desde el día anterior. El faraón estaba muerto. La reina Lostris había ascendido al trono, con su joven hijo, el Príncipe Real Memnon, en su regazo.

Después de los ritos de obediencia, se convocó el Consejo de guerra. Tanus asistió, pero fuera lo que fuera lo que se acordó, aún no se le había informado nada a ninguno de los sobrevivientes del ejército. Tal vez no había respuestas.

Se oyó un grito del vigía. Hui siguió la dirección a la que apuntaba el brazo del marinero y vio a un sobreviviente de los Guardias del León que caminaba tambaleándose por la orilla, todo cubierto de sangre. La alarma saltó de galera en galera hasta que se envió un esquife y el soldado fue subido a la barcaza real. Cuando amarraron al anochecer, Tanus subió a bordo del barco de Hui. A la luz de las lámparas de la nave, Hui pudo ver su expresión sombría.

—Nembet fue un tonto —dijo Akh-Horus—. Él hundió la mayor parte de su flota antes de que se perdiera la batalla, pero había amarrado cincuenta galeras para su uso posterior. Y ahora están en manos de los hicsos.

Hui se quedó paralizado.

—Los bárbaros ahora tienen los medios para cruzar el río con sus fuerzas. Todo Egipto podría quedar en sus manos en poco tiempo.

—Todavía hay una posibilidad de que podamos alcanzarlos, pero debemos hacerlo con rapidez —aseguró Tanus—. Divina Isis, llena nuestras velas con tu aliento.

Por todo el brumoso cielo del este se arremolinaban incontables columnas de humo azul.

—Fogatas de campamento —dijo Tau, señalándolas.

Era un muchacho inteligente, Hui no podía negarlo.

—La horda bárbara ha interrumpido su viaje hacia el sur —replicó—. Quizás no sea demasiado tarde después de todo.

Pero vio hasta dónde llegaba esa cortina de humo, casi hasta las estribaciones del desierto. ¡Cuán grande era el ejército de los hicsos, cuán poderoso!

De todos modos, había llegado el momento. Hui avanzó entre los bancos hacia donde Farid estaba apostado, sus ojos de halcón estudiando la costa del este.

—No tengo derecho a pedir tu ayuda —comenzó Hui—. No cuando esa solicitud te pondrá en peligro. Pero lo haré de todos modos.

El caminante del desierto lo miró con ojos entrecerrados.

—Habla.

—Eres el mejor explorador que tenemos. Algunos dirían que el mejor de todo Egipto. Solo tú tienes las habilidades necesarias para sobrevivir en una tierra invadida por los bárbaros.

—No trates de halagarme —gruñó Farid—. ¿Qué es lo que quieres?

—Tengo que saber dónde está mi hermano. Si hay alguna forma de llegar a él. Si puede ser apartado de ellos. Los riesgos serán grandes...

—Déjame en tierra. —Farid se levantó—. No te prometo nada. Si puedo encontrarlo, te traeré noticias. El estandarte de Khyan será mi guía.

El caminante del desierto apartó la mano de agradecimiento que le tendió Hui, refunfuñando.

Pero Hui sintió que se le oprimía el pecho. Como si emergiera del humo de una ciudad devastada, comenzó a ver el perfil del plan del enemigo. Khyan había hablado de la Piedra Ka, y qué gran tesoro sería para su pueblo. Eso estaría muy presente en las mentes de los comandantes hicsos mientras se lanzaban sobre Tebas. No sabían que estaban a punto de ser traicionados. Qen solo podía estar cabalgando con ellos en busca del mismo tesoro, en nombre de la madre. E Isetnofret esta vez no iba a permitir que la Piedra Ka se le escapara de las manos.

Cuando Farid estuvo en tierra, Hui se metió entre la maleza crecida en los campos abandonados por los campesinos que se refugiaron en las ciudades amuralladas. Hui rezó para volverlo a ver.

El retraso significaba que la galera de Hui estaba en la retaguardia de la flota mientras los barcos avanzaban siguiendo la ancha curva del río. Hui miró por entre el bosque de mástiles y vio una línea de barcos capturados que cruzaba el Nilo. Un pequeño grupo de hicsos estaba transportando caballos y carros a la orilla occidental. El plan era correr hacia la necrópolis frente a la ciudad, y saquear el templo funerario del faraón Mamose donde pronto sería sepultado. Al menos eso era lo que creía Akh-Horus.

Pero estos bárbaros no estaban acostumbrados a estar lejos de la tierra seca, como Hui pudo ver. Los barcos capturados estaban unidos en una fila irregular, y algunos se movían con las corrientes. Los remeros a veces apenas tocaban el agua y a veces hundían las palas. Era lo que esperaba el plan que Tanus había ideado.

El repentino diluvio de flechas incendiarias cayó del cielo como estelas de oro y ámbar. Las flechas habían sido envueltas en papiro sumergido en brea. Akh-Horus supuso que los hicsos no habrían visto nada parecido antes, y tuvo razón. Los marineros se dispersaban mientras la muerte caía sobre ellos. Las llamas se apoderaron de las velas y de las cubiertas. Los hombres corrían de un lado a otro, con lenguas rojizas persiguiéndolos.

En el barco que iba a la cabeza, Tanus rugía por encima del crepitar del creciente infierno cuando un ariete de bronce partió en dos a una galera. El agua inundó el casco roto. Nubes sibilantes de vapor se elevaban mientras las aguas devoraban un barco tras otro.

Las flechas con fuego caían en una lluvia cada vez más espesa, hasta que el enemigo acobardado sin duda pensó que aquel diluvio nunca iba a tener fin. Los marineros hicsos se escondían debajo de los bancos, los timoneles abandonaban veloces sus puestos. Los barcos sin dirección en medio de la corriente eran presa fácil. Tanus atacó, eliminando uno tras otro. El aire resonaba con el estruendo de la madera desgarrada.

Hui alzó un puño al aire cuando el último barco se hundió. Mientras los sobrevivientes se amontonaban en la orilla occidental, Tanus envió a tierra a sus guerreros más experimentados para darles caza. Los caballos que habían cruzado el río trotaban de un lado a otro por la costa. Los palafreneros que se ocupaban de ellos hacía mucho tiempo que habían huido. Hui sonrió al ver a Taita que saltaba a la costa y se dirigía a ellos con una clara inquietud. El eunuco tenía una mente curiosa, eso quedaba claro.

Hui sintió que una idea crecía sigilosamente en él. Su propia galera fue hundida cerca de Abnub y en ese momento era un capitán sin barco. Necesitaba un propósito en la batalla que se

avacinaba.

En medio de los vítores de las tripulaciones egipcias, lo que quedaba de la flota se dirigía a toda velocidad al sur. Los furiosos bárbaros lanzaban andanadas de flechas tras ellos, pero todas se hundían inofensivamente en las aguas. Fue una victoria, y una muy buena, un revés para los planes de los bárbaros. Después de la devastación que habían sufrido, todos los hombres volvían a tener un fuego adentro. Y en ese momento se habían adelantado a la horda arrasadora. Eso les daba un tiempo más de ventaja.

Cuando amarraron para pasar la noche, Hui se aventuró a bajar a tierra, donde Taita había reunido a un pequeño grupo de hombres. El eunuco lo miró con recelo, como siempre, pero Hui le mostró una amplia sonrisa.

—Me dijeron que deseas capturar a los caballos que escaparon de los hicsos —le dijo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el eunuco con el ceño fruncido.

Hui se tocó un lado de la nariz.

—Es un plan inteligente. Esas poderosas bestias nos beneficiarán en cualquier batalla contra los hicsos.

—Me alegra que lo apruebes. —Taita resopló.

Hui levantó una mano para detener al eunuco antes de que se alejara.

—¿Qué sabes de caballos?

Taita frunció el ceño.

—Obviamente no tanto como tú, ¿no?

—Alguna vez fui mozo de caballo.

—¿Y eso qué es?

—Un palafrenero, uno que cuida a los caballos.

Al ver la duda de Taita, Hui contó la fantástica historia que había estado creando para evitar cualquier sospecha... acerca de cómo fue capturado por una tribu de bárbaros cuando era niño, y cómo fue llevado con ellos a moverse por las llanuras del este, un viaje de un año más allá del río Éufrates. Así fue como aprendió mucho sobre caballos. Mucho después escapó y regresó a Lahun.

Hui tragó saliva, a la espera de ver si el eunuco había aceptado sus mentiras. Pero Taita estaba tan interesado en robar esas magníficas bestias que poco le importó que aquella historia tuviera alguna falla.

Durante el resto de la noche, Hui corrió junto al grupo de Taita persiguiendo a los caballos por los campos abandonados. Cuando finalmente los rodearon, Hui se sintió complacido de ver una nueva luz en el rostro del eunuco mientras acariciaba la nariz de uno de los corceles para calmarlo, como le enseñó Hui. Parecía que Taita no era de corazón tan duro como pretendía, y admiraba tanto al caballo como le ocurrió a Hui la primera vez que encontró a Rayo de Luna. Él y Taita nunca serían amigos, Hui lo sabía, pero un vínculo se había formado en cuanto a esas maravillosas criaturas.

Con sus lámparas encendidas, Tebas resplandecía como un enorme barco a la deriva en el océano de la noche. El corazón de Hui se hinchó al ver la ciudad mientras cabalgaba delante del grupo de hombres por la orilla occidental hacia la necrópolis. Como era de esperar, el resto de la flota ya había atracado, con luces brillando a su alrededor sobre las oscuras aguas. Guerreros cansados se movían por el muelle, ayudando a los heridos a llegar a donde pudieran ser tratados en un improvisado campamento junto a la ciudad de los muertos.

Tanus ya estaría en el Palacio de Memnon a medio construir, donde planeaba establecer su cuartel general, lo suficientemente cerca de Tebas como para observar, pero manteniéndose a salvo de los bárbaros que merodeaban por la amplia extensión de la Madre Nilo.

Hui vio a alguien que esperaba en las sombras. Se bajó del lomo de su caballo y se lo entregó a Taita, que había estado observando su exhibición. El eunuco había sido encargado de supervisar los ritos funerarios del faraón en ausencia de los sacerdotes del templo, y Hui podía ver el peso de la responsabilidad en su rostro. Una vez que se llevaron a los caballos, Hui se dirigió a Farid, que parecía tan descansado como si hubiera pasado el día recostado en la orilla del río.

—Las hordas bárbaras están en movimiento —informó—. Ellos tienen solo un objetivo, por ahora: sitiar Tebas.

Tanus había descubierto que los hicsos habían llegado a un acuerdo con un miembro traidor de la corte, el Gran Señor Intef, quien les había dicho todo lo que necesitaban saber para tomar la ciudad.

—Mi hermana y Ahura... —comenzó Hui, con las palabras casi ahogadas en la garganta—. Debo traerlas aquí, a la orilla occidental, donde estarán a salvo.

—Pensé lo mismo. Pero debes hacerlo con prisa. Los hicsos se están acercando a la ciudad y nuestras fuerzas no son suficientes para detenerlos. Pronto podrás sentir que el suelo se sacude.

—¿Y mi hermano?

—Cabalga con Khyan. Lo vi con mis propios ojos. El rey hicso respeta a Khyan, como sabes, y lo eligió para ponerlo en la vanguardia del asalto a Tebas.

¡Imaginar a Qen tan cerca después de tanto tiempo! ¿Podría Isetnofret estar lejos? Quizá los dioses habían decidido que era el momento adecuado para que él llevara a cabo su venganza, después de todas las veces que lo habían hecho fracasar en sus intentos. Hui ofreció una plegaria a Horus mientras seguía navegando.

—Siempre estaré en deuda contigo —le dijo a Farid—. No hay palabras que puedan transmitir mi agradecimiento por los riesgos que has corrido.

El caminante del desierto fijó su mirada en él, con su rostro sin expresión alguna.

—Esa es mi tarea —dijo.

Antes de que Hui pudiera preguntar qué quería decir con eso, Farid ya se había dado vuelta y se dirigía a grandes zancadas hacia los hombres que entraban a la necrópolis.

—Nos volveremos a encontrar cuando regreses con tus seres queridos —dijo sin mirar atrás.

Las oscuras aguas gorgoteaban en torno a la proa del bote de remos. Adelante, doradas franjas ondeaban por el río reflejando las lámparas encendidas en el muelle. El sudor cubría el rostro de Hui y le empapaba el faldellín mientras movía los remos en medio de las fuertes corrientes hacia esas luces de bienvenida, y su corazón latía con fuerza. En la distancia, pudo oír el sonido de un trueno que no era un trueno. Retumbaba en dirección a Tebas más rápido de lo que podría haber imaginado, lo que anunciaba una tormenta que los iba a arrastrar a todos. Tenían poco tiempo.

Cuando se detuvo junto al embarcadero, Hui amarró el bote de remo y subió por los escalones que iban desde el agua hasta el muelle. No había marineros bebiendo, riendo y holgazaneando sobre los bultos de mercaderías embaladas. Tampoco había embarcaciones amarradas al muelle. Solo un silencio tenso envolvía la costa. La noticia de lo que se estaba acercando seguramente ya había llegado a la ciudad.

Hui inclinó la cabeza para escuchar mejor y sintió un nudo en el estómago al darse cuenta de que el estruendo se aproximaba. Los diversos ruidos que lo componían se elevaban desde el lodazal: el retumbar de las ruedas de los carros; el golpeteo de las pezuñas; el rugido de decenas de miles de voces gritando eufóricos ante la próxima victoria. Tan grande era ese ejército que hacía temblar el suelo debajo de los pies.

Corrió por el camino hasta la entrada por el río. Se había movido lo más rápido que pudo para encontrar el bote y cruzar desde la orilla occidental, pero en ese momento se dio cuenta de que no había sido lo suficientemente rápido. Pero ¿qué podía hacer? ¿Abandonar a su hermana y a Ahura? ¿Ignorar su propia esperanza de poder arrancar finalmente la Piedra Ka de las manos de su madre?

Sus pies golpeaban las losas de piedra caliza que normalmente habrían estado rebosantes de vida: hombres ricos que paseaban tomando aire, comerciantes regateando, aprendices jugando «senet» en una cuadrícula dibujada sobre ellas, filas de putas riendo y tratando de llamar la atención de los tripulantes de las naves. En ese momento solo había una cálida brisa que traía el hedor de los basureros de los barrios pobres.

Cuando Hui llegaba a las puertas de la ciudad, estalló la tormenta. Los carros aparecieron de repente por el camino del río, en una cantidad sin fin. Látigos que azotaban sin parar. Corceles que corrían a toda velocidad. Eran muchos. Por lo que había dicho Tanus, el resto del ejército hicso iba a entrar en Tebas por el lado oriental, rodeándola para un asedio que iba a aplastar la vida de la ciudad más grande de todo Egipto.

Ya era demasiado tarde para todos los que se refugiaban allí, y también para Hui. Una vez dentro, quedaría atrapado. Se habría sacrificado por nada. No iba a poder salvar a Ipwet y a Ahura. Pero al menos moriría con ellas.

Y corrió. El primer carro se acercaba rápidamente por el ancho espacio abierto a su izquierda. Cuando Hui miró, vio que el hombre que lo conducía era Khyan, su perfil aguileño definido a la luz de la lámpara. Se reía como un loco, la mirada fija en las puertas que tenía adelante.

Nubes de polvo se alzaban desde las ruedas, y luego un escolta se adelantó a Khyan y Hui

vio que era su hermano. Qen tenía la cabeza inclinada sobre el cuello de la bestia, sus facciones oscuras frías, decididas. Seguramente la Piedra Ka ardía en su mente.

Hui sintió que se le helaba el estómago al ver a su hermano después de lo que parecía una eternidad. Qen manejaba al caballo como siempre parecía dominarlo todo, y Hui seguía sin poder creer en la traición de su hermano... No podía creer que hubiera traicionado a su propio pueblo, y todo por el ansia de poder de Isetnofret.

Y luego Hui vio que los ojos de su hermano lo miraban a él, fijos en un instante de asombro al reconocerlo. Las facciones de Qen se torcieron con odio. Espoleó su montura con más fuerza para aumentar la velocidad al dirigirse hacia Hui. Qen desenvainó su espada para moverla por lo alto.

Más adelante, las grandes puertas, que siempre quedaban abiertas, comenzaron a retumbar al ir cerrándose.

A Hui le ardían las piernas, pero cada fibra de él estaba concentrada en aquella brecha que se achicaba. Podía sentir que el galope de Qen se acercaba cada vez más. Casi sentía el deseo de su hermano de derribarlo en su carrera. Hui no se atrevió, ni por un instante, a mirar a su alrededor, ni a aminorar la velocidad de sus pasos.

Imaginó a los guardias con los hombros apoyados al otro lado de esas puertas. Una por una, las lámparas del interior se fueron apagando cuando el enorme portal se cerró.

El ruido de los cascos al galope retumbaba cada vez más cerca hasta que la cabeza de Hui quedó envuelta por ese golpeteo. Se le erizó la piel al pensar en el filo de la espada que le abría el cuello, y en medio de la agonía de sus sensaciones finales, escuchaba la risa de Qen.

Y luego atravesó la abertura y cayó sobre las losas cuando la puerta terminó de cerrarse detrás de él.

La gran barra de seguridad cayó ruidosamente en su sitio.

Hui se apoyó en la piedra, boca abajo, parpadeando para secarse las lágrimas mientras llenaba de aire los pulmones que le ardían. A salvo, por el momento. Luego, casi sin poder creer que había sobrevivido, Hui se puso de pie y se sacudió el polvo. Miró hacia las puertas de la ciudad e imaginó a su hermano furioso por la frustración, gritando y sacudiendo un puño al verse impedido para... ¿qué? ¿Para vengarse? Hui no le había hecho nada a Qen. Ese odio seguramente ardía en su corazón desde hacía mucho tiempo.

El ruido que hacía la horda bárbara era tan fuerte que no pudo escuchar al capitán de la guardia que arengaba a sus hombres. Hui se dio vuelta y corrió para internarse en la ciudad, pero incluso así no había escapatoria del tumulto. El sitio de Tebas había comenzado.

Cuando Hui llegó a la casa, encontró a Ipwet y Ahura sentadas en un banco, abrazadas con fuerza. Su hermana dio un salto y lo abrazó.

—¡Estás a salvo! —gritó ella, con los ojos llenos de lágrimas.

—Los dioses me bendijeron con las alas de Horus para llevarme muy por encima del peligro —replicó Hui.

Ipwet lo miró a los ojos.

—Entonces es verdad.

Esta vez, Hui no tuvo palabras.

—Nos llegaron los rumores. —Ahura se paseaba por la habitación, escuchando los ruidos que llegaban a través de las paredes—. Pero el ejército se había ido, el faraón también, y la corte se refugió lejos de la gente común. Era difícil saber la verdad y no había nadie para protegernos, aparte del puñado de hombres que quedó en la guarnición para mantener el orden.

—El faraón está muerto —informó Hui.

Cuando las miradas de horror aparecieron en los rostros de las dos mujeres, él les contó todo lo sucedido desde su llegada a la llanura de Abnub.

Ipwet se retorció las manos.

—Entonces no queda ninguna esperanza...

—¡Siempre hay esperanza!

La voz de Hui sonó apasionada y él quería creerlo así. Pero la horda bárbara era enorme. Podían cerrar la ciudad todo el tiempo que quisieran, hasta que los almacenes de granos estuvieran vacíos, y la gente estuviera hambrienta y enferma, y se lanzaran a abrir las puertas en medio de la locura que sobreviene cuando la muerte está cerca.

—Tanus nos salvará —aseguró Hui con voz firme.

Los ojos de Ipwet se iluminaron.

—Por supuesto. Un gran general como Tanus, con el ejército detrás de él. Atacará a los bárbaros por la retaguardia y los derribará como se siega la cebada.

Hui no tuvo el coraje de decirle a su hermana que el poder del ejército era apenas una sombra de su antiguo esplendor. Tanus, que estaba buscando una manera de escapar del desastre inminente, no iba a sacrificar a sus hombres de ninguna manera. Sintió la intensa mirada de Ahura sobre él, y miró en otra dirección. Ella siempre podía ver a través de sus bravuconadas y su astucia.

Antes de que Hui pudiera decir otra palabra, se escucharon gritos de alarma. Los ojos de Ipwet se abrieron muy grandes.

—¡Eso vino de dentro de la ciudad!

Hui salió veloz de la casa y corrió calle arriba. Los gritos de alarma se hacían más fuertes, con mayor intensidad, junto con el ruido del choque de bronce sobre bronce. Era imposible que los bárbaros pudieran haber asaltado la ciudad tan rápidamente. Las puertas de ingreso eran tan gruesas como su brazo extendido, las paredes eran más de seis veces esa longitud, y se elevaban muy por encima de su cabeza.

Cuando Hui llegó a los tropezones a la larga calle que iba desde la puerta del río y pasaba cerca del palacio, vio furiosos combates entre un apretado grupo de bárbaros y un puñado de guardias de palacio. Sin embargo, al final de la calle, las puertas de la ciudad seguían cerradas, con otra línea de guardias para defenderlas.

—¿Cómo entraron los bárbaros?

Ahura estaba ahí, codo a codo con él, sin aliento. Ipwet llegaba corriendo detrás.

—¡Regresen a la casa! —les gritó él, pero Ahura lo empujó a un lado. Y señaló hacia donde más guerreros hicsos corrían para unirse a la batalla.

Si alguna de las puertas hubiera sido derribada, un torrente de hombres estaría recorriendo la ciudad. Pero aquello era solo un puñado. Hui pudo ver, de todos modos, que se trataba de guerreros experimentados, tal vez una fuerza de élite. Las espadas curvas giraban por sobre sus cabezas con movimientos fluidos, y sus cuerpos se movían con gracia y agilidad para evitar las espadas de los guardias menos ágiles. Sus espadas curvas cortaban arriba y luego abajo, atravesando a los guardias que llegaban corriendo desde todas las direcciones. Los defensores egipcios eran poco más que una turba que atacaba de manera torpe y sin ningún sentido de la estrategia.

Hui corrió hacia uno de los guardias caído al costado de la calle, agarrándose un corte en el brazo.

—¿De dónde vinieron los bárbaros? —le preguntó.

El guardia señaló hacia una de las calles laterales.

—Un túnel oculto debajo de las murallas, o eso parece —informó a través de los dientes apretados—. Levantaron una losa en la plaza y salieron del agujero que ocultaba.

El túnel seguramente estaba allí antes —no tuvieron tiempo para cavar uno—, pero ¿cómo lo supieron? Solo podía haber una respuesta. El Gran Señor Intef, el traidor de la corte que había estado ayudando a los hicsos con sus planes. Solo un aristócrata rico como él podía hacer cavar un túnel secreto. Seguramente estaba al tanto de los planes de los bárbaros desde hacía muchas lunas.

Hui se sintió asqueado. El Gran Señor Intef, Isetnofret, Qen: ¿cuántos egipcios estaban dispuestos a traicionar a su propio pueblo para obtener alguna ganancia?

Pudo darse cuenta de a dónde conducía este plan. Los bárbaros estaban abriéndose camino por esa calle hasta las puertas de la ciudad. Una vez abiertas, todo estaría perdido.

Ahura también se dio cuenta, y también vio que los bárbaros no iban a ser detenidos. Cuando Hui desenvainó su espada para unirse a la defensa, ella trató de agarrar su brazo para detenerlo. Pero Hui la apartó y siguió corriendo hacia donde estaban peleando. Sus pies resbalaron en la piedra caliza brillante por la sangre al pasar junto a los guardias muertos y moribundos.

Uno de los guerreros hicsos lo vio acercarse y se dio vuelta. Dirigió su espada hacia el pecho de Hui. En el último instante, Hui giró su espada para desviar el golpe, y el choque del metal envió un dolor agudo por el brazo, hasta el codo.

Esa fuerza lo hizo retroceder un poco, y el guerrero siguió atacando de arriba abajo con su espada, y cada choque era como un golpe de martillo cuando Hui los detenía. Sus pensamientos se tambalearon ante la velocidad del ataque. Aunque había aprendido mucha esgrima con los Cocodrilos Azules, Hui no era rival fuerte para un guerrero como ese.

Hui sabía que se acercaba el golpe mortal. Escuchó el grito de Ipwet. La hoja curva bajó hacia su cuello con suficiente fuerza como para arrancarle limpiamente la cabeza de los hombros. De alguna manera, en el último momento, trastabilló hacia un lado y, al girar sobre sí, la parte plana de la hoja le golpeó el cráneo.

Hui cayó, y su mente voló hacia un agujero oscuro. Cuando volvió en sí un momento después, Ahura e Ipwet estaban sacudiéndolo frenéticamente. Su atacante lo había dado por

muerto. Envuelto en una neblina, miró más allá de donde estaban las dos mujeres. Había cuerpos derribados detrás de la banda de bárbaros, que ya se dirigía a las puertas de la ciudad. Atravesaron la última línea de defensa con facilidad.

Aturdido, Hui vio cómo los bárbaros ponían los hombros debajo de la barra y la levantaban. La enorme madera cayó ruidosamente al suelo. Y ya los bárbaros estaban agarrando las cuerdas de papiro que servían de manijas de las puertas para arrastrarlas hacia ellos.

Cuando las puertas se abrieron, los ruidos fuera de las murallas se convirtieron en un frenesí hasta transformarse en el bramido de una bestia voraz.

Hui agarró su espada caída sobre las losas, y se puso de pie. La hoja se agitó delante de él mientras se preguntaba si tendría el coraje de mantenerse firme en su puesto.

Y entonces las puertas se abrieron de par en par y la horda de hicsos atacó. Los carros avanzaron a lo largo de la avenida de las procesiones. Desesperados, los guardias sobrevivientes trataron de huir, pero fueron aplastados bajo las ruedas. Los soldados de a pie corrían detrás de los carros y llenaron la calle de pared a pared.

Delante de la horda huían los ciudadanos egipcios. Sus rostros estaban paralizados por el terror, sus gritos se sumaban al ruidoso desorden. Una mujer tropezó y cayó y fue instantáneamente pisoteada por la multitud en estado de pánico. Hui vio a un anciano aplastado contra una pared, y dos más cayeron bajo la oleada de gente aterrorizada.

Y luego Hui pudo ver un rostro conocido: Adom, el cruel patrón de barco, pesado como un búfalo de agua en tierra firme. Chillaba como alguna vez había hecho chillar a Tau. Adom, al ver que quedaba detrás de la multitud que huía, gritó pidiendo ayuda. Un carro se abalanzó sobre él. Cuando Adom se dio vuelta, el auriga lo alcanzó con su espada. La hoja desgarró el vasto vientre de Adom y sus relucientes tripas cayeron al suelo. Luego lo perdió de vista: cualquier resto vida que quedara en él fue aplastado bajo las ruedas de los siguientes carros.

«Los dioses han hecho justicia», pensó Hui mientras se alejaba.

—¡Vamos! ¡A correr! —gritó Ipwet.

—¿A dónde? —La voz de Ahura, esta vez, no infundía confianza—. ¡Dónde nos escondemos?

—¡No! —gritó Hui—. ¡Debemos conseguir la Piedra Ka!

Antes de que las dos mujeres pudieran quejarse, Hui agarró el brazo de Ipwet con una mano y el de Ahura con la otra. Juntos escaparon de la multitud que corría en una estampida. Apenas a tiempo. Esa muchedumbre se dividió en dos cuando los carros se abrieron paso en medio de todos ellos.

Hui hubiera querido taparse los oídos para no oír los aullidos de los que caían bajo los cascos o eran aplastados por las ruedas, pero corrió escalones arriba hacia la plaza, y hacia el palacio y más allá, al templo.

Cuando levantó la vista, Hui pudo ver una silueta recortada en lo alto de los escalones con la luna que se asomaba detrás. Era una anciana envuelta en un chal. La vieja levantó un brazo tembloroso y lo señaló.

—¡Aquí! —gritó ella—. ¡Él está aquí!

—¿Quién eres? —quiso saber él y lo atravesó un escalofrío.

Ipwet estaba mirando con la boca abierta.

Hui miró de nuevo a la mujer que esperaba. ¿Los ojos le habían jugado una mala pasada? No se trataba de una bruja encorvada, sino de una alta y majestuosa mujer, con su rostro envuelto en sombras.

Las sombras se movieron y la verdad cayó sobre Hui como una centella.

—¿Madre...? —susurró él.

Isetnofret lo estaba mirando. La rabia se reflejaba en su rostro contraído y sus ojos brillando con los fuegos de la locura. Hui sintió un torbellino de emociones, golpeado y empujado por el deseo de venganza que se había metido en su corazón desde hacía tanto tiempo.

—¡Aquí! —gritó de nuevo Isetnofret.

Hui escuchó otro grito espeluznante detrás de sí. Apartó la cabeza y se volvió hacia la nueva amenaza. Qen hacía esfuerzos para controlar su caballo en medio de aquella agitada masa de gente, con la mirada llena de odio dirigida a Hui. La bestia comenzó a moverse hacia los escalones.

Se escuchó un grito y Hui se dio vuelta. Una cuchilla brilló cayendo hacia él.

Ipwet se abalanzó y agarró la muñeca de Isetnofret antes de que la cuchilla llegara a tocar a su hermano. Por un largo momento, Ipwet la sostuvo con fuerza, y Hui se encontró otra vez mirando fijamente a su madre, a sus ojos en llamas. Sintió un impulso de odio y la desesperada urgencia de poner las manos en el cuello de su madre, para negarle la inmortalidad que ella anhelaba, para matarla allí mismo.

—Debí haberte matado aquella noche en la casa de mi padre cuando te robé a mi hermana —gruñó.

El gesto de Isetnofret se endureció cuando se dio cuenta de lo que él había hecho, y sus nudillos se pusieron blancos cuando empujó con fuerza la hoja hacia abajo.

—¡Tu vida debe ser sacrificada a Seth! —susurró.

—¡No! —gritó Ipwet.

Torció la muñeca de su madre y arrastró a Isetnofret hacia un costado. La hechicera tropezó y rodó por los escalones.

Ipwet y Ahura agarraron a Hui y lo arrastraron escaleras arriba para luego cruzar la plaza y dirigirse al templo.

—¿Y ahora qué? —gritó Ahura—. Nuestra única opción es la muerte o la esclavitud. Y yo no volveré a ser una esclava.

—Primero, la Piedra Ka. Entonces... Sí, hay una tercera opción.

Hui miró hacia atrás. No se veía a Isetnofret por ningún lado, pero Qen había conducido a su caballo escalones arriba y se disponía a derribarlos.

—Corran más rápido —insistió Hui.

—¿Cuál es la tercera opción?

—Salimos por donde entraron los hicsos, por el túnel oculto. A nadie se le va a ocurrir buscarnos allí. Y tengo un bote de remos esperando para llevarnos por el río a un lugar seguro.

—¿Estás loco? —gritó Ipwet—. ¿Para qué perder el tiempo por la Piedra Ka? ¿Y cómo llegaremos a un lugar seguro con la horda bárbara entre nosotros y el túnel?

Golpes de cascos sonaban sobre las piedras detrás de él, y se estaban acercando. Hui pudo ver que más allá de las columnas que enmarcaban la entrada al templo, había dos sacerdotes aterrorizados e inmóviles en los escalones. Hui pasó junto a ellos.

Corrieron hacia el santuario, en la parte posterior del templo. Las lámparas brillaban a lo largo de las paredes blancas, envolviendo el interior con una brumosa luz dorada, y el aire estaba cargado con el aroma particular del incienso. Pilares de piedra se alzaban ante las paredes y entre ellos podían verse murales delicadamente pintados en los que se distinguían seres humanos y los bienes que la generosidad que los dioses les habían brindado. Cada mural tenía una descripción en escritura sagrada. En una esquina había una estatua de Horus que era tres veces más alta que Hui. El dios con cabeza de halcón lo miraba desde arriba con la doble corona *pschent* roja y blanca sobre la cabeza, lo que quería decir que él era el rey de todo Egipto.

—Gran Horus, dame protección —murmuró Hui, a la vez que se tocaba la frente con dos dedos.

Sobre la pared del fondo estaba el altar, y sobre él, la Piedra Ka, tan negra como la noche.

Hui sintió un nudo en el estómago cuando la vio. Tal vez era una piedra maldita, o tal vez este fue siempre el camino que los dioses eligieron para él cuando aceptó aquel regalo. Cuando resonaron gritos en la puerta, Hui se dio vuelta y preparó la espada, retrocediendo hacia la mesa del dios. Les hizo señales a Ahura y a su hermana para que se refugiaran detrás de las columnas.

Qen entró. La expresión de su rostro era dura como la piedra. Goteaba sangre de su espada. Los sacerdotes no iban a seguir haciendo sus oraciones.

—Hermano —dijo Hui, desafiante—. Ha pasado mucho tiempo desde que hablamos por última vez.

—Me sorprende que alguien como tú todavía esté vivo.

«Alguien como tú». Hui hizo una mueca ante el desprecio que escuchó en la voz de su hermano.

—No hay necesidad de que luchemos —comenzó a decir.

Qen resopló.

—El mundo será un lugar mejor sin ti en él. —Su mirada se dirigió hacia la Piedra Ka—. Y con eso en manos de mi madre.

Dio un paso adelante, apretando con más fuerza la empuñadura de su espada.

Esta vez, Hui sintió una oleada de dolor tal que ya no pudo contenerla.

—¿De dónde viene este odio? Éramos más unidos que nadie cuando éramos niños. Me protegías. Me amabas. Compartimos muchas risas, muchas canciones y buenos momentos...

El rostro de Qen se torció en un gruñido tan salvaje que Hui dio un paso atrás. Sin embargo, le pareció que esa expresión le resultó extraña, como una máscara que su hermano se veía obligado a usar, con los ojos desesperados y atormentados del verdadero Qen mirando a través de ella.

—Lo único que siempre sentí por ti fue odio.

—Pero yo recuerdo...

—Recuerdas mal.

Qen dio un paso adelante. Hui retrocedió, agitando su espada de un lado a otro.

—Nuestro padre solo tenía amor por mí antes de que llegaras tú. Antes de que se casara con esa bruja Kiya, que hizo que sus pensamientos se apartaran de sus verdaderos hijos y de mi madre.

—¡Eso no es verdad!

—¡Sí lo es! —Qen se enfureció—. Mi madre me lo contó todo. Siempre fuiste su favorito. Yo no era nada para él.

En ese instante, Hui vio el veneno que Isetnofret había vertido en el corazón de Qen, durante años y años, ennegreciendo su alma. Jamás se iba a recuperar de esas mentiras. Hui se sintió invadido por el dolor de perder al hermano que creía conocer. Y entonces Qen se abalanzó. Sus espadas chocaron y Hui paró el golpe. Su mente quedó repentinamente vacía de cualquier cosa, menos de la voluntad de sobrevivir.

Con los dientes apretados, Qen atacó desde la derecha, luego desde la izquierda, en amplios movimientos descendentes. Él siempre había sido duro, frío, calculador. Pero Hui se sorprendió al darse cuenta de que estaba parando los ataques de su hermano con facilidad, y notó que la ira consumía a su oponente.

«Se requiere una mente clara para cualquier batalla», le había dicho Tanus alguna vez mientras entrenaban en el camino a la fortaleza de Basti. «Nunca pierdas los estribos o perderás la pelea».

Qen atacó de nuevo, escupiendo saliva de su boca. Hui retrocedió y esquivó fácilmente la punta de la hoja, y eso hizo que su hermano se enfureciera más todavía. Qen agarró su espada con ambas manos, como si fuera un hacha para cortar un árbol, y se lanzó hacia adelante dando furiosos golpes.

Al ver eso, Hui se hizo a un lado y movió su espada hacia arriba. Resonó al chocar con la hoja del arma de Qen con tal fuerza que la hizo volar de su mano para ir a parar contra el suelo.

Qen se dio vuelta al ver que su espada estaba demasiado lejos como para recuperarla. Pero su imparable furia le impidió retroceder. Enganchó el pie en el tobillo de Hui y le arrastró la pierna. Hui cayó de espaldas y su cabeza rebotó contra la piedra caliza pulida.

En medio de su aturdimiento, Hui vio a Qen que se apoderaba de la Piedra Ka en el altar para balancearla por encima de su cabeza. El tiempo pareció detenerse, y lo único que Hui pudo hacer fue mirar directamente a esos ojos negros y desesperados. Qen solo se iba a detener cuando terminara de destrozarle los sesos a su hermano con aquel regalo de los dioses.

—No lo hagas, hermano —pidió Hui.

—Los dioses decidirán tu destino.

Hui percibió un cambio en la calidad de la luz. Levantó la mirada y vio que la Piedra Ka estaba envuelta en un tenue brillo blanco. Se escucharon tenues crujidos por todos lados en el silencio del templo, semejantes a los que Hui había oído la noche en que encontró el regalo de los dioses en el campamento de los Verdugos del Desierto. Esos susurros se hicieron más fuertes

hasta que resonaron en las paredes de piedra como voces en un pozo profundo. Voces en un lenguaje que no podía entender, pero que lo llenaron de pavor en todo su cuerpo.

¡Era cierto! ¡Todo era verdad! ¡Los dioses estaban hablando!

Un rayo de esa luz blanca salió volando de la Piedra Ka, y otro, chisporroteando por el templo. Hui alcanzó a ver a Ipwet y a Ahura que se alejaban, justo a tiempo. Otro rayo se chocó sobre el altar y lo partió en dos con un estruendoso crujido.

Hui se quedó boquiabierto. El juicio de los dioses estaba a punto de caer sobre él.

Mientras aquella luminosidad bailaba sobre la piedra, Qen levantó la mirada y se maravilló ante el poder que tenía en sus manos.

Y en ese momento, Hui vislumbró su única oportunidad. Rodó hacia un lado y se levantó con su espada en alto, que entró profundamente en las entrañas de su hermano.

La Piedra Ka cayó como lo había hecho aquella noche cuando bajó del cielo y se estrelló contra el solado de piedra. El resplandor se desvaneció. Las voces se apagaron. El regalo de los dioses, el objeto que había sido apreciado por encima de todos los demás por hombres codiciosos y poderosos, estaba destrozado, hecho pedazos. Fragmentos de roca y polvo negro brillante yacían esparcidos sobre las losas. Sin luz maravillosa alguna. Sin el aliento de Horus. Solo los detritos que cubrían el interminable desierto ardiente.

Ipwet gritó y se adelantó corriendo. Cuando Qen cayó de rodillas, con las manos sobre la herida letal en su vientre, ella lo sostuvo y lo acunó. Hui sintió un dolor terrible en su corazón, seguro de no solo haber matado a su hermano, sino también de experimentar amor de su hermana por él.

Lágrimas calientes caían por sus mejillas. Una mano suave lo tomó por debajo de un brazo, la mano de Ahura, y lo ayudó suavemente a ponerse de pie.

Pero Qen no cedió.

—Solo tengo odio en mi corazón por ti —gruñó.

—Y yo solo tengo amor por ti en mi corazón —murmuró Hui, a la vez que ahogaba un sollozo.

Vio que la luz en los ojos de su hermano desaparecía. Qen había muerto.

Hui dirigió la mirada a la Piedra Ka rota, por la que tantos habían estado dispuestos a arriesgarlo todo, luego miró a Ipwet. Ella dejó a Qen tendido en el suelo, se secó una lágrima y se puso de pie. Abrazó a Hui.

—Lloro por Qen —le susurró al oído—, pero no te dio otra opción. —Su voz se endureció cuando agregó—: Nuestra madre lo convirtió en esto.

Ahura los apartó. El fragor de los bárbaros que saqueaban la ciudad resonaba por todas partes. Ya en la puerta, Hui se permitió echar una mirada al cuerpo de su hermano y luego se armó de valor para lo que estaba por venir. En ese momento, al menos le había negado a Isetnofret el poder de la Piedra Ka, sus sueños de inmortalidad estaban hechos añicos, como aquella roca negra. Pero ella nunca iba a ceder. El destino de todo Egipto seguía estando en juego.

Y Hui estaba seguro de saber lo que ella haría a continuación: matar a la única persona que se

interponía en su camino. Tanus. Sin Tanus, toda oposición a la horda de los hicsos se iba a desvanecer. Isetnofret aún podía usar su brujería para convertirse en reina.

Hui se estremeció. Los sueños de su madre pendían de un hilo en ese momento. Y eso la volvía más peligrosa que nunca.

En la cámara donde los sacerdotes guardaban sus vestiduras, se pusieron las túnicas de lino blanco, las sandalias de papiro blanco y la piel de leopardo atada sobre un hombro. En la confusión, Hui apostaba a que una mirada rápida solo revelaría a tres sacerdotes asustados que huían, y a que los bárbaros saqueadores los iban a dejar de lado para buscar objetivos más apetecibles.

Afuera, la noche palpitaba con gritos desgarradores y rugidos de júbilo. Hui siguió adelante, pasó junto a los cuerpos de los dos sacerdotes muertos y cruzó la plaza hasta los escalones. La calle seguía llena de gente.

—Ahora nuestro destino está en manos de los dioses —murmuró dirigiéndose a las dos mujeres.

En el borde de la calle, Hui se abrió paso entre la corriente de cuerpos que corrían y empujó hacia adelante. Los egipcios que huían corriendo y pasaban junto a él eran apenas un borrón. Un carro avanzó en su misma dirección y él siguió corriendo para sentir que la brisa que pasó a su lado le agitó la túnica. Pudo ver una hoja que iba hacia él y se agachó, siempre corriendo hacia adelante.

De alguna manera, Hui llegó al otro lado con Ipwet y Ahura, y luego siguieron corriendo por la calle lateral hacia el túnel. Después de entrar a la plaza, Hui se desplomó contra una pared en sombra. Adelante estaba el agujero del túnel, abierto. La losa estaba hecha añicos a su lado.

—Una plegaria más —les susurró a las mujeres a su lado—. Si los dioses están con nosotros, pronto estaremos a salvo.

—Tus dioses parecen haberte abandonado.

La voz sonó detrás de él. Hui sintió que se le helaba la sangre. Cuando se dio vuelta vio a Khyan, con la espada curva ensangrentada en una mano, y una fila de rostros conocidos de su banda de guerreros junto a él.

—Me pareció reconocer al Ratoncito que escapaba —dijo. Y agregó—: Tu disfraz es patético y no te queda bien.

Hui dio un paso adelante.

—Tómame a mí, pero deja ir a estas mujeres.

Khyan miró a Ipwet y Ahura de arriba abajo.

—¿Por qué debería hacer eso?

—Son inocentes.

—Nadie es inocente, Ratoncito.

Hui miró a Khyan a los ojos y vio en ellos un profundo dolor que se había convertido en una ira ardiente. La traición lo había herido más profundamente de lo que Hui podría haber imaginado.

—Sangre de hicsos. —Khyan dejó salir esas palabras por su boca y escupió en el suelo—.

Ningún guerrero hicsa actuaría jamás como lo hiciste tú. Ellos tienen honor.

Puso su espada curva en posición de ataque. Hui levantó su propia espada.

—Te dije lo que sucedería si había alguna señal de traición —continuó Khyan—. Esta noche te cortaré la cabeza.

El comandante hicsa atacó, pero Hui saltó con agilidad hacia un lado, como le había enseñado Tanus. Khyan arqueó una ceja, claramente impresionado.

—Has aprendido bien tus lecciones, lo reconozco —dijo.

Volvió a atacar con la espada y esta vez casi logra tocar el pecho de Hui. Ya uno frente al otro, las espadas chocaron por arriba, luego abajo. Una lluvia de chispas atravesó la noche.

Vueltas y vueltas, como una danza. Hui sintió que el mundo se cerraba en torno a él. Ipwet, Ahura, los otros guerreros hicsos... todo iba desapareciendo. Lo único que veía era esa hoja brillante, con el fuego abrasador de los ojos de Khyan detrás de ella.

Cuando pasó lo que pareció una eternidad mientras giraban, parando estocadas, atacando, Hui se sumergió en un sueño donde su instinto se hizo cargo, y quedó envuelto en todo lo que había aprendido con los hicsos, con los Verdugos del Desierto y con los Cocodrilos Azules.

Un pensamiento se iluminó en su cabeza: luchaban como iguales. Hui casi se tambaleó asombrado. Él, el Ratoncito de Lahun, y este guerrero experimentado que se había abierto camino a través desde el oriente. Iguales.

Siempre había admirado a Khyan: su coraje, su inteligencia, su honor... sí, y su amabilidad también. En ese momento, Hui vio que los ojos del enemigo se entrecerraban. La ira ya parecía no estar allí, solo había tristeza.

—Peleas bien —sentenció Khyan. Lo dijo en un tono tan bajo que nadie pudo oírlo—. Quizá seas uno de nosotros después de todo.

Apenas esas palabras habían salido de sus labios, Hui golpeó con tanta fuerza con la espada que arañó el dorso de la mano de Khyan y al golpear la espada curva se la arrancó de la mano. El arma se alejó volando para luego resonar en las losas.

Hui se lanzó sobre el otro y giró su espada. Golpeó con la empuñadura la mandíbula del comandante hicsa, quien quedó aturdido. Cuando su enemigo cayó, Hui se alzó sobre él y apuntó con su espada al corazón, y allí la dejó revolotear.

—Mátame —jadeó Khyan—. Ese es tu derecho.

Hui apretó la punta de la espada contra el pecho de su enemigo caído, y luego vaciló.

—¡Hazlo! —espetó Khyan—. Yo te habría matado.

Pero al mirar a los ojos del otro hombre, Hui no estaba seguro de que Khyan hubiera hecho lo que decía.

Por un momento, Hui luchó consigo mismo. Empujó un poco la espada, la retiró, presionó de nuevo.

Finalmente, dio un paso atrás.

—No puedo hacerlo —dijo.

Hui escuchó el grito de incredulidad de Ahura, pero su mirada estaba fija en la de Khyan. Algo los atravesó a ambos. Un entendimiento, tal vez.

El comandante hicso asintió con la cabeza y se puso de pie.

—Ve —dijo—, y que tus dioses te acompañen.

Recogió su espada curva, se volvió hacia sus hombres y gritó:

—¡Vamos! ¡Tenemos que saquear una ciudad!

Los guerreros se alejaron de la plaza y Khyan los siguió.

En el borde de las sombras, se detuvo y miró hacia atrás. Una última y persistente mirada que indicaba, si no calidez, al menos respeto. Y luego se fue.

Las sombras se movieron por el rostro del gigante. Los benevolentes rasgos se deformaron en una expresión grotesca de rabia cuando el torrente de luz de la lámpara pasó por debajo. «Se acerca el juicio final», parecía estar rugiendo la imponente estatua, y Hui no podía negarlo.

Nervioso, desvió la mirada mientras pasaba junto a aquella monumental efigie. Tan alto como ocho hombres, era uno del par que custodiaba la entrada al vasto complejo funerario del faraón que se alzaba en la orilla occidental. Una gran parte del complejo todavía estaba en construcción: el palacio y las pasarelas, las casas fúnebres más pequeñas, las estatuas y los obeliscos, pero aun así hacía que todos los demás lugares de descanso eterno de los reyes de antaño en toda esa Ciudad de los Muertos parecieran diminutos.

Cuando Hui pisó el pavimentado camino de entrada, disminuyó la velocidad de su paso y se quedó mirando. La necrópolis se había transformado. Parecía que brillaban mil fogatas de campamento en la oscuridad a ambos lados de la calle, y llegaban casi hasta donde él podía ver el borde del desierto. Había siluetas encorvadas alrededor de ellas, las masas de desesperados refugiados que habían huido de los asentamientos a lo largo del Nilo cuando estalló la tormenta de espadas, junto con los soldados heridos, las vendas oscurecidas por la sangre, y otros guerreros hambrientos, destrozados por la brutalidad de la batalla que habían vivido. A la distancia, pudo distinguir las filas de otros refugiados que avanzaban tambaleándose en busca de refugio. Las tiendas de campaña improvisadas ondeaban con la brisa y bajo el humo a la deriva de la madera, el aire estaba cargado con los olores de los desechos humanos.

Armándose de valor ante tanta tragedia, Hui se apresuró a recorrer el camino entre gemidos y gritos de auxilio hasta llegar a la entrada al patio que rodeaba el todavía inconcluso Palacio de Memnon. Los guardias le hicieron señas para que entrara a un oasis más tranquilo y perfumado por el incienso. Los miembros del Consejo del rey daban vueltas por el lugar, conversando con las cabezas inclinadas en señal de preocupación, y algunos de los consejeros más cercanos de Tanus iban y venían con rostros contraídos.

Hui respiró hondo para aliviar la tensión en su pecho. Una parte de él pensó que nunca llegaría a ese lugar con vida, incluso después de que Khyan le diera un salvoconducto. Habían atravesado el largo túnel oscuro como la tinta y se arrastraron hasta llegar más allá de las murallas de la ciudad. A la distancia, los carros corrían de un lado a otro, sus doradas estructuras brillaban en la luz de la luna, pero la fortuna les había sonreído a ellos y la zona alrededor de la

entrada del túnel estaba desierta. Agachados, Hui había conducido a las dos mujeres hacia el muelle donde subieron al bote de remos. Luego remó hasta que pensó que le iba a estallar el pecho.

Hizo que Ipwet y Ahura lo siguieran —estarían a salvo en esta orilla del Nilo—, pero no lo habían alcanzado, así que él entró solo en el patio. Se sintió frustrado cuando asesor tras asesor ignoraron sus súplicas para hablar con Tanus.

Hui vio a Taita conduciendo su caballo más allá de un montón de piedras listas para ser talladas por los albañiles.

Corrió hacia él.

—¿Dónde está Tanus? —le dijo casi sin aliento—. Debo informarle algo.

El eunuco puso los ojos en blanco.

—Tanus no tiene tiempo para gente como tú. Su Consejo de guerra está en sesión permanente, y apenas ha dormido en varios días.

—Su vida está en peligro.

—Todas nuestras vidas están en peligro. ¿Has mirado al otro lado del río? —Taita señaló hacia donde las llamas rugían en los edificios de la ciudad que los hicsos habían incendiado—. Los bárbaros no se van a detener allí. Nuestros espías en la orilla oriental nos dicen que ya están requisando todos los barcos que pueden conseguir: esquifes, barcazas, balsas..., lo que sea que puedan encontrar. Incluso con nuestra flota agotada, podemos frustrar un intento de cruce, pero ellos tienen todo el río a su disposición. No tenemos suficientes espías como para cubrir todos los puntos de cruce.

Hui apretó el puño con exasperación.

—Esas son preocupaciones para otro momento. Puede que Tanus no viva para ver el amanecer.

El inteligente eunuco entrecerró los ojos, instando en silencio a Hui para que continuara.

—En algún lugar entre esta gran ciudad de refugiados hay un asesino que no se detendrá ante nada para quitarle la vida a Tanus. Pero este no es un asesino común. No es un sucio Verdugo del Desierto o un simple pícaro. Quien trama el asesinato es una hechicera, con poderes para cambiar la mente de los hombres, poderes que le fueron dados por el mismo Seth.

La voz de Hui se quebró por la emoción y las facciones de Taita se suavizaron. El eunuco parecía estar tomándose esto en serio por fin.

—¿Quién es esta hechicera?

—Mi madre, Isetnofret.

La revelación pareció hacer que el eunuco se detuviera. Hui le contó todo lo que pudo sobre su madre y su hermano, el asesinato de su padre y por qué había huido de Lahun, y sobre los poderes mágicos que pensó que Isetnofret ejercía, aunque no podía estar seguro de ninguno de ellos. Cuando terminó, Hui se sorprendió ante lo bien que se sentía finalmente por haber dicho la verdad.

Taita acarició la nariz de su caballo.

—Eres un hombre que ama a esta hermosa bestia, y eso me dice mucho acerca de quién eres

realmente. —Silbó y Tau se acercó corriendo. Taita le entregó la cuerda atada al cuello del corcel —. Llévalo a nuestros nuevos establos. ¡Y ocúpate de él!

El muchacho le guiñó un ojo a Hui y se llevó al caballo, canturreando para sí mismo.

Taita miró más allá de la entrada del Palacio de Memnon, hacia esa constelación de fogatas que parpadeaban en la vasta oscuridad y la masa de gente reunida entre ellas. Hui sabía lo que el eunuco estaba pensando. Si su madre pudiera obnubilar las mentes de los hombres para que la vieran como otra persona, ¿cómo la iban a encontrar en medio de esa multitud?

—Lo único que tiene que hacer es acercarse a Tanus —comenzó Hui—. Nosotros nunca la veremos hasta que sea demasiado tarde. Un cuchillo con veneno... Ella podría perderse entre la multitud antes de que Tanus supiera que está muerto.

Taita se golpeó la barbilla con un dedo.

—Entonces debemos hacerla salir.

El grupo de soldados salió a la calle pavimentada corriendo desde el complejo del palacio hasta las estatuas gemelas al final del río. Hui estaba al frente, buscando entre la multitud dispersa en ambos lados.

—Recuerda —susurró Taita mirando hacia atrás—, si alguien se acerca, prepárate para actuar.

Las manos de los soldados estaban listas sobre las empuñaduras de sus espadas. Sabían que un asesino acechaba en algún lugar entre la masa, pero nada más. Así era como debía ser.

—¿Y tú? ¿Estás listo? —le preguntó el eunuco al hombre que se haría pasar por Tanus, de pie en medio de sus guardias.

—Listo —gruñó.

Su voz era más profunda que la del general, pero podía hacer bastante bien su papel. Taita había buscado entre los hombres hasta que encontró un guerrero que se parecía a Akh-Horus... El mismo cuerpo, el mismo cabello.

Taita salió a la calle y gritó:

—Aquí está nuestro gran general Tanus, quien los salvará de los invasores bárbaros. Él camina entre ustedes ahora para asegurarse de que están bien.

Como estaba planeado, este Tanus no habló, por temor a que revelara su verdadera identidad.

Los vítores resonaron en la oscuridad, y el murmullo de la charla se hizo más fuerte. Hui vio que las cabezas se volvían hacia ellos, rostros que habían estado marcados por la desesperación, en ese momento estaban iluminados por la esperanza.

Caminaban a paso lento, como había planeado Taita, de modo que todos pudieran ver y oír la constante exhortación del mismo discurso. A Hui se le tensionaba el pecho con cada paso. Los rostros pasaban en la sombra; incluso si su madre no estuviera disfrazada, le habría resultado difícil reconocerla. Cada tanto tenía la sensación de sentir el aliento frío de Isetnofret en la nuca. Ella podría estar en cualquier lugar.

Una silueta se abrió paso entre la multitud. Los soldados a medias desenvainaron sus espadas, pero era un anciano con un ojo blancuzco. Extendía una mano temblorosa de agradecimiento y lloraba. El soldado que fingía ser Tanus dijo que el aliento de Horus iba a poner nueva vida en su pecho al alba.

Al ir acercándose a las siluetas de la guardia de las estatuas gemelas que se recortaban contra el cielo estrellado, una mujer apareció en la calle delante de ellos. Su rostro pálido estaba moteado por las marcas de la viruela. Hui se estremeció, Taita se hizo a un lado y esta vez los soldados desenvainaron sus espadas.

—Por favor, salva a mis hijos —rogó la mujer.

Extendió un brazo y dos pilluelos mugrientos aparecieron corriendo para agarrarse a las piernas de ella.

Hui miró con atención, los músculos tensos en caso de que se tratara de alguna estratagema fabricada por Isetnofret. Pero algunas frases amables y plegarias aliviaron a la refugiada desesperada y retrocedió a su lugar. Taita miró a Hui. Con un gesto, ambos continuaron su marcha.

Al llegar a las estatuas, dieron media vuelta y regresaron por la larga calle, con paso más lento todavía. Para cuando estuvieron otra vez en el punto de partida, el rostro del eunuco se había oscurecido.

—¿Tal vez deberíamos intentarlo de nuevo? —aventuró Hui.

Mientras Taita sopesaba la sugerencia, Hui miró adelante y se puso rígido. Señaló con un dedo.

—¿Se ha deslizado por detrás de nosotros?

A la entrada del patio frente al Palacio de Memnon, el guardia estaba apoyado sobre un montón de bloques de piedra a medio tallar. Hui pudo ver que estaba despierto, pero movía la cabeza mientras miraba a lo lejos con los ojos entrecerrados.

Hui y Taita corrieron hacia él, con los soldados siguiéndolos.

—¿Qué te pasó? —preguntó el eunuco.

El guardia se movió y sus pensamientos parecieron salir a la superficie.

—Vino una mujer... Pidió que la dejara entrar. Cuando me negué, ella abrió su mano y en la palma había un puñado de polvo blanco.

Me lo sopló a la cara y sentí en la nariz y la boca que era dulce y empalagoso... y... —Sacudió la cabeza, sin poder recordar nada más.

Hui lo tomó por el hombro y lo sacudió.

—¿Cómo es ella?

—No... No puedo recordar. Su rostro era difuso...

Volvió a sumergirse en aquel estupor producido por la droga.

—Sígueme —ordenó Taita.

Se apresuró a cruzar el patio barriendo con su túnica las losas polvorientas.

Una atmósfera silenciosa envolvía al Palacio de Memnon, pero Hui pudo distinguir el murmullo de voces en la distancia.

Algún día, cuando este templo mortuorio estuviera terminado, sería un magnífico monumento al faraón, grandioso en escala con imponentes columnas y techos muy altos, las paredes decoradas en colores brillantes y una gran estatua de Horus para dar la bienvenida a la otra vida al dios-rey. Pero en ese momento, era apenas un poco más que paredes blancas y desnudas que casi cegaban con el resplandor de las lámparas encendidas a cada lado.

Sus suelas de cuero hacían ruido mientras corrían. Taita desaceleró su paso cuando el ruido de voces se hizo más fuerte. Y al final avanzó hacia una cámara más pequeña en la parte de atrás, iluminada por la luz de una lámpara. Hui miró hacia donde se dirigía el eunuco y vio a Tanus hablando en el centro del Consejo de guerra. Los consejeros más antiguos y los generales recién ascendidos inclinaban la cabeza asintiendo mientras Akh-Horus explicaba su estrategia para proteger la necrópolis del posible ataque de los hicsos, al menos hasta que se pudiera sepultar al faraón. Hui sintió una oleada de alivio al ver que Tanus seguía con vida, pero la inquietud le anudó el estómago por lo que decían esas palabras: parecía haber poca esperanza. Y una vez que el faraón descansara en su tumba, ¿qué iba a ocurrir? ¿Una última pelea, y la muerte para todos ellos?

Tanus entrecerró los ojos cuando vio a los recién llegados, pero siguió hablando. Taita le dirigió un movimiento de cabeza y se concentró en los soldados que lo acompañaban.

—Quédate aquí —susurró—. Cuiden a Tanus con sus propias vidas, y cuando vaya a visitar a la reina, cosa que estoy seguro que hará, quédense cerca de él con las espadas desenvainadas.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Hui cuando iban saliendo del palacio—. Isetnofret debe estar aquí, en alguna parte.

—Separémonos. Tú busca hacia el oeste, yo hacia el este. Así vamos a cubrir más terreno. A esta hora habrá pocos afuera por negocios. Da la alarma si ves algo que te preocupe, por insignificante que parezca.

En la entrada, Hui vio al eunuco que desaparecía en las sombras y luego se dirigió hacia el patio donde no había nadie en ese momento. El viento seco gemía desde el desierto no lejano, levantando embudos de polvo que danzaban sobre las piedras.

Deambuló por aquel espacio, explorando las áreas en sombra más allá de las mastabas, asomándose por entre las sepulturas y trepando los montones de material de construcción. Mientras descansaba apoyado en un obelisco, pudo ver a alguien que se movía al otro lado del patio. Se deslizó hacia la luz de la luna y vio que se trataba de la reina Lostris. Hui se preguntó a dónde podría estar yendo, y luego recordó que Taita dijo que Tanus visitaría más tarde a la reina. Podía no ser muy hábil con una espada, pero su mente era aguda, y hacía mucho tiempo que sospechaba que Akh-Horus y Lostris estaban involucrados en algo secreto. Sabía que Taita había estado cerca de Lostris desde que ella era una niña, guiándola y educándola. Pensó en la vez que Tanus lo envió desde la fortaleza de Basti a Tebas para entregarle al eunuco un mensaje sobre una mujer misteriosa. «¿Era el príncipe Memnon hijo del faraón?», se preguntó. ¿Qué escándalo podría desatarse!

—¡Hui!

Se dio vuelta cuando escuchó su nombre y vio a Ahura e Ipwet que corrían hacia él. Les

brillaban los ojos y llegaban con grandes sonrisas, a pesar de los horrores que habían experimentado en la ciudad un poco antes esa misma noche.

—Tenemos noticias —dijo Ipwet.

—Este no es el momento —comenzó a decir Hui, pero se dio cuenta de que no la iba a hacer callar.

—Parece que aquí se te tiene en una mayor consideración de lo que yo jamás habría imaginado —dijo Ahura con una sonrisa burlona.

—¿Qué quieres decir?

—Te seguimos, como tú dijiste que hiciéramos —explicó Ipwet—. El guardia nos dejó entrar cuando mencionamos tu nombre, pero uno de los consejeros de la reina pensó que éramos las mujeres que la atendían. A pesar de nuestras explicaciones, nos condujo a los aposentos que habían reservado para ella...

—Una tienda de campaña —intervino Ahura—. Una magnífica tienda llena de todos los lujos que puedas imaginar.

—Allí estaba la reina —continuó Ipwet—, y caímos de rodillas y nos inclinamos en su presencia, rogándole que nos perdonara por entrometernos. Pero cuando le explicamos la confusión, ella simplemente se rio.

—Y cuando mencionamos tu nombre otra vez —continuó Ahura—, y supo que Ipwet era tu hermana, se mostró encantada. Tanus había mencionado lo valiente y sabio que eres como soldado.

Hui sonrió para sus adentros. Sus sospechas eran correctas. ¿Por qué otra razón iba Tanus a hablar de esos asuntos con la reina, si no era en algún lugar privado donde la charla fluida flotara entre ellos?

—¿Y entonces? —dijo él.

—La reina insistió en que nos uniéramos a las mujeres que atienden todas sus necesidades —siguió Ipwet—. De esa manera tendríamos protección durante lo que sea que esté por venir. Todo gracias a ti, hermano.

—Me complace que mi escasa reputación haya sido útil para algo —dijo Hui con una reverencia. Entonces algo iluminó su mente. Miró detrás de ellas, en la dirección de donde habían salido corriendo para encontrarse con él—. Vienen a ver a la reina, ¿no?

—Precisamente —replicó Ipwet, desconcertada por el cambio de actitud de él.

—¿Y todavía está en su tienda?

—Sus abluciones nocturnas han comenzado —aseguró Ahura—. Ya le llevaron el agua, las cremas están listas...

Hui sacó su espada.

—¿Qué pasa? —preguntó Ipwet boquiabierta.

—Isetnofret está aquí. La vi hace un momento, haciéndose pasar por la reina.

Su voz era tensa.

Antes de que las dos mujeres pudieran preguntarle algo más, Hui atravesó el patio corriendo hacia donde había visto a la que le pareció era Lostris. ¡Qué astuta era su madre! ¿Qué mejor

disfraz? Nadie se iba a acercar a ella, nadie le iba a hacer preguntas. Y así podría aproximarse a Tanus con facilidad cuando considerara que era el momento adecuado.

El viento voló alrededor de Hui mientras se alejaba corriendo de las luces del palacio, hacia la oscuridad que envolvía al complejo mortuario. Isetnofret estaría esperando su momento allí, mirando, aguardando, en el profundo silencio de la necrópolis, lejos de donde las masas acurrucadas habían sido ubicadas. Hui sintió que el peso de largos meses de odio se solidificaba hasta tener la sensación de que una roca le aplastaba el pecho.

En el borde de las losas de piedra caliza blanca iluminadas por la luna, un laberinto de profundos senderos se abría entre las sombras. Los oscuros pasajes se dejaban ver entre montones de piedras de construcción, grúas de madera, y mazos, cinceles y palas desparramados. Cuando Hui llegó al borde de esta caótica área de trabajo suspendido, se detuvo y trató de escuchar.

Solo silencio.

Miró a su alrededor, tratando de atravesar las cortinas de penumbra que parecía envolver todo el lugar, y sus fosas nasales se abrieron. Un olor amargo flotaba en el aire, como semillas de amapola trituradas, el fantasma de una presencia que acababa de pasar.

Con la espada lista, Hui giró en un círculo completo. Aquellas áreas de profunda oscuridad parecían hincharse. Sus ojos y oídos le decían que estaba solo, pero el hormigueo en la nuca sugería lo contrario.

Isetnofret estaba allí, Hui estaba seguro. Cerca, quizás tan cerca como para olerle el sudor, atenta como un lobo, esperando el momento adecuado para saltar.

Apretó con más fuerza la empuñadura de la espada. El sudor le corría por la espalda.

—¿Madre? —dijo.

Él no debía tenerle miedo. Una mujer de su edad, carente de la fuerza y la agilidad de él, frente a él, un guerrero, con una hoja afilada en la mano, podía derribarla antes de que ella se le acercara. Pero su crueldad, su astucia y su locura le daban poder, además de cualquier dominio de hechicería que tuviera. Nada podía detener a Isetnofret en su intención de destruirlo. Hui sintió una punzada de pavor y volvió a mirar alrededor. Y en ese momento estaba viendo a su madre en cada sombra.

Hui luchó contra el miedo. Imaginó su espada al atravesar el pecho de Isetnofret, cortando su frío corazón en dos. Ahí estaría ella, caída sobre la piedra caliza salpicada de sangre delante de él, suplicando misericordia con una temblorosa mano extendida, y él de pie sobre ella, tan cruel y sin emociones como siempre había sido, mientras él le negaba esa misericordia, deleitándose en el terror que veía en los ojos de ella al darse cuenta de que sus crímenes la habían llevado a ese triste final. Hui sería su igual en ese desprecio por cualquier cosa que se interpusiera en el camino del deseo. Ella lo había hecho así.

Y entonces Hui vio el rostro amable de su padre flotando ante sus ojos. Justicia al fin, para el

hombre que había sido mejor que todos ellos. Justicia para el hombre que lo había amado y le había enseñado...

Hui se dio vuelta rápidamente, pero demasiado tarde.

Unas uñas le arañaron la cara y cayó hacia atrás. Probó la sangre en su labio partido, y un momento después, Hui se dio cuenta de que esas marcas de las garras ardían como el fuego. Intentó levantarse, pero sus piernas parecían incapaces de soportar su peso. De alguna manera encontró la fuerza necesaria, pero cuando se puso de pie, se tambaleó como un borracho. Las luces distantes en el palacio brillaban como estallidos de estrellas, y la oscuridad alrededor parecía impenetrable.

—¿Qué me has hecho? —gritó.

Mientras Hui luchaba por evitar que sus pensamientos se desvanecieran, sintió que alguien se acercaba. Una mujer se irguió y apoyó las manos en las caderas mientras lo miraba de arriba abajo.

Resonó una risa desdeñosa. Cuando miró aquel rostro borroso, estaba seguro de que estaba mirando a la reina. Pero luego parpadeó: las facciones de Lostris se derritieron ante sus ojos y comenzaron a desaparecer del cráneo a medida que el hechizo se desvanecía. Y ahí estaba Isetnofret, tan fría y dura como la última vez que la enfrentó después del juicio condenatorio del Gran Señor Bakari.

Los ojos oscuros de su madre brillaron, pero esa risa sonó hueca para convertirse luego en un bajo gemido de angustia.

—Tú lo mataste. Mi muchacho, mi hermoso muchacho. Tú lo mataste. —Había lágrimas en sus párpados, pero sus labios dejaban ver sus dientes pequeños como los de un acorralado gato del desierto—. Solo por eso vas a sufrir como nadie. —Escupió en el suelo. La visión de Hui se nubló. Todavía podía sentir que el calor de su rabia aumentaba cada vez más, hasta que estuvo seguro de que eso iba a consumirlo.

—No era necesario que Qen muriera —balbuceó. Los arañazos en su rostro ardían por lo que fuera con lo que ella los había infectado—. ¿No lo ves? Fue tu ansia de poder...

—¡Le quitaste la vida! —Su grito se convirtió en un chillido, y en ese chillido Hui solo escuchó locura.

Hui la apuntó con su espada. La luz de la luna brilló en la hoja de bronce.

Isetnofret se burló al alejarse de esa punta afilada, casi como si lo desafiara a atacar. Se deslizó hacia un lado y comenzó a caminar en círculo alrededor de él. Hui hizo todo lo posible por seguirla, pero sus movimientos eran lentos y torpes.

—¿Crees que un arma terrenal puede dañar a alguien como yo? —espetó ella—. Seth me ha bendecido con su poder. Él ha visto mi entrega a él, mi sacrificio. Seth, Seth, Señor del Caos, nuestro Dios del Fuego y el Desierto, Rey de la Envidia, Maestro del Engaño.

Ella sonrió y sus párpados se cerraron en éxtasis.

Hui aprovechó la ocasión y dio un paso adelante, pero estaba demasiado débil, demasiado pesado. Interiormente, se maldijo a sí mismo. Por cierto, no podía fallar en ese momento, no después de todos los sacrificios, después de luchar tanto para que llegara esta oportunidad.

Los ojos de Isetnofret se abrieron y su mirada era más dura que nunca.

—¡Seth, Señor de la Violencia! —gritó ella—. ¡Mira!

Ella apuntó un dedo hacia el espacio abierto más cercano.

Hui miró hacia esas profundidades. La oscuridad en el fondo era intensa, y cuando sus ojos se acostumbraron a las sombras, él vio que ese sendero estaba lleno de serpientes venenosas: cobras, con sus capuchas enjoyadas que brillaban y víboras cornudas, sus escamas ocre como fantasmas en la oscuridad. Había decenas de ellas, cientos tal vez, retorciéndose y enrollándose unas con otras.

—Las serpientes me sirven a mí como yo sirvo a Seth —susurró.

Hui se alejó tambaleándose del borde de ese espacio. El mundo parecía estar moviéndose a su alrededor como si hubiera habido un gran terremoto, y él vaciló, sin poder mantener el equilibrio.

—Por fin tendré el poder que merezco.

—La piedra Ka está destruida —gritó ásperamente Hui—. Y también tu sueño de inmortalidad.

Isetnofret caminó alrededor de él, fuera del alcance de su espada.

—Pero Egipto sí será mío. Los dones que Seth me ha otorgado me permitirán someter a los hicsos a mi voluntad. La reina Lostris, el joven faraón, tu amo Tanus... todo se convertirá en polvo. Esta noche ascenderé a la altura de los dioses.

—No. —Hui agitó su espada sin fuerza.

—Toda mi vida he luchado, he calculado y he renunciado a los simples placeres de la gente inferior. —Isetnofret parecía estar hablando para sí misma mientras seguía dando vueltas—. Acepté casarme con tu padre, ese hombre débil y cobarde, porque su posición conllevaba la influencia que yo necesitaba. Me dio un hijo, un hermoso hijo, lo único bueno que hizo por mí durante su miserable vida. —Volvió a escupir—. Y cuando tomó esa cerda como su segunda esposa, perdió el interés en mí y en su hijo.

—Era una buena mujer.

—Le recé a Seth para que ella muriera, y él me respondió. —Su voz era tan fría como el crudo viento del Sinaí.

Hui se tambaleó y sintió que el suelo se derrumbaba debajo de sus pies. Al recuperarse, trastabilló hacia adelante.

Los ojos de Isetnofret brillaron. Sabía que la victoria sobre él estaba a apenas un suspiro de distancia.

—Y tú eres hijo de tu padre, hasta la médula.

Su madre tenía la intención de herir a Hui con esas palabras, pero él se sintió orgulloso. Recordó la decencia de Khawy, su generosidad, su amor, su profunda creencia en el deber y el honor. El fuego en el corazón de Hui ardía con más brillo, y fue eliminando algunos de los efectos del veneno con el que ella había contaminado su mente.

Hui arremetió con su espada, pero fue un golpe lento y su madre se rio. Se maldijo a sí mismo otra vez, aunque se estaba haciendo cada vez más fuerte.

Isetnofret también pareció sentirlo así.

—Ahora tu tiempo ha terminado.

Se quitó los breteles de su vestido y dejó que la túnica se deslizara por su cuerpo hasta el suelo y quedó desnuda ante él. La luz de la luna brilló en las curvas de sus pechos, de su vientre, de sus caderas.

—Me desnudo ante Seth para que pueda ver que mis intenciones son puras —dijo ella en un suspiro—. Me ofrezco a él, y seré su consorte. —Sus labios se curvaron en una sonrisa cruel—. Morirás como siempre fue la intención. Y luego cortaré tu cuerpo en pedazos y lo esparciré a los cuatro vientos, para que te sea negada la otra vida. Pero no quedarás atrapado aquí. No. Porque voy a tragar tu alma marchita y eso solo se sumará a mi poder. Y luego ni siquiera Tanus podrá enfrentarse a mí.

Cuando Hui miró su desnudez, pensó en su unión con Qen cerca de la pirámide en Lahun. El asco lo fortaleció e inclinó la balanza a su favor mientras luchaba dominando su propia conciencia. Isetnofret no solo le había robado a su padre, sino también a su hermano. Había corrompido todo lo que tocaba. No se le podía permitir seguir viviendo.

Isetnofret levantó los brazos al cielo y murmuró palabras en el mismo idioma que había resonado desde la Piedra Ka. El viento sopló más frío y él se estremeció. Arriba, las estrellas parecían ir apagándose, como velas sopladas por los sacerdotes en el templo al final de un ritual.

Una sombra barrió la necrópolis y se unió detrás de Isetnofret adoptando una forma. Una figura imponente, tan negra como la noche, con cabeza de bestia. Los bordes temblaron, y Hui estuvo seguro de que estaba mirando al mismo Seth. Rendijas de luz brillaron cuando los ojos se abrieron.

¿Estaba soñando todo eso? ¿Era un delirio? ¿Eran los vestigios del veneno que corrían por sus venas?

Hui pensó una vez más en aquel secreto ritual nocturno, junto a la pirámide en Lahun, y el deseo enloquecido que Isetnofret tenía y que más tarde le confesó cuando ella lo visitó en su prisión. Ascender a la divinidad y unirse a Seth: eso fue lo que dijo. Locura. Por supuesto que era locura. Debía ser eso. Sin embargo..., ¿y si de verdad Seth se había presentado en ese momento para crear esa terrible unión?

Solo la muerte de ella podía evitar ese terrible desenlace. Hui sintió que la fuerza de su decisión era cada vez más fuerte.

—Humíllate —susurró Isetnofret—. Humíllate ante poderes más allá de tu imaginación. Hui levantó la cabeza.

—No. Estoy aquí por mi padre, por Ipwet, por Tanus. Por Egipto.

—¿Se mantendrá ese coraje frente a esto?

Isetnofret movió una mano hacia el laberinto de espacios abiertos. Hui no pudo ver nada al principio. Entonces percibió un movimiento, una figura envuelta en sombras que avanzaba pesadamente hacia ellos con los pasos inseguros de un niño que aprende a caminar.

—¿Quién...? —empezó él a decir.

Pero luego Hui se dio cuenta de que el contorno de esa forma le resultaba conocido y todo el

calor abandonó su cuerpo.

—A tu amigo Kyky se le negó la otra vida —sentenció Isetnofret—. Y ahora viene a castigarte.

Hui pensó que podría volverse loco.

—¡Esto no puede ser!

—Kyky te detesta por lo que hiciste.

Imágenes del rostro muerto de su amigo, la carne en descomposición, pasaron por la mente de Hui, y él las apartó. Sintió una oleada de remordimiento por el papel que había jugado en la muerte de su amigo.

—¡No!

La ira de Hui aumentó y se lanzó hacia adelante, contra Isetnofret. Ese repentino movimiento la tomó por sorpresa y ella no pudo resistirse cuando él le puso el brazo alrededor del cuello, de modo que su cabeza quedó apretada contra el pecho de él. Su cuerpo se retorció contra él, como una de las serpientes en aquellos espacios. Ella le arañó el brazo, pero esta vez las heridas no quemaban. Hui pudo oler su almizcle, ese olor amargo de amapolas, y eso le llenó la cabeza.

Kyky avanzó hacia ellos, paso a paso, implacable como la muerte.

Hui apretó los dientes, tratando de alejar la visión de su cabeza. Pero sintió que su determinación comenzaba a abandonarlo. Estaba siendo desarmado por ese terrible remordimiento. Sostuvo su espada debajo de la caja torácica de ella. Una puñalada y todo esto habría terminado. Venganza lograda, finalmente.

Le temblaba la mano que se sentía cada vez más débil.

Isetnofret murmuró un torrente de palabras incomprensibles y Hui sintió que su piel se erizaba con la sensación de un repentino y rápido movimiento. Miró hacia abajo. Los escorpiones se movían por su cuerpo, con las colas rizadas listas para inyectarle veneno.

Hui gritó y saltó hacia atrás, moviendo su mano libre para apartar a las criaturas letales. Pero sus dedos no encontraron resistencia, y cuando volvió a mirar hacia abajo, vio que los escorpiones habían desaparecido. Una ilusión.

Isetnofret se alejó, con una sonrisa burlona.

—Débil, como tu padre.

Kyky se acercó más. Pronto la luz de la luna le iluminó el rostro.

Hui miró más allá de Isetnofret, hacia donde pensó que había visto al dios. Todavía percibía una presencia inquietante, pero se había apartado en la oscuridad. ¿Otra ilusión para aterrorizarlo? Nunca lo sabría.

Ilusiones, por todas partes.

Hui juntó lo que le quedaba de sus desvanecidas fuerzas y se dio vuelta para enfrentar a Kyky. El terror se apoderó de él por un momento, y luego avanzó hacia él. Atravesó a su amigo con la espada, pero la hoja pasó como si allí solo hubiera niebla.

Kyky se desvaneció. El hechizo se había roto.

Hui sintió que su determinación volvía a fluir y se dio vuelta. Isetnofret murmuraba otro hechizo, distraída. Hui saltó adelante y arremetió con su espada. Esta vez sintió que cortaba algo,

y gotas brillantes volaron detrás de la veloz trayectoria en el arco de su arma.

Su madre lo había considerado débil. Ella había creído que el conjuro de Kyky iba a quedar reducido a una ruina temblorosa. Pero Hui ya no era el hijo que ella conocía. Y entonces ella iba a pagar por su error.

La sangre brotó del cuerpo desnudo de Isetnofret. Sus manos volaron hacia el cuello, donde apareció una herida abierta. Trató de detener la hemorragia, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

La espada de Hui bajó a un costado. Isetnofret se tambaleó, su cuerpo ya empapado desde el cuello hasta los muslos. Se tocó el corte en la garganta con movimientos cada vez más débiles. Hui la miró profundamente a los ojos, esperando ver algo de contrición por sus crímenes al final, pero solo había una muda expresión de incredulidad: ¿por qué alguien tan poderoso como ella había fracasado?

Hui miró a través de los espacios abiertos entre los materiales de construcción. Ni rastro de Kyky, si era que realmente había estado allí alguna vez. El dios también se había marchado.

Allí, finalmente, llegó el final. Su padre estaba vengado. Egipto fue salvado de la crueldad de su madre. Quizás entonces podría encontrar algo de paz.

Isetnofret se inclinó hacia un lado, en aquel espacio largo y oscuro. Un silbido salvaje se elevó desde las profundidades, y cuando Hui se asomó vio que las serpientes se enroscaban sobre Isetnofret, mordiéndole las carnes e inoculando su veneno profundamente en ella. Todavía aferrada a la vida, su madre yacía allí mientras el veneno ardiente inundaba sus venas, paralizándola, mientras la agonía envolvía todo su cuerpo.

Sus ojos siguieron mirando las estrellas hasta el final.

Las velas de los barcos se hinchaban y los cabos se tensaban. Un buen viento corría por el río para llevarse el sulfuroso olor a quemado que aún flotaba sobre Tebas. En la cubierta de la galera, Hui se protegía los ojos de la luz cobriza de la mañana y observaba la ciudad destruida que alguna vez había sido su hogar. Khyan tenía razón. La habían perdido a manos de ellos, como todo Egipto.

Los hicsos habían cruzado el río. El rey Salitis tenía trescientos carros en la orilla occidental y dos regimientos completos de guerreros de élite. Con la guía de Tanus, Hui había supervisado la construcción de cuarenta de sus propios carros para reforzar la defensa egipcia. No era suficiente. Tampoco tenían a los hombres necesarios. Ya no era posible victoria alguna. Cualquier resistencia se iba a convertir rápidamente en una matanza.

Eso los dejaba con una única opción.

Hui se dirigió a la proa y siguió la línea serpenteante del río hasta el horizonte brumoso. Irían al sur, más allá de las cataratas, a las tierras salvajes que nunca habían sido exploradas. Al sur, al interior de África. Un éxodo como nunca hubo otro, con la reina Lostris y el príncipe Memnon en la barcaza real, Tanus y los restos del ejército, y tantos ciudadanos como podían llevar en su

diezmada flota de barcos.

—¿Cómo será todo aquello?

Tau apareció al lado de Hui y, como él, miró a la distancia.

—Habrá peligro, sin duda —respondió Hui—, y también aventura y misterio. Maravillas con las que apenas si podemos soñar.

«Esperanza», quiso agregar, de una vida nueva, libre de guerras y miserias y de las crueldades infligidas por quienes solo desean el poder.

El muchacho sonrió, como si todo fuera un juego, y de verdad lo era para alguien de su edad. Hui recordaba bien esa época. Se sentía agotado. El ansia de venganza que había sido su constante compañera durante una eternidad ya no vivía dentro de él y, sin embargo, tampoco sentía alivio. Ni paz. Su madre ya no estaba, tampoco su hermano. Su padre finalmente había sido vengado. Pero eso no cambió nada. Khawy seguía muerto. El amor que había derramado sobre Hui seguía ausente. Y en ese momento no había un propósito para su vida. Estaba a la deriva.

Cuando Tau se alejó para arrojar guijarros a las contracorrientes junto a la orilla del río, Hui bajó por el tablón hasta el muelle donde todavía seguían haciéndose los frenéticos preparativos para el viaje.

Farid estaba apoyado en su nudoso bastón, su rostro pétreo e inexpresivo como siempre.

—¿Alguna noticia de las avanzadillas? —preguntó Hui.

—Los bárbaros corren hacia nosotros lo más rápido que pueden, en un ataque de dos puntas. Uno desde el norte, en Asiut; el otro desde Esna, en el sur, donde ya habían penetrado. Nos harán pedazos entre un martillo y un yunque, al menos ese es el plan del rey Salitis. Apostaría a que, si uno estuviera en el techo del Palacio de Memnon, en tres días vería las nubes de polvo que levantan al acercarse.

—Tres días —reflexionó Hui.

¿Podrían terminar su éxodo en ese tiempo?

Farid lo miró con recelo, como si el caminante del desierto pudiera leer sus pensamientos.

—Escuché decir que Tanus ha tramado un plan para ganar más tiempo.

—¿Qué puede hacer él?

—Arriesgar su propio cuello y el de sus hombres. —Farid se encogió de hombros—. Yo no esperaré menos de él. Kratas va a liderar una fuerza hacia el norte para frenar el avance de los hicsos. Tanus viajará al sur. Harán lo que puedan y luego abordarán barcos para unirse a nuestro viaje al sur. Si sobreviven.

Hui sintió que se le hinchaba el pecho. Nunca pensó que su admiración por el general podría ser más grande.

Sin embargo, cuando miró por la orilla occidental, pudo ver lo que estaba en juego. Esos miles de refugiados agrupados cerca de los muelles, esperando, observando con ojos anhelantes. Todos sabían que si los dejaban ahí, muchos de ellos iban a morir... de hambre, por las enfermedades, por las espadas de los bárbaros.

Otros serían reducidos a poco más que esclavos.

—¿Cómo se ha llegado a esto? —suspiró Hui—. El Egipto eterno, el corazón palpitante de la civilización, dejará de existir.

—Nunca nada se termina —replicó Farid.

Hui dejó al caminante del desierto observando la frenética actividad en los muelles y se abrió paso entre el griterío de los hombres que cargaban tinajas, cestas y fardos de comida en los barcos. Los escribas observaban atentos con pergaminos y pinceles, marcando el inventario. Los intendentes daban órdenes y señalaban direcciones, golpeaban a los aprendices cuando no se movían con la suficiente rapidez. Después de la atmósfera desagradable que se cernía sobre el campo de refugiados en el complejo mortuario, Hui respiró profundamente el picante aroma del comino y el cilantro, y los aromas afrutados de los aceites.

Hui se abrió camino a través de la confusión de la multitud hasta que entró en un tramo más tranquilo del muelle donde estaba amarrada la barcaza real. Los esclavos se ocupaban de todo a bordo, asegurándose de que el barco estuviera listo para la reina Lostris y el príncipe Memnon. El viaje hacia el sur sería arduo y navegarían por territorio desconocido. Se haría todo lo posible para garantizar que la familia real dispusiera de todas las comodidades necesarias, y que ambos fueran mantenidos a salvo.

Por un rato, Hui estuvo recostado sobre una pila de pacas con el sol de la mañana, hasta que vio los rostros familiares que salían de la necrópolis con un grupo de asistentes de la reina. Ipwet y Ahura se apartaron de las otras cuando lo vieron.

—¿Ya te vio el médico? —quiso saber Ipwet llevando una mano a los rasguños en la cara de él.

Hui se echó hacia atrás... Todavía le dolían.

—Cualquiera sea el veneno que usó mi madre, ya se ha desvanecido —replicó—. El médico me dio un ungüento maloliente para ponerlo por la noche.

—¿Dejará una cicatriz? —quiso saber Ahura—. Las cicatrices hacen a un hombre, o eso es lo que creen los Verdugos del Desierto.

—La falta de dientes, de ojos y de dedos hace al hombre, según esos canallas —dijo Hui—. En cuyo caso, estoy feliz de no ser uno de ellos.

Ahura sonrió, una sonrisa honesta, libre de la frialdad que alguna vez la consumió. Ipwet le había hecho bien. Hui no podía negarlo.

Él se inclinó y susurró:

—¿Tendrás que mantener tu amor en secreto en la barcaza real?

Ipwet y Ahura se miraron.

—La mitad de las acompañantes de la reina disfrutan de la compañía unas de otras —respondió su hermana con una sonrisa pícar.

Su rostro se suavizó y lo abrazó. Hui estaba encantado con esa muestra de afecto, y él la abrazó durante lo que pareció una eternidad.

—Nuestro padre se habría sentido muy orgulloso al ver el hombre en que te has convertido —le susurró al oído antes de alejarse.

—¡Tú! ¡Tenemos que hablar!

Hui miró detrás de las dos mujeres y vio a Taita que bajaba por la planchada de la barcaza real. Recordó los elogios del eunuco cuando le mostraron el cuerpo de Isetnofret. Él se apresuró a informar a Tanus del complot y del papel que Hui había jugado para desbaratarlo.

—¿Estás bien? —preguntó Taita.

Hui se sorprendió. Aquel sabio nunca antes le había preguntado por su bienestar. Sin embargo, había un mundo detrás de esas dos palabras, ¿no? ¿Acaso la muerte de su madre y de su hermano lo afectaron? Eso era lo que Taita quería saber. Hui se sintió confortado por esa preocupación.

—Estoy bien —respondió—, y mucho mejor por dejar el pasado atrás.

Taita asintió moviendo la cabeza.

—Tengamos esperanza y confiemos en lo que está por venir. —Su rostro se oscureció mientras observaba la palpitante masa de refugiados desesperados—. Todos los egipcios que huyen quieren ser parte del éxodo.

—¿Tenemos suficientes barcos? —preguntó Hui, recorriendo con la vista los mástiles que se balanceaban a la orilla del río.

Taita suspiró.

—Calculé que teníamos espacio para solo doce mil. La reina, por supuesto, tenía su propia opinión. No había que tomar decisiones drásticas, insistió... Nada de abandonar a los ancianos a un destino terrible, nada de dejar atrás a los heridos o a los enfermos. Este es su pueblo. Ella lo dijo una y otra vez, además los iba a cuidar a todos como si fueran sus hijos. Cualquiera que desee venir podrá hacerlo. —Sacudió la cabeza—. Nuestros barcos estarán tan bajos en el agua que un oleaje repentino podría enviarlos directamente al fondo.

Hui estaba conmovido por las palabras de la reina.

—La magnificencia de Egipto vivirá en este pueblo. Los carpinteros, los escribas y los artistas, los agricultores, los alfareros y los herreros. Existe la esperanza de los días por venir. Egipto sobrevivirá, y un día se producirá el regreso.

Hui sintió que Taita lo miraba de forma extraña, como si tuviera nuevos ojos y frunció el ceño.

—¿Qué es lo que está mal?

—Ven conmigo.

Taita se adelantó y Hui lo siguió. Dieron la vuelta por la vida que palpitaba en el muelle y se alejaron del enjambre de refugiados. Más allá del comienzo de los muelles, se había construido un corral para los caballos que habían reunido. Hui los vio trotar y jugar. Bestias orgullosas, fuertes y nobles. Eran lo mejor que había visto en todo el día.

—Tanus desea que seas recompensado por tu éxito al desbaratar el complot para quitarle la vida. —Taita sonreía mientras miraba a los corceles, y su rostro se iluminó de una manera que Hui rara vez le había visto antes—. Pero ¿qué recompensa sería de utilidad para un hombre como tú? ¿Vino, oro, mujeres? —El eunuco negó con la cabeza.

—Cualquiera de ellos, o todos, me vendrían bien —aventuró Hui.

Taita negó con la cabeza.

—Pero aquí, *aquí* precisamente, hay una gran recompensa, que solo tú o yo podríamos apreciar.

Extendió un brazo hacia los caballos.

Hui frunció el ceño, sin entender.

—Serás nuestro Jefe de la Caballería —anunció Taita—. El cuidado de estas criaturas estará bajo tu atención. Los mozos de cuadra trabajarán a tus órdenes, al igual que nuestros aurigas, a quienes entrenarás hasta que tengan todas las habilidades que tú has exhibido.

Hui sintió que su espíritu se elevaba. Esa era una gran recompensa, en verdad.

—El futuro de Egipto está aquí —continuó Taita—. Una vez que tengamos suficientes caballos, estaremos listos para ir contra los hicsos y recuperar nuestra tierra. Y serás tú quien hará que eso sea posible.

Hui no podía decir si el eunuco se estaba burlando de él, pero no le importó.

—Acepto este magnífico regalo —dijo.

—Bien. Entonces prepárate. Conducirás nuestros carros y mozos de cuadra con estas bestias hoy hacia el sur, a lo largo de las orillas del río, tan al interior como sea necesario. Y te encontrarás con la flota más allá de la primera catarata. A partir de ahí seguirás hacia el sur, al mismo ritmo que nuestros barcos.

Taita se alejó gritando:

—No nos defraudes, Hui de Lahun. Este es el primer paso en un nuevo camino para ti. Un nuevo camino y una nueva vida.

Hui sonrió. Le gustó cómo sonaba eso.

Epílogo de Tom Holland

Tom Holland es un historiador, autor y locutor galardonado. Adaptó a Homero, a Heródoto, a Tucídides y a Virgilio para la BBC. En 2007, ganó el Premio de la Asociación Clásica, otorgado a «la persona que más haya hecho para promover el estudio de la lengua, la literatura y la civilización de las Antiguas Grecia y Roma».

Holland es el presentador de *Making History* de la BBC Radio 4.

Ha escrito y presentado varios documentales de televisión para la BBC y para Channel 4, sobre temas que van desde la religión hasta los dinosaurios. Se desempeñó durante dos años como presidente de la Sociedad de Autores, como presidente del Comité Asesor PLR y formó parte del Comité de la Asociación Clásica. Su más reciente libro, *Dominion*, fue publicado en 2019.

El nuevo reino es una obra de ficción; pero como todas las novelas de Wilbur Smith de esta serie que comenzó con *Río sagrado*, está profundamente basada en hechos históricos. La de Egipto es la más dorada, la más glamorosa de las civilizaciones. También es una de las más venerables. *El nuevo reino* transcurre hace más de tres milenios y medio. Ya entonces, de todas maneras, Egipto era fabulosamente antiguo. Los egipcios de la época de Taita estaban tan lejos de la fundación del reino faraónico como nosotros lo estamos del colapso de la Bretaña romana. Ningún otro Estado ha tenido un sentido tan profundo de su propia antigüedad.

La causa principal de la continuidad de los hilos que recorren toda la historia de Egipto, y que se remontan hasta el cuarto milenio antes de Cristo, fue la geografía. Egipto, observó el historiador griego Heródoto, era un regalo del Nilo. Cada año, en agosto, el gran río realiza un milagro. Alimentado por las lluvias de verano que caen en la lejana Etiopía, se desborda. Durante varias semanas, toda la tierra cultivable de Egipto queda bajo el agua. Aunque esto a veces puede acarrear la muerte, más generalmente ha traído vida. El limo depositado por las aguas de la inundación proporcionaba a los egipcios un suelo de una fertilidad notablemente asombrosa. El barro sustentaba las cosechas; las cosechas sustentaban una población floreciente; una población floreciente produjo la escritura y el arte, el ceremonial y la extravagancia, los templos y los monumentos de una civilización incomparable.

No es de extrañar, entonces, que los mismos egipcios se orientaran no con el norte, como hacemos nosotros, sino con el sur: la dirección de donde fluye el Nilo. El gran río, creían ellos, comenzaba su curso bajo la serie de espectaculares y peligrosos rápidos que ellos llamaban la Primera Catarata. Todo el Egipto entre estos rápidos y el lugar muy al norte donde el valle del Nilo se ensancha para convertirse en un delta era llamado Alto Egipto. Al delta propiamente dicho lo llamaron el Bajo Egipto. En sus orígenes, los egipcios sabían que estos se habían desarrollado como reinos distintos. Luego, alrededor del año 3000 antes de Cristo, el rey del Alto

Egipto, un gran conquistador de nombre Narmer, anexó el delta del Nilo. El Alto y el Bajo Egipto se unieron en un solo reino. Todo faraón, desde ese momento en adelante, tomó el título de «Señor de los Dos Reinos».

Fue el Nilo, entonces, el que proporcionó a Egipto su columna vertebral. Más que eso, sobre todo, les proporcionó a los que vivían junto a él su propia comprensión del cosmos. El contraste entre la fertilidad del valle del Nilo y la aridez que se extendía más allá, entre la negrura del suelo aluvional y el color rojizo de las arenas, entre los monumentos de la civilización que bordeaba la orilla del río y el salvaje vacío del desierto, obsesionaba a los egipcios. En particular, acentuó en ellos, en un grado peculiar de intensidad, su sentido de las alegrías de la vida. Si bien a menudo nos puede parecer hoy un pueblo obsesionado por la muerte, esto es así porque anhelaba muy apasionadamente triunfar sobre ella, y vivir eternamente. Al principio, durante los primeros siglos de la historia egipcia, la perspectiva de alcanzar la divinidad en el más allá fue algo que solo un faraón podría disfrutar. Fue el sueño de alcanzar la resurrección lo que inspiró la construcción del más célebre de todos los muchos monumentos de Egipto: las pirámides. Cada una fue diseñada para colocar dentro al rey muerto en su camino hacia los dioses. «Se construye una escalera al cielo para el faraón, para que él pueda así ascender al cielo». Con el tiempo, sin embargo, el sueño de una vida después de la muerte llegó a ser compartido por una proporción cada vez mayor de la población. Hechizos y rituales que anteriormente habían sido exclusivos del faraón terminaron siendo de uso masivo. Funcionarios que tenían las paredes de sus tumbas decoradas con escenas de la vida cotidiana, ya fuera una fiesta suntuosa o las bellezas del Nilo, se atrevían a soñar con poder disfrutar de tales placeres después de la muerte. La alternativa era demasiado terrible para ser contemplada. El Libro de los Muertos, una guía para el más allá, dejaba a los ansiosos egipcios sin ninguna duda en cuanto a los horrores que podrían esperarlos si las cosas salían mal. Podrían ser amenazados por serpientes gigantes; tener demonios con cabeza de animal que les cortaban los miembros y consumían sus corazones; ser obligados por los dioses a comer sus propios excrementos. Incluso los faraones eran perseguidos por tales pesadillas.

En la muerte, pues, como en la vida, los egipcios imaginaban el mundo dividido entre reinos gemelos: el valle del Nilo y lo que había más allá de eso. Los horrores que un alma se veía obligada a negociar en el más allá eran simplemente versiones mejoradas de los peligros que acechaban en las arenas rojizas del desierto: alimañas, bandidos y similares. Más allá de los desiertos a su vez, por supuesto, había otros reinos; pero estos también, por lo que sabían los egipcios, solo servían para enfatizar el grado en que su propio amado Egipto era un país aparte. Los extranjeros eran inherentemente despreciables, agentes de la barbarie y el caos. El deber supremo del faraón era mantenerlos a raya. Así había sido siempre. Narmer, el primer rey de un Egipto unido, fue retratado en una tablilla de piedra de pie, resplandeciente frente a diez cadáveres sin cabeza. Los eruditos debaten hasta hoy qué es precisamente lo que ilustra la escena: tal vez la conquista del Delta, o quizás la victoria simbólica de la realeza sobre las fuerzas de la anarquía. De cualquier manera, transmitía una comprensión del bien y del mal que los egipcios nunca iban a abandonar: que era responsabilidad del faraón defender el patrón

divinamente ordenado del universo; que solo si tenía éxito en esta misión podrían sus súbditos disfrutar de la paz y el orden; y que el peligro, en el salvaje desierto, estaba perpetuamente al acecho.

Durante la mayor parte de la historia de Egipto, la autoridad y el poder de la monarquía fue suficiente para mantener las fronteras del país seguras. Los egipcios, protegidos por sus murallas defensivas —el desierto y el mar—, no tenían necesidad de preocuparse por los enemigos depredadores como les ocurría a los pueblos menos afortunados de otras tierras. Pasaron los siglos.

Las pirámides aparecieron en la tierra. A orillas del Nilo, los ritmos de la vida cotidiana continuaron como siempre lo habían hecho. Hasta que, mil años después de la época de Narmer, el Estado faraónico comenzó a implosionar. Su autoridad se convirtió rápidamente en algo fantasmal. Un monarca fugaz sucedía a otro monarca fugaz. Centros rivales de poder surgieron a lo largo de todo el valle del Nilo. Durante casi un siglo no hubo ninguna autoridad central. Fue un escalofriante recordatorio para los egipcios de cuán precaria era la unidad de los dos reinos, del Bajo y del Alto Egipto, del delta y del valle del río, y en lo que podría convertirse con demasiada facilidad.

Su colapso, sin embargo, no resultó terminal. Hacia el 2000 antes de Cristo, sus diversas partes fueron unidas de nuevo. El faraón triunfante, Mentuhotep, tenía su base de poder en el Alto Egipto, específicamente en la ciudad de Tebas. Su sede dinástica fue debidamente consagrada como la capital del reino. La verdad es que esta situación no perduró, pues la autoridad real se ejercía con mayor facilidad más al norte, en el punto del Nilo donde el Alto y el Bajo Egipto se unen. Aun así, Tebas no volvió a hundirse en la polvorienta oscuridad que antes había sido su condición. La ciudad fue consagrada como la capital del sur. Allí se construyeron grandes templos. Se convirtió en un escenario para magníficos ceremoniales. Cuando, cuatro siglos después del reinado de Mentuhotep, la autoridad central comenzó a desintegrarse nuevamente, y los lazos que unían el Alto y el Bajo Egipto se debilitaron, Tebas no tardó mucho en convertirse en una capital real una vez más. Es cierto que el dominio de la dinastía que estableció su residencia allí no se extendía más allá del Alto Egipto. El delta se había convertido en un reino separado. Egipto, como era allá por los tiempos de Narmer, se dividió en dos. De todos modos, Tebas era una ciudad grande y gloriosa. Un escenario digno para un hombre como Taita, y la gente que se reunía a su alrededor...

Grupo  Planeta

¡Seguinos!

